# CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

2


EL TRANSPORTE
MAS ECONOMICO EN
BENEFICIO DEL PUEBLO
N. DE M.
UN PESO
Ferrocarriles Nacionales de México




# ENTREGA INMEDIATA... BIEN FRIA

Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. S. S. A. 4598 "A" PROR-B-203


LO TIENE TODO!
Belmont
Extra
Belmont
Extra
... aroma!
... sabor!
... frescura!
NUEVOS Y MEJORES TABACOS

# CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XIV VOL. LXXX

2

MARZO - ABRIL
1955

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1955

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

*CUADERNOS AMERICANOS*

No. 2 Marzo-Abril de 1955 Vol. LXXX

# ÍNDICE

## DIMENSIÓN IMAGINARIA

*Nuestro Tiempo*

# LA LIBERTAD RESPONSABLE EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

Por *Fernando DÍEZ DE MEDINA*

I. *El imperio rubio*

El avión de la "Braniff" que me lleva al norte, hará un excelente vuelo: 21 horas de La Paz a Nueva York, con regularidad matemática. Las sorpresas del viaje innumerables, la atención al pasajero impecable. Todo rápido y seguro, como cuadra a los viajeros de la era atómica.

A los cinco minutos de vuelo, comprendo que Norteamérica empieza donde terminan las alas de sus pájaros metálicos. Hombres altos, muchachas rubias, diarios y revistas en inglés, comida comprimida y poco sabrosa. Todo bien organizado, correcto, limpio como gusta al mundo anglosajón. En Limatambo, en Guayaquil, en Tocumén, en Miami, es igual: la eficiencia del servicio en favor del pasajero; el predominio del inglés en las revistas y en los altoparlantes. Las cosas y los hechos llevan el sello de un poderío incontrastable. Los que se niegan a soportarlo, se quedan atrás, pobres y olvidados. Hay que reconocer la eficacia organizada de los norteamericanos, que hace más pequeño el mundo y más grande al hombre.

Trasvolamos el lago Titicaca, un mar interior, un mar de sueño, cuyas aguas azules reverberan bajo el sol de octubre. Es una superficie espectacular, de finísimas escamas doradas. Sus islas brotan como gibas de bisonte. Al fondo la cordillera enarca sus torres de nieve. Espectáculo impar: la maravilla lacustre avizorada a 6,000 metros de altura. Cruzamos la frontera, pasamos sobre la sierra peruana tan semejante a la boliviana. Nevados, páramos, orografías imponentes. De pronto el Misti, como un atleta orgulloso, eleva su musculatura formidable. Imanta el alma, se mete por los ojos. Pero los antiguos dioses fueron abolidos. Los 4,500 caballos de fuerza de uno solo de los motores del DC-6, humillan la grandeza del titán geológico.

Después la bruma, que obliga a remontar el vuelo. Entramos a la zona húmeda, neblinosa, de la costa peruana. El avión cabecea, rasga las nubes sombrías, recupera su horizontalidad. Si fallara el altímetro, sería la catástrofe; lo ha sido a veces. Por eso en la meseta andina sólo se vuela de día, no de noche. Porque los viejos colosos estáticos suelen jugar malas pasadas a las águilas de acero. Y de tiempo en tiempo algunos pierden la vida en la nieve o en la roca, mientras sus cuerpos y sus almas volaban a 300 kilómetros por hora.

Bruscamente el avión abandona la tierra que giraba debajo de sus alas, y en un viraje impresionante se coloca sobre el mar. El viejo Pacífico no tiene el color zafíreo ni la seducción fabulosa del Titicaca: es más bien sucio, verde pálido.

Aterrizamos en el aeropuerto de Limatambo, a la hora del crepúsculo. Monumental, suntuoso, bien equipado Limatambo es un alarde de arquitectura moderna y de técnica de transportes. ¿Pero estamos en Lima o estamos en los Estados Unidos? El oficial, peruano, que se acerca a nuestros pilotos, les habla en inglés. En el gran hall del aeropuerto, abundan hombres fornidos, altos y muchachas rubias. La disposición de vitrinas y puestos de venta, el predominio de revistas yanquis, la sobria elegancia de las oficinas, todo habla de una influencia exterior. La Lima que conocí 25 años atrás, por mar, no es la Lima que se atisba o se adivina desde el aeropuerto. Aquí, desde Limatambo, la veo menos sudamericana, algo sajonizada. Y es admirable como nosotros, los mestizos de Bolivia o del Perú, asimilamos la civilización mecánica del norte.

Este imperalismo de las cosas, de la organización del mundo exterior, no se hace con violencia, sino por la presión irresistible del progreso. Manda la máquina; mandan el avión, la radio, el cine, las tiras de colores, el "chiclet", el cigarrillo rubio. . . La conciencia latina, el amado y orgulloso personalismo hispano, la reserva india pueden protestar; pero el hombre, si quiere proseguir su viaje, se ha de someter.

El imperio rubio tiene el color del oro y la eficacia del dólar.

Para su vida vertiginosa, nunca en reposo, los norteamericanos han abolido la noche. El avión vuela en tinieblas con idéntica seguridad que a la luz del día. De cuando en cuando el foco de alarma anuncia: "¡cinturones!" y nos ajustamos al asiento para evitar las sacudidas al impacto con las nubes. Pero

las nubes pasan y el avión también. Y la travesía sigue sin otra novedad.

A las 11 de la noche en Guayaquil. Otro clima, otras gentes, otro escenario físico. Los guayaquileños de tez bronceada y andar indolente nos recuerdan, todavía, el amor a la América morena. El dólar, sin embargo, cuenta más que el "sucre" su moneda nacional. Y cuando tengan un gran aeropuerto como Limatambo, sin duda él les dará esa fisonomía yanqui-cosmopolita de todos los aeropuertos del continente.

Pasadas las 2 de la mañana, en Tocumén. El famoso aeródromo de Panamá no es tan monumental ni tan suntuoso como el peruano, pero arquitectónicamente su distribución parece más racional. Aquí la influencia del norte es más acentuada: modos vitales, gestos, matices. ¡Curiosa mezcla del trópico caliente y el boreas septentrional! Noche cerrada. Bajamos del avión. Junto a las grandes palmeras, bajo el esplendor de las estrellas, en medio de luces y de sombras, el paisaje invita a la meditación fantástica. ¿Qué poeta, qué soñador oriental imaginó la estupenda maravilla del moderno? La alfombra mágica es un poroto al lado de estas máquinas volantes que nos llevan de un hemisferio a otro en menos tiempo que la tierra da la vuelta al sol. Pienso en mi patria remota, en mis gentes de la América del Sur, durmiendo a estas horas, felices y tranquilas. Pienso en el hogar lejano y querido... Y en esta Panamá de calidez nocturna, que es como la antesala de los Estados Unidos, sin dejar de ser, también, el último eslabón aéreo de nuestro Sur, es increíble ver cómo el afán del hombre vence en la oscuridad. Y más sorprendente que la velocidad con que los aviones despegan o aterrizan, es ver a los corceles de aluminio en reposo: inmensos, con sus luces encendidas, mensajeros de lo ignoto.

Aquí soñó Bolívar la grande idea del interamericanismo puro: ¡todos iguales, los grandes y los chicos! Pero el istmo resiste todas las presiones. Y si la idealidad viene del Sur, el Norte responde que el imperio es objetivo, concreto, dominante. El que tenga más cosas —y aquí cabe la teoría del "cositerismo" del argentino Helvio Botana— recibirá más y más progresará.

En el puente panameño es donde podemos medir mejor nuestras diferencias. Ahora que la oteo desde el aire, después de haberla conocido antes por el mar, advierto que Panamá es

una enseñanza y una advertencia. Dichosos los que puedan comprenderlas.

Sigue la noche, sigue el viaje. Ahora volamos sobre el Caribe tempestuoso, rumbo a Miami. Es difícil dormir; ¿y quién no siente temor en su primera travesía nocturna por el aire? A las cinco de la madrugada en Miami. Por la ventanilla del avión se mira una profusión de luces en la lejanía, que parecen alzarse a la misma altura de la máquina. ¡Están tan distantes! Pero pocos minutos después las ruedas son frenadas y el avión, rugiendo, se detiene.

Estamos en pleno territorio geográfico de los EE. UU.

Desde aquí, más capacidad organizativa, más eficiencia. ¿Por qué he saltado el aterrizaje en La Habana? Acaso porque es muy semejante a cuanto acontece en Guayaquil y en Panamá. La Habana es más ciudad, ciertamente. Es seguro que, tratado en intimidad, el cubano tiene también personalidad rica y vigorosa. Pero a la ojeada rápida, superficial del viajero por aire, también en el aeropuerto de La Habana se produce esa "norteamericanización" del escenario y del empleado. Hay un modo de hacer las cosas y de tratar a las gentes que nada tiene que ver con nuestra tradicional cortesía hispanoamericana.

Rectifico: a las cinco de la mañana en La Habana. Después de las ocho en Miami.

Dejamos Miami y volamos sobre la península de La Florida. A pesar de la velocidad de la máquina, pasan millas, millas y millas de tierras con apretadas construcciones. Miami, desde arriba, tiene magia, con su hermosa costa festoneada de rascacielos. Lo que sigue luego es igualmente seductor, alternando el tapiz de los campos con la perfección simétrica de las urbes interminables.

Tres horas de vuelo sobre un mar de nubes. El cielo se ha disuelto en un gris indeciso. Se escamoteó el océano. Es fabuloso cruzar junto a estas formas indescriptibles, a estos volúmenes blancos que harían la delicia de Ruskin. Media hora después, manteniendo gran altura, el zócalo nuboso se abre y nos deja entrever pedazos soleados de tierra norteamericana. Es poca la tierra que se ve y mucho el espacio urbano. Ciudades, ciudades, ciudades. . . Primera dimensión del infinito norteamericano. Vengo del sur, allí donde la tierra sobra y el hombre escasea. Miro el norte, donde el hombre sobra y la tierra falta. Desde arriba, desde muy lejos, no se comprende bien cómo el hombre eligió estas tierras que parecen islas para

concentrar el mayor poderío urbano, fabril y económico que conoce su historia.

Conocí Nueva York hace 25 años. No ha cambiado, ciertamente, mucho. Sigue siendo la primera metrópoli del mundo. Omito la descripción de sus grandezas materiales, sin desconocer que el Centro Rockefeller, el Empire State, el puente George Washington, o la visión de la isla de Manhattan en el despliegue horizontal de su lengua de tierra edificada son espectáculos verdaderamente impresionantes. Aquí está todo: miseria y fealdad en las calles adyacentes a los muelles; belleza y poderío en las anchas avenidas. Los túneles bajo el Hudson con sus filas de automóviles que nunca detienen su marcha, dan la medida de la urbe vertiginosa. En el plano arquitectónico y urbanístico, Nueva York ha derrotado a París, a Londres, a Roma. Habrá en ellas mayor hermosura, más acervo cultural; pero el corazón del mundo moderno es Nueva York, síntesis monstruosa de la fuerza y del vértigo de la era atómica.

Quien no puso el pie en Manhattan no tiene idea de lo que es la civilización capitalista.

Tantos hablaron de la nueva Babilonia. Tantos la visitan, la pueblan y conocen tantos, que sería necedad intentar repetir la descripción. Nueva York es una síntesis de mundos. Aquí está todo.

La primera impresión, es, ciertamente de grandeza. Ofusca. Aquí está el titán en todo su esplendor. Levantando, derribando, volviendo a construir. De sus muelles, de sus bancos, de sus fábricas irradia la civilización. 13.000,000 de seres se apiñan en sus cinco islas. ¿Y cómo son estos hombres que vienen de todas las razas, de todas las culturas? En otro artículo hablaré de las gentes neoyorquinas.

Estamos en el corazón del imperio. Y el imperio es nórdico, boreal, brutal y celestial al mismo tiempo. Y nos han reunido para que en medio de tamaña energía, nos ocupemos de la libertad responsable. Porque los norteamericanos tienen también espíritu, como nosotros, los del Sur. Y la Universidad de Columbia, templo de saber, quiere demostrar que el Norte tiene un alma, aspira a una cultura.

¿Un hombre vale más que un rascacielo, o el rascacielo vale por los diez mil hombres que construyen sus materiales y lo elevan en el aire?

No se ha dilucidado el caso. Y el imperio rubio adora la fuerza, la fuerza en movimiento, el vértigo de la velocidad,

el "récord". Y desde aquí se mira tan pequeñas, tan distantes las Américas del Centro y del Sur, que sus periódicos apenas si dedican —si dedican— pocas líneas a comentar la vida en el otro hemisferio.

Y en la gran metrópoli vamos a conocer y a escuchar a los "grandes" de América.

### II. *¡Qué pequeños son los grandes hombres!*

UNA advertencia preliminar: cuando hablo de escritores e intelectuales, por descontado que me incluyo entre ellos. Posiblemente yo tenga menos virtudes y mayores defectos que las personas a quienes me refiero. ¿Qué el juzgador es menor que los juzgados? Puede ser. Pero nunca se dijo que la crítica sea cuestión de estatura. Y a título de sinceridad diré lo que vi y sentí, más inclinado a sostener la verdad que a ganar amigos.

Los norteamericanos saben tratar a sus huéspedes. Nos alojaron en buenos hoteles. El "Centro Internacional", donde se realizaron las sesiones, es un edificio de estructura funcional: bien distribuido, con mucha luz, espacios sabiamente aprovechados, decoración sobria y moderna. Hogar acogedor.

Pero desde el primer momento la Conferencia empezó cojeando. El Presidente de Columbia, Grayson Kirk, nos saludó con un discurso académico. Recuerdo su cabeza arrogante y su aire desdeñoso. Richard Powell, director del Bi-centenario, nos despidió con un discurso más profundo, rico en calidades humanas. Durante las seis sesiones, Columbia hizo notar su presencia sólo por medio de Alberto Lleras Camargo, su representante oficial. Lleras dijo pocas palabras al comenzar e intervino discretamente para impedir que se llegara a conclusiones. Es el tipo de orador internacional: culto, muy fino, orador de medios tonos. Lo dice todo... y no dice nada. Representa admirablemente el bizantinismo decadente de estas asambleas, donde todos son inteligentes, todos bellísimas personas.

¿Pero qué hacemos con los hombres inteligentes y las bellísimas personas, cuando falta la lección magistral de una conducta humana?

Faltó, pues, una conducción. Faltó el mando previsor y responsable, capaz de dar unidad a las deliberaciones y orientarla a finalidades constructivas. De los seis directores —uno para cada día— sólo dos estuvieron felices: Santos y Lima.

Tannenbaum arbitrario y torpe. Hanke voluntarioso. Benítez afectado. Shearer discreto. Discursos y discusiones se produjeron con cierto desorden. Hubo desigualdad de trato: unos intervenían demasiado y otros muy poco. Así la erudición pudo imponerse sobre la sabiduría. La vanidad personal sobre el interés de conjunto. ¿Somos, los escritores, peores que los políticos y diplomáticos, o es que las conferencias internacionales no sirven para nada? Se dirá que de las reuniones académicas no puede salir otra cosa que el contacto entre hombres, la aproximación mental. ¿Pero no salió de la Academia Platónica toda la luz del mundo antiguo?

Lo negativo de la conferencia. La tremenda presión del poderío norteamericano en las almas: flotaba en el ambiente una sensación de vasallaje al poderoso anfitrión. Las gentes temían comprometerse. Se negaba el aplauso a los audaces —que eran muy pocos—, y se prodigaban los apretones de mano... fuera de la sala. La falta de valor civil era visible. Y había, sin embargo, cinco ex-presidentes de América, tres premios Nobel, numerosos embajadores, escritores de alto renombre. Debates, verdaderas discusiones, no los hubo. Apenas si ligeros diálogos, observaciones marginales; más incidentales que de fondo. Se habló de todo, para no llegar a nada. Un solo delegado denunció la intervención norteamericana en Guatemala: silencio en la sala y abrazos en los pasillos. Dos pidieron que la conferencia concretara en una "declaración" su posición frente al problema de la libertad responsable. Vacío en la sala y felicitaciones afuera. ¿Pero es que saben muchos de los grandes de América qué es libertad y qué es responsabilidad? Si lo saben no lo demostraron.

El orador de mejor éxito era el que hacía mejores chistes. De espaldas al drama de sus pueblos, los delegados se ocupaban más de una alegre convivencia. La madeja de los intereses creados, de que hablara Benavente, tejía sus finas hebras sutiles: éste aspira a una embajada, aquél hará un buen negocio, ése dictará conferencias bien pagadas. Se anunció que la Universidad de Puerto Rico acogería la segunda conferencia en 1955... Y muchos rodeaban al rector Benítez, hombre altanero, engreído, que no gozaba, minutos antes, de muchas simpatías.

Salvando las naturales excepciones, no encontré muchos amigos de la verdad en la Conferencia. Pesaban más las futuras invitaciones, el ansia de quedar bien, acaso el complejo de inferioridad criolla, contra el cual reaccionó gallardamente Pi-

cón Salas, pidiendo menos gimoteos y más realizaciones prácticas. Hubo brillantes oradores, notables pensadores, conversadores exquisitos. Hombres verdaderos muy pocos.

Lo positivo. Entera libertad de opinión. Si intelectualmente el equipo sudamericano era de mayor peso, los norteamericanos demostraron excelente preparación, buen juicio, perfecta cortesía. Había un acuerdo tácito, entre ellos, para tolerar las vehemencias nuestras. El contacto humano, los seis días de convivencia con hombres representativos, enseñan mucho. Por los hombres se conocen mejor los pueblos. Pero cuando uno busca la América de los Bolívar, de los Martí, de los Sarmiento. . . no la encuentra. En lo crítico y pedagógico, las conferencias fueron buenas; las discusiones movidas. La disparidad de puntos de enfoque, la pluralidad de posiciones, me hizo comprender por qué somos un continente desunido. Los espíritus vivamente inquietos. Las voluntades más cerca del cálculo que de la hazaña espiritual.

Yo me preguntaba: ¿dónde está el viejo espíritu socrático, algo que siquiera de lejos se parezca a la moral enhiesta de Unamuno o de Martí? A veces, las personas, parecían cosas: amablemente adaptadas al ambiente. Un aura de entendimiento tácito, descontadas las pullas fugaces, flotaba en el medio. Más que "sentidores" del drama humano, aparentan ser "gozadores" de vida. Cenáculo de eruditos y charlistas. Nadie se pregunta de dónde viene ni adónde va. Basta el bien pasar.

En un balance rápido, queda un saldo favorable. Por ejemplo Eduardo Santos, estadista y orador excepcional. Dice lo que debe decir; habla de libertarnos del temor, critica que nos den armas en vez de herramientas de trabajo, defiende a la América criolla. Discurso magistral. Todas sus intervenciones son justas, ejemplares. Carlos Dávila habla poco, sobrio, dominador de su tema: la prensa y las relaciones interamericanas. Alma de la mejor cepa chilena, gana en el trato, entiende a los sudamericanos, adivina sus problemas, quiere ayudarlos. Estos dos ex-presidentes, son acaso, los que mejor comprenden la desinteligencia actual y luchan contra ella. Mariano Picón Salas, elegante orador, defiende con brillo la libertad del creador artístico contra las presiones de la sociedad capitalista; lleva el debate con altura y con firmeza. Convence. Jorge Mañach, librepensador, hizo un análisis agudo de la posición del catolicismo en el desarrollo republicano. Muy aplaudido. Bowers, de EE. UU., se adentró en las peculiaridades del espíritu latino,

urgiendo la necesidad de afianzar la libertad por el conocimiento mutuo. Max Henríquez Ureña, como profesor, magnífico. Lo mismo Arturo Torres Rioseco, sagaz y discreto. Fernando Ortiz, coqueteando con su vejez, muy sabroso en la charla. Ricardo Alfaro y Galo Plaza, expositores sin mácula. El profesor Jorge Basadre certero en el tema histórico. Otilio Ulate, ex-mandatario y periodista, muy culto, muy cabal. Justo Pastor Benítez dominando el plano pedagógico, algo remolón para las definiciones. Bernardo Houssay, gloria de la ciencia americana, defendió con éxito la libertad de investigación científica en el Continente. Muy académico, muy impersonal, le faltaba el vuelo de un Einstein, de un Schweitzer para sostener su verdad. Rafael Heliodoro Valle expuso hábilmente lo que es la prensa latinoamericana. Los dos brasileños hablaron muy bien: Gilberto Freyre más profundo; Amoroso Lima más fino. Ambos un poco ensimismados, sin querer comprometerse mucho.

De los norteamericanos, me gustaron las actuaciones de los profesores Whetten, Wagley, Holland, Leavitt, Hilton aunque éste no estaba muy bien documentado en su tema.

¿Lo que estuvo mal? Que Galo Plaza, del Ecuador, pronuncie su discurso de fondo en inglés. Que Gabriela Mistral, en plena decadencia, enferma, hubiera actuado con mengua de su justísimo renombre. Los grandes valores, como los buenos artistas, deben saber retirarse a tiempo. ¡La charlatanería de José Arce, embajador argentino, que hizo una airada defensa de la cultura francesa! La oratoria teatral de Víctor Andrés Belaunde, que hizo pareja con la furia acometiva del padre Benjamín Núñez, rebatiendo las críticas de un pobre profesor yanqui —creo que Stokes— que se soltó de lengua contra el catolicismo. Las vaguedades de Jorge García Granados, que defendía y no defendía al régimen del dictador Castillo Armas de Guatemala. Las veleidades de Ross, chileno que se atrevió a loar a otro dictador: a Trujillo. ¡Benítez, de Puerto Rico, pretendiendo pasar como exponente de una generación revolucionaria. . . la que determinó la anexión a los EE. UU.! Silvio Zavala y Eduardo Jiménez de Aréchaga, demasiado profesores: los quemaba el tema político. Excepción hecha de Santos, los restantes ex-presidentes no aportaron ideas constructivas a la Conferencia. Pero en una comida que dio el ex-mandatario colombiano a los sudamericanos, los ex-presidentes actuaron mejor. Podían hablar sin comprometerse.

La política era "tabú". Todos la eludían. A los que se escapaban del tácito acuerdo para evitarla, se les llamaba al orden recordándoles el tiempo, interrumpiéndolos, aplicándoles la campana neumática.

Cuando se propuso un voto contra las dictaduras, los heroicos delegados mudos. La libertad de expresión, por ir emparejada con la libertad de investigación, al canasto. La humanización de la política interna defendiendo la dignidad de la persona, cero. El repudio al militarismo, silencio. Combatir el analfabetismo y elevar los niveles de vida, "¡pero hombre, no nos echen a perder la digestión!" La lucha contra el comunismo, para los gobiernos. La represión ideológica, no nos concierne.

Yo me preguntaba, estupefacto: ¿para qué nos hemos reunido? Pero me sentí un poco la oveja negra en el rebaño, pues todas las caras lucían felices y sonrientes.

Seis días de discursos y debates más ingeniosos que profundos. En resumen: nada. Nos regalaron una hermosa "plaquette" de recuerdo. Después una gran comida en el "Waldorf". Asisten la Reina Madre de Inglaterra y 3,000 invitados. Otra vez discursos soporíferos, maravillosos, que dicen todo y no se comprometen a nada. Luego una convocación en la catedral de San Juan el divino. Un apretón de manos. . . y hasta luego.

Nos iremos abrumados por la grandeza del anfitrión y la pequeñez de sus invitados.

En un sentido general, las conferencias internacionales, políticas o académicas, no sirven para nada. Y salvando las excepciones —¡siempre las inevitables excepciones!— es mejor admirar a las eminencias de lejos. De cerca se aminoran y se opacan. El mundo está en crisis, por la ausencia de valor moral de sus pensadores.

Recuerdo las charlas en los corrillos, antes de cada sesión. En ellas se aprende la técnica interna de actuar en estas asambleas. Esto se puede decir y aquello no. No se cierre usted muchas puertas a la vez. No sea imprudente. ¿Acaso vamos a componer el mundo? Es una reunión muy heterogénea: huelgan declaraciones. ¡Muy bien, muy bien! Pero deje usted que con mis canas le dé un buen consejo: no se haga mala sangre. Coma bien, diviértase mucho y vuélvase tranquilo a su tierra. Aquí no ha pasado nada, ni nunca pasará. Es un error tomar seriamente las cosas en estos tiempos críticos. Las asambleas

internacionales son para aliviar la tensión de pueblos y hombres, no para agravarla. Un buen chiste es mejor que un buen discurso.

Llegué de aprendiz y me iré profesor de convivencia internacional. Tengo, entre otras, una de las claves del abismo entre el Norte y el Sur: allí el dinamismo y la decisión personal cada minuto; aquí la retórica y la indiferencia permanentes.

Una noche en la Casa Hispánica de "Columbia", gentilmente atendidos por el profesor Ángel del Río, tan español, tan latino, tan simpático, nos devuelve al hogar. España es, ciertamente, aun en Nueva York, a través de los españoles, arca de unión, casa de amistad. Aquí los sudamericanos nos movemos fraternalmente: hablamos con franqueza mayor aunque discutamos más.

Regreso. Es de noche. No tengo sueño. Camino por la 5ª avenida. Frente al Atlas del Centro Rockefeller, símbolo del nuevo titán que aspira a sostener el mundo, pienso en nuestra América tan subyugada ya por el Norte osado y avasallador. ¿Es que el grande hombre es ya planta exótica entre nosotros? ¿Es la proximidad de los rascacielos o la intensa movilidad de trenes y automóviles?

No lo sé bien. Pero seis días de experiencia viva me han demostrado que nos faltan pensadores responsables, conductores de verdad. Porque la civilización materialista se nos ha metido en los huesos. Muchos venden el alma para que disfrute el cuerpo.

Primera y última vez que asisto a una conferencia internacional. Ni amargado ni resentido; simplemente: desolado.

Deber cumplido a medias, no es deber. Virtud cautelosa, engaña. Faltaba la pasión, la entrega desinteresada a un ideal de vida. Y porque la pasión —cosa interior— es la fuerza que sacude a los pueblos del Sur, aquí quiero estampar que aunque me duela América —la del Centro, la del Sur—; aunque haya visto aminorados a sus conductores, creo todavía en la nueva aurora. La que mire del Austro al Septentrión. La que hará más productivos a los pueblos y a los hombres menos regalados.

### III. *Libertad sin responsabilidad*

Soy demócrata. He combatido y seguiré combatiendo al comunismo por sus métodos de violencia, aunque le reconozco el

derecho de exponer su doctrina. Me considero amigo de los EE. UU. Pero como escritor me reservo el derecho a la inconformidad y a la crítica, que es como la raíz ética del que esgrime pluma.

Negar la grandeza de los EE. UU. sería estúpido. Y no sólo grandeza material: hay también espíritu en esa civilización prodigiosa, a pesar de los peligros de la industrialización en gran escala, de la mecanización de la vida en las ciudades, de la incultura del hombre común.

En cierto sentido, Norteamérica absorbe; en otro impulsa. De aquí brotaron las dos fuerzas creadoras de la civilización moderna: la libertad democrática y la producción en masa. Si por ésta estamos sometidos a un organismo social que nos regula como abejas en el panal, por aquélla recuperamos el libre juego de la individualidad, el más caro atributo humano. El país de las fábricas y de las máquinas, es también el bastión de la libertad. Basta evocar a Jefferson, a Lincoln, al segundo Roosevelt para comprender que los EE. UU. son constructores de futuro; y que la lucha de su pueblo es justamente por hallar un equilibrio racional entre el abuso de poder de sus pioneros industriales, y el ansia de justicia y convivencia recta que alienta en sus pensadores y en sus artistas.

En la Conferencia de Libertad Responsable, muchos profesores norteamericanos compartían los puntos de vista y aceptaban las críticas de los sudamericanos. Pero no podían decirlo públicamente.

Y éste es uno de los puntos angustiosos. ¿Está en peligro, ha de zozobrar la libertad en la tierra que la consagró como puntal de su arquitectura colectiva?

Los EE. UU. hicieron declarar loco y tienen preso hace cinco años al gran poeta Ezra Pound, por habese negado a seguir el nacionalismo agresivo de los círculos dirigentes. "Investigan" a sus hombres de ciencia. Han aislado a Oppenheimer, uno de los primeros sabios del mundo, por haberse negado a intervenir en la construcción de la bomba de hidrógeno. Ignoran a Waldo Frank, gran escritor, estupendo artista, profundo analista de las fallas y defectos de la "selva americana". En la ciencia, en el arte, en la política, en la industria, se advierte un exceso de electricidad, una carga psicológica excesiva. Las gentes andan nerviosas, los periódicos ven fantasmas. Trátase de una hipertrofia, más que de la visión, del sentir emocional.

¿Pero es que los norteamericanos, el pueblo más poderoso del mundo, pueden temerle a alguien?

Sí: los norteamericanos tienen miedo al miedo. Por eso habló el Dr. Santos de la necesidad de libertarnos del temor.

Que hay derecho a defenderse del quintacolumnismo bolchevique es evidente. Los EE. UU. deben y pueden hacerlo. Lo que se censura es que esa tarea represiva llegue a constituirse en fiebre social; que la publicidad, de mano con la fantasía, altere el buen sentido tradicional de este pueblo y lo ponga al borde de una histeria colectiva. Claro está que, de otra parte, el mismo sistema democrático permite a los yanquis hallar el remedio a sus males: la caída del "macartismo", el reciente triunfo de los demócratas, demuestran nítidamente que ellos saben encontrar el punto justo para corregir sus errores y volver a la normalidad.

¿Hasta qué punto ese libre juego de expansión psíquica y autocensura ha de seguir?

Esto es lo que nadie puede profetizar. Hablé con muchos que piensan: nuestro sistema democrático es muy elástico. Salimos de asuntos más difíciles. Esta ola de pánico y recelos pasará. Otros, a la inversa, desconfían y creen ver que un nacionalismo naciente, una especie de neo-fascismo amenaza toda la estructura institucional.

Si refiriéndome a la Conferencia dije que allí hubo libertad sin responsabilidad, porque todos quedamos en el marco declamatorio sin arriesgarnos a una definición de conducta; diré también que la prensa norteamericana, con sus métodos sensacionalistas, contribuye a deformar la realidad. Muchas veces da lo excitante, lo novedoso, no lo verdadero. Resalta una arista del problema, ignora su fondo; y así resulta que en vez de formar el espíritu público en una escuela de veracidad y serenidad, contribuye más bien a desorientarlo. La publicidad impresa o visual, rompe los nervios con esa dirección tendenciosa. Y si el norteamericano vive hoy acechado por temores y zozobras, se debe en buena parte a sus propios mecanismos de propagación de noticias. Verdad que ni el gobierno de los EE. UU. ni la prensa seria del país son manejados por el gran capital como piensan muchos; pero no es menos cierto que gobierno y prensa son influidos, a veces en grado inmoderado, por el interés plutocrático, empeñado siempre en deformar la verdad política, económica y social a la medida de sus propios

intereses. Y ésta es, también, una forma de irresponsabilidad. La negación de la democracia: los menos contra los más.

En un ascensor del Hotel Weylin escuché este diálogo:

—Lo felicito, colega —dijo un delegado a la Conferencia— por su ponencia de esta mañana; todos estamos de acuerdo con ella.

—¡Cómo! —contestó el aludido con viva sorpresa—. ¿Pero si nadie la apoyó? Mi ponencia ha sido rechazada.

—¡De ninguna manera! En estas asambleas, todo lo que no se rechaza expresamente, queda aprobado. Nadie censuró su ponencia. Nos callamos. Entonces, tácitamente, lo que usted propuso fue aprobado.

—Bien. ¿Y por qué nadie me acompañó a firmar el proyecto?

—Colega, colega —insistió el primer delegado afectuosamente—, ése es ya otro problema que sería muy largo de explicar. Pero yo le repito mis congratulaciones: tácitamente usted tuvo una victoria.

Esto nos pasaba a nosotros, los latinos, los hispanoamericanos, los americanos del sur, como se quiera llamarnos.

Y a los rubios del Norte ¿qué les sucede? Algo por el estilo aunque en plano diferente. ¿No le gusta a usted nuestra vida mecanizada, vertiginosa, estrepitosa? ¿No le agradan los rascacielos, el cinemascopio, el *New York Times* dominical? ¿No le gusta comer en la "Drug-Store", meterse en los trenes subterráneos, ni el *base ball?* Entonces no es usted amigo de la democracia; y tácitamente es usted un comunista. Y por este sencillo silogismo ha nacido la ley del garrote.

Aquella famosa frase del pensador: "no comparto la idea del señor, pero daría mi vida para que él tenga el derecho de expresarla" está por pasar a la historia. Cuando el norteamericano ve amenazada o cree ver amenazada la fortaleza del sistema capitalista, se olvida de la democracia. Su liberalismo económico se viste de rojo: se enfurece. Hace 25 años, cuando visité por primera vez los EE. UU., eran muchos los hombres que discutían tranquilamente y muy pocos los que gritaban. Ahora son muchos los que gritan y a los hombres serenos hay que buscarlos como al trébol de cuatro hojas. . .

El yanqui sabe que, dentro de una sociedad libre, no puede impedirse a nadie que exprese libremente sus ideas. Éste es el principio. La realidad, por muy anti-democrática que sea, consiste en que todo disidente de la democracia industrial (no hay

que separar las dos palabras) es, potencialmente, un enemigo de los EE. UU.

¿Esto es libertad responsable?

Dos grandes líneas, violentamente separadas, caracterizan la política nacional en los EE. UU.: la autocrática, y la democrática. En la primera descuellan figuras como Hamilton, Jackson, el primer Roosevelt. En la segunda Jefferson, Lincoln, Wilson; y no menciono al segundo Roosevelt —grande de verdad, porque su figura desborda el marco nacional: pertenece al mundo.

Enfrentemos a los representantes típicos de ambas fuerzas de opinión en el arte de gobernar. Hamilton y Jefferson. El primero es aristócrata, se apoya en el interés y el egoísmo humanos, cree que solamente los ricos y poderosos deben mandar. Jefferson, al contrario, pone su esperanza en las masas, en la igualdad de oportunidad, en la ley que nivela sin oprimir. Cuando Maurois nos recuerda que para Hamilton el pueblo "es una gran bestia" y para Jefferson "un cuerpo que piensa", ha definido magistralmente ambas tendencias. Todo está dicho.

Ahora ya podemos entender la diferencia que va de la democracia dirigida por banqueros e industriales, a la democracia que brota libremente del consentimiento general: campesinos, obreros, empleados, técnicos, intelectuales.

Hamilton, el doctrinario, está en la raíz de todos los brotes dictatoriales del Norte. Jefferson, el político, alienta todas las empresas de vigencia colectiva. ¿Pero quién recuerda, hoy, las palabras memorables de Washington en su mensaje de despedida a los norteamericanos, cuando les pedía guardarse contra los efectos funestos del espíritu de partido?

Esto es lo que, en cierto modo, aunque no todavía con características definitivas, viene ocurriendo en Norteamérica: los yanquis se están olvidando de ser buenos demócratas, porque se van convirtiendo en duros nacionalistas. Hay un provincialismo increíble, larvado en las almas, que no permite ver más allá de las propias narices. El espíritu de partido, el espíritu de nación en su peor sentido —el exclusivismo, la soberbia, la rapacidad imperialista— están minando la gran democracia norteamericana. Hace 25 años los yanquis recibían, absorbían críticas con tolerancia reveladora de fortaleza. Ahora su debilidad moral se traduce en la irritabilidad con que se revuelven contra toda censura. Quieren halagos, sumisión. No rebeldías.

Qué interesa más a los EE. UU. ¿el hombre o la materia

prima del Sur? La economía sigue a una filosofía política. Si es el hombre ¿por qué arman a nuestros pueblos sosteniendo dictadores, en vez de levantar los niveles de vida de las muchedumbres retrasadas? Si son las materias primas ¿por qué imponen precios en los mercados de consumo y simultáneamente nos oprimen con sus productos exportables a precios exorbitantes? ¿De qué fraternidad internacional, de qué convivencia democrática podemos hablar, si el Norte ha convertido la unidad continental en un negocio de tomo más pero doy menos? Y no se me conteste el argumento de su actual ayuda económica a Bolivia, mi patria, iniciada recién a partir de 1953, porque después de cuarenta años de aprovechamiento sistemático de nuestras materias primas —estaño, cobre, zinc, goma, wolfram, etc.— esa ayuda es sólo una pequeña compensación por los daños que nos causaron en el pasado.

Jefferson no podría vivir en la Norteamérica de 1954. Ese grande espíritu que había jurado enemistad eterna a toda forma de tiranía que oprima el alma del hombre ¿qué habría dicho frente a la deformación democrática que se opera hoy en el Norte por obra de una plutocracia insaciable?

Libertad, coerción. He aquí los puntos extremos de la ciencia política. Claro está que la gran mayoría de los norteamericanos son gente sana, bondadosa de espíritu, aunque la vida mecanizada los haga rudos de apariencia. Pero el mal está en las minorías cultas y poderosas que manejan las finanzas, la política, la industria, los medios de publicidad que forman la opinión. El rápido crecimiento de la televisión, con sus programas pervertidores de la moral doméstica e infantil, demuestra el poco caso que hacen los conductores de opinión de la responsabilidad moral que obliga a toda sociedad organizada. Por el principio de libertad se da todo; por la coerción plutocrática la moral se subordina al negocio. Y es este afán de lucro el que corroe toda la estructura social de Norteamérica.

Lo que pasa, en el fondo, es que los norteamericanos están creciendo tan rápidamente, que no les queda tiempo para cuidar por sus almas.

Por eso es que la libertad, que antes fue para los fundadores un deber primordial, una norma de conducta, va cada vez desligándose más de su función subsecuente: responder por el derecho de vivir sin coerciones. La democracia, que era conciliación de contrarios, tolerancia entre desiguales, adopta ahora la forma brusca y rígida de un nuevo imperialismo: amedrentar

los espíritus para imponer el principio de consigna. Vivirás como se te mande o no vivirás.

Dios quiera que me equivoque. Pero si las cosas siguen como están produciéndose en el Norte, no pasarán muchos años sin que la Casa Blanca termine pareciéndose al Kremlin. . .

Es posible que haya sido injusto, desmedido en mis apreciaciones. Así las siento. Para mí todo esto se traduce sencillamente en pocas palabras: Libertad sin responsabilidad. Eso es lo que he visto en Nueva York. Dentro de la Conferencia y fuera de ella. El enemigo de la gran democracia norteamericana no está afuera: está dentro de los EE. UU. Es el espíritu de partido, es la intolerancia, es el pánico inmotivado, es la presión de los negocios sobre la moral social. No es la riqueza lo que hay que exaltar en Norteamérica; es el espíritu. Si vamos a salvar la democracia en el Continente, comencemos por pedir a los más fuertes que luchen por sí mismos.

# HACIA UNA TEORÍA DE LOS PAÍSES ATRASADOS

Por *Antonio GARCÍA*

## I. *Una nueva teoría revolucionaria*

A TRAVÉS de la obra teórica que he venido adelantando desde hace unos quince años —y que forma parte de un movimiento de emancipación ideológica y política de la América Latina— he insistido en la necesidad impostergable y vital de que los países débiles y atrasados —la zona oscura del mundo, que cubre una extensa área de Asia, África y América Latina— elabore su propia teoría, su propia versión de la historia, su propia filosofía de los hechos, con el *objeto práctico* de que fije su posición y sus normas autónomas de desarrollo. Esa obra teórica está dispersa en libros de la más diversa naturaleza: *Bases de doctrina política*, 1942; *Bases de la economía contemporánea. Elementos para una economía de la defensa*, 1948; *Planificación municipal y presupuesto de inversiones*, 1949; *Régimen cooperativo y economía latinoamericana*, 1944; *La democracia en la teoría y en la práctica*, 1950; *La rebelión de los pueblos débiles*, 1953. Desde esta misma perspectiva —los problemas de la cultura vistos a través de los países atrasados— he escrito *La crisis de la cultura contemporánea.*

Mal puede aspirarse a conquistar *una nueva posición en el mundo*, sin adoptar una nueva política, un nuevo comportamiento frente a los hechos: pero no podrá adoptarse esta nueva conducta frente a los hechos —los de dentro y los de fuera— si no hemos conquistado una nueva visión crítica de nuestros problemas y de los problemas del mundo. ¿Pero a qué independencia ideológica es posible aspirar, si nos limitamos a repetir los enfoques teóricos de quienes *no están situados en nuestra propia perspectiva?* Para los teóricos revolucionarios de las grandes potencias —Rusia, Estados Unidos o Inglaterra— el problema de la *liberación nacional* de los países atrasados es un problema sin *sustantividad,* en cuanto se le subordina al proceso y nece-

sidades de esas grandes potencias. A ningún comunista latinoamericano le haremos creer que aún la Rusia Soviética está regida por *la ley de hierro de las luchas mundiales de poder* y que nuestro papel no puede consistir en actuar como destacamento sin autonomía de esas luchas: menos le haremos creer en la *sustantividad* y la *naturaleza singular* de nuestros intereses como región atrasada. La teoría comunista —congelada en manos de los líderes rusos, al servicio de sus propias necesidades estratégicas— no ha podido dar un solo paso adelante, porque ha dejado de ser una *teoría de descubrimiento* de los problemas del mundo con el objeto de fijar unas *leyes de desarrollo*, para convertirse en una herramienta restringida de conservación de una gran potencia. Lo que hoy se dice sobre la "teoría de las nacionalidades" es lo mismo, textualmente, que hemos leído en Marx, Lenin o Stalin: la única excepción es la constituida por Mao Tse-tung, el gran teórico y guía de la revolución china. ¿A qué se debe semejante esterilidad doctrinaria, si cada día adquiere mayor gravitación política y mayor peso en la historia mundial, la insurgencia de los países atrasados? A que el comunismo —y sus esferas de influencia ideológica— ha ido conformándose como una *escolástica de izquierda*, en la que se proyectan las necesidades estratégicas de la U. R. S. S. De método revolucionario se ha transformado en método de subordinación a los intereses de una nación mesiánica que, como toda gran potencia, *está sometida a una dinámica de poder*. Los comunistas de la vieja guardia, como Lenin o Trotzki, ni siquiera sospecharon esta ley que rige el crecimiento de todo Estado de poder, aunque ese poder se ejerza a nombre del proletariado, y que en el caso de la U. R. S. S. ha tenido expresiones tan decisivas como el Pacto Germano-Soviético y la política de reparto de esferas de influencia. ¿Hasta dónde se ha transformado el Estado ruso por la acción de esas luchas de poder? ¿Hasta dónde ha cambiado su arquitectura y sus leyes? Esto es lo que no quieren estudiar los comunistas o socialistas para quienes el marxismo tiene los caracteres de una cofradía religiosa, aun estando situados en el escenario de las países débiles: sus prejuicios son más poderosos que todas las corrientes de la vida. Este error teórico y táctico no podrá enmendarse, *mientras no nos atrevamos a pensar por nuestra propia cuenta y a ver la historia universal desde nuestra propia perspectiva*. ¿Cuál es nuestro peculiar punto de vista y nuestra singular perspectiva? La de países débiles, sin fuerza propia de sustentación, situados *no*

*sólo en la periferia de la vida económica*, sino también la periferia de la vida política y cuyos intereses —mientras rijan las leyes darwinistas de las luchas de poder— son *antitéticos* de los intereses de las grandes potencias. El anhelo de *vivir para sí mismo* de los pueblos asiáticos es antitético a las aspiraciones colonialistas de Inglaterra, Francia o Estados Unidos; la *meta de desarrollo autónomo* de Yugoslavia o Albania es antitética de la pretensión hegemónica de la U. R. S. S.

Nos hemos olvidado, por oportunismo doctrinario o táctico, de que *toda gran potencia se guía*, dialécticamente, *no por princípos ideales* —la solidaridad del proletariado, la causa de la justica y la libertad, la defensa de los Derechos del Hombre— *sino por principios reales, por necesidades estratégicas, por la ley de hierro que acompaña a todo poder. No hay gran potencia sin pretensión hegemónica:* y no hay pretensión hegemónica que no conspire contra la *convivencia,* no simple *coexistencia* según la formulación staliniana, de los pueblos chicos y grandes, poderosos y débiles. Ésa es la ley de la que no podrá escaparse ni siquiera un Estado revolucionario. Rusia está impulsada por tendencias hegemónicas, si bien están disfrazadas —mal disfrazadas— con la teoría de la cooperación proletaria. ¿*La dinámica de poder* no transformó el Estado revolucionario de la Francia jacobina en el Estado bonapartista? Todo el problema de la revolución no consiste en ganar victorias sobre los adversarios, sino en impedir que la revolución sea frustrada por las propias fuerzas que la han engendrado. La revolución francesa pudo luchar contra los ejércitos extranjeros, pero no contra el cesarismo nacido en el alma de sus propios ejércitos. Las guerras de Independencia hispanoamericana sirvieron para derrotar y aplastar las tropas españolas, pero no para derrotar las fuerzas salidas de los Ejércitos Libertadores. No es fácil comprender, prácticamente, en todas las situaciones, que la revolución es un proceso dialéctico, contradictorio, sorpresivo y no una caminata regular de penetración en la fortaleza sitiada, como lo creyeron los montañeses de 1789 o como aún lo creen los comunistas.

¿Cómo funciona para Yugoslavia, para Checoslovaquia, para Polonia, para Hungría, esa *tendencia hegemónica* de la gran potencia a cuya órbita pertenecen? ¿Podría decir Yugoslavia que su problema esencial era *entregarse*, *entregarse sin condiciones* ni metas propias, incorporándose a la órbita de influencia de la Rusia Soviética como única manera revolucionaria de resolver los problemas de los pueblos yugoslavos? Cuando Ru-

sia le impedía el montaje de su propia industria pesada —forzándola a exportar minerales de hierro para el *centro industrial* de esa confederación de países soviéticos— ¿podía suponer Yugoslavia que *ésa* no era política hegemónica? Cuando Rusia la condenaba a la guerra interior y a la hostilidad beligerante de los socios pasivos del Kominform, ¿ésa *no era agresión* —económica y política— ni ésas eran pruebas de la manera como funcionan las grandes potencias? Con razón ha dicho Edvard Kardelj, expresando el punto de vista de un país deseoso de tomar las riendas de conducción de su propio destino, que "al manifestarse abiertamente las tendencias hegemonistas, que han asumido su forma más cruda en la relación con los pueblos que han tomado el camino del socialismo, se ve que ha surgido una nueva amenaza para la paz mundial". (Declaración sobre la eliminación de la amenaza de una nueva guerra y el fortalecimiento de la paz y seguridad entre las naciones, Naciones Unidas, 1950, p. 8). El problema de la agresión y de las tendencias hegemónicas no ha sido enfocado, teóricamente, sino desde puntos de vista correspondientes a las grandes potencias: el punto de vista comunista no es, en la práctica, sino el punto de vista ruso. Si el comunismo agita el problema de la agresión en Corea, no dice una palabra sobre la agresión en Yugoslavia. Si colecciona millones de firmas para promover la prohibición de la bomba atómica, no dice nada sobre las diversas políticas de preparación para la guerra. Si moviliza tácticamente las palomas de la paz —la paz de Estocolmo— guarda silencio sobre la propaganda bélica que no consiste sólo en la *incitación directa y desvergonzada a la guerra*, sino en el estímulo a los actos de agresión económica y política. ¿En dónde se localiza el punto falso de estas sofisticaciones? En el hecho de que Rusia está empujada por las leyes de toda gran potencia y de que el comunismo —y sus tendencias anexas, en el campo socialista o en el campo liberal-burgués— está determinado por las necesidades cambiantes y los intereses nacionales del Estado soviético. El *poder tiene su propia dialéctica* y no hay literatura que pueda ocultar la fuerza bruta de los hechos: ésa es la razón de que los países débiles y atrasados deban tener *su propia versión del Estado soviético*, así como del Estado capitalista.

En la vida internacional, el Estado ruso se guía por las leyes estratégicas de la defensa; pero la defensa de los fuertes supone, impone, unos principios ofensivos. La política no puede ser amojonada como los jardines, en *sección puramente defen-*

*siva* y *sección exclusivamente ofensiva.* Toda acertada política defensiva de las grandes potencias no puede ser solamente defensiva, así como toda acertada política ofensiva no puede ser exclusivamente ofensiva. El *caso ruso* nos enseña que un Estado que aspira a mantener la hegemonía regional o mundial, está obligado a enfrentarse a los Estados que tienen aspiraciones y objetivos semejantes: la tendencia de *conservación* conlleva, dialécticamente, la tendencia *expansiva.* Los grandes Estados —sometidos a los principios dinámicos de las luchas de poder— no pueden conservarse sino ensanchándose; y no pueden realizar semejante proceso de expansión sino a costa de las áreas atrasadas y de los países cuya debilidad los hace vulnerables a toda conquista. Quienes no creen en la *vigencia de Maquiavelo,* preguntarán si los países débiles no tienen derecho de autodeterminación. Lo tienen; pero su *valor práctico* es el mismo del derecho de autodeterminación de las clases trabajadoras, en el seno de cada nación. Atados ciegamente a las viejas nociones clasistas —burguesía y proletariado— los comunistas y sus satélites doctrinarios han olvidado situarse en una nueva perspectiva: *la que resulta de ver el mundo como sociedad contradictoria de países-patrones y países-sirvientes*, países ejes y países periféricos, potencias dominantes y naciones dominadas. Desde luego, no se trata de remplazar, físicamente, una perspectiva por otra, sino de enriquecer la antigua perspectiva con otra nueva. ¿Por qué hemos de aceptar la posición de ir detrás de los hechos, con una teoría que no sirve para explicarlos y como si lo importante no fuera *comprender la vida* —cambiante, varia, rica, siempre nueva—, sino conservar supersticiosamente las palabras?

Podría argumentarse que las revoluciones china o indochina prueban todo lo contrario. En modo alguno: *la revolución china es una revolución fuera del esquema:* la hizo el pueblo chino, galvanizado por el odio y la cólera, utilizando dos principios estratégicos: uno, el de la reacción unánime contra la política corruptora del Kuomintang; otro, el de encontrarse la China en la órbita de conservación estratégica de Rusia. ¿Habría triunfado un hombre genial como Mao en un país latinoamericano?

Los países débiles y atrasados tendrán que elaborar su propia teoría revolucionaria. No podrán independizarse y ganar una nueva vida si primero no aprenden a pensar por su propia cuenta y adoptar su propia perspectiva universal frente a los

hechos. La clasificación del mundo contemporáneo en grandes potencias y países subordinados a ellas, es tan fundamental y rica en enseñanzas como la clasificación de la sociedad en clases patronales y clases asalariadas. Ésta es la hora de la *autonomía ideológica*, soporte de toda otra independencia. Autonomía ideológica no equivale a sacar teorías de la nada, en *inventárselas* en el sentido literal y simple de esta expresión: *consiste en elaborar la teoría correspondiente a los nuevos hechos y en tomar una perspectiva adecuada para juzgarlos.* Es, en última instancia, una autonomía de perspectiva.

## II. *La teoría de los países subdesarrollados y dependientes*

Si las ideologías revolucionarias no han logrado crear una perspectiva propia y autónoma de los países débiles, atrasados y dependientes, menos han podido hacerlo las ideologías conservadoras. Mal podríamos pedir al liberalismo burgués esa nueva perspectiva: en los países subdesarrollados se ha limitado a repetir los dogmas de la libertad económica o de una intervención burocrática, irregular e inorgánica del Estado, sin penetrar a fondo en los problemas vitales del desarrollo económico. El liberalismo económico sólo ha servido para implantar un régimen de *libertad para el desperdicio* —desperdicio de hombres, de capitales, de tierras, de recursos naturales— y para consolidar el reinado de los monopolios. Por una inexplicable paradoja, el liberalismo capitalista ha resultado la ideología más inepta para plantearse los problemas —no digamos para resolverlos— del desarrollo capitalista de los países atrasados. El liberalismo económico sirve para que las grandes potencias gobiernen la economía de los países débiles, una vez neutralizado el poder defensivo del Estado: su significado práctico no ha sido la libertad del débil sino su dependencia al fuerte, no la armonía de intereses sino el renunciamiento a la defensa de su propio interés, no la libertad sino el descontrol. Esa ideología ha sido defendida, en consecuencia, por las grandes potencias que aspiran a la hegemonía mundial —ayer Inglaterra y hoy Estados Unidos— y también por las clases capitalistas, en el seno de cada país, en cuanto unas y otras están interesadas en impedir que el Estado se organice como una estructura de defensa.

En la medida en que las grandes potencias capitalistas se niegan a participar activa y sinceramente en el desarrollo de los

países atrasados, afirman más ortodoxa y dramáticamente su credo liberal. Lo que hoy predica Washington no es la doctrina rooseveltiana del *buen vecino*, sino la tesis equívoca del *buen socio;* no es la cooperación entre Estados, sino el regreso a la época de las inversiones privadas. Por eso ha fracasado la Conferencia de Ministros de Hacienda efectuada recientemente en el Brasil, ya que el Gobierno de los Estados Unidos no quiere Banco Interamericano, ni corporación financiera alguna *destinada a la promoción multilateral del desarrollo latinoamericano*, con el aporte de los 3.500,000 millones de dólares en que se calculan las reservas de los países de América Latina. El programa de Washington es el de una *economía libre* que consiste en *inversiones privadas* —de acuerdo con las posibilidades comerciales y no las perspectivas de desarrollo y elevación del nivel de vida de nuestros pueblos— demandas inestables y precios que fluctúan bruscamente, inflando o degradando las economías dependientes.

Ésta es la gran enseñanza para los países débiles: Washington presta 700 millones de dólares a Corea del Sur y en nueve años ayuda a los países latinoamericanos con 209 millones de dólares para su desarrollo. Estos hechos nos demuestran dos cosas: la primera, que la más grande potencia liberal no está interesada en el desarrollo de los países atrasados, considerando esa operación como simplemente filantrópica y no como parte de sus necesidades de conservación; la segunda, que los países latinoamericanos, en el lapso comprendido entre las dos guerras mundiales, se han visto obligados a financiar, en el 90%, su propio desarrollo. Es obvio que semejante porcentaje no quiere decir que la *importancia* de la participación extranjera sea avaluable en un 10%, sino que los países latinoamericanos se han visto obligados a *subsistir* con sus propios recursos. Sentadas estas premisas prácticas, ¿cómo puede aspirarse a una participación norteamericana en *programas de desarrollo* y cómo puede creerse que pueda funcionar un sistema interamericano sin *órganos regionales* de aplicación autónoma de las normas? Y ¿cómo puede aceptarse la tesis liberal del desarrollo espontáneo, si los países atrasados y subcapitalistas están obligados a desarrollarse con sus propios recursos? He ahí las dos cuestiones esenciales que se nos plantean: la de aprender a emplear correctamente nuestros propios recursos —naturales, financieros, humanos— de acuerdo con unas metas de desarrollo y unas aspiraciones de vida mejor y la de *aprender a asociar nues-*

*tros recursos* con quienes tienen semejantes problemas y necesidades. Lo primero debe llevarnos a una nueva posición teórica y a la adopción de una técnica de planeamiento; lo segundo, debe conducirnos a una nueva concepción del *regionalismo* y *de sus métodos de cooperación.*

Pero no podrá aplicarse una técnica de planeamiento de recursos mientras no se transforme la arquitectura del Estado —hecho a imagen y semejanza de las clases ricas latinoamericanas— y mientras no se abandone el sedicente evangelio del *laissez faire,* de la libre empresa privada y del ausentismo de la autoridad pública. Ésta no es sólo una operación racional, sino, fundamentalmente, una operación política: la que supone un acceso del pueblo al Estado, una identificación entre los intereses de ambos y una derrota de la regresiva organización dinástica del privilegio. No habrá planeamiento mientras el *sistema de derecho* —para llamarle de alguna manera— se base en el respeto supersticioso al *derecho adquirido.* ¿Cómo podría el Estado establecer unas normas de empleo de los recursos, si está aprisionado en el régimen de "libertad económica de las clases ricas?" ¿Qué podría hacerse contra la economía de desperdicio —las tierras centrales convertidas en yermos, los capitales guiándose exclusivamente por la norma mercantilista del mayor lucro, el trabajo sin formación técnica y con los más bajos ingresos— si las clases ricas se escudan en el principio inflexible del derecho adquirido, libre y soberano?

Es necesario crearnos la conciencia de que la *técnica de planeamiento* no es sólo un método de empleo accidental de ciertos recursos, sino un método regular de vida de los países atrasados, si es que aspiran a mantenerse a flote en la historia universal; y de que no es sólo una técnica de manejo interior de recursos, sino un sistema de *complementación regional.* ¿Cómo escapar al aislamiento de las economías subdesarrolladas, puestas en cuarentena por las grandes potencias que les niegan por igual estabilidad en sus ingresos —por la venta de sus alimentos y materias primas— y recursos de financiación industrial? El único camino inmediato es el de la complementación regional, con países afines de la misma órbita continental o de cualquiera otra. Pero éste ha sido el papel internacional desempeñado por el liberalismo contra los países atrasados; el de *bloqueamiento doctrinario* de los métodos de entendimiento y complementación regional de esos países. Las Conferencias Mundiales de Comercio y Empleo no han insistido en la necesi-

dad de desarrollar las relaciones de comercio, no vulnerando los intereses de los socios pobres, sino garantizando la protección de los intereses de los socios ricos: su aspiración no ha sido la de crear "federaciones aduaneras regionales" o la de dar a la protección arancelaria una categoría de *sistema*, con una lógica y una justificación doctrinaria, sino la de proscribir los aranceles o desmontarlos para facilitar el tránsito de capitales y mercancías de las grandes potencias. Pero... ¿y los países atrasados?

Si los aranceles, buenos o malos, forman parte de su sistema inorgánico e improvisado de defensas, ¿cómo arrasarlos? ¿Cómo eliminar los controles de cambios internacionales, si las naciones subdesarrolladas no pueden defenderse de las fluctuaciones del ciclo económico, de las bajas súbitas de precios de su café, su petróleo, su cobre o de los movimientos erráticos —a veces sería más exacto decir piráticos— del capital que entra y sale causando trastornos? ¿Cómo proscribir el comercio de trueque multilateral, como técnica de entendimiento de los países pobres en oro y divisas? Tanto la política mundial como la política regional de los Estados Unidos se orienta en el sentido de proscribir estos métodos, desacreditando o imposibilitando el desarrollo de las teorías que podrían servirles de soporte. Los economistas latinoamericanos o asiáticos no han querido aventurarse en el estudio de la protección arancelaria, para crear una *teoría de la protección*. Y es muy poco lo que doctrinariamente se ha adelantado para elaborar una teoría del trueque multilateral, como técnica de negociación al margen del oro y de complementación de economías subdesarrolladas. La iniciativa en el campo de la elaboración teórica sigue en manos de las grandes potencias, así como la iniciativa política.

## III. *Una economía de la defensa*

El papel actual de los socialistas en los países atrasados es el de construir una economía de la defensa. Ésta es la gran cuestión de principio. Semejante tarea no podrá emprenderse sin una renovación de la perspectiva doctrinaria. En modo alguno en planteando una revisión académica y racionalista, una rectificación de gabinete, sino un reajuste de la teoría a los hechos. Si la filosofía dialéctica sirve para descubrir los procesos, las leyes de transformación de la naturaleza y de la sociedad, debe abandonar el arsenal de dogmas en que se halla

cómodamente alojada, para reiniciar su obra de creación y descubrimiento. Por eso no creo en ninguna filosofía dialéctica que se amarre, indisolublemente, a las *adquisiciones de las personas*, así tan importantes como Hegel o Marx. La *ortodoxia clasista* —que se basa en las adquisiciones teóricas de la lucha de clases en los grandes países capitalistas— debe ser substituida por el *nacionalismo popular* que combina, dialécticamente, los problemas de liberación de las clases con los problemas del desarrollo nacional. Esta posición no sólo rectifica, medularmente, las posturas tradicionales del nacionalismo, sino también las nociones sectarias sobre las clases. Al fin y al cabo, nuestro problema fundamental, en el orden doctrinario, es *comprender críticamente* los hechos, así como en el orden práctico es superar la vida inorgánica, contrahecha, precaria, un poco natural y silvestre, que aún hacen los países subdesarrollados, en los que aún tienen vigencia las *leyes de Malthus, ya que la población tiende a crecer más rápidamente que las subsistencias*. He ahí una de las grandes paradojas que pesan sobre los países atrasados: deben soportar el efecto de las crisis capitalistas de superproducción y sin embargo, deben sobrellevar, simultáneamente, una escasez crónica de alimentos. Por debajo de la teoría marxista de la crisis, opera la teoría malthusiana sobre el crecimiento de la población.

Y bien: ¿cuál es el sentido, las proyecciones, el alcance de esta economía de la defensa? Los países débiles no pueden hablar de ella con un sentido estratégico militar, sino con un sentido estratégico social. Las naciones atrasadas no pueden defenderse —por medio de las armas— de la agresión de una gran potencia, sino por medio de la organización regional y de la correcta administración de su patrimonio económico: he ahí porque reviste tanta importancia para aquellas naciones la creación de órganos internacionales de aplicación del Derecho.

Economía de la defensa es para las grandes potencias una economía de guerra: domina en ella la estrategia de poder y el empleo de factores militares, para lograr el aplastamiento del adversario y la imposición de una tendencia hegemónica. Para los países subdesarrollados, economía de la defensa es un sistema de transformación de la propia vida y de cubrimiento de los riesgos y trastornos producidos en el mercado internacional por las luchas de poder entre grandes contendientes, de cualquier vestuario político. La América Latina tiene que cubrirse de la inestabilidad de la demanda y las fluctuaciones de los

precios de sus productos de exportación en el mercado de los Estados Unidos, y Yugoslavia debe cubrirse del bloqueo económico-político de la Rusia Soviética. Para los países subdesarrollados, la economía de la defensa forma parte del *sistema de su desarrollo nacional*, más que del régimen militar de defensas: para las grandes potencias, el sistema militar de defensas domina la orientación de la vida económica, a través del presupuesto del Estado. Los Estados Unidos deben dedicar una creciente cuota de su presupuesto a esa estrategia armamentista; pero ¿cuánto debe distraer la Rusia Soviética en esa política armamentista y cuál es la incidencia —no sólo cuantitativa sino cualitativa— de esa orientación militar en el desarrollo histórico del pueblo ruso?

La *orientación estratégica de las inversiones exteriores* que ha caracterizado las dos últimas administraciones norteamericanas, debe impulsarnos a estudiar no sólo las características de nuestra economía de la defensa, sino la naturaleza del *sistema interamericano* en cuanto proyecta el sistema militar de defensas de los Estados Unidos. Esta necesidad hace válido el planteamiento que hice en 1947, en bases de la economía contemporánea, al analizar el alcance político-económico de la estandarización de armamentos y la unificación de Estados Mayores en América.

Esta situación de las grandes potencias —que sirve para explicarnos no tanto las doctrinas que exponen como la conducta que adoptan— ha conducido a un régimen de creciente desproporción entre los problemas y necesidades vitales de desarrollo de los países atrasados y los medios disponibles para resolverlos. De una parte es cada día más dramática la incapacidad de organismos internacionales como el Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento y de otra es excesivamente lenta la tendencia de asociación regional de los países subcapitalistas y de economía periférica. Mientras en Asia se forman los primeros grupos regionales defensivos —como los estimulados por el Gobierno de la India— en África se vive la etapa del más insular localismo y en la América Latina cada nación rodea de murallas impenetrables su propia casa, no obstante las predicaciones del regionalismo interamericano. Los anhelos regionalistas de mayor trascendencia —como la Federación Aduanera Gran-colombiana, la asociación de bancos centrales, el sistema multilateral de trueque, la marina mercante— han sido implacablemente aislados por la política de Washington. Temerosos

de toda comunicación entre sí, los países latinoamericanos han terminado por entender restrictivamente el *interamericanismo* como un sistema de relaciones con los Estados Unidos. ¿En qué medida han perfeccionado los países centroamericanos los métodos de mutuo entendimiento y complementación de sus recursos, a través de organismos regionales como la O.E.A.? Lejos de haber avanzado en el camino de la complementación o el acercamiento, el *interamericanismo* ha mantenido el régimen de *balcanización* de la América Central, y Washington ha construido bases de agresión en Nicaragua y Guatemala. ¿Subsiste alguna posibilidad de federación económica centroamericana o de conservación del sistema representativo, si la figura más próxima a Washington, desde el punto de vista militar y político, es el general Anastasio Somoza? ¿Qué suerte está reservada a la solitaria república de Costa Rica o a la pequeña Honduras, enclavada en el corazón del "imperio del banano"? Siempre tendremos que estar escribiendo con una mano las normas del Derecho continental y con la otra enterrando a Guatemala.

El enunciado objetivo de la manera como funcionan algunos sistemas regionales —que no tienen como objetivo la *integración* sino la *subordinación*— nos demuestra la necesidad ineludible de llegar a un nuevo concepto del regionalismo. Se ha calculado, por las autoridades de las Naciones Unidas, que sería necesaria una inversión anual de 14 billones de dólares para promover el desarrollo de los países atrasados, cuando en las mejores épocas del Punto Cuarto apenas se invertían 200 millones. Los países pobres demandan vida mejor —capitales de desarrollo, equipos, alimentos, cooperación técnica, justa relación entre los precios de las cosas que compran y de las cosas que venden— pero las grandes potencias sólo tienen verdadero interés en exportar convenios militares y armas. Los empréstitos en tanques y morteros no sólo tienen como efecto el rodear de un pesado cinturón de seguridad a los grandes Estados de poder, sino la degradación de la vida social y política de los países dependientes. ¿En qué han quedado las Coreas del Norte y del Sur, Grecia o los países centroamericanos? Las verdaderas víctimas de esta *estrategia de aniquilamiento* serán los pueblos, exilados en sus débiles patrias, y los principios democráticos y representativos.

En el mundo contemporáneo, nadie lucha por principios. Lo que hay de nuevo en la historia de hoy es que las ideologías se han convertido en armas estratégicas de las grandes

potencias, en la lucha mortal e inextinguible por la conquista de la hegemonía. Estados Unidos no lucha por principios. Ni Rusia tampoco: ése es el *fatum* de las naciones rentistas y cuya única arma de decisión es el dominio de factores de poder. En esto consiste lo que podríamos llamar *tendencia totalitaria de todo gran Estado de poder.* ¿Cómo sustraerse a esa temible y áspera ley de hierro, que fue capaz de reducir a pavesas el espíritu de la república norteamericana —fraguada sobre los más nobles y sinceros principios— y que cambió el rumbo de la revolución rusa, iniciada sobre el acto heroico de la paz de Brest? ¿Quién puede *creer* en los *principios liberales* de Washington, cuando miramos a nuestro alrededor un escenario de dictaduras financiadas y equipadas por Washington, o quién puede creer en los *principios comunistas* de Moscú, cuando vemos los países sojuzgados que integran su esfera de influencia —países proletarios, sin derecho a la autodeterminación— y sus gobiernos que no representan sino la voluntad de poder del Estado que maneja la soga y el hierro? ¿Qué papel pueden jugar los principios de Washington o Jefferson o los de Marx y Lenin? Los hechos de poder han *dominado y vaciado* las ideologías de liberación humana: en rigor de verdad, los principios doctrinarios juegan el mismo papel de las columnas atrofiadas en la arquitectura moderna, sin función propia.

El totalitarismo nazi era cínico porque convertía en un arma psicológica y en una doctrina su desvergüenza, en tanto que el totalitarismo de las grandes potencias comunistas y liberales es cínico porque aplasta en los hechos lo que adora en la teoría o porque no existe ninguna correspondencia entre lo que predica y lo que practica. Los principios —lejos de inspirar y condicionar una nueva conducta— han servido para cohonestar la vieja conducta de los imperios. Nunca ha tenido menos vigencia la Carta de los Derechos del Hombre que cuando han proliferado en el mundo los organismos internacionales encargados de su defensa. ¿Qué estamos obligados a creer quienes hemos sido testigos de este drama de simulación y arrasamiento? Los más, no *podrán creer nada.* Pero nosotros, socialistas convictos y confesos, estamos obligados no sólo a profesar una fe, sino a descubrir la profunda veta de nuestro destino, como países débiles y proletarios del mundo.

# UN REPORTAJE SOBRE SANTO DOMINGO

Por *Jesús DE GALÍNDEZ*

LLEGUÉ a la República Dominicana a fines de 1939; como consecuencia de la Guerra Civil Española, durante la cual peleé como como buen vasco en el ejército leal. La mayoría de nuestros refugiados se dirigían a México; pero yo tenía tan sólo 24 años, me sobraban ilusiones, y me resistía a ser uno más de la masa innominada. Necesitaba un país pequeño a donde nadie fuera, sólo así tendría oportunidades de abrirme paso en el Nuevo Mundo. Había visitado la Legación dominicana en Madrid en los días de sitio, y el recuerdo de algunos favores que les hice me dio la inspiración de abordar su consulado en Burdeos; donde conseguí el visado que me rescató de Europa justo en el último barco norteamericano. Lo que yo no esperaba entonces es que tras mí cayeran en la República Dominicana entre 4,000 y 5,000 refugiados más, disfrazados como agricultores; agricultores cuyas verdaderas profesiones variaban desde generales regulares del ejército y catedráticos universitarios hasta mecánicos y pescadores; naturalmente las colonias agrícolas fueron un fracaso, y poco a poco la mayoría se dispersó hacia otros rumbos. Yo fui de los pocos que quedaron en la República Dominicana como era mi propósito inicial, por más de seis años; seis años durante los cuales llegué a identificarme como hermano con el pueblo dominicano, y tuve la oportunidad de convivir uno de los regímenes políticos más pintorescos que han existido jamás en el mundo.

La República Dominicana comparte con Haití la isla central de las Antillas. En 1492 cautivó a Colón con sus bellezas naturales, y de ella partieron después casi todos los grandes descubridores y conquistadores. En su capital, Santo Domingo de Guzmán, llegó a florecer una pequeña corte virreinal, a comienzos del siglo XVI, cuyo recuerdo queda perpetuado en pétreas ruinas de sin igual encanto. Más tarde la primera colonia española en el Nuevo Mundo decayó; y los ataques de

Drake y otros corsarios oficiosos precedieron el establecimiento de rudos piratas en sus costas más inaccesibles; quienes más tarde dieron origen a la colonia francesa, cuyos esclavos proclamaron a comienzos del siglo XIX una república negra que conserva el nombre indígena de Haití. Tres fechas y dos guerras sangrientas jalonan la Independencia dominicana, arrancada sucesivamente de España en 1821, de Haití en 1844, y de España nuevamente en 1865; para sufrir todavía en el siglo XX la ocupación de los marinos norteamericanos de 1916 a 1924. Innumerables guerras civiles y más de un dictador salpican su historia nacional del último siglo; pero puede enorgullecerse también de contar con la universidad y la catedral más antiguas de América, con una nutrida serie de literatos ilustres desde la poetisa Leonor de Ovando en el siglo XVI, con un pueblo digno de mejor suerte, y con una naturaleza exuberante que encierra verdaderas joyas.

He recorrido la República Dominicana muchas veces de extremo a extremo. Desde la bahía de Samaná que un día fue refugio de piratas, hasta el Lago Enriquillo en que los indígenas taínos se mantuvieron invictos hasta firmar un tratado de paz con los españoles; trepando a caballo las montañas de su cordillera central donde se desploma la impresionante catarata de Jimenoa, y remando en cayuco por las pausadas aguas del río Ozama a través de sabanas en las que de noche resuenan tambores misteriosos; bosques de palmeras y bosques de cactus, playas de aguas multicolores en las que acecha el tiburón, bohíos de la manigua donde canturrea el campesino con dulzura tropical, fiestas populares en que los güiros acompañan un pimentoso merengue, rugir de huracanes y placidez de luna llena. . .

Pero desde hace 25 años esa tierra, exuberante y trágica, ofrece una curiosidad más al observador que pueda cruzarla sin llamar demasiado la atención. Para los dominicanos que lo sufren, el régimen trujillista es un drama diario que silencia labios y oprime corazones. Para los extranjeros con ojos bien abiertos, el benefactor y sus megalomanías son un tesoro de sorpresas increíbles, merecedoras de ser divulgadas.

CONFIESO que cuando solicité el visado para la República Dominicana ni tan siquiera pensé en quién sería su presidente, yo tan sólo pensaba en forjarme una nueva vida. Mi primer conocimiento del "generalísimo" Rafael L. Trujillo Molina

tuvo lugar accidentalmente en aquel consulado dominicano de Burdeos. Aguardábamos en cola la visación de nuestros pasaportes, en un salón dominado por el retrato de un personaje imponente tocado con sombrero de plumaje blanco. Uno de mis compañeros le preguntó al cónsul: "¿Ése es su presidente?"; y el cónsul respondió algo extraño: "No, ése no es el presidente; ése es el benefactor". Mi amigo y yo nos miramos sin comprender; pero un alzamiento de hombros cerró nuestras dudas, bah —pensamos— "cosas de América".

Pronto iría descubriendo el misterio de aquel "benefactor". Creo que mi primera lección política dominicana la recibí junto al Mar Caribe, reclinado en una haragana del Instituto Cristóbal Colón que los primeros refugiados llegados al país abrieron junto a la playa de Güibia. Uno de nuestros contertulios diarios era un periodista criollo llamado Gimbernar, de gracejo sin igual y acento difícil de entender, que se jactaba de ser uno de los "trujillistas" más fieles; y con orgullo incomprensible para nosotros se jactaba de ser el único diputado que había renunciado "de palabra". Pocas semanas después escuché otros comentarios no menos incomprensibles de labios del rector de la Universidad por aquel entonces, Ortega Frier, en cuya finca solíamos reunirnos los aspirantes al profesorado; se estaba muriendo el presidente Peynado, y parecía natural que el vice-presidente Troncoso de la Concha ocupara la vacante; sin embargo, Ortega Frier nos aseguró con lenguaje que parecía sibilino: "El jefe quiere que yo sea el nuevo presidente, pero yo le he dicho que Pipí no debe renunciar".

Sólo tiempo después conseguí aclarar aquellos misterios enigmáticos. En la República Dominicana del benefactor Trujillo hay elecciones, vaya que si las hay, mejor que en la Alemania nazi o la Rusia comunista; según el acta oficial de las últimas celebradas en 1952, el 100% de los electores depositaron su voto por todos los candidatos, desde el presidente de la República hasta el último regidor pasando por senadores y diputados. Pero Trujillo —el "jefe" y "benefactor"— les hace firmar previamente la renuncia sin fecha a todos sus cargos de elección; después, de vez en cuando, no tiene más que agregar la fecha del día a una de esas renuncias y hacerla circular; simultáneamente "sugiere" el nombre del nuevo congresista de acuerdo con el art. 16 de la Constitución —porque eso sí, la Constitución se aplica siempre al pie de la letra—, según el cual si se produce una vacante en cargo de elección popular el

jefe del partido a que pertenecía el anterior titular presenta una terna de la cual el correspondiente organismo público selecciona el sustituto; de ese modo tan "constitucional" el remeneo de diputados y senadores está a la orden del día. Con razón se jactaba nuestro amigo el periodista de ser el único que "renunció" de palabra, hay legisladores que se enteran de su renuncia cuando llegan a la Cámara sin previo aviso de lo que va a suceder; peor fue el caso de un Ministro de Relaciones Exteriores quien en presencia de un Jefe de Misión europea ordenó a su Jefe de Protocolo que averiguara por qué había sonado la sirena del periódico, y tuvo que pasar por la vergüenza de oír que "había sido aceptada" su dimisión.

Don Pipí Troncoso de la Concha ocupó finalmente la presidencia; pero más adelante también tuvo que renunciar. Fue uno de los episodios más regocijantes de la opereta política que viví en la República Dominicana, y merece mayor detalle. Sucedió el año 1942, año de elecciones generales. Trujillo había sido presidente de 1930 a 1934 y de 1934 a 1938; en 1938 decidió darse un paseíto por Europa e hizo elegir a su lugarteniente Peynado, aquel presidente que falleció a poco de nuestra llegada; al expirar su período cubierto por el vice-presidente Troncoso, todos los favoritos de Trujillo andaban revueltos porque la fecha se acercaba y aún no había signos que señalaran claramente al nuevo "presidente". Tan sólo se rumoreaba que este año 1942 habría "lucha"; porque desde unos meses antes la República Dominicana estaba en guerra con las Potencias del Eje y al parecer había que presentar siquiera una fachada democrática, total presentar otro candidato a derrotar era fácil. La única dificultad estaba en que bajo Trujillo sólo existe un partido, el Partido Dominicano, jefe: Trujillo. Así es difícil lucha alguna, aunque sea simulada.

Había que organizar rápidamente un partido de la oposición. Y una mañana nos desayunamos con la noticia sensacional: se había creado el esperado partido de la oposición, pero se llamaba... ¡Partido Trujillista! Menudo conflicto para todos durante 24 horas; porque cualquier otro Partido Demócrata, Liberal, Radical, Nacional, hubiera sido olvidado, pero ¡un Partido Trujillista!... ¿Qué hacer? La solución la tuvimos a la mañana siguiente; otro grueso titular del periódico matutino nos comunicaba la increíble noticia de que el Presidente de la Junta Nacional Directiva del Partido Dominicano había solicitado su admisión en el nuevo Partido Trujillista y había sido

admitido en el acto. Aquélla fue la señal orientadora; y todo el mundo se apresuró a afiliarse en los dos partidos.

Durante un par de meses asistimos a una volcánica campaña electoral en que los funcionarios públicos y los aspirantes a funcionarios corrían de mitin en mitin de ambos partidos, lo difícil era distinguir uno de otro porque todos los oradores tenían un solo tópico: la adulación más calurosa a Trujillo. Y seguíamos sin saber quiénes serían el candidato triunfante y el derrotado.

La primera convención fue la del Partido Dominicano, el tradicional. La emoción de los delegados era incontenible, porque se sospechaba fundadamente que ellos serían los "vencedores". Finalmente subió a la tribuna el Presidente de su Junta Nacional Directiva, el mismo que poco antes había solicitado su admisión en el partido de oposición; al fin se iba a saber el nombre del favorito a "elegir". Mas, ¡oh emoción!, el nombre que salió de sus labios para postularle como candidato fue nada menos que el del generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, benefactor de la patria. La ovación fue clamorosa; ya no había duda de que "ellos" serían los vencedores. En el acto se disputaron el honor de constituir una comisión especial que fuese a comunicarle a Trujillo la buena nueva, la sorpresa. Dicen que cuando la comisión llegó a su estancia fundación en San Cristóbal, el Jefe estaba dando un paseíto matinal a caballo, y que acogió los plácemes de los comisionados con un elocuente gesto de modestia, ellos podían tomarse el trago de celebración, pero *él* seguiría sin inmutarse su paseo ecuestre, estaba por encima de tales emociones humanas. Al día siguiente el periódico volvió a obsequiarnos con un titular a toda plana que decía: "Seguiré a caballo", comentó el jefe cuando le comunicaron. . .

"Seguiré a caballo" fue desde entonces el lema de la campaña electoral; el país entero se llenó de cartelones con la figura ecuestre del Generalísimo; y un compositor improvisó un merengue con la simbólica letra de "Y seguiré a caballo, eso dijo el general". Aunque el colmo de la adulación fue un inmenso letrero que yo mismo vi poner en la calle principal de la ciudad capital —Ciudad Trujillo, naturalmente— por un joyero italiano que hasta poco antes había sido entusiasta de Mussolini y ahora quería corregir pasadas desviaciones nacionalistas; el letrero rezaba sin la menor vergüenza: "Seguiré a caballo —dijiste, Jefe. Y nosotros te seguiremos a pie". No hay que decir

que Trujillo fue elegido presidente; por unanimidad, porque el Partido Trujillista se apresuró a endosar su candidatura. Así terminó aquel extraño partido de la oposición.

Pero la opereta no concluyó ahí. Las elecciones fueron en mayo, y la toma de posesión debía celebrarse en agosto; eran demasiados meses de espera. El Presidente de la Cámara —"antitrujillista" hasta poco antes—, se apresuró a exponer la difícil situación porque atravesaba el país en guerra; los dominicanos necesitaban al generalísimo Trujillo en el timón inmediatamente, había que buscar una solución inmediata. Fue fácil; de nuevo entró en juego la Constitución. El lunes leímos la noticia de que había renunciado el Ministro de la Guerra (hermano menor de Trujilo, incidentalmente), y que el presidente Troncoso había nombrado como tal a Trujillo el Grande; el martes renunció el presidente Troncoso en emotiva sesión ante las dos Cámaras; y, siempre de acuerdo con la Constitución, el Ministro de la Guerra ocupó provisionalmente la vacante. El resto de la combinación fue fácil; poco después el presidente del senado, Porfirio Herrera, "renunció" y don Pipí fue elegido senador presidente; el presidente de la Cámara, Peña Batlle, "renunció" a su vez, y Herrera fue elegido diputado presidente; Peña Batlle fue nombrado Ministro del Interior, su antecesor pasó a ocupar no recuerdo qué otro puesto, y así sucesivamente. Lo que no puedo precisar ahora es quién fue el funcionario que "renunció" del todo y se quedó sin puesto en esta bonita combinación "constitucional"; porque siempre hay algún cesante en esos remeneos, de ahí su emoción para los interesados.

Todos estos recuerdos que se apilan al escribir, los viví poco a poco. Entre tanto fui aprendiendo muchas otras cosas. Ya quedaba muy lejos aquella visión borrosa del consulado de Burdeos, un retrato de plumaje blanco. Ahora conocía al Trujillo de carne y hueso; y conocía otras muchas cosas más. Desde que llegué al país pude admirar el hermoso letrero luminoso y multicolor que el "presidente" Peynado se apresuró a poner en su hogar el día que fue "elegido": "Dios y Trujillo". Los anuncios de la Lotería proclamaban: "Salga de pobre, y Trujillo siempre". La ciudad capital había cambiado el nombre con que la bautizó Colón en el de Ciudad Trujillo; estaba radicada en la Provincia Trujillo, y la inmediata se llamaba Trujillo

Valdés (en recuerdo del papá); había provincias Benefactor, Libertador, San Rafael. . .; la montaña más alta se había rebautizado en Pico Trujillo. Era increíble la notoriedad alcanzada por aquel hombre. Aunque para mí lo mejor de todo sigue siendo el letrero que vi en la puerta del manicomio de Nigua: "Todo se lo debemos a Trujillo".

¿Cómo surgió este glorioso "generalísimo" de opereta? Una de sus muchas genialidades es que ha ganado sus grados sin haber combatido en campaña alguna; aunque declaró la guerra a Hitler, Mussolini e Hirohito. Su historia oficial comienza en los años de la ocupación de Santo Domingo por los marinos norteamericanos; un joven de San Cristóbal llamado Rafael L. Trujillo fue de los pocos dominicanos que se aprestaron a enrolarse en las filas de la Guardia Nacional creada para mantener el orden por el Ejército de Ocupación. Al retirarse éste en 1924, Trujillo ostentaba ya el grado de capitán; y en el Tratado de Desocupación se estipuló que los oficiales de esa Guardia pasarían a serlo de la nueva Policía Nacional. El capitán Trujillo hizo rápida carrera, con su inteligencia natural y el adiestramiento norteamericano; pronto era Coronel Jefe de la Policía, que reorganizó totalmente con oficiales de su confianza; y en 1927 había llegado a General Jefe del Ejército recién creado. Entonces se le presentó la ocasión. Desde 1924 era presidente un viejo caudillo de las guerras civiles pasadas, el general Horacio Vásquez; contra quien se alzaron algunas fuerzas del Cibao en el norte de la isla en el año 1930. Según me dijeron, el general Trujillo se apresuró a ratificar su lealtad al presidente Vásquez, y salió con sus fuerzas de la capital para combatir a los rebeldes; pero en secreto estaba confabulado con éstos si no era su jefe desde el principio, y los rebeldes ocuparon pacíficamente la capital mientras las tropas de Trujillo permanecían inactivas "sin encontrarles"; el presidente Vásquez tuvo que huir del país, tras buscar asilo en una embajada extranjera. Meses después Trujillo era elegido presidente, tras una campaña electoral en que la policía por él reorganizada fue mucho más eficaz que los mítines de propaganda; y no mucho después se había desembarazado de todos los "colaboradores" que podían hacerle sombra; el vice-presidente Estrella Ureña aún tuvo suerte, pues terminó desterrado en Estados Unidos; pero otro miembro del Gabinete Provisional y después senador, el general Desiderio Arias, fue simplemente asesinado.

Así comenzó en 1930 la "Gloriosa Era de Trujillo", que aún no ha concluido. Es una era que se registra cuidadosamente en los documentos oficiales y en los edificios públicos. Lo mismo una ley que un oficio ministerial debe ir firmado en el día tal de 1955, año 112 de la Independencia, 89 de la Restauración y 25 de la Era de Trujillo. En cuanto a las obras públicas, jamás olvidaré la inauguración con ocasión del Centenario de la República el año 1944 de un busto de cierta heroína de la Independencia fusilada cien años atrás, que al aparecer al público produjo la natural consternación al leerse al pie: "María Trinidad Sánchez, Era de Trujillo". ¿También ésta? se preguntaba la gente en secreto; porque si de algo tiene ganada reputación "el jefe" es de Tenorio, un Tenorio con ventaja.

Este lado humano del personaje político es de lo más interesante; digno de una novela, y de las que se leen bien. Ha estado casado tres veces; la primera parece que fue cuando aún su estrella no había subido bastante en el cenit, y los rasgos ligeramente mulatos de su famosa hija Flor de Oro perpetúan el recuerdo de una esposa descartada cuando el general Trujillo juzgó necesario tener una Sra. Trujillo más presentable. La segunda ya pertenecía a la buena sociedad, pero no satisfacía los ideales de belleza del nuevo Presidente; quien para contraer matrimonio con la tercera, y al parecer definitiva, no vaciló en hacer modificar la Ley de Divorcio a fin de incluir una causa tan injusta como la de no tener un hijo a los cinco años de matrimonio. Bueno, esto del hijo obligó además a aprobar otra nueva ley poco después; porque Trujillo carecía de heredero varón, y quería legitimar como suyo al adulterino que su tercera esposa dio a luz poco antes de divorciarse de un cubano que rechazó su paternidad. Doña María de Trujillo firmó años después una columna periodística dominical, sumamente curiosa, con el título de "Meditaciones morales".

Este hijo es el célebre "Ramfis". No fue bautizado así, es apodo adquirido en la niñez y no precisamente por influencia de la ópera *Aida*. A los nueve años fue designado General de Brigada, lo que por algún tiempo provocó el natural regocijo de todos. Allá cuando alcanzó los 14, el periódico nos comunicó debidamente que había decidido renunciar tal generalato para comenzar la carrera de las armas desde los primeros pasos; en carta ejemplar dirigida a su "querido papá", que fue repro-

ducida junto con el Decreto Oficial en que el presidente Trujillo admitía la renuncia del general Trujillo, y las cartas de felicitación de cuantos Secretarios de Estado, senadores y diputados tuvieron conocimiento del hecho a tiempo; todos se apresuraron a proclamar tal rasgo como modelo a imitar por la juventud dominicana.

Bueno, si resulta modelo no puede menos de ser alentador para la juventud de cualquier país. Porque el nuevo cadete Trujillo fue subiendo rápidamente, uno por uno, todos los grados del ejército hasta volver a ser general hacia los 23 años; pero esta vez por "rigurosos méritos". Al mismo tiempo se doctoraba en Derecho, y obtenía las máximas condecoraciones de las Órdenes de Cristóbal Colón, de Juan Pablo Duarte y hasta de Trujillo. Hoy es Mayor General y Jefe de Estado Mayor de la aviación dominicana, juega al polo en Miami, y no hace mucho fue padrino de la fugaz boda entre Porfirio Rubirosa y Barbara Hutton.

La historia de Porfirio Rubirosa está ligada a la de Flor de Oro Trujillo, fue el primer romance de ambos. Por entonces Porfirio era un oficial de la escolta personal de Trujillo, y la hija mayor del Presidente se enamoró del apuesto mancebo; que en tal virtud fue promovido al rango de Secretario de la Embajada Dominicana en París. Poco después un divorcio separó sus vidas, aunque quizás no los sentimientos de ella; y ambos iniciaron una carrera meteórica. Los matrimonios de Porfirio han alcanzado rango de titulares internacionales; pero en número le gana Flor de Oro. Su segundo esposo fue un médico dominicano, por algún tiempo Ministro dominicano en México; el tercero fue un capitán médico del ejército norteamericano, muerto en un incendio neoyorkino a comienzos de la II Guerra Mundial; el cuarto fue un acaudalado brasileño, Mayrink Veiga; los dos últimos fueron franceses. Actualmente está recluida en la República Dominicana, y se dice que al padre no le agradó mucho el marathón matrimonial, quizás porque le lleva tres puntos de ventaja.

Ah, se me olvidaba, Trujillo tiene un tercer hijo legítimo que fue bautizado Radamés, y creo que es coronel desde los 7 u 8 años. Su hermano menor, Héctor es general de los ejércitos y actualmente Presidente de la República; otro hermano es brigadier general *honoris causa* y propietario de una estación de radio-televisión; otro hermano murió —suicidado— también con el rango de general. Un cuñado es mayor general retirado,

otro es alto jefe de la aviación militar, y un tercero administró la Lotería hasta hace muy poco. Un sobrino es jefe de Estado Mayor del Ejército...

Y creo que es preferible no entrar en otra clase de romances, más o menos pasajeros, porque necesito espacio para otros ángulos políticos.

Los enemigos de Trujillo suelen hablar de su régimen de terror. Son ciertos los casos que se citan, y tuve ocasión de conocer personalmente algunas de las víctimas más recientes. Pero su arma más poderosa de sumisión es el hambre. Nada se puede hacer en la República Dominicana sin demostrar, no simplemente que uno no es enemigo del Gobierno, sino que es un adicto probado; cualquier solicitud oficial, incluyendo la planilla de un pasaporte o una declaración de importación, contiene una línea para incluir el número y la fecha de afiliación en el Partido Dominicano. Hasta los propios favoritos de turno saben que están a merced de cualquier capricho; y a Trujillo le gusta probarles que dependen de ese capricho. Tan fácil es ser ascendido a los máximos puestos, como ser destituido y aun parar en la cárcel.

Recuerdo ahora algunos casos sonados que viví. Allá en 1944 fue trasladado al país con el rango de Embajador-Consejero de la Secretaría de Relaciones Exteriores, quien hasta entonces había sido Embajador en Washington; estábamos en vísperas de conmemorar el Primer Centenario de la República, y todas sus amistades sabían que la señora embajadora había traído los vestidos necesarios para el acontecimiento y sus muchos festejos y recepciones. Pues bien, unas dos semanas antes de comenzar las celebraciones, el embajador Troncoso fue destituido fulminantemente en términos que no dejaban duda alguna de su total desgracia política, ni siquiera había sido "elegido" diputado como es costumbre cuando la desgracia es parcial; no hay que decir que permaneció encerrado en casa durante las semanas del jolgorio, y que ni siquiera sus amigos se atrevieron a invitarle a recepciones privadas. Ah, pero tan pronto como terminaron los festejos, fue designado miembro del Gabinete, creo que como Secretario del Tesoro, el señor embajador había sido castigado "sin Centenario" como un niño travieso es castigado sin postre. Lo peor es que aceptó el nuevo puesto.

Bueno, todos tienen que aceptar. Recuerdo otro caso peor. Fue poco tiempo después de llegar yo al país; Trujillo estuvo gravemente enfermo, y su médico de cabecera a la vez que Secretario de Sanidad llegó a decir que "olía a cadáver"; pero no murió, gracias a un rápido traslado a los Estados Unidos donde fue sometido al necesario tratamiento. En su ausencia toda clase de rumores corrieron por la República, y el que más y el que menos buscaba posiciones junto al posible sucesor; de quien más se hablaba era de un general Estrella, por muchos años lugarteniente de Trujillo como su comisionado especial en las provincias del norte. Cuando el benefactor se curó —y no hay que narrar el recibimiento que le tributamos en el puerto al regresar— una de sus primeras medidas fue destituir y mandar a la cárcel al Secretario de Sanidad, quien se lo tenía bien merecido por irse de la lengua; después le tocó el turno al general Estrella, acusado de alguna estafa en el ejercicio de su cargo y condenado a varios años de prisión, tras ser exhibido con el traje a rayas de los presos por las calles de la ciudad donde hasta días antes reinó como primer favorito de la benefacturía. La misión de humillar al general Estrella correspondió a un político viejo designado Gobernador Civil y a un coronel del ejército designado Gobernador Militar de la plaza; pobres hombres, no sabían lo que les esperaba, porque meses después Trujillo comenzó a hacer las paces con el general Estrella y los dos gobernadores fueron también exhibidos con el traje de presidiarios, en justa compensación. Pocas semanas después el pasajero Gobernador Civil de Santiago era "elegido" senador; y todos tan contentos.

Esas desgracias políticas llevan aparejadas otras complicaciones. En la República Dominicana de Trujillo se valoran los grados de la desgracia, según la caída de un ministro suponga su elección como senador o baje a diputado, según conserve el automóvil y la casa que le regaló el Jefe en los días de bonanza o se le vea caminando a pie por las calles. Una desgracia mayor supone la cesantía total, y serias dificultades para ganarse la vida. Hay que reconocer que en la cárcel terminan pocos, suele bastar con alzar el látigo.

Al cabo de tantos años, casi todos se han acostumbrado a esa incertidumbre; y aceptan con la misma resignación el castigo o el encumbramiento. Un miembro del Gabinete de Trujillo me comentó en cierto momento de desahogo que el Jefe había hecho del pueblo dominicano "un rebaño de mansas ove-

jas", y me lo decía con cruel ironía personal. Pero de vez en cuando alguno revienta, y consigue escapar al extranjero donde engrosa las filas de los "revolucionarios". Entonces el látigo desciende sobre sus familias; que suelen apresurarse a firmar todas las cartas que sean necesarias desnaturalizándose del traidor, menuda antología puede reunirse en los periódicos; si no sufren en su persona la venganza que no puede alcanzar ya a los ausentes.

Recuerdo otro caso que viví muy de cerca, por tratarse de vecinos y amigos. Cuando llegué a la República Dominicana, don Pericles Franco estaba en desgracia, era un maestro cesante; pero en los años siguientes fue pasando sucesivamente por los cargos de Subsecretario del Despacho del Generalísimo, Subsecretario del Interior, Diputado, y Presidente de una Corte de Apelación, amén de ser nombrado catedrático de la Universidad. Entre tanto su hijo Periclito estudiaba en una universidad de Chile, y se convertía en comunista; Periclito regresó al país hacia 1942 como consecuencia de la situación bélica, y sin conocimiento de sus familiares comenzó a dirigir una organización clandestina de estudiantes, que fue descubierta por la policía en el verano de 1945; Periclito consiguió asilarse en la Legación de Colombia, y don Pericles fue detenido en su lugar; días después Periclito marchó al extranjero donde inició una violenta campaña periodística, y don Pericles fue condenado a tres meses de prisión por un delito que se alegó había cometido muchísimos años antes; hoy Periclito dirige a los comunistas dominicanos desde el exilio, y don Pericles sigue en desgracia.

Y ya que hablo de Periclito Franco y de los comunistas dominicanos, bueno será dedicar nuestra atención a la elocuente parodia democrática simulada por Trujillo allá en 1946. Acababa de terminar la II Guerra Mundial, muchas dictaduras se desplomaban en Iberoamérica, y estaba de moda el "democratizarse". En la República Dominicana eso era fácil, bastaba con dar la orden desde la presidencia.

Había comenzado la cosa en diciembre de 1941, cuando la agresión japonesa en Pearl Harbor. Horas después corrió por la capital la noticia de que la República Dominicana le iba a declarar la guerra al Imperio del Japón. Yo que había hecho la Guerra de España y había vivido las primeras semanas de la

II Guerra Mundial en Francia no sabía todavía cómo se declaraba una guerra, y me dirigí a curiosear a la Cámara de Diputados; en efecto, allí estaban reunidos todos los parlamentarios listos a votar con su unanimidad acostumbrada. Pero las horas pasaban, y el espectáculo no se iniciaba; porque resulta que entonces Trujillo no era presidente sino que lo era don Pipí, y éste tenía que esperar instrucciones cablegráficas del benefactor desde Estados Unidos antes de poner en marcha los canales constitucionales. Finalmente llegó el cable, el Presidente mandó su mensaje al Parlamento solicitando su aprobación para declarar la guerra, senadores y diputados votaron que "sí" aun los que hasta el día anterior habían sido germanófilos, y el Presidente firmó la declaración de guerra al Japón. Pero entonces surgió la gran dificultad, ¿a quién leerle la declaración de guerra?, porque en Ciudad Trujillo no había diplomático japonés alguno; hubo que sacar de la cama a un pobre comerciante dominicano que tuvo la mala suerte de ser por entonces importador de mercancías japonesas y de propina cónsul honorario, quien escuchó asombrado la solemne declaración de guerra antes de ser detenido por la policía, al parecer como "sospechoso". Dos o tres días después estábamos también en guerra con Alemania e Italia.

Y se ganó la guerra. Trujillo era uno de los vencedores, uno de los campeones de la democracia. Fue entonces cuando inició la "democratización" del régimen. El primer paso fue reorganizar desde la presidencia la Confederación Dominicana del Trabajo, disuelta al comenzar la gloriosa era. Precisamente yo fui designado aquellos días asesor legal del nuevo Departamento de Trabajo; y viví los días febriles en que los sindicatos surgían más o menos espontáneamente, se aprobaban leyes obreristas a toda prisa, y hasta se ordenaba al director del periódico vespertino que iniciara una oposición discreta "sin atacar al Presidente ni al Ejército". Hasta que un día las cosas avanzaron tan de prisa que nos encontramos con la sorpresa de una huelga en los campos azucareros de La Romana, una huelga sin permiso previo de Trujillo. Aquello se ponía grave.

La huelga, abortada al principio, llegó a ser general en dos provincias a principios de 1946, y los obreros consiguieron grandes aumentos en sus salarios de hambre; en una de las sesiones ante el Comité Nacional de Salarios de que yo era secretario, hubo un propietario que declaró pagar a sus obreros 25 centavos al día sin comida. Pero junto a la huelga en serio

se desarrollaron extraños acontecimientos a tono con la opereta trujillista. La cosa comenzó según mis recuerdos, con un informe de la policía secreta según el cual, al celebrarse en La Romana una manifestación organizada por los norteamericanos empleados en su ingenio para celebrar la victoria final en la II Guerra Mundial, un tal Frías Meyreles había aparecido con la bandera roja por ser Rusia una de las Naciones Unidas; al ser detenido después, había declarado tener nada menos que 40,000 obreros organizados clandestinamente. Días después supe que el Embajador de México sospechaba tener un espía bajo apariencias de asilado político, pues decía tener cosas tan increíbles como la de ser jefe de 40,000 obreros organizados en la clandestinidad; era, naturalmente, el mismo Frías Meyreles. Quien después de pasar un mes como asilado, aceptó la oferta gubernamental de un alto puesto como Asesor de la Secretaría de Economía y Trabajo; en ésta pensamos al principio que se había entregado a las presiones oficiales como era normal, pero el tal Frías Meyreles nos saludó afirmando que era preciso ante todo "ahorcar al gobernador civil de La Romana"; días después me confiaba con todo secreto que era dirigente del Partido Comunista dominicano, al mismo tiempo que por mi parte pude averiguar quién era el funcionario que lo vigilaba a sol y sombra. No voy a detallar los episodios de aquellas semanas; desde el principio pareció claro que Frías Meyreles era tan sólo un perturbado pacífico, a quien utilizaron por igual algunos agentes comunistas dominicanos para probar la táctica gubernamental y el propio Gobierno trujillista para descubrir la organización comunista si es que existía. Nadie llegó a tomar en serio a Frías Meyreles.

Pero Trujillo siguió adelante con su táctica. Meses después, en 1946, mandó un agente a Cuba para entrevistarse con los comunistas dominicanos allí exilados, entre ellos Periclito Franco; el Gobierno dominicano les daba garantías para que se reorganizaran públicamente en la República. Los comunistas aceptaron, varios de ellos regresaron al país, y el llamado Partido Socialista Popular fue por algún tiempo el único partido de oposición tolerado en su acción y propaganda; al mismo tiempo que cualquier otro partido de la oposición democrática era imposible de soñar. No sé hasta qué punto los comunistas aprovecharon esta oportunidad, porque abandoné la República Dominicana a comienzos de 1946; pero la jugada de Trujillo era cantada desde el principio: en vísperas de las elecciones de

1947 pudo dirigirse al país afirmando que sus únicos enemigos eran los comunistas y que él estaba dispuesto a salvar la República Dominicana del peligro comunista (importado a la orden).

Esta vez Periclito terminó en la cárcel, con todos los ilusos muchachos que habían caído en la trampa, comunistas y no comunistas. Pero la "democratización" siguió adelante. Las elecciones de 1947 fueron las únicas durante la era de Trujillo que presenciaron la "lucha" entre tres candidatos presidenciales: Trujillo el Grande, don Fello Espaillat (que fue Secretario de Economía antes de que le ordenaran pasarse a una oposición nominal) y Panchito Prats en representación de un flamante Partido Laborista; lo malo es que no se puede estar en todos los detalles y pocos días antes de las elecciones se publicó una adhesión de todos los diputados a la candidatura salvadora de Trujillo, en relación nominal tan fiel que incluyó nada menos que al candidato "laborista" Panchito Prats. No hay que decir que Trujillo ganó. Tiempo después, Panchito volvió a ser "elegido" diputado por el Partido Dominicano oficial; don Fello Espaillat simplemente se murió.

Hoy en la República Dominicana todo ha vuelto a sus cauces normales. Ya no hay necesidad de "democratizaciones". El Partido Dominicano (jefe: Trujillo) es el único; su "anticomunismo" es el tópico de moda; la presidencia la ostenta el hermano menor de la dinastía; y Trujillo es de nuevo el benefactor que viaja por Estados Unidos y Europa. Como en los días de mi llegada a la República Dominicana.

RAMFIS juega hoy al polo, a más de dirigir la aviación dominicana. En mis días Ramfis era propietario de la mejor cuadra de caballos de carrera. El hipódromo se puso de moda en 1944, cuando el Centenario. Eran luchas muy movidas, en un ambiente estrictamente familiar: los caballos de Ramfis, contra los caballos de su mamá, de su tío Héctor, de su tío Mon Saviñón... y de vez en cuando algún extraño atrevido. Ah, pero lo que son las cosas de la vida. Uno de esos extraños había adquirido un espléndido caballo de nombre "Dicayagua", que al parecer había obtenido triunfos notables en los Estados Unidos antes de que una lesión lo pusiera a la venta; nadie de la real familia lo quiso adquirir, y "Dicayagua" pasó a ser propiedad de un comerciante español. Funesto error; el caballo mejoró con los aires del trópico, y pronto no había caballo

alguno de las cuadras trujillistas que pudiera vencerlo a larga distancia; llegó el día en que "Dicayagua" era el favorito de la ciudad capital, y se comenzó a murmurar si los aplausos no tendrían también un valor político como única forma de ovacionar algo que no pertenecía a Trujillo. El chisme debió ser muy grave, porque una mañana nos deleitamos con una carta pública en que uno de los ayudantes civiles de Trujillo acusaba al propietario de "Dicayagua" de drogar sus caballos y solicitaba su expulsión de la República Dominicana; al siguiente día una segunda carta respaldaba la petición de sanciones con varias firmas prominentes, entre ellas la de alguien que la mañana anterior había expresado su indignación ante aquella carta repugnante y por la tarde recibió la visita de un oficial de la policía. La expulsión no tuvo lugar; pero nada menos que el Jefe de Estado Mayor del Ejército llamó a su despacho al propietario de "Dicayagua" para conminarle a entrar en vereda; "Dicayagua" desapareció prudentemente del hipódromo.

No fue el único incidente hípico-político que recuerdo. Un refugiado español, el Dr. Enrique García, había sido veterinario de las vacas de Trujillo casi desde su llegada al país, y su éxito fue tal que le concedieron la nacionalidad dominicana *honoris causa;* después fue nombrado veterinario del hipódromo, lo que le suponía un buen ingreso sin apenas trabajo. Pero día llegó en que un caballo de Ramfis fue descalificado. Santo Dios, y la que se armó; lo de menos fue verle al Secretario del Interior corriendo hacia la tribuna del jurado para restaurar el debido orden; al día siguiente el jurado en pleno fue sustituido, y no en el hipódromo sino en sus puestos de trabajo diario, hasta el viejo don Haim López Penha pese a ostentar la máxima posición en la masonería dominicana en la que Trujillo no pasó de ser el "hermano Rafael"; y el Dr. Enrique García fue despojado de la nacionalidad dominicana e invitado a abandonar el país en días mejor que en semanas.

Los caballos de la familia real tenían que ser los mejores. Como la leche de la Hacienda Fundación es la primera que se vende, y los mejores negocios del país chorrean sus ingresos en las cuentas privadas de la familia real, sobre todo de su fundador. Pero quizás la afición más destacada de Trujillo es la de coleccionar.

Otros coleccionan sellos de correos. Trujillo colecciona títulos. Cuando es presidente, su mención obliga a insertar varias líneas en cualquier croniquilla social: S. E. el Genera-

lísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Honorable Presidente de la República, Benefactor de la Patria, y Reconstructor de la Independencia Financiera; ahora los linotipistas se pueden ahorrar una línea, pero aún a veces se equivocan y el Generalísimo sale antes que el Presidente. Es además catedrático de la Universidad de Santo Domingo, aunque nunca cursó estudios superiores algunos. Sucesivamente ha sido nombrado Primer Abogado, Primer Médico, Primer Maestro, Primer Estudiante... Tanto que lo difícil es encontrar un nuevo título para homenajearle según es obligado de vez en cuando; recuerdo también que en cierta ocasión se me presentó llorosa una alumna porque la policía le había exigido que iniciara un homenaje al benefactor y nada se le ocurría, pues bien confieso que trabajo ímprobo nos costó inventar algo nuevo. Aunque todavía falte cambiar el nombre del país en Trujillolandia, pero cualquier día puede suceder.

Una de las misiones de sus embajadores es conseguir nuevas condecoraciones. Las tiene de todos los países, nombres y colores; incluyendo una de la Orden de Malta que le impuso cierto príncipe tocado con la camisa azul y la boina roja falangista. Desde luego él suele corresponder otorgando la Orden de Trujillo, sumamente preciada en la República Dominicana. Su busto y su retrato se encuentra por doquiera, hasta en los lugares más insospechados. El año 1944 el Parlamento decidió unirle como cuarto Padre de la Patria a los tres inmortales de 1844, y creo que ya tiene su tumba reservada bajo la Puerta del Conde en que yacen los restos de Duarte, Sánchez y Mella.

Lo que no ha conseguido Trujillo es que le tomen muy en serio fuera de la República Dominicana. El año pasado vivió durante algunos meses en los Estados Unidos; al efecto se hizo nombrar Delegado Permanente ante las Naciones Unidas, probablemente esperando ser recibido por el protocolo acostumbrado en Ciudad Trujillo. Lo malo fueron ciertos desvergonzados exilados que se dedicaron a perseguirle con un ataúd a cuestas. Dondequiera que se adivinara su presencia, allí aparecía la fúnebra caja negra poco a poco mejorada con cuatro velas de cera y una corona de flores; a los huéspedes del Hotel Plaza de Nueva York ya no les hacía gracia ninguna el espectáculo vespertino.

A las Naciones Unidas sólo fue un día. Y su entrada fue

espectacular, los periodistas aseguraron al día siguiente que había causado la sensación reservada para Vishinsky en los días de tormenta internacional; y es que se presentó rodeado de una veintena de guardaespaldas, por si acaso. Frente al edificio de las Naciones Unidas le aguardó el imprescindible ataúd. Y lo mismo pasó la mañana que anunció recibiría a la colonia dominicana en un salón neoyorquino; elementos adictos al consulado madrugaron con el propósito de ocupar la acera antes de que llegasen los malditos portadores del ataud simbólico, pero la policía decidió con criterio salomónico: a la izquierda los manifestantes a favor y a la derecha los manifestantes en contra con ataúd y todo; naturalmente Trujillo se vio embargado por ocupaciones urgentísimas y dejó esperando a sus "fieles admiradores".

Poco antes de regresar a la República Dominicana —esta vez con el nuevo título de Ministro de Relaciones Exteriores y de Beneficencia Social— consiguió ser recibido por el presidente Eisenhower, en entrevista de cinco minutos según dijeron los periódicos. Lo que facilitó una broma esparcida por doquiera, según la cual el intérprete comenzó a hacer las presentaciones repitiendo los muchísimos títulos del Benefactor, y Eisenhower se vio obligado a mirar el reloj diciendo: "I am sorry. The five minutes are over" (lo siento mucho, pero han pasado ya los cinco minutos).

Muchos de esos exilados habían estado en la expedición de Cayo Confites, preparada el año 1947 para invadir la República Dominicana desde Cuba, con la evidente tolerancia del Gobierno cubano. Durante más de dos meses los periódicos publicaron a diario las últimas noticias de una invasión que pretendía ser secreta. Naturalmente, a la hora de la verdad todo quedó abortado por la forzada acción de la marina cubana que detuvo a los tres barcos que habían zarpado en expedición suicida. Quizás fue mejor para ellos, pues la desorganización de los invasores era notoria; varios generales y coroneles se repartían el mando de una fuerza que esperaba reclutar soldados al desembarcar, tan sólo la brújula de uno de los barcos funcionaba, y desde luego Trujillo estaba al corriente de todo.

Lo mismo que lo estuvo de la segunda invasión de 1949, esta vez por vía aérea. Siete aeroplanos partieron de un lago de Guatemala, y tan sólo uno de ellos amaró en el diminuto puerto de Luperón al norte de la República Dominicana. Tripulaban este avión tres pilotos norteamericanos, y lo mandaba un

antiguo alumno mío, Horacio Ornes; la idea era sorprender Luperón y entablar rápido contacto con los revolucionarios del país, mientras otros aviones aterrizaban en las ciudades del interior. Las fuerzas atacantes, doce hombres, se dividieron en dos bandos que avanzaron sobre la población por distintos lados; pero en la oscuridad se tirotearon entre sí con la pérdida de un muerto y de un herido grave, y Ornes decidió replegarse hacia el hidroavión; algo fallaba en los cálculos, y los invasores se aprestaron para el despegue, con tan mala suerte que una vez más se desorientaron y en lugar de emprender velocidad hacia el mar lo hicieron hacia la playa donde embarrancaron, a tiempo que llegaba un guardacostas de Trujillo que abrió fuego. En el avión perecieron achicharrados el herido y un enfermero; Ornes con seis muchachos más se adentró en las montañas con la esperanza de alcanzar la frontera haitiana, pero al día siguiente amaneció enfermo el jefe lo que les forzó a retardar el paso, y finalmente a caer en una encerrona preparada por las tropas trujillistas. Ornes y cuatro muchachos fueron hechos prisioneros; los otros dos que consiguieron escapar, y los tres aviadores norteamericanos, reaparecieron después en un parte oficial del Gobierno como muertos en lucha, aunque la sospecha general es que fueron fusilados.

Tan sólo hace pocos meses supe lo que pasó con los otros seis aviones que nunca llegaron a la República Dominicana. Tenían instrucciones para aprovisionarse de gasolina en la isla mexicana de Cozumel, a donde debían llegar a las 6 en punto de la tarde, sin ostentar banderas mexicanas como se había pensado antes, y sin que portasen armas visibles los tripulantes que descendieran de los aparatos. Pero llegaron a Cozumel a las 8 de la noche, con puntualidad hispanoamericana; el aerodromo estaba cerrado y sin luces, tuvieron que pedirlas por radio, y salió a recibirles el comandante del aeródromo que nada sabía; todos los aviones conservaban las banderas mexicanas pintadas días atrás, y más de un tripulante no dudó en descender con pistolas ametralladoras al cinto. Allí abortó la expedición para ellos; y de nuevo fue para su bien, porque el enlace que tenían con la República Dominicana era en verdad un oficial del ejército de Trujillo, quien estuvo así al corriente de los últimos detalles del descabellado intento; ese oficial fue ejecutado más tarde en La Habana por otros exilados, a quienes pretendió seguir engañando.

No, cuando el año 1939 solicité mi visado dominicano en Burdeos no sospechaba nada de esto. Pero no me pesa haber ido allí. Aprendí mucho; sobre todo aprendí a amar a un pueblo que merece mejor suerte. Con el que tengo una cita pendiente; entre los flamencos rosados al pie del Bahoruco, donde la naturaleza entera habla de una libertad a la que no puede alcanzar benefactor alguno.

# ANIVERSARIO DE LA REVISTA

Es ya tradicional celebrar con una cena en céntrico restaurant de la ciudad de México la aparición del número correspondiente a los meses de enero y febrero. En esta ocasión la cena anual tuvo lugar en el Restaurant Prendes, a la cual asistieron intelectuales mexicanos, de otras naciones latinoamericanas y de la España en el exilio. Hicieron uso de la palabra el mexicano Pablo González Casanova, el español Ramón Xirau y el cubano Raúl Roa. Andrés Henestrosa fungió atinadamente como Maestro de Ceremonias. Los discursos se incluyen a continuación:

*Dijo el mexicano:*

Cuando leí, hace ya algunos días, que el canciller del tesoro o ministro de hacienda, Hugh Dalton, había dicho que los Estados Unidos tenían que "exportar o expirar", pensé que yo no podía menos de hablar sobre el asunto en esta cena tradicional de intelectuales progresistas. Porque, ¿qué significa eso de que los Estados Unidos exportan o expiran? Traducido al lenguaje de exportación significa que nosotros vamos a necesitar cada vez más ayuda material para nuestro sano desarrollo, más técnicos para nuestra salubre evangelización, y más tiranuelos para nuestra democracia y libertad. La cosa es de vida o muerte para ellos y lo será también para nosotros. Pero ¿nos damos bien cuenta del problema o nuestra apatía e incluso la retórica revolucionaria nos inclinan a pensar bajo los cánones conocidos de nuestra especulación habitual? La especulación suele convertirse en una manía, cuyo principal y doloroso ejemplo es el del matemático Hipatias, asesinado por un bárbaro que dejó inconclusa la ecuación. En nosotros, que pertenecemos a una cultura menos amable a las formas y números y mucho más a la historia, hay siempre la posibilidad de que especulando sobre la historia le volvamos del todo la espalda. Estamos acostumbrados a pensar que ya pasó 1521, que ya pasaron 1810, 1858, 1910, 1938. Estamos acostumbrados a pensar que la Conquista, las Guerras de Independencia y Reforma y la Revolución ocurrieron en el pasado. Por nuestra condición de intelectuales y nuestra iluminada capacidad para la historicidad, los mitos reversibles con que el pueblo

imagina su presente nos dejan invulnerables. Y sin embargo el pueblo puede tener razón y otra vez viviremos la Conquista, la Independencia, la Reforma, la Revolución.

Para que el pasado fuera realmente un pasado como nosotros lo interpretamos se habría tenido que acabar la historia. En tal caso nos sería fácil tomar un plan, un proyecto de lucha, transformar los verbos, haciendo una conversión del futuro al pretérito y descubrir que el texto correspondía a la realidad. Así, por ejemplo, si tomáramos el primer plan de la Revolución Mexicana y lo leyéramos en esa forma, diría lo siguiente: "Todo cambió. Los puestos públicos ya no fueron para los aduladores y los intrigantes, sino para los que por sus merecimientos se hicieron dignos del cariño del pueblo; los funcionarios ya no fueron esos sultanes depravados y feroces que ayer protegía la dictadura y facultaba para que dispusieran de la hacienda, de la vida y de la honra de los ciudadanos; son, por el contrario, hombres elegidos por el pueblo, que velan por los intereses públicos, y que, de no hacerlo, tienen que responder de sus faltas ante el mismo pueblo que los ha favorecido; desapareció de los tribunales de justicia esa venalidad asquerosa que ayer los caracterizaba, porque ya no hay dictadura que haga vestir la toga a sus lacayos, sino pueblo que designa con sus votos a los que deben administrar justicia, y porque la responsabilidad de los funcionarios no es un mito en nuestra democracia; el trabajador mexicano dejó de ser, como era antes, un paria en su propio suelo: dueño de sus derechos, dignificado, es libre para defenderse de esas explotaciones villanas que ayer le imponían por la fuerza... y llega a disfrutar de comodidades que nunca podría disputarse con sus antiguos salarios...; no está allí la dictadura para aconsejar a los capitalistas que roben al trabajador y para proteger con sus fuerzas a los extranjeros que contestan con una lluvia de balas a las pacíficas peticiones de los obreros mexicanos; hay tierras para todo el que quiera cultivarlas y la riqueza que producen es para el activo labrador que después de abrir el surco y arrojar la semilla con mano trémula de esperanza, levanta la cosecha que le ha pertenecido por su fatiga y su trabajo; arrojados del poder los vampiros insaciables que ayer lo explotaban, y para cuya codicia eran muy pocos los más onerosos impuestos y los empréstitos enormes de que estábamos agobiados, se han reducido considerablemente las contribuciones; antes las fortunas de los gobernantes salían del tesoro público; como esto ya no sucede se ha realizado una gigantesca economía, y los impuestos han tenido que rebajarse...; ya no hay servicio militar obligatorio, ese pretexto con que los antiguos caciques arrancaban de su hogar a los hombres...; el clero, ese traidor impenitente, ese súbdito de Roma y enemigo irreconciliable de las liber-

tades patrias, encuentra leyes inflexibles, que ponen coto a sus excesos y lo reducen a mantenerse dentro de la esfera religiosa. . .; todas las libertades han sido restituidas al pueblo y no sólo han conquistado los ciudadanos sus derechos políticos, sino el gran mejoramiento económico; no sólo se ha triunfado de la tiranía, sino también de la miseria".

Si leyendo el texto así, viéramos que correspondía a la realidad y que no era el necio discurso de un adulador inexplicable, podríamos legítimamente decir que ya nunca más vamos a vivir el pasado. Pero si esto no ocurre, quiere decir que el pasado es una simple abstracción, un grato formulismo intelectual y poético. En ese caso, vueltos los ojos al mundo, hay que ver qué posibilidades existen de que se repita nuestra historia universal. El descubrimiento puede resultar doloroso, sobre todo para quienes nos hayamos hecho la informe ilusión de que los grandes problemas históricos están razonablemente resueltos: el problema Conquista con Cuauhtémoc, el problema Independencia con Hidalgo, el problema Revolución con Madero, o Zapata o Cárdenas, y así las culturas, los símbolos, las ideologías y las luchas que ellos representan. Yo veo que el pasado se va a repetir aunque bajo nuevos signos, no menos problemáticos, ni sangrientos, ni heroicos. Un día nos vamos a encontrar con que definitivamente estamos en el pasado. Vamos a ver que nos arrojaron de nuevo al pasado. Esto nos va a herir mucho, porque como intelectuales, estamos acostumbrados a arrojarnos sobre los problemas, pero no a que nos arrojen. Nos molestará más en tanto más sintamos que nos han arrojado.

No compadezco al hombre —si algún día llega a existir— que viva fuera de la historia y la considere legítimamente como pasado. Su visión estética de nuestra historia le será por lo menos tan apasionante como lo fueron para Zeus las batallas entre tirios y troyanos. Su visión estética le bastará para conservar su condición de un gran dios humano. Pero nosotros no podemos ignorar la posibilidad de ser realmente históricos, de que mañana nos haga la historia un efecto casi injustificado, de que mañana la historia deje de ser un hábito mental y se convierta en sí misma, primero bajo el aspecto sombrío de las nuevas conquistas y casi al mismo tiempo bajo la égida de la independencia, de la reforma, de la revolución. No me parece inconveniente que como intelectuales, anticipemos el problema que nos van a plantear, que sintamos vibrar el problema e imaginemos sus posibles vibraciones, y la repercusión que éstas pueden tener en nuestra filosofía, en nuestra política, en nuestra acción personal. Esta anticipación imaginativa

nos impedirá sentirnos defraudados como intelectuales, y quizás la mejor forma de suscitarla radique en preguntarnos si lo que el canciller del tesoro o ministro de hacienda Hugh Dalton considera un dilema, esto es exportar o expirar, no va a ser algo todavía más radical: exportar y expirar.

*Pablo GONZÁLEZ CASANOVA.*

*Dijo el español:*

CON la amabilidad y la benevolencia que le son características, don Jesús Silva Herzog me pide que este año les dirija la palabra: como español y como mexicano; como español en México y como mexicano en esta España que sigue siendo nuestra: la España del exilio.

Me temo que tan sólo podré descubrirles el Mediterráneo. Pero, me pregunto, ¿no estamos aquí precisamente para descubrirlo y redescubrirlo? ¿No venimos aquí, año tras año, para volver a sondear nuestras ideas y nuestras creencias, para reafirmar nuestras esperanzas y nuestras tradiciones?

Los grupos reaccionarios de España y de América han vivido de esta palabra: tradición. Usando y abusando de ella, han llegado a hacer creer que nosotros no tenemos tradiciones, que somos los extranjerizantes, los que vivimos extraños a todo un pasado lleno de virtudes. Y lo peor del caso es que no pocos liberales del siglo pasado y aun de este siglo llegaron a dejarse convencer por los argumentos de los tradicionalistas. Al mismo tiempo que negaban el tradicionalismo, llegaban a negar sus propias tradiciones. Para ellos tan sólo existía la alteración de lo presente y la esperanza ambigua de lo futuro. ¿No ha llegado a decir un autor que España no ha existido nunca? El autor quería ser paradójico. Pero de la paradoja a la mentira muchas veces no media sino un paso. Los tradicionalistas querían conservar el pasado porque era pasado. Tal vez lo que debe diferenciarnos de ellos es que nosotros queremos conservarlo porque es nuestro, hermoso y vivo. No nos interesa una cultura arqueológica. Nos interesa un ayer que es hoy y que es mañana, un ayer que lleva el nombre de los humanistas de España y de América: Ramón Lull, teólogo de viva voz, poseído por el ideal de una sociedad ecuménica; Vives que niega los derechos de guerra y de conquista; Vasco de Quiroga que trae a la Nueva España las utopías de Platón y de los renacentistas; Bolívar

que sueña en la unidad de la América Hispánica; Rubén Darío y Unamuno; Maragall y Alfonso Reyes.

Es la tradición de la libertad la que nos importa. La que se cifra en fechas y en momentos de nuestra historia común: la guerra de independencia española; la lucha, acaso civil, por la independencia americana; la Revolución Mexicana de 1910; la hora de España. Esta hora de España que es hora nuestra y que fue hora de todos: la de Caudwell y de Miguel Hernández y de García Lorca; la hora de Orwell de Malraux y de Paz; la hora del artista, del poeta y del hombre del pueblo. Y es precisamente esta tradición, esta historia, la que nos permite ahora afirmar y confirmar algunos puntos, realizar algunos actos de fe.

Nuestro tiempo es el tiempo de la reducción. Nuestra época es la *del nada más que*. El hombre es, para unos, tan sólo una serie de instintos primitivos; es, para otros, tan sólo el juego preciso y determinado de fuerzas sociales, históricas y políticas; es, finalmente, un técnico determinado por la técnica. Sociólogos, políticos, psicólogos, escritores o filósofos han trabajado en disminuir la dignidad humana, en rebajarla y someterla a los varios determinismos calculados por la ciencia. La poesía, el arte, la libre expresión, no son más que sublimaciones, superestructuras, vanas y falsas ilusiones. Frente a esta reducción del hombre, afirmamos los valores del espíritu, la libertad del poeta y del artista, del pensador y del creyente. Negamos las tentativas de explicación que reducen el todo a una de sus partes. Afirmamos la posibilidad de explicar las partes por el todo. No desde una torre de marfil. Porque nos sentimos partícipes de este mundo en que vivimos; porque sabemos que también nosotros nos reducimos más de una vez al reducir al hombre; porque creemos que cualquier proceso de liberación debe empezar con la liberación del ser propio.

Una de las formas más típicas del reductivismo en las filosofías de nuestro tiempo es el nacionalismo. Día a día los Estados van cerrando sus fronteras. Crece, día a día, el falso sentimiento de superioridad que cada nación siente frente a la nación vecina. Lo bueno no es bueno por ser bueno sino tan sólo por ser mío. Lo malo es malo porque es de otro. Y este nacionalismo desciende a los grupos y a los individuos, y grupos e individuos llegan a sentirse medida de todas las cosas. Podemos erigirnos en jueces de los demás y podemos decir que un escritor, un artista, un poeta, son nuestros porque siguen la definición abstracta de lo que consideramos nuestro. Que son extranjeros porque no obedecen a nuestra definición dogmática.

Es evidente, claro está, que un tipo de nacionalismo es comprensible. Las pequeñas naciones tienen la obligación de reclamar sus dere-

chos cuando las más poderosas quieren eliminarlas y destruirlas. Permítaseme citar el caso de Cataluña. Mi tierra catalana, la nuestra, también tierra de España y de Hispania, ha sufrido, bajo el régimen centralista del Estado español, una de sus más graves crisis. Han tenido que exilarse sus poetas, sus artistas, sus hombres de ciencia. Algunos de ellos han muerto en el exilio: Pompeu Fabra, Serra Húnter, Joaquín Xirau, Avelí Artís. Poetas y escritores llevan a cabo su obra silenciosa en México, en América, en Europa: Josep Carner, Agustí Bartra, Miquel i Vergés, Ventura Gassol, Pere Calders, Manuel Durán. Historiadores como Bosch Gimpera y Nicolau d'Olwer, filósofos como Roura Parella, Ferrater Mora y Nicol, hombres de ciencia como Augusto Pi Sunyer trabajan en tierras de América. Joan Junyer o Jiménez Botey, pintores y artistas viven también entre nosotros. Desde su voluntario retiro en el Pirineo, Pablo Casals, catalán, español, preside, símbolo vivo de la libertad, los destinos de su pueblo. Éste es el caso de Cataluña. Es el caso de la mayoría de las tierras.

Pero si es evidente que hay un tipo de nacionalismo comprensible hay otro que nos es absolutamente necesario. El nacionalismo que es nacimiento y que es naturaleza. El nacionalismo, que, más allá de las fronteras, se acerca a la naturaleza del hombre y hace de la tierra su nación. Es el nacionalismo de nuestras tradiciones, el de Maragall, Oliveira Martins o Rubén Darío. El nacionalismo que ve en toda Iberia una misma y variada naturaleza. Este nacionalismo de frontera abierta es el que oponemos al nacionalismo de las reducciones.

Queremos un mundo sin fronteras y lo queremos cerca de nosotros y lo tenemos cerca de nosotros, en este México libre y en esta América que habrá de unificarse un día, que habrá de reclamar a la España de todos, a la España que es una parte de nuestra hispanidad americana.

*Ramón XIRAU.*

*Dijo el cubano:*

Sólito es que vivan sin estrecheces ni sobresaltos los periódicos y revistas "vividores". Conozco uno que ha puesto a prueba la resistencia del cuerpo social durando más de un siglo al servicio de las peores causas. Lo que sí resulta insólito es durar desafiando el soborno, la estolidez, la calumnia y el cerco. Vivir muriendo de honradez y morir viviendo de abnegación suele ser el destino de los periódicos y revistas que prefieren la estrella que ilumina y mata, al yugo que engorda y

degrada. De ese periodismo ejemplar fue ayer muestra señera el *Repertorio Americano* de Andrés Bello y son hoy luminosos dechados el *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge y *Cuadernos Americanos* de Jesús Silva Herzog. Para conmemorar el decimocuarto aniversario de esta gran tribuna —bastión y conciencia de la dignidad continental— nos hemos reunido esta noche un puñado de hombres libres de México, de España y de nuestra América, cuya representación me ha sido generosamente confiada.

Si es ésta la primera vez que un cubano tiene la honra de levantar su palabra en la cena anual de *Cuadernos Americanos,* no podía ser, en verdad, en más dramáticas circunstancias para los pueblos de nuestra tradición, lengua y espíritu. Nuestra América, la América de Bolívar, Juárez y Martí, está hoy avocada a la total extinción de su soberanía y a su feudal sometimiento a una estructura imperial roída por la codicia y la soberbia. No viene esa amenaza precisamente de Europa o de Asia: viene de tan cerca que la sentimos gravitar sobre nosotros. Viene de una potencia sita en nuestro mismo vecindario allende un río que la separa de México. Su sigla es USA, su canto de sirena la democracia y su chivo expiatorio el comunismo. Un Leviatán aerodinámico disfrazado de Caperucita Roja con la bomba de hidrógeno bajo la manta. Hace ya muchos años lo advirtió solemnemente José Martí: "Por el norte un vecino avieso se cuaja". Ya cuajó y ahí está, presto a engullirnos en nombre de la libertad. ¿Cabe mayor afrenta a la semántica? No tendría eso al cabo importancia alguna si no anduviese por medio el decoro, la autodeterminación y la subsistencia de ciento cincuenta millones de seres humanos. Eso es lo que cuenta; y lo que no cuenta, ni puede contar, es el pensamiento aséptico, la literatura de balcón o el arte de nube.

El imperialismo norteamericano no es, por desgracia, una categoría metafísica, ni una invención soviética. Es un hecho como puño. Un fruto legítimo de la dialéctica histórica del régimen de la libre empresa. Ni es tampoco una invención soviética, ni una categoría metafísica la dictadura criolla que le brinda, a costa de nuestra sangre, sudor y miseria, sostén y riqueza. De ahí el abierto apoyo que el imperialismo le ha prestado siempre a los espadones del continente y el descocado respaldo de éstos a sus fechorías y depredaciones. Se entienden, auxilian y complementan. Cuando el cipayo falta, se fabrica, pertrecha e impone, con absoluto desprecio a todas las normas, usos y costumbres de la convivencia civilizada, como aconteció hace unos meses en Guatemala y está aconteciendo en Costa Rica, invadida, como aquélla, por una horda de mercenarios a paga de conocidos monopolios y del tristemente célebre Tacho Somoza. En la cena pasada de *Cua-*

*dernos Americanos,* mi querido amigo y eminente escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón hizo un cálido llamamiento a la conciencia hispanoamericana en defensa de su pequeña patria amenazada. Yo quiero hacerlo en ésta en defensa de la minúscula y casi inerme Costa Rica. La batalla de Costa Rica es también nuestra batalla. Pelear por ella es pelear por nuestro albedrío y sobrevivencia. Y es, además, insoslayable deber, pues "todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la ve ofendida, porque es pelear por su entereza de hombre, y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden o no es hombre entero".

Ya se pueden contar con los dedos de una mano los pueblos hispanoamericanos que aún participan, en alguna medida, en la conducción de sus propios destinos. ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno? En este caso, lo más seguro es quién sabe.

No es de ahora ciertamente la crisis del régimen democrático en nuestra América. Esa crisis data desde los albores mismos de la independencia. No es preciso acudir a interpretaciones biológicas, psicológicas, climáticas o éticas para explicarla. Basta apelar a nuestra propia historia y a sus factores condicionantes en el plano de la historia universal. Su razón última hay que buscarla en las supervivencias de la estructura colonial, en el desarrollo económico dependiente, en el predominio político de las oligarquías, en la concepción patrimonial de la administración pública, en el avaro atesoramiento de la cultura, en la pugna interimperialista por el control de materias primas esenciales y en la etapa de tránsito social que atraviesa el mundo. Ni Porfirio Díaz, ni Juan Vicente Gómez, ni Estrada Cabrera, ni Machado, ni Trujillo, ni Ubico, ni Somoza, ni Rojas Pinilla, ni Odría, ni Pérez Jiménez, ni Batista, ni Castillo Armas son el producto de un "destino manifiesto". Son el producto y la expresión de la alianza de la reacción, el cuartel y el imperialismo. Meros títeres de fuerzas políticas, sociales y económicas que se conciertan y anudan para frenar, en beneficio propio, el desarrollo nacional de nuestros recursos y el ascenso de las masas populares a mejores condiciones de vida. En ese ya dilatado conflicto entre la reacción y el progreso, la dictadura y la democracia, el imperialismo y la nación, los pueblos hispanoamericanos han intentado, una y otra vez, encontrar la expresión de su propio rumbo y su acceso al banquete platónico. Mil veces han sido abatidos por la violencia, el engaño y la avaricia; mil veces se han alzado y proseguido la lidia. No en balde cuando "un pueblo entra en revolución no sale de ella hasta que la corona". Y aún está por coronar la epopeya iniciada en 1810.

Pero la crónica crisis del régimen democrático en nuestra América

nunca ha sido tan profunda y generalizada como en los agitados días que corren. De sur a norte, espadones, gamonales y godos andan haciendo de las suyas con manifiesta complacencia del *State Department* y sin que a la Organización de Estados Americanos o a la Organización de las Naciones Unidas les importe un comino los desafueros, latrocinios y crímenes que se perpetran en esa vasta porción del llamado "mundo libre". El torvo mecanismo, lubricado con grasa nacional y extranjera, ha yugulado ya en casi todo el continente las libertades públicas, las conquistas sociales y los avances económicos obtenidos tras prolongadas y fieras contiendas. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos democráticos por minorías castrenses o civiles apoyadas en intereses extranjeros, caracterizan este borrascoso proceso. Ningún caso más ilustrativo, a este respecto, que el de Guatemala. La única democracia que tolera allí el *State Department* es el imperio de la *United Fruit.* Y aún están vivas en la memoria de todos las soterradas intrigas y las campañas difamatorias contra el gobierno revolucionario del general Lázaro Cárdenas al poner a disposición del pueblo mexicano, en acto de inalienable soberanía, la riqueza petrolera, hasta entonces usufructuada en beneficio exclusivo de consorcios foráneos.

Gravísima es la situación que afrontamos. Nuestra América quiso y quiere ser "el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza". Hoy es, en superlativa medida, campo de concentración, cementerio de vivos y reservorio del imperialismo. Pueblos agrarios sin suelo propio en su inmensa mayoría, económica y políticamente supeditados al capital extranjero, a merced de bárbaros coroneles, vecinos siempre a mano y sólo buenos a la hora del saqueo tolerado o de la entrega sin escrúpulos: he ahí lo que nos empareja, subyuga y abraza en esta coyuntura decisiva de la historia universal. La disyuntiva es clara y terminante: o satrapías por control remoto o naciones enteras y verdaderas.

Sólo hay una vía para ser lo que somos: pelear a pecho descubierto contra las dictaduras que nos oprimen y el imperialismo que nos succiona. Poco trecho se andaría si al derribar un déspota se dejase intacta la estructura económica y social que lo engendra y reproduce. El nacionalismo revolucionario es nuestro único camino en esta etapa de nuestro proceso de liberación integral. No importa que los signos luzcan adversos. Lo importante es recoger el guante y devolver el reto. Lo importante es que los pueblos sojuzgados y exprimidos están en pie

de lucha, arrostrando heroicamente el hambre, la persecución, la cárcel, la tortura y la muerte. Esa América en agonía es la que personifica hoy los más altos valores de la cultura. Nunca es tan culto un pueblo, por analfabeto que sea, como cuando mata y muere por la libertad atropellada, la soberanía perdida o la dignidad mancillada. Esa América en agonía es la América verdadera, la que sufre, resiste, sueña y espera, la que madura y crece en el dolor y la esperanza, la que será mañana lo que no ha podido y quiere ser, la América libre, unida y pujante de Bolívar, Juárez y Martí, la América a cuyo servicio brega, desde su fundación, sin vacilaciones ni compromisos, *Cuadernos Americanos*.

Por ella levanto yo mi copa de proscripto; por ella y por España invicta y por Cuba, mi isla sangrante, "palmar vendido", presidio de cañas amargas, erguida toda en épico desafío.

*Raúl ROA.*

# UN MURAL DE DIEGO RIVERA *

HACE algunos días tuve oportunidad de ver largamente el mural transportable de Diego Rivera, que él titula *Gloriosa Victoria.* Como ha sido enviado al extranjero y caracteriza de modo especial el arte de Rivera, pienso que será de utilidad hacer mención a él.

Se trata de un cuadro que representa el instante, real o imaginario, en que el Secretario de Estado Norteamericano, John Foster Dulles, estrecha la mano al caudillo del Ejército Guatemalteco de Liberación, Carlos Castillo Armas, para dar así por terminada la lucha contra el régimen "comunizante" del presidente Arbenz, sellar la "gloriosa victoria" y reiniciar la "normalidad de vida" en el suelo guatemalteco. Pintura del más reciente estilo riveresco: cinco metros cuadrados cubiertos en cinco semanas; contenido anecdótico-revolucionario con personajes, símbolos y signos de interpretación inequívoca. En una palabra: el típico ejemplo de lo que hoy se entiende por "período decadente" de Rivera.

Ya no parece ser tema de discusión el aserto de que Diego Rivera está en plena degradación de su arte, lo cual sirve de "santo y seña" para entrar con pie derecho a cualquier círculo de aficionados a la pintura muralista mexicana. ¡Qué diferencia tan grande —se dice— entre el pintor de Chapingo y el autor de los recientes cuadros de propaganda! ¡No hay duda de que Diego Rivera ha sido un gran pintor, quizá el más alto representante de la plástica en América —se nos asegura— pero haberlo sido no es igual que seguir siéndolo! Los argumentos en abono de esta tesis se oyen retumbar al infinito y agobiar, hasta el mutismo, a más de un defensor.

Pero... aquí nos asalta una pequeña duda: ¿es fácil que un gran artista decaiga en las postrimerías de su vida? ¡Sí! nos contestan dogmáticos los contemporáneos del viejo Franz Hals, del anciano Miguel Ángel, del achacoso Renoir y del "caduco" Beethoven: *Los regentes* y *Las regentes* de Hals no despiertan las explosiones de admiración que se tributaban a *Los arqueros de San Jorge;* la última *Pietà* es apenas un esbozo precipitado, es indigna de la juvenil *Pietà* miguelangelesca;

---

* La revista norteamericana *Time* publicó en el mes de enero próximo pasado, en blanco y negro, el mural de Diego Rivera que aquí se comenta. *Cuadernos Americanos* lo publica hoy en policromía para que los lectores se den mejor cuenta de esta obra del gran pintor mexicano.

las *Bañistas* de Renoir delatan a leguas el "período agrio" de un hombre torpe y tullido; un adagio de veinte minutos en la *Hammerklavier Sonate* es definitivamente una pesadez de viejo "chocho". ¡Tal se nos presenta el juicio de los contemporáneos, pero muy diferente la opinión de las generaciones que siguieron! Éstas verían más bien —y precisamente en esas obras— la prueba de un ascenso vertical, de una videncia profética, de una expresión milagrosa como captación de los más escondidos rincones del alma humana. Por tanto, meditemos un momento antes de declarar caduca la actual pintura de Rivera o digamos, si hay bases objetivas para ello, que nunca ha sido un gran pintor.

*La obra*

LA *Gloriosa Victoria* cubre un doble cuadrado de 3.20 mts. de largo por 1.6 mts. de alto. Su composición y proporciones evocan los antiguos trípticos religiosos, cuya parte central afirmaba un hecho histórico, anecdótico, mientras los dos volantes comentaban respetuosos. Aquí ocurre otro tanto: el centro agrupa a los personajes "prominentes", mientras los supuestos alerones traen escenas de la "paz" alcanzada. La composición geometriza el ambiente con espacios que son tan importantes como los cuerpos mismos. Los colores, que se escalonan suavemente desde luminosas claridades en lo alto hasta sucios ocres y sepias en el suelo, trazan amplísimas órbitas que rodean al grupo central y que toman en sus brazos el cuadro entero para darle unidad y equilibrio de un extremo al otro. La geometría de composición es esférica, no cúbica, lo que realza el valor sensual de los colores y de algunas figuras. El agrupamiento de los personajes centrales, que enmarcan con sus cuerpos un pequeño claustro imaginario, obligadamente lleva nuestras miradas hacia su eje y nos hace topar con tres elementos: un apretón de manos, un proyectil de bombardeo aéreo y un cuerpo infantil destrozado, que tienen el valor lacónico de dos premisas y su conclusión. El mismo eje de las terrosas figuras centrales —acertado contraste— es eje de un amplio anillo elíptico hecho con colores vivos, que aureola al grupo de "personajes". En la mitad superior de este anillo vemos, a la extrema izquierda, el blanco reluciente de un casco de barco; junto a éste, los deliciosos blancos transparentes del celofán que envuelve los racimos de plátanos; al centro, el verde tierno de los platanares; a la extrema derecha, rojos, blancos y amarillos rutilantes que corresponden a las camisas de revolucionarios.

Pero aquí debemos interrumpirnos para continuar la descripción del cuadro por senderos diferentes. En efecto, la *Gloriosa Victoria*

tiene sus elementos formales e ideológicos tan firmemente entrelazados que sería imposible —bajo pena de caer en disecciones estériles— avanzar un paso más por los simples terrenos del contenido formal.

No es exagerado decir que Diego Rivera ha "compuesto" su cuadro con elementos ideológicos, "vistiéndolos" con adecuados ingredientes lineales y coloristas. En esta forma ha mostrado no sólo su infalible sentido de la proporción, sino su imponderable genio para la expresión dialéctica de los antagonismos.

Tres diálogos principales se entablan en el cuadro. En el grupo central, alrededor de una vertical, los personajes conversan entre sí: norteamericanos a la izquierda y latinoamericanos a la derecha. En el escenario, como una órbita que ciñe el cuerpo de los personajes, colores y figuras agradables, hacia arriba, se encaran con tierra, sangre y cadáveres, hacia bajo. En la totalidad del cuadro, por el conjuro de fuerzas radiales centrífugas y centrípetas, el grupo principal estalla contra el fondo: frutos, semillas y barcos limpios, tras los norteamericanos; cárcel, paredón y represalia, a espaldas de los latinoamericanos. La riqueza y hermosura del escenario han sido el motivo que congregó ahí a los personajes, los que en cambio, con su presencia, pervierten y degradan el encanto del paisaje.

### *Sus personajes*

EN el grupo central vemos, entre otros, a Dulles y a Castillo Armas, acompañándose el primero de su hermano Allen Dulles y del embajador Peurifoy, mientras el segundo se espalda con Elfego Monzón y sus lugartenientes. Aquí, por afán de realismo, pinta Rivera a los jefes del "Ejército Libertador" con grandes fajos de billetes, de diversas denominaciones, que casi saltan de los bolsillos.

Pero dejemos a un lado estas minucias del concienzudo realismo, que no agregan un ápice al mérito del cuadro, para venir a lo esencial: las dos figuras principales que se estrechan la mano. Creo que nunca se había pintado con más sangrienta ironía, con crítica más corrosiva, el legendario dúo de la prepotencia y la cobardía, el atropello y el entreguismo, la fuerza bruta y la debilidad afeminada.

A la izquierda está Dulles, firmemente plantado en el suelo sobre sus enormes pies; el pecho atlético, aún más prominente por la ayuda plástica que le ofrece la chaqueta de paracaidista y que le concede la extensión del cuerpo hacia atrás. Su robusta mano izquierda apoya contra el suelo un enorme proyectil aéreo, con el mismo ademán con el que un San Jorge renacentista apoyaría su escudo en el piso. La boca, torcida por un gesto que menos podría calificarse de sonrisa que de

mueca, tal vez pronuncie un largo "Oh! Yeeea!" Quizá solamente masca chicle con diplomática discreción o escupe por el colmillo con el indiscutible derecho que le confiere su triunfo.

Sobre la superficie de la bomba aérea se dibuja otra cara que despliega los labios en enorme sonrisa; es un rostro muy familiar: tal vez el de un ilustre presidente norteamericano.

Frente a Dulles, a la derecha, queda Castillo Armas, extendido en untuoso y larguísimo ademán, haciendo un cursi paso de ballet sobre sus finos pies; las rodillas se le doblan, el cuerpo se inclina a cuarenta y cinco grados; el brazo derecho sale al encuentro del ensombrerado diplomático norteamericano, mientras la fina mano izquierda se ha quedado temerosamente rezagada detrás del cuerpo para sostener la gorra de campaña. Una crispada sonrisa de comerciante se propone mostrar la dentadura, como garantía insospechable de simpatía hacia Dulles. ¡Lástima que éste mire hacia el frente! ¡Si tan sólo volviera el rostro un momentito para apreciar el valeroso esfuerzo que significa atreverse a estrechar su mano!...

En este apretón de manos ha condensado Diego Rivera toda la energía plástica de su cuadro. Otra vez —como en los murales de Chapingo, como en los del Anfiteatro de la Preparatoria, como en el inmortal óleo de Lupe Marín— son las manos las que dicen todo. Pero ahora ha logrado expresar, además, una síntesis dramática de antagonismos diametrales: la contradicción prepotencia-debilidad, que hace temblar al continente desde las aguas del Bravo hasta las del Estrecho de Magallanes. ¡Qué pequeña, delicada y frágil es la pálida manecita del caudillo, aprisionada entre los bárbaros dedos del estadista, tan robustos, tan velludos y tan quebrantahuesos!

### *Su escenario*

TODO él constituye una oda sarcástica al falso concepto de la paz; todo él rebosa exasperante quietud para el pillaje y el atropello. A la izquierda, los frutos más delicados de la tierra, vestidos de celofán, son embarcados sin estorbo alguno por indios enfermizos y semidesnudos a quienes vigila la policía militar. A la derecha, un religioso prodiga beatíficas bendiciones como bálsamo para los remordimientos de inacción; una sólida cárcel retiene a los más osados; manos invisibles, por último, han dado "justa" cuenta de peligrosos elementos "antisociales", aparentemente inofensivos. En medio de este grupo, tres revolucionarios, dos con sendos machetes y otra con una ametralladora de mano, se aprestan para la acción de rebeldía.

En el escenario me parece ver desaciertos de Rivera que, paradójicamente, hacen resaltar su verdadera valía. El torso de la rebelde, enfundada en su suéter rojo rutilante, despierta ideas que bien poco tienen que ver con las de una enérgica e inteligente acción armada; la misma soledad y la clase de armas de los revolucionarios simboliza, quiérase o no, el individualismo aventurero de un anarquista, no el metódico e incontenible esfuerzo de un grupo. El brillo sensual de los colores es explicado por el propio pintor en términos de fisiología de la senectud, equiparables a los que daban una compensación al viejo Renoir cuando le hacían decir: "aujourd'hui, je fais l'amour avec mon pinceau". Las pocas líneas rectas que se encuentran en esta parte del cuadro, como las que pertenecen a una iglesia y a la fechada de la Embajada Mexicana, fueron trazadas en forma tan delicada e ingenua que evocan las ilustraciones de un texto primario de Historia Patria. Estas rectas, así como el inesperado tono de una sotana en medio de la atmósfera tropical y aun los cuerpos mutilados —que preservan todo su artificial olor a Atlas de Anatomía— están bien lejos de encarnar un contenido trágico. Los edificios y los cadáveres, en especial, delatan el cándido afán de un metódico realismo.

Cuando el Beato Angélico, en sus "juicios finales", deseaba pintar réprobos y demonios, le resultaban deliciosas figuritas con un interno candor de santidad. Cuando Diego Rivera busca arrojados revolucionarios, le asedian tentadoras siluetas femeninas; cuando se propone horrorizarnos con víctimas descuartizadas, saca estampas de anatomía; cuando trata de expresar un progresista pensamiento de grupo, se le vienen a la boca anarquismos de lobo solitario.

### *Nuestra opinión*

PERO no porque fracase aquí el tan buscado *realismo revolucionario* dejaríamos de percibirlo, hasta un grado superlativo, en el cuadro entero, que está hecho de sarcasmo anecdótico y de sangrienta ironía. Lo que es más, estas fallas parciales de Rivera en la expresión formal de lo trágico o de lo "real" nos hacen reconocer, de modo inequívoco, en donde *sí* están sus valores plásticos y su talento inmortal: en la sensual luminosidad de su color y de su línea, que son vehículo idóneo para transportar la originalidad sutil, irónica y destructiva de su argumento.

Recuérdese que Diego Rivera NO es, propiamente hablando, un pintor socialista: mal podría serlo al no existir tal estructura político-social en nuestro medio, por lo que su papel histórico no es el de sos-




"Gloriosa victoria"



*Diego Rivera.*


UFCO

*Aventura del Pensamiento*

# LA CIRCUNSTANCIA DE LA CULTURA AMERICANA

## PENSAMIENTO INTEMPORAL Y PENSAMIENTO HISTÓRICO

Por *Atenor ORREGO*

"YO SOY yo y mi circunstancia", ha dicho Ortega y Gasset. Estas palabras encierran uno de los pensamientos más fértiles y profundos que se hayan articulado en nuestra época. El hombre no vive y, en consecuencia, no puede pensar y nunca ha pensado con autenticidad sino desde una circunstancia histórica. Es decir, desde un punto geográfico preciso y desde un punto circunscrito del acaecer cronológico. Su existencia se inicia con un disparo puntual que, luego, se despliega, cual un expansivo surtidor de anhelos, hacia la extensión ilimitada del cosmos y hacia una perspectiva indefinida del tiempo. No se exagera cuando se dice que el hombre lleva siempre, adherido, en el calcaño, su polvo telúrico; y, en el semblante, la impronta mental y anímica que se ha generado en su fricción con la tierra o ambiente en que le tocó nacer. Las características de su circunstancia determinan inevitablemente su vida y, por ende, su pensamiento, su filosofía, su concepción trascendental del Universo, su emoción o cavilación ante el misterio. El llamado pensamiento intemporal, o es una falsificación escolar y académica del pensar auténtico, o una vacua metáfora literaria, o una abstracción especulativa falaz que no tiene contenido vital alguno. La razón de este hecho consiste en que la realidad básica —lo ha dicho, también, Ortega— de la criatura humana, la realidad, digamos, primordial, central de su ser y, a la que se refieren todas las demás, es su propia vida. El hombre tiene que vivir antes que todo; ésa es su urgencia fundamental. Pero, cada avance de su vida, a lo largo de su existencia, es un perentorio y agudo problema. Desde el paso inicial tropieza con la circunstancia temporal y espacial en que ha nacido y con la que

tiene que contar, de grado o por fuerza. Esta circunstancia se levanta ante él como un espectro amenazante al que debe dominar y vencer, si quiere vivir. Su vida es conflictiva, problemática, peligrosa, sobre la que se cierne siempre, cual una espada de Damocles, una equis que hay que despejar a cada instante. Es una vida agónica, de constante y trágico apremio, que puede aniquilarse en cada vuelta del camino y que para resolverla, como continuidad victoriosa, no tiene otro recurso a la mano que su pensamiento.

El hombre piensa porque tiene que vivir. El pensamiento humano, en su arranque germinal, es un simple expediente de emergencia, el florecimiento de una cuita apremiante, como la concha engendra perlas cuando ha penetrado entre sus valvas el germen de la muerte. El pensamiento del hombre brota de la angustia y es la respuesta luminosa de la vida ante la inminencia tenebrosa de su aniquilamiento. Empero, este recurso de emergencia se constituye, en seguida, en uno de los resortes —entre otros— principales y dinámicos de su acontecer individual porque sólo a él le debe su supervivencia. El pensamiento racional del hombre, en sus etapas iniciales, no tiene un destino extraterrestre, ni es una herramienta de su vanidad, o de su crueldad desordenada. Es un instrumento para la salvación de la vida. Por eso, la tarea del hombre no es pensar el ser de las cosas y plasmarlo a su gusto y capricho —como se creyó en un momento del pensar europeo— cual si fuera el dictador y creador de su esencia el centro prominente del universo (he aludido al racionalismo trascendental); sino el pensarlas desde su objetividad y alejamiento, reales e irremediables, como elementos extraños a su existencia; como elementos constitutivos de la circunstancia en que vive, cuya agresión activa o cuya simple resistencia tiene que dominar y asimilar para realizarse a sí mismo.

Apenas brota el primer alumbramiento de su conciencia, el hombre tropieza con un imperativo que no ha escogido. Sabe que tiene que vivir sin que haya intervenido su voluntad para nada en una decisión tan cargada de consecuencias para sí mismo. Mejor dicho, se encuentra con una decisión que lo compromete radicalmente y que no es la suya. Se aboca a una existencia que es un absoluto e integral *a priori,* desde el cual no surge ninguna luz, sobre el que nada sabe, ni puede saber. Su nacimiento es una paradoja cuya raíz trasciende de su vida actual, puesto que asume la máxima responsabilidad de su ser

sin que haya mediado consulta y anuencia alguna. Es antirracional, antilógico, un escandaloso contrasentido que la criatura que está destinada a iluminar y realizar en sí misma el supremo valor de la libertad en la creación, tenga que comenzar su existencia con la absoluta negación de esa libertad, que parece ser su meta última, la que imprime significación grandiosa y esencial a su existencia.

El nacimiento del hombre es un escándalo cósmico absoluto, un modo de existir antinatural. Esta situación es, lo repito, antilógica, antirracional, paradójica, si se quiere, pero, es una realidad que la percibimos con carácter inmediato. De esta raíz absurda arranca el hecho, atestiguado por todas las religiones superiores, que para alcanzar su última realidad, el destello supremo de su ser, el hombre tenga que lanzarse, como un gerifalte, hacia más allá de sí mismo, hacia su propia trascendencia personal, en un vuelo o flechazo antinatural, absurdo y escandaloso, también. Con mucha razón Cassirer dice: "La religión, si podemos explicarnos así, constituye una lógica del absurdo; pues sólo así puede captar el absurdo, la contradicción interna, el ser quimérico del hombre" *(Antropología filosófica)*. Así se explica el *credo quia absurdum* de Tertuliano y el *Deus absconditus* irracional de Pascal. De ahí, la profundidad del mandato evangélico que es, en sí, una paradoja: *Pierde tu vida y la ganarás*. ¿En cuál otro compartimiento de la creación universal la pérdida absoluta es una ganancia? Y una "ganancia" que está fuera de su intuición y de su experiencia actuales y —lo que es peor aún— fuera de su razón normal, que es el instrumento supremo que posee para forjar su juicio y orientar su decisión. En este sentido se puede afirmar que la *salvación eterna* del hombre depende de un salto mortal, abismático y heroico en el vacío.

El hombre, antes que nada, tiene que vivir y, tiene que hacerlo, de un modo y con un sentido totalmente diferentes a los de sus demás hermanos y vecinos: el animal y la planta. Ambos viven acoplados, amoldados, sometidos, en absoluto, a la ley natural del mundo, sin anhelos, sin memoria representativa, ignorantes en consecuencia de las posibilidades que tienen por delante, sin conciencia despierta, sin previsión, con simples deseos y apetencias instintivas que, una vez satisfechos, se apagan y sumen, a las dos existencias, en beatífica inercia que es plenitud y, acaso, felicidad biológica. Desde sus primeros pasos el hombre comienza a cavilar porque sabe, también,

que frente a él están acechándolo la destrucción y la muerte, es decir, la negación de su ser, la nada. Inicia su existencia con un terror metafísico que le acompañará durante la órbita de su recorrido vital. Dentro de su existencia se instala, desde el comienzo, un insoslayable imperativo: el de luchar con todas sus fuerzas contra la muerte, no sólo física sino espiritual, vale decir, contra la nada. Esta lucha se le plantea como un problema radical que no dejará de plantearse sino hasta el término de su existencia. Sabe que la vida es esencial y eminentemente problemática porque depende, en gran manera, de la circunstancia que le ha tocado vivir. Su cavilación ante el posible aniquilamiento de sí mismo lo lleva a discernir sobre cuáles son los medios más eficaces para vencerlo. El hombre piensa porque tiene que vivir antes que todo. La raíz del pensamiento humano no es un alarde de lujo vital, como se ha creído, porque en esa raíz conviven, en una simbiosis trascendental, el ansia de existir, la necesaria temporalidad de la existencia y el terror de la muerte. El ser, el tiempo y la nada, ingredientes nucleares del pensar metafísico, se plantean al hombre desde el primer día en que se alumbra la conciencia de su vida, casi desde que nace.

No ha habido ningún pueblo que haya sido capaz de crear un pensamiento o una filosofía prescindiendo de su temporal peripecia, es decir, de su particular y dramática circunstancia. La historia es la atmósfera de todo pensar vital porque dentro de ella nace, respira, se acrecienta y encuentra sus desenvolvimientos e implicaciones originales. Extraer el pensamiento de su drama cronológico, de su cuita temporal sería como sacar al pez del agua o al águila caudal del aire. El único ser que piensa intemporalmente —por encima, por debajo o por fuera de la historia—, es el loco, el demente, porque ha perdido su raigambre vital con la realidad inmediata en que se desenvuelve su existencia. Su entendimiento, su función cerebral se encuentran *dis-locados,* fuera de lugar, desplegados hacia un mundo arbitrario. Por eso es un enajenado, un evadido de sí mismo y de su circunstancia. Vive en un mundo fantasmal que es creación exclusiva de su fantasía patológica. La locura es la rebelión insensata contra el *hecho* actual y vivo que nos circunda, contra el hecho consumado e incanjeable de nuestra coyuntura particular, que nos recibe en sus brazos maternos y que, luego, nos avienta, con enérgica solicitud fecundadora, hacia el drama quemante y creador de nuestra existencia personal.

"La locura es el vicio de la razón", decía Pitágoras, porque la facultad racional cuando se desvía de su función biológica —¡no se entienda mal este adjetivo!— cuando se *des-articula* de la realidad, cuando se convierte en pura estructura formalista, cuando castra y elimina sus contenidos vivientes —de los cuales es simple vehículo formal de trasmisión y expresión sintética— se queda con meros espectros mentales, con escuetos logicismos fraudulentos que pretenden suplantar la vida, la médula vibrante, dramática y problemática del hombre. El loco, como se sabe, partiendo de la supuesta y fraudulenta realidad en que cree vivir, razona con una lógica admirable; infiere y deduce sus certidumbres obsesivas, casi siempre, dentro de una estructura epistémica irreprochable. Por ello, es una criatura irresponsable que ha enviciado y torcido la función normal del raciocinio.

El hombre griego y el hombre europeo vivieron y, por lo tanto, pensaron y crearon sus filosofías desde sus propias circunstancias históricas, vale decir, desde sus particulares coyunturas geográficas, espaciales y temporales. Porque vivieron profundamente desde sus raíces fueron capaces de forjar las categorías universales de su pensamiento arrancando desde sus circunstancias concretas. Lo universal de una cultura pasada sólo se trasmite a otra cultura distinta o a una cultura sucesora, como ocurrió entre Grecia y Europa, desde una circunstancia concreta a otra circunstancia concreta, es decir, desde lo viviente hacia lo viviente. Esa trasmisión es incapaz de consumarse, como se ha pensado con un logicismo superficial, desde un plano intemporal y suprahistórico —que es una mera y falsa abstracción racional— hacia otro supuesto plano equivalente, igualmente falso y abstracto, de otra cultura. Precisamente la piedra de toque de los valores universales es que pueden insertarse, de nuevo, reelaborarse dentro de un reciente drama histórico; repensarse con vitalizante originalidad y fecundidad para el hombre, desde cualquier circunstancia concreta. Este aserto se comprueba, con indiscutible certidumbre, cuando se examina lo que ocurrió con el Renacimiento italiano, el cual creyendo revivir la cultura antigua, lo que hizo fue crear nuevos y supremos valores originales desde su particular circunstancia histórica. Así lo reconoce Burckhardt, el gran historiador de esa época.

Lo opuesto a lo universal no es lo concreto, lo circunstancial, lo singular, lo individual, que son sus raíces o gérmenes vivos. Lo opuesto a lo universal es lo general, lo abstracto, lo

meramente teórico y técnico, lo esquemático, lo formal, lo superfluo, lo cosmopolita que ha sacudido el polvo telúrico de su calcaño, que se ha convertido en un *alter ego* extraño a sí mismo, en pura y vacua *alteridad*, esa terrible enfermedad metafísica que consiste en la renuncia de su ser auténtico porque ha perdido las raíces vitales y concretas de su circunstancia histórica. Toda verdad universal tiene su núcleo germinal en la circunstancia. Ésta es el cordón umbilical de su fertilidad y virtualidad humanas porque, detrás de él, está la placenta que es el núcleo de la vida. Con gran penetración Benedetto Croce dice: "Las generalizaciones y abstracciones, tomadas erróneamente por verdades, van cediendo poco a poco ante la verdad de lo individual, que es lo real universal, el Dios vivo" *(La historia como hazaña de la libertad).*

El pensamiento o la filosofía latinoamericana tiene que partir, como las otras filosofías, desde su singular, particular y concreta circunstancia histórica. Tiene que arrancar con un nuevo disparo puntual desde su espacio geográfico y desde su tiempo histórico, jamás desde lo intemporal o desde lo suprahistórico. Esto último es lo que hemos querido hacer los americanos hasta ahora y lo único que hemos conseguido es falsificar y escamotear nuestra realidad concreta. Nos estamos negando a reconocer nuestra circunstancia y nos hacemos la ilusión de que Europa y Grecia nos trasmitirán su sabiduría profunda con sólo leer sus libros y aprender sus ideas para repetirlas *intemporalmente* con empaque profesoral. Somos un Continente enajenado, evadido de sí mismo, *dis-locado* de su circunstancia hacia circunstancias extrañas. Tenemos que repensar los valores universales que crearon griegos y europeos, y revitalizarlos para nosotros, desde nuestra intimidad individual, desde nuestra propia realidad concreta para que nos ayuden a vivir nuestra vida, para que nos ayuden a salvarla contra la agresión y la resistencia de nuestra circunstancia. Tenemos que vivir antes que todo. Cuando América haya logrado sobrevivir de la agresión y resistencia circunstanciales que la circundan; cuando se haya salvado a sí misma como núcleo vital de la reciente vida histórica que tiene que florecer en ella, habrá creado, también, sus propios y genuinos valores universales que tendrán la virtualidad inmortal de renacer en otras circunstancias, de insertarse a nuevos capítulos de la historia humana, como se insertaron a nuestra circunstancia americana los valores universales que forjaron Grecia y Europa.

Es casi seguro, que las verdades universales que crearon griegos y europeos, no las entendamos estrictamente, como las entendieron ellos, ni tengan para nosotros la exacta significación vital que la tuvieron para sus creadores. Ésa es la maravillosa fecundidad del valor universal, que es capaz de encarnarse, una y otra vez, en cada circunstancia singular, como la obra del genio cambia las significaciones conscientes y literales de su creador, con cada época, porque posee una sustancia inmortal que es siempre fértil y viviente. Esta verdad trascendente está expresada magníficamente en el símbolo mitológico del *Ave Fénix* que renace de sus cenizas. Es muy probable que Platón —pongo por caso— no haya sido entendido nunca, en su alcance intencional, intimista y personal; en sus matices más finos y penetrantes, por los europeos; ni haya tenido la misma significación, como para sus contemporáneos los griegos. Ahora mismo la hermenéutica europea se halla muy lejos de haber terminado su labor exhaustiva de escudriñamiento del pensamiento platónico. Pero, esto no tiene ninguna importancia capital para la vida humana que prosigue su curso y que tiene que *vivir* antes que todo y, con la vida, prosigue también el pensamiento del hombre. Lo importante es que las verdades alumbradas por Platón cobren, de nuevo, vivencia o vitalidad circunstancial y se incorporen, una vez más, a otro capítulo de la historia y de la existencia humana. Esto nos revela que, muchas veces, es vano el esfuerzo del erudito que trata de agotar las interpretaciones textuales que pudo tener un libro en la mente del autor al escribirlo.

Nuestra circunstancia nos está devorando a los americanos porque nos negamos a vencer su resistencia vigente, porque no asimilamos su agresión actual para trastrocarlas en vida y pensamiento genuinamente nuestros. Este pensamiento, ciertamente es, todavía, muy pobre. Pobres son todos los comienzos. El que no quiere comenzar por la pobreza, no alcanzará jamás la ulterior riqueza. Perogrullo lo sabe muy bien. Nos está devorando nuestra circunstancia de hoy porque la dejamos escamotear por la circunstancia sepulcral de la vieja América —que ya está muerta—; por la circunstancia del coloniaje español —que ya está superada— y por la circunstancia actual de Europa, que la hemos convertido en espejo desde el cual nos miramos como la refracción narcisista y falaz de nuestro vano y necio esnobismo. Nos está devorando nuestra circunstancia ge-

nuina porque no queremos vivir todavía profundamente desde nuestra autenticidad vital, desde la hondura más entrañada de nuestra raíz histórica. Es la mortal agresión metafísica contra la posibilidad del propio ser. El mayor crimen contra la vida es negarse, por cobardía o por indolencia, a ser uno mismo, a perseverar en su ser auténtico, como decía Unamuno, en un gallardo gesto de afirmación vital en su circunstancia española.

Empero, cabe preguntar ¿cuál es ese posible *ser auténtico* de América; dónde y cómo podemos encontrarlo para convertirlo en enfoque y objeto principal de nuestro pensar americano? No empezaremos a entenderlo en su realidad germinal de hoy, ni en su ulterior posibilidad de mañana como *proyecto de ser* —para usar un término existencialista— si no pensamos y comprendemos, con precisión y profundidad, el carácter singular, la esencia prístina de nuestra actual circunstancia americana, la efigie propia e intransferible de nuestra *realidad fáctica* contemporánea —¡otro término existencialista! Quiere decir esto que la tarea primordial e inmediata que tiene por delante el pensador americano, ¡la tarea suya y no la ajena!, es enfrentarse al *hecho vivo y consumado* que nos circunda; es estudiar, dilucidar con claridad, trazar con diáfana precisión, en sus múltiples aspectos y significaciones, *la particular configuración histórica de la circunstancia americana* que nos ha tocado vivir en relación con Europa y el resto del mundo. La tarea no es fácil discernirla porque nos acechan, por un flanco, la fascinación de nuestro pasado maravilloso —sobre todo en México y el Perú— que puede sumirnos en el ensueño de la tumba; y, por el otro, la reverberación fulgurante del magisterio europeo que puede cegarnos por deslumbramiento. Nuestra tarea es difícil y dolorosa porque debemos prescindir de muchas cosas que nos son profunda y tiernamente amadas y de las cuales hemos surgido a la vida de la cultura. Cualquier otra tarea —de erudición extra-americana o de técnica epistemológica general, por ejemplo, dentro de las actuales corrientes filosóficas europeas—, no sólo es inútil o superflua, sino una verdadera evasión intelectualista y antivital de la auténtica y específica tarea que le toca cumplir al investigador y pensador de la nueva América.

En un segundo artículo —abusando de la generosa hospitalidad de *Cuadernos Americanos*— intentaré, como un inicial y desmañado primer esbozo, señalar algunos de los elementos o

ingredientes principales —¡el campo es tan vasto!— que constituyen la configuración histórica de nuestra circunstancia americana. O dicho de otra manera, en qué consiste la particular y concreta coyuntura del Nuevo Mundo frente a los demás pueblos contemporáneos de las otras agrupaciones continentales.

# LA OBRA DE LEOPOLDO ZEA

Por *Luis ABAD CARRETERO*

Los hombres no somos lo que creemos ser, sino lo que los demás hacen de nosotros. Muchas veces se ha dicho que en realidad lo que hacemos es encontrar en lugar de crear. Emito estos juicios antes de entrar en el estudio de la obra del Dr. Leopoldo Zea. El tema "México y lo mexicano" ha venido al encuentro de Zea cuando éste se dirigía hacia él. Y es así como se forjan los caminos más anchos. Aparentemente, las cosas que carecen de complicaciones son de pobres consecuencias; pero son esas cosas simples, precisamente las que por su sencillez no se sabe por dónde cogerlas, las que nos dan a veces las más inesperadas sorpresas y las que llegan a poseer más rica historia. Tanto en el arte como en la ciencia la labor de todo espíritu claro es un esfuerzo de despojamiento, de descortezar, para quitar todas las capas inútiles que el hábito ha ido pegando en las raíces o sobre los hechos primitivos.

Zea empezó por conocer la obra de los grandes maestros, de Antonio Caso, Vasconcelos y Alfonso Reyes. Después entró en relación con la de Samuel Ramos, Rodolfo Usigli y Agustín Yáñez. De todas estas creaciones, la de Ramos, hizo en el ánimo de Zea más mella que ninguna. El libro *El perfil del hombre y la cultura en México* del Dr. Ramos se publicó en 1934. Tenía entonces Zea 22 años. Ramos se pregunta por la naturaleza del mexicano y para responderse utiliza la noción de voluntad de poderío empleada por Adler, el filósofo austriaco, y encuentra que en el mexicano hay un complejo de inferioridad que se desfigura tras una serie de ficciones que pretenden revelar fuerza. Por eso Ramos dice que es preciso descubrir la sinceridad en el mexicano a toda costa. Y Usigli, admirador de Ramos, de quien dice que es el único filósofo crítico que México ha tenido en este siglo, es implacable con los vicios del mexicano y dice que la verdad le llegará a través de la ficción teatral. Otro pensamiento de Ramos es tomado de Ortega y Gasset, de su teoría de la circunstancia. Y sobre ambas

nociones: complejo de inferioridad y circunstancia mexicana, va a levantar Zea el tema de "México y lo mexicano". Pero otros elementos intervendrán más tarde. Sus estudios acerca del historicismo entran también en juego. Su conocimiento de la obra del historiador inglés Toynbee le es fundamental. El pensamiento de Toynbee, atento a las otras culturas que no sea la occidental, había producido en Zea la más fuerte impresión. Así lo revela el que éste le dedicase su libro *El Occidente y la conciencia de México*, y que fuese él quien hiciera la presentación de Toynbee en el ciclo de conferencias que dio en el Seguro Social en 1953. Y por último el existencialismo de Heidegger y sobre todo de Sartre iban a completar los factores con que Zea contaría para realizar su trabajo. Tratemos de puntualizar en este ensayo cómo ha ido naciendo y enriqueciéndose sistemáticamente la obra de Leopoldo Zea.

El aprendizaje de Zea con su maestro Gaos es un hecho fundamental que es preciso tener en cuenta para interpretar su obra. Gaos venía de España, donde había recibido de Ortega el impacto de su teoría de la circunstancia vital, que comunica fuertemente a Zea. Éste se pone a trabajar sobre temas de filosofía y de cultura mexicana. Tiene que adentrarse en el pasado de su patria y se pregunta continuamente por la realidad de esa cultura. ¿Existe o no existe una cultura mexicana? ¿Por dónde empezar? ¿Hasta dónde llegar? ¿Cuándo empieza el mexicano a adquirir conciencia de sí mismo? Zea se siente cartesiano por los cuatro costados, y surgen de su pluma tres libros en los que la palabra conciencia adquiere singular relieve: *América como conciencia*, *Conciencia y posibilidad del mexicano* y *El Occidente y la conciencia de México*. Por eso dice Zea en el primero de ellos: "Necesitamos conocer nuestros límites, la circunstancia americana, para que a partir de ellos podamos conocer cuál pueda ser nuestra aportación a los problemas del hombre en general, a la cultura universal" (p. 47).

Pero Zea quiere penetrar, ahondar en la vida del mexicano, en forma que hasta ahora el mismo mexicano no lo había hecho. Pretende hacer una historia de las ideas de la nación mexicana, ver cómo han aparecido esas ideas en su vida colectiva y cómo han influido en sus acciones nacionales. Y para conseguirlo ha de comparar forzosamente dos filosofías contrapuestas: una sustentada por el conquistador, por el español, y otra por el mexicano independizado ya de él. Y estas dos filosofías son: el escolasticismo y el positivismo. Y es muy curioso

este estudio, porque él nos va a dar la presencia de una serie de hombres que son las más destacadas personalidades, desde el punto de vista ideológico, en la vida mexicana. No puedo entrar aquí a ocuparme de filósofos anteriores al movimiento de Independencia en el que destaca sobre todo el jesuita Gamarra.

Zea nos habla en su ensayo *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* de la crisis de España e Hispanoamérica en los tiempos modernos. Y para encauzar este análisis estudia la filosofía de la ilustración y el historicismo. Estas filosofías atacan el racionalismo escolástico. El americano quiere terminar con una filosofía que ha justificado su dominación, su esclavitud, porque quiere ser libre. Y ésta es la nota distintiva de toda América. Aquí no habrá más que repúblicas, nada de monarquías o imperios. Hay que liberarse de Inglaterra, de Francia, de Portugal, de España, sobre todo de España, que era la dominadora de Hispanoamérica. La segunda mitad del siglo XVIII, el más rico culturalmente en México, prepara el movimiento de liberación por los propios españoles nacidos aquí, por los criollos. El cura Hidalgo inicia ese movimiento, que es secundado por el mestizo y el indio, que se encontraba harto de alcabalas y caciques. Pero se realiza la liberación y el mexicano se encuentra con que nada había cambiado. Continúan las mismas castas dominando al país. La filosofía escolástica era la que seguía encauzando los internos movimientos de los dirigentes nacionales. Era preciso cambiarla, porque una tal filosofía no reconocía la conciencia de México como nación, ni del mexicano como ciudadano, y porque en el plano económico las cosas no habían variado. ¿Pero qué filosofía podría sustituir a la filosofía escolástica? Toda Hispanoamérica, singular fenómeno, echó mano a la que le brindaba Europa en aquellos momentos: el positivismo. En Francia y en Inglaterra, Comte y Spencer eran los reyes del pensamiento. Y los hispanoamericanos que fueron a Europa a mediados del siglo XIX vinieron cargados de doctrinas prometedoras que les liberarían de un anacrónico pasado.

Leopoldo Zea se detiene a estudiar este período con el mayor cuidado. Tres libros dedica a este estudio del positivismo, el primero titulado *El positivismo en México* es publicado en 1943, el segundo en 1944 con el título *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, el uno consagrado al aspecto educativo del positivismo y el otro a su modalidad política. En

1949 aparece *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo.* El esfuerzo de Zea es completamente original. Nunca se había hecho aquí un estudio sistemático de las ideas, cogiéndolas en su raíz, en su desarrollo y en su acabamiento, siguiendo todas sus vicisitudes. Hay en los tres libros citados un *more geometrico* en el que se sigue el devenir de las ideas viéndolas encarnarse en los hombres. Y a través de la exposición vamos viendo aparecer esas figuras representativas del siglo XIX mexicano, a que yo aludía más arriba, y que se personifican en tres nombres cumbres: José María Luis Mora, Gabino Barreda y Justo Sierra. No agradeceré bastante a Leopoldo Zea la ocasión que me ha dado, a través de la decena de libros por él publicados, de haber adquirido una visión de conjunto de México y de Hispanoamérica y de sus hombres más sobresalientes. Porque de no haber sido por este trabajo suyo no hubiera entrado en relación con tales hombres, y sobre todo no hubiera visto sus acciones en el marco de las ideas que los movieron.

El positivismo podrá haber sido un error o un fracaso, pero no cabe duda que los hispanoamericanos, al adoptarlo como norma de conducta, se encontraron con un arma que les sirvió para terminar con lo que ellos detestaban: la filosofía escolástica, base de un sistema que les había esclavizado durante tres siglos. Por eso dice Zea que América se daba cuenta de que España representaba el espíritu retrógrado de Europa y por eso la enjuició y la condenó. Es exacta la noción que los hispanoamericanos tienen acerca de la España reaccionaria. En la distinción hecha continuamente entre los pueblos y los gobiernos, se ve con claridad la contradicción existente en el seno de los Estados hispanoamericanos: los pueblos son liberales y en cambio los gobiernos suelen ser reaccionarios.

He citado ha poco tres hombres, positivistas los tres, y quisiera hacer un somero esbozo de sus personalidades, que tanto impresionaron la mente de Zea y de cualquiera que se ponga en contacto con ellas. Sorprende el realismo del Dr. Mora, en una época de confusión y de desorden, realismo que recuerda a veces a Maquiavelo. Tiene profundos pensamientos políticos, como cuando dice: "lo único que puede lograr la prosperidad de una nación es la industria, el trabajo individual desligado de toda posible misión estatal". Y sobre todo al manifestar: "El Estado no debe ser instrumento de cuerpos sociales, ni de ideales o quimeras sociales". Todo esto revela una gran

penetración psicológica y social. "Hay que hacer una revolución del tiempo y revolución de los hombres" —nos dice también. Mora es el teórico de lo que habrá de ser la revolución positivista del 67 iniciada por Gabino Barreda. Zea pronunció una conferencia en la Facultad de Economía con motivo de cumplirse el primer centenario de la muerte del Dr. Mora. Ya le había dedicado tres capítulos de la sección segunda de su libro *El positivismo en México*, estudio que patentiza al Dr. Mora como un pensador político de altos vuelos. El Dr. Mora fue un crítico implacable de los vicios heredados de la dominación española, pero analiza la conducta del mexicano ya independizado y encuentra en él terribles defectos. Por su actitud Mora sufrió el destierro, pero él sabía que sus ideas se abrirían al fin paso. Mora comprendió que el mexicano, lo mismo que cualquier hispanoamericano, tenía que independizarse de su pasado, pues la formación de la nacionalidad mexicana era obstaculizada por éste, por los hábitos adquiridos en la etapa colonial. Esta contradicción es la que ha impedido la formación de la conciencia del mexicano. Hay que ir a la liberación del pasado, a la creación de nuevas aspiraciones, de un futuro limpio. ¿Dónde buscar, dónde bucear para encontrarlo? En otro pasado, anterior al de la colonia. Hay que hallar el alma del mexicano, su profunda raíz. ¿Será el azteca el que encierre ese pasado? México se siente ligado a su pasado como ningún otro país en Iberoamérica. En las demás naciones hay monumentos a los conquistadores, pero no al indio, como en México, e incluso hay países como Bolivia, Perú o Ecuador, donde llamarse "cholo" (mestizo de indio y blanco) puede tomarse por un insulto. En México, su pasado precortesiano está cruzado por una multitud de culturas diferentes, sin que pueda fijarse cuál de ellas puede ser la definitiva, y si se acostumbra a hablar de la azteca es porque este pueblo fue el último en establecerse en el valle de México; pero el caso es que el indio es en México el que da el mayor contingente a su pueblo.

En México ha habido tres revoluciones: la primera fue hecha por el criollo, personificada en el grito de Dolores dado por Hidalgo en 1810; la segunda se hizo en 1867 y fue llevada a cabo por el indio zapoteca Benito Juárez; la tercera es la de 1910, bajo cuya égida vivimos todavía y que no está personificada en ningún hombre determinado. La segunda revolución fue la del mestizo; pero fue desvirtuada por los vicios de la colonia, conservados por el propio mestizo. Era preciso incor-

porar al indio a la vida nacional, y esto lo hace la revolución de 1910, la revolución de "la tierra para el que la trabaja". Zea nos dice en *Ensayos sobre filosofía en la historia* al hablar del sentido de esta revolución: "El indio, deja de ser la clase explotada y se le pone a la altura de todos los mexicanos, puesto que forma el grueso de la población mexicana. En vez de destruírsele y explotársele, se le asimila transformándolo en una nueva fuerza activa. La mexicanidad empieza a ser un hecho" *Esquema para una historia del pensamiento en México* (p. 215).

¿Qué pasa en México desde la segunda hasta el comienzo de la tercera revolución? Ésta es la época en que se deshace el pasado colonial y se inicia un futuro de consecuencias eminentemente revolucionarias, al llegar el período de crisis del fin de la dictadura del mixteco Porfirio Díaz. Entonces el mexicano se encuentra sin nada entre las manos. ¿Por qué había sucedido esto? Y Leopoldo Zea analiza este pasado cuidadosamente, realizando el estudio contenido en los tres libros últimamente citados, en los que hace el análisis del positivismo en México e Hispanoamérica.

Ya el Dr. Mora había preparado el terreno para abrir las puertas hacia un cambio posible. "Es preciso —decía— para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por revoluciones mentales que se extiendan a la sociedad, y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino la de toda la masa del pueblo". Este pensamiento es punto de partida fundamental para la interpretación del movimiento positivista. Mora es el teórico de la revolución del 67; pero es sobre todo Gabino Barreda el que va a iniciar ese movimiento que inconscientemente preparó una dictadura, la de Porfirio Díaz, y que más tarde habría de poner al mexicano en presencia de sí mismo.

Gabino Barreda fue un doctor que era también licenciado y que marchó a París para ampliar sus estudios de medicina en 1847, conociendo a Comte y haciéndose un entusiasta de sus doctrinas. Tuvo intervención en todo esto Pedro Contreras Elizalde, natural de León (España). Como nos dice Zea en *El positivismo en México*, Elizalde estudió medicina en París, luchó junto a Bolívar, fue íntimo de Juárez y le presentó a Barreda, a quien conoció en París, Barreda pronunció la célebre oración de Guanajuato el 16 de septiembre de 1867. "Es en México —dice Zea— donde las luces de la ciencia positiva inva-

den el terreno de la política y arrebatan a la teología el dominio de los hombres" *(Ob. cit.*, p. 63).

Los positivistas mexicanos tenían que luchar contra los conservadores y los jacobinos; contra los primeros por ser los representantes del pasado colonial que era necesario destruir y sustituir, y contra los segundos por creerlos incapaces de someterse a ningún orden ni disciplina: el *laissez faire* del liberalismo es incompatible con el orden y el progreso mantenidos por el positivismo. Cabe preguntarse, pero ¿por qué el positivismo era la doctrina adecuada a la realidad mexicana de entonces? México estaba en la anarquía, era preciso un orden y había que dar nuevas creencias. Lo positivo era la ciencia, el progreso, y para esto se necesitaba orden. El orden se convirtió en una ilusión, en un ideal para el mexicano. Grave error fue éste, pues era desconocer completamente el carácter de aquél; pero no pudo hacerse otra cosa. El mismo krausismo, que en España, por aquel tiempo seguían Salmerón, Sanz del Río y otros filósofos, era inaceptable para el positivismo. Éste combatirá lo mismo al romanticismo que al idealismo. Los positivistas mexicanos decían: "La era de los pueblos metafísicos, como los latinos, había pasado; ahora era la época de los grandes pueblos positivistas, como los sajones. España, Francia e Italia habían pasado a la historia, la época era de Inglaterra y los EE. UU. El krausismo venía a reforzar el espíritu absolutista y desordenaba a los mexicanos" *(Ob. cit.*, p. 131).

Gabino Barreda quiso atraerse a los liberales, los románticos de que habla Zea en *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica.* Para hacerlo cambió el lema "amor, orden y progreso" de los positivistas por el de "libertad, orden y trabajo"; pero el sentido de esa libertad era equívoco, pues para el positivista no hay libertad cuando ésta se opone al orden impuesto por el Estado. El positivista quiere llegar a una planificación de la cultura y de la economía. Y sin embargo, Barreda era hombre que tenía fe absoluta en la educación. Por eso lo primero que hizo cuando fue llamado por Benito Juárez fue forjar la Preparatoria. Barreda, al organizar la Escuela Nacional Preparatoria, unificó mentalmente a los mexicanos.

Dice Zea en *Apogeo y decadencia del positivismo en México* que "Los discípulos de Barreda serían los encargados de formar un partido político que basándose en la filosofía positiva, se enfrentase al partido liberal, arrancándole el poder" (p. 10). Pero el viejo partido liberal destruyó al partido con-

servador y luego él cayó en la anarquía. Como no había orden se le quiso establecer con el positivismo; pero los positivistas se dividieron en dos grupos. Y dice Zea que los primeros adaptaron los principios positivistas a los intereses que representaban y que son los que más importan por llamarse positivistas mexicanos, mientras que los segundos no pudieron realizar el ideal positivista. Los primeros son los científicos, los segundos los utópicos. Los científicos fundan un periódico titulado *La Libertad* y entre los redactores del mismo aparece la más señera figura de todos sus redactores: el licenciado Justo Sierra. Justo Sierra clamaba por un partido conservador y por destruir el liberal o jacobino y el conservador clerical, pero en un futuro próximo se agruparían en torno al porfirismo las nuevas y las viejas fuerzas conservadoras del país, incluso el clero y el militarismo. Justo Sierra combate la Constitución del 57 por considerarla utópica. "Pan y no derechos" —clamaba Sierra. "Vamos a ensayar ahora una tiranía honrada a ver qué resultado produce" —decía Sierra. La puerta estaba abierta a la dictadura, ahora sólo faltaba elegir al dictador, al tirano honrado. En cuanto a los resultados, la revolución de 1910 tendría la palabra" *(Ob. cit.*, p. 36).

Justo Sierra aplicó la doctrina del orden y progreso de Spencer a la sociedad mexicana. "Nuestra burguesía pretendió imitar a la sajona, pero no pudo porque la sajona se apoya en la industria y el comercio y la nuestra en el latifundio y la burocracia" —nos dice Zea. Justo Sierra es el hombre de mayor penetración política del porfirismo. Zea va siguiendo su trayectoria con creciente interés. Sobre las espaldas de Sierra va el spencerismo, pero tratando de adaptarse a la realidad mexicana, una realidad necesitada de un orden; mas cuando Sierra comprende que ese orden ansiado es falso, vuelve la espalda a Porfirio Díaz. Tarde lo hizo. ¿Es que lo pudo hacer antes sin traicionar su propia convicción de hombre "científico"? Justo Sierra es el teórico de la burguesía mexicana y va a intentar una filosofía de la historia de México en su libro *Evolución política del pueblo mexicano.* Barreda, apoyándose en el comtismo, había hecho la fase combativa de esa burguesía. Justo Sierra, de acuerdo con Spencer, tratará de justificar el nuevo orden del porfirismo. Sierra ve que el mestizo es el hombre sobre el que debe construirse la nación mexicana. Dice Zea que "gracias a esa calumniada raza mestiza el progreso en México ha sido una realidad", recordando con esta frase un

pensamiento de Sierra. Éste estudia los tres grupos de hombres que habitan en México: el indio, el mestizo y el criollo, de los cuales el más apto es el mestizo, representante de la burguesía. Dice Justo Sierra que el menos apto es el indígena, el cual se nutre de maíz, chile, frutas y pulque. "Con esta alimentación —prosigue— se puede ser un buen *sufridor*, buen animal doméstico, pero jamás un *iniciador*, es decir, un agente entero de la civilización". "El pueblo indígena es un pueblo sentado, hay que ponerlo en pie. Todo se reduce a un problema de fisiología y pedagogía; hay que hacer que el indio coma más carne y menos chile que aprenda lo útil y lo práctico". Añade Justo Sierra que el indio se ha transformado en nosotros en el mestizo y que el mestizo posee cualidades que le capacitan para el progreso.

Hemos seguido cincuenta años de vida cultural y política mexicana a través del pensamiento de Leopoldo Zea, despojando los hechos históricos de multitud de personajes de segunda fila para quedarnos con los tres más relevantes desde el punto de vista cultural, filosófico: Mora, Barreda y Sierra. Las ideas mantenidas por ellos han ido siguiendo las sinuosidades de la tierra mexicana. Los políticos de esta época tienen como figuras más destacadas a Benito Juárez y a Porfirio Díaz. Ambos nacidos en Oaxaca, curiosa coincidencia, y que utilizaron las ideas suministradas por los tres referidos pensadores. Rara vez se ve seguir tan limpiamente la vida del pensamiento y su práctica en la vida real en tan estrecha colaboración. Recientemente he presenciado yo una mesa redonda que se ocupó del tema "Filosofía y política", en la que los interlocutores se iban por las ramas sin ocuparse del tema que los había reunido, hasta que al final se tocó brevemente el problema. Un estudio como éste de Zea que estudiamos hubiera servido perfectamente para ver cómo lo político y lo filosófico se entrelazan estrechamente.

El valor de la obra de Zea estriba en descubrir esa íntima colaboración y en haber seguido esa unión a través del navegar tan incierto de la vida mexicana del citado período de cincuenta años. Al llegar el año 1908 Justo Sierra se dio cuenta de que el porfirismo había fracasado totalmente. Sierra temía la instalación de un gobierno despótico. La libertad política reclamada por la burguesía tenía un carácter defensivo. Es un arma de la cual se sirve para evitar que Díaz se convierta en dictador en provecho propio y no de la burguesía. Sierra era un espíritu alerta e inquieto y se da cuenta de que debía haber habido un

partido político, pero que fue inexistente por el recelo del gobierno de Porfirio Díaz. El comtismo caía hecho pedazos. A D. Porfirio Parra, heredero de la tradición de Barreda, le tocó morir aislado. Frente a Comte y Spencer surgieron Schopenhauer, Nietzsche, Bergson y el pragmatismo; pero sobre todo se empezó a hablar de cultura griega y latina. Justo Sierra, en 1908, se revelaba sabedor de las inquietudes metafísicas de la hora. Pero fue en 1910, con las conferencias del Ateneo de la Juventud dadas por los maestros Caso, Vasconcelos, Reyes y Ureña cuando el país comenzó a tomar un nuevo rumbo. De todos los maestros citados, la voz autorizada del maestro Antonio Caso acusaba vibraciones desconocidas, que impresionaron al mexicano, cuando decía: "Idealistas de México, volved al suelo, a nuestras costumbres, a lo que somos en verdad". Pero Caso, lo mismo que Zea, lo que quieren es vivir el momento histórico, no dar saltos, y por eso claman: ¡Realidad!, ¡Realidad! Estudiemos la realidad mexicana, su suelo, su historia, su arte vernacular, todo lo que pueda darnos la integridad racial, que nos haga captar la conciencia nacional. Estamos en 1910. México nace como nación. Desde 1910, al iniciarse la Revolución, México, sin una doctrina filosófica determinada va a marchas forzadas, pero pleno de fe en sí mismo. ¿Qué ha hecho para tener esa fe? Ligarse al pueblo. Cuando en una nación los hombres que están arriba sienten las pulsaciones del sentir popular se revela plenamente que esa nación tiene una personalidad indeclinable.

Zea nos dice en *El Occidente y la conciencia de México* que "La moda ahora es ese nacionalismo que alarma a quienes se conformaban con estar enterados de las últimas producciones de la cultura llamada universal, sin pretender colaborar con él" (p. 78). Estamos ante la mestización del pueblo, y añade Zea que en México ya no hay problema racial. Ya no nos subordinamos a Europa. Y Zea quiere hacer tangibles aquellas palabras de Alfonso Reyes, cuando reclamó desde Buenos Aires a Europa el derecho a la ciudadanía universal que "hemos conquistado por haber ya alcanzado la mayoría de edad". Por eso cuando Zea ocupó en la Secretaría de Educación Nacional el puesto de Jefe de Cooperación Intelectual envió el libro mexicano a París, Londres y Venecia, para que conocieran en Europa el desenvolvimiento de la cultura mexicana. Actualmente México está en una etapa de nacionalismo que es necesario afrontar para incorporarse definitivamente a la humanidad. Pero ¿de

dónde ha salido todo este pujante movimiento que inunda al país entero y que se extravierte sobre los demás países de Iberoamérica e incluso llega a Europa, como hemos visto con el gesto citado de Zea, y antes con la exposición de arte mexicano que vimos en París y presentada más tarde en Londres y Estocolmo? Ya nos hemos ocupado antes de la trayectoria seguida por la intelectualidad mexicana desde el Ateneo de la Juventud. Hemos citado a Antonio Caso, a Vasconcelos, con el impulso que dio a la acción alfabetizadora desde su puesto de Ministro de Educación Nacional. Pero era preciso dar forma a ese movimiento en el seno de la juventud estudiosa. Y Zea la encontró en el grupo que recibió el nombre de Hiperión. Hiperión, hijo del Cielo y de la Tierra, representante de lo Concreto y lo Universal, y en él se simbolizaron las ansiedades del grupo, sus aspiraciones ideales, que son las de México. El grupo empieza a crecer. A él se incorporan hombres maduros de la mayor solvencia espiritual. Se inician las conferencias públicas. Y se realiza, con el nombre "México y lo mexicano", una biblioteca que dirige el mismo Leopoldo Zea y que edita La Antigua Librería Robredo, la cual ha publicado ya una quincena de volúmenes. El primero fue *La X en la frente* de Alfonso Reyes. Emilio Uranga publicó otro titulado *Análisis del ser del mexicano*. Y actualmente la biblioteca tiene más de treinta obras en prensa y en preparación.

Zea dio una conferencia titulada "La filosofía como compromiso" por el grupo Hiperión en octubre de 1948. Se trata de un ensayo en el que se estudia la filosofía como una posición de hombre responsable ante la comunidad a que pertenece el filósofo, y Zea hace un recorrido que va desde Sócrates hasta Jean-Paul Sartre. En la época moderna, con el marxismo, el burgués se siente perecer y quiere salvar lo que pueda en esta lucha a muerte en que el proletario adquiere conciencia de clase. El existencialismo defiende a ese hombre selecto que pretende conservar su libertad y su acción, sintiéndose comprometido, ser "L'homme engagé" —como dice Albert Camus. Pero Zea toma el existencialismo como trampolín para lanzarse sobre su México querido, y para ello quiere interpretar la realidad mexicana y la estudia a fondo. Ésta no es como la europea, porque aquí las clases no están definidas; en cambio existe un colonialismo y problemas que están planteados desde la conquista. La situación de México es ambigua porque las cuestiones típicamente mexicanas se entrecruzan con otras internacionales.

¿Cuál es nuestro ser? —se pregunta Zea con ansiedad, como Hamlet. "Somos hijos de la cultura europea y sin embargo nos sentimos extraños a ella" —dice Zea en *América como conciencia*. "Nos hemos negado a tener una historia, a tener un destino" (p. 53). Esta autenticidad que persigue Zea es el nudo de un problema y que precisamente ha encarnado el grupo Hiperión para desentrañar la raíz de la nación mexicana.

En *El Occidente y la conciencia de México* se nos habla de la idea sostenida por Toynbee de que el Occidente provocó siempre el impacto sobre los pueblos marginales; ahora éstos reaccionan contra el Occidente y entre ellos México en primerísimo lugar. Por eso siente, por primera vez en su vida histórica, la necesidad de saber lo que es, de dónde viene y adónde va. México nace como nacionalidad ante el mundo y siente en su carne la crisis de su crecimiento. Se siente independiente de Europa y no quiere ser criolla. El problema que aparecía balbuciente en el siglo pasado ya se ha presentado en toda su plenitud. Pero en esta toma de posesión de sí mismo, México siente que él no crece solo, que hay otros países en América cuya trayectoria es similar a la suya. Y una noble idea se apodera de Zea: ir hacia los demás países hispanoamericanos, estudiarlos, compenetrarse con ellos. Por eso en su estudio acerca del positivismo en México no se detiene en México, sino que da un salto hacia ellos, y ve que el mismo fenómeno de adopción del positivismo en México es común a todos. Y Zea nos va abriendo las fronteras culturales de las naciones de América para poner al descubierto el esfuerzo espiritual hecho por sus hombres más destacados. Y van apareciendo ante nosotros los Mora, los Barreda y los Sierra de Hispanoamérica. Y Zea nos presenta a Lastarria en Chile, que afirma el derecho de Hispanoamérica a convertirse en gobierno republicano, y nos habla de la Academia de Bellas Artes que en sólo ocho años impuso su sello a la vida cultural chilena. Al llegar al Perú Zea nos habla del maestro González Prada, fundador de la Unión Nacional. Estudia, al entrar en la Argentina, la diferencia radical entre ella y México y sin embargo ve la coincidencia con Ferreira y Sarmiento. En el Uruguay nos presenta la manera hábil de José Pedro Varela para conseguir la reforma de la educación, y nos describe las luchas del Ateneo por las que se obtiene al fin el triunfo del liberalismo y la democracia al llegar a la presidencia de la república José Batlle y Ordóñez, una de las más grandes figuras del Uruguay. Y para no hacer

más larga esta relación, cuya historia aparece en *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica,* citaremos que en Cuba la simiente de Caballero, Varela y Luz y Caballero daba sus frutos en el realista Enrique José Varona, que predicaba una emancipación mental antes de la emancipación política.

Zea se ha preguntado por el pasado histórico de todos los países americanos. Y no se ha limitado a ver los hechos en los libros, sino que siempre que ha podido ha recorrido América de norte a sur y de este a oeste. Es el *homo viator* que recoge sugerencias de cada uno de los países de origen común que va recorriendo. Zea quiere adentrarse en el complicado problema de la unidad americana, observándolo desde un punto de vista más hondo que el de Monroe, sin miras dominadoras ni opuestas a las demás partes del mundo, y asimismo diferente de la concepción materialista de la historia de Haya de la Torre o de Lombardo Toledano. ¿Podría hacerse la unidad de toda América? Pero éste es un problema cuyo planteamiento y estudio no serán con seguridad las generaciones actuales las que podrán acometerlo.

Termina Zea *América como conciencia,* diciendo que la posible tarea de una filosofía americana será resolver los problemas genéricos y los americanos en particular, debiendo llegarse al equilibrio entre lo individual y lo social. Hay que coordinar los campos metafísico y real. Tenemos que abandonar toda idea de resentimiento o de sentimiento de inferioridad. Y añade Zea que "en la crisis actual, América debe presentarse al mundo con su faz propia. América debe hacer su propia historia sin negar a Europa, pero sin imitarla".

El filósofo norteamericano Patrick Romanell, en su libro *La formación de la mentalidad mexicana,* en la parte dedicada a Zea, dice de éste que no cree sea un pensador original y considera inconsistente su obra. Sin embargo, creo que no ha prestado la suficiente atención al valor histórico de lo hecho por Zea. Yo no digo que todo sea grano en su obra, pero Zea ha tenido la virtud de limitar su esfuerzo a un hecho concreto: "México y lo mexicano". En esta limitación estriba su éxito. Pero es que Zea ha tenido el don de la oportunidad histórica y ha encarnado un movimiento de múltiples y profundas consecuencias. Y a esto es a lo que yo aludía al principio de este ensayo. A Romanell le ha faltado intuición para captar el momento en que vive México de floración de su personalidad y ver que Zea ha encarnado nada menos que la eclosión de la

nacionalidad mexicana. Y el estudio del positivismo partiendo de las ideas de donde nació, precisando las vicisitudes de las mismas y de los hombres que las vivieron, es una operación intelectual de fuerte empuje, que como método de trabajo dará a México un formato intelectual de gran envergadura.

Otro problema objeto de la atención de Zea ha sido la relación de los países hispanoamericanos con Norteamérica. En todos sus libros roza este problema y en varios de ellos le consagra algunos capítulos o ensayos. El punto esencial que Zea desenvuelve es el deseo de imitar a los Estados Unidos que sienten todas las repúblicas iberoamericanas en cuanto a desarrollar una organización capaz de aumentar su poderío, su riqueza, sin perder por eso su nativa idiosincrasia. Pero como éste es un tema central y lo es también la relación entre América y Europa, objeto constante de la atención de Zea, vamos a ver esta doble preocupación suya a través de un artículo publicado recientemente en Venecia por la revista *Comprendre* (Núms. 10 y 11) y que lleva por título "La Culture européenne et les deux Amériques".

En el citado artículo dice Zea que Europa, debido al poder de los Estados Unidos, ha pasado de ser colonizadora a ser una colonia y su actitud ante el Coloso del Norte es semejante a la de Hispanoamérica ante él. Europa, que debe el valor de su cultura a un espíritu de libertad creadora, se siente amenazada. Europa debe observar cuál fue la actitud de Hispanoamérica: no renunciar a su propia personalidad y hacer que los mejores espíritus de Norteamérica reconocieran sus valores, y asimismo que Hispanoamérica comprendiera los suyos. México, no sólo consiguió el reconocimiento de su personalidad, sirviendo de yunque para toda Hispanoamérica, sino que obtuvo también que Estados Unidos practicase "la doctrina digna de una gran nación que se consagra a los ideales de la libertad individual, del gobierno representativo y de la igualdad de los Estados en el seno de la nación" (Tannenbaum). Europa verá en la lucha entre las dos Américas sus propias luchas interiores, luchas entre el egoísmo y la dignidad y entre el dominio del egoísmo y del absolutismo en busca de la libertad. Los Estados Unidos deberán darse cuenta de que es preferible cambiar la actitud del intrusismo por el de la dignidad y la libertad. Latinoamérica comprenderá a su vez que su resistencia no ha sido vana y servirá de ejemplo a otros pueblos semejantes a ella. Pero son los artistas y hombres de ciencia más bien que los po-

líticos, los que habrán de hacer esta labor. Y —termina Zea— que esto será el preámbulo para la comprensión de todas las culturas y entonces Europa podrá encontrar la universalidad que pretendió siempre dar a la suya.

En la transformación que ha sufrido el mundo después de las dos guerras todos los pueblos parecen haber levantado la cabeza después de un gran letargo. Y este fenómeno se ve patentemente aquí en América. Las naciones de Hispanoamérica aparecen con una nueva fisonomía. Se alejan todas del escolasticismo y del positivismo. Y así como en Europa las fronteras se cierran entre las naciones, aquí en América ocurre el fenómeno opuesto. Bolívar, Martí, Juárez, Sarmiento, más que nacionales son americanos. Acaso este fenómeno se deba al origen opuesto de Europa y de América. El europeo tiene la cultura griega como origen común, en cambio América es heredera de las culturas nacionales europeas, *nacionales*, esto es, cultura ya dividida, partida, sellada por una tradición, por un idioma y sobre todo por una política. Y en el americano se ve como una tendencia a unificar lo que al principio estuviera unido; pero esa tendencia unificadora se ve limitada por una realidad geográfica que ha facilitado la unidad de los Estados Unidos por una parte y ha dificultado la de Sudamérica por la otra. Habría sido de desear que Leopoldo Zea hubiera intentado estudiar el problema americano desde el punto de vista geopolítico. Pero repito lo que expuse más arriba: no creo que el problema de la unidad de América esté maduro para estudiarlo.

En todo lo expuesto hasta aquí sobre las relaciones entre Hispanoamérica y los Estados Unidos se habrá visto que México, como ha dicho el escritor norteamericano más arriba citado, Tannenbaum, ha servido de yunque. México ha conseguido así forjar su personalidad y darle cada vez más un sello propio. Y acaso de México dependa el porvenir de América entera. México en América tiene un papel semejante al de Francia en Europa. Y yo diría que los fieles de las dos balanzas del mundo se encuentran ahora en Francia y en México, más en Francia que en Mérico, naturalmente. Francia es fiel de la balanza de Europa. México es fiel de la balanza de América. Los Estados Unidos y la U. R. S. S. son las naciones de más peso ahora en el mundo; pero del lado que Francia y México se inclinen dependerá en grandísima parte el porvenir del mundo.

Volvamos al pensamiento de que México ha sido y es el

yunque de Hispanoamérica. Me gusta la expresión, no por lo que la frase tenga de atrayente, sino por lo que hay en ella de viva realidad. México es un país que se está forjando, que más que ningún otro país de América está viviendo dramáticamente al filo de sus horas. Ha conseguido en su lucha revolucionaria llegar a un equilibrio que es raro encontrar en otras naciones en los momentos actuales. El equilibrio, cuando se está creciendo, es difícil de mantener y sólo se consigue por el entusiasmo. ¡Quién nos iba a decir a nosotros, los españoles, cuando allá en España recibíamos las noticias de la revolución mexicana, que ese país convulso como un volcán activo, nos serviría a nosotros, que vivíamos en paz, de refugio y de país de adopción, y aún más, que íbamos a ver en él el pedestal de un ideal de liberación! Porque México no es país dormido en una paz octaviana, sino que vive transformando su vida económica, haciendo su conciencia, forjando sus armas intelectuales y morales que hacen de él vigía atento de toda la América Hispana libre. Éste es el país donde el pueblo y el gobierno quieren ir de la mano. Si lo consigue, México será fiel al destino de su revolución.

Hay quien ha dicho que todas las reflexiones de Zea sobre México corresponden más bien a la sociología que a la filosofía, pero es que un filósofo, por muy filósofo que sea, no puede vivir al margen de los acontecimientos de su país. El hombre tiene como sus más fuertes preocupaciones las del presente colectivo. Vivimos siempre en instantes que se nos imponen. Es un hecho que la revolución no ha terminado en México, sino que precisamente tiende a ampliarse con tendencia a consolidarse, esto es, a llegar a sus consecuencias de tipo económico. La campaña alfabetizadora, lo mismo que la lucha contra los latifundios, están en pleno auge. Vivimos además en una etapa de revolución cultural. El cuerpo enseñante, la prensa, el arte, el teatro, las publicaciones de libros y revistas están en plena ebullición. Acaso se haga a veces con falta de sistema y método, pero eso demuestra una obra viva. México se ha convertido en símbolo de libertad y quiere serlo asimismo de moralidad. Aquí pueden vivir todos los que no pueden hacerlo en otros países. ¿Cómo el filósofo va a quedar al margen de la vida actual tan atractiva de México? El filósofo, como los demás hombres de México, *sirve de yunque* a los otros filósofos de los demás países de América. Por eso decía más arriba que

el papel de México en América es similar al de Francia en Europa. Porque Francia ha servido también de yunque en Europa.

Dice Zea en su libro *Ensayos sobre filosofía en la historia:* "No sabemos qué valores pueden substituir a los que vemos hundirse, pero lo que sí es seguro es que surgirán, y a nosotros los americanos corresponde colaborar en tal tarea" (p. 176). Y he aquí otro pensamiento de Zea del mismo libro y que demuestra que vive completamente alerta en la hora presente: "América se encuentra en un momento privilegiado que acaso no dure mucho, pero que debe ser aprovechado para iniciar la tarea que le corresponde como a miembro ya adulto de la Cultura Occidental" (p. 176).

No quisiera terminar este ensayo sobre la obra de Leopoldo Zea sin citar, aunque sea brevemente, un libro didáctico suyo titulado *La conciencia del hombre en la filosofía.* Se trata de una historia de la filosofía que considera a la historia como la conciencia activa del hombre en su devenir vital y a la filosofía como un estudio en vista de las ideas y de los problemas que el hombre encuentra en su circunstancia. No se trata de una historia de la filosofía al modo usual, sino de un estudio entre la ideación del filósofo y el ambiente en que se desenvolvió su vida. Es pues, una historia de la filosofía existencialista, vivida, historicista.

¿Por qué he hecho yo este trabajo acerca de la obra de Leopoldo Zea? Es preciso explicarlo con un poco de historia personal.

Yo he estado viviendo catorce años en Francia. Allí me vi obligado a hablar en francés continuamente, y esto por dos razones: la primera, porque el conocimiento de esta lengua y de la cultura francesa atraían profundamente mi curiosidad intelectual, y la segunda, porque tenía que explicar mis cursos en francés. Aunque todo esto lo hiciera con gusto, el hecho de no emplear mi idioma, el español, producía en mí un vacío que no podía colmar plenamente. Mi aspiración era venirme a México para realizar aquí lo que allí no podía: escribir, hablar continuamente en español, es decir, hallar un ambiente que allí me faltaba y además, encontrar una patria adoptiva que tuviera los acentos de una verdadera patria. Quise entonces, al estar ya aquí, entrar en relaciones estrechas con la cultura mexicana, una cultura en la que la libertad no fuera mancillada, y para

ello había de ponerme en relación con sus hombres cultos. De esta manera la cultura española, que en París, donde vivía, no podía seguir, podría reanudarla substituyéndola en México por el vástago más fuerte y rico de la cultura hispana. Mi interés por la cultura mexicana aumentó cuando vi que los españoles trasplantados aquí catorce años antes que yo habían trabajado ardientemente para elevar o mantener el nivel de México. Observé que la obra de ellos había sido grande, pero sobre todo empecé a interesarme por la de los propios mexicanos. Me encontraba, en lo que toca a la filosofía, con una serie de hombres que conocían perfectamente las mismas corrientes filosóficas que yo había estudiado en España y en Francia. Me di cuenta de que México se encontraba en momentos de renacimiento cultural, que había grupos de mexicanos que se interesaban vivamente por crear algo que no existió antes, y si existió no lo fue con la fuerza y originalidad que ahora. Y me interesó sobre todo la preocupación por el tema de lo mexicano, porque veía que a través de él entraría en conocimiento de México y de América entera, como así está ocurriendo. Y de todos los mexicanos que se ocupaban de filosofía me fijé particularmente en Samuel Ramos. Y leí a Reyes y a Vasconcelos. Tuve noticia de la sugestiva y atrayente personalidad de Antonio Caso, a quien siento no haber conocido. Traté a otros filósofos. Y quise conocer a los jóvenes. Pude conseguirlo a través de un ciclo de conferencias que se dio en el curso de invierno de la Facultad de Filosofía y Letras a principios de 1953. Y allí oí por primera vez y conocí personalmente a Leopoldo Zea. Y vi que Zea era una de las conciencias más vigilantes de la filosofía en México. Y deseoso de conocer la realidad mexicana, sus más vivas aspiraciones intelectuales, me adentré en el conocimiento de su obra, escrita en una prosa trasparente y vivaz. Y esa lectura me llevó de la mano hacia libros y autores que yo desconocía. Y nada de lo hecho me ha defraudado, sino que por el contrario me ha abierto un camino para seguir adelante.

He dicho en un artículo publicado en *Cuadernos Americanos* (Vol. LXXVI) acerca del libro de Gaos *Filosofía mexicana de nuestros días* unas palabras sobre Leopoldo Zea que quiero sirvan de colofón a este ensayo sobre su obra y que son las siguientes: "Zea es el discípulo predilecto de Gaos y el que llegará a obtener las más precisas y dinámicas consecuencias del movimiento de que hablamos ("México y lo mexicano"). Y ésta debe ser seguramente creencia del propio Gaos, cuando en

una carta abierta a Zea y que aparece en el libro que comentamos, con el título "Etapas del pensamiento en Hispanoamérica" dice de él "ya se le tiene a usted internacionalmente, de ser uno de los maestros en materia de historia de las ideas en nuestros países" (p. 189). . .

# LA PALABRA POÉTICA

Por *Cintio VITIER*

*La escritura y la voz*

PARAÍSO del lenguaje, no obstante haber merecido las desconfianzas de Sócrates, que en ella veía la palabra pintada como un ídolo y no las señales del oráculo, la escritura puede fijarnos en el hieratismo del número y puede también conducirnos al reino de la participación, de las metamorfosis. El terror de Sócrates ante la majestad muda de la palabra escrita, como el de Pascal ante las constelaciones, que iban a servir a Mallarmé para encontrar la clave de la simultaneidad en lo sucesivo de la página absoluta, procede tal vez de que se confía más en el diálogo que en la participación como fundamento de la ciudad. Pero Heráclito no era menos político ni menos profundo cuando escogía la polaridad del cambio irreversible frente a la palabra inmóvil, paradójica y oscura del oráculo, porque esa inercia contiene la violencia del conjuro primaveral, esa paradoja alimenta las contradicciones del adentro y el afuera en el hombre, esa oscuridad burla, volviendo a los orígenes, los dilemas didácticos de razón, sentimiento y profecía.

La tendencia a la fijeza expresiva, rasgo común que señala Alfonso Reyes entre el lenguaje literario y los paraloquios del rito y de la ciencia, hace también de la escritura un orden de participación más que de diálogo.[1] Ya sea la imposible fijeza

[1] No podemos compartir la tesis del maestro Reyes cuando nos dice, en la página 23 de *El deslinde,* que, "en rigor", la literatura es "oral por esencia (y no sólo por origen genérico), puesto que el carácter gráfico se refiere a la palabra hablada y en ella cobra su sentido, y la palabra sólo es escrita por accidente, para ayuda de la memoria". Al contrario pensamos (siguiendo en esto los estudios de Maurice Blanchot) que el hecho de ser escrita pertenece a la esencia de la literatura, y que no en vano aparece el término *letra* en el origen etimológico de la palabra. Desde un punto de vista de filosofía estética, lo genial de Heráclito es haber percibido en el fenómeno del lenguaje del oráculo,

algebraica de Mallarmé o la natural integración y sobreabundancia de las esencias del coloquio y el paraloquio en Martí, la escritura cabal nos impulsa siempre hacia un mágico caer de las murallas, hacia un futuro inmanente en los sentidos y el poder de la palabra. Porque la palabra es como el quinto elemento, ya no cósmico sino antropológico, del universo: el elemento que viene después, para totalizar y salvar en la transparencia de la expresión. Todo puede volverse palabra, y todo aspira a ello desde que fue nombrada la primera cosa. Ese irresistible impulso de la realidad hacia la palabra es lo que llamamos poesía. Pero al decir esto, ya no estamos en el terreno del diálogo, del coloquio, en que el lenguaje se compone de signos utilitarios y sustituibles, ni siquiera del discurso en que se busca la verdad o la belleza, sino en el reino autónomo en que la palabra busca su linaje más profundo, cercano a la rigidez ritual y a la tipología simbólica de las ciencias, como observa Reyes, pero con otro poder creador en cuanto salta del centro de la persona humana como un hambre de participaciones y un esplendor de reminiscencias.[2]

En ese mundo cuya esencia es la palabra, nos encontramos

---

la esencia de lo escrito, de la inscripción hierática y sagrada, que va del jeroglífico hasta la letra impresa, constituyendo un reino distinto frente al diálogo y la tradición oral. El elemento *icónico,* para usar con absoluta libertad la afortunada frase de Charles Peirce, me parece esencial en la expresión literaria. Por otra parte, en este ensayo sostengo que la *voz* de la poesía (es decir, la verdadera esencia oral de la literatura) se oye mejor en el espacio de lo escrito que en la sucesión del habla.

[2] La idea de la rigidez del paraloquio literario se completa con la observación de Kant, en su *Crítica del juicio estético,* sobre la pluralidad de sentidos sin incurrir en ambigüedad, rasgo distintivo del lenguaje artístico en contraste con el común. Esta observación es la base de los términos "unisigno" y "plurisigno" aplicados a la expresión ordinaria y al símbolo estético por Philip Wheelwright (véase "Aesthetics", por De Witt H. Parker, en *Twentieth Century Philosophy)* Ya Santo Tomás, recogiendo una tradición exegética, después de justificar la oscuridad metafórica en las Sagradas Escrituras, se refiere a su multiplicidad simultánea de sentidos, distinguiendo cuatro: el histórico o literal, el alegórico, el tropológico o moral y al anagógico, que es el que adquiere la nueva Ley según "lo que hay en la gloria" *(Suma teológica,* Cuestión I, Artículo X). Este palimpsesto de sentidos debiera encontrar una aplicación inteligente a la escritura poética humana. Por mi parte pienso si el verdadero sentido de la poesía, incluyendo aquí todas las artes, no será el anagógico, el que ilumina su extraña calidad actual pero inverificable, por la sustancia de una futuridad gloriosa, no histórica.

desautorizados los cuadros lógicos del discurso y de las facultades. Aquí, en efecto, el sentimiento razona o imagina, la imaginación piensa o siente. ¿Por qué? Porque no es el interés conocido de la razón quien gobierna el discurso, sino el interés desconocido de la palabra, potencia que en el hombre reúne lo cósmico, lo antropológico y lo divino en una sola unidad de anhelo. Cuando un hombre pertenece a este orden, sus palabras se llenan de otro sabor, de otro tiempo y otro sentido: el sabor, tiempo y sentido de la escritura que no busca un diálogo sino una participación de solitarios, en el silencio original de esa facultad por la que el hombre puede comunicarse con sus semejantes, pero también sentir el latido de la última extrañeza de su ser: ¿quién es el que en mí habla, y dónde resuenan mis palabras? ¿Adónde van, de dónde vienen? Las preguntas por el ser no son tan turbadoras como las que inquieren por el ser de la palabra, que es la que pregunta. Porque hay en nosotros, y quien no la ha sentido no conoce la voz mayor de la poesía, una esencial y única palabra que pregunta, una palabra hecha de silencio absoluto, cósmico y personal, que sin cesar pregunta. Ese latir de la palabra interrogante en los silencios últimos del ser, es el que se trasmite y prolifera en el discurso y la escritura de la poesía.

Corresponde así a nuestra condición, como si fuéramos organismos mutilados que sólo en la conciencia de su ruina pudieran vislumbrar su completez, que únicamente lo que en nosotros pregunta sea lo que en nosotros pueda responder; o que sólo podamos responder con otra interrogación que ilumina otras lejanas islas. De esas playas del ser de la palabra, que pueden llamarse remolino sintáctico en Góngora, hueco de luz por la negrura del tejido idiomático en Quevedo, modulación y figura en el tiempo de un párrafo de Bossuet o vacío y vértigo en la puntuación de Rimbaud, es preciso continuamente regresar hacia la ciudad del refrescante diálogo y el oráculo civil de sus instituciones. Es preciso también sacar de ahí, como un número lustral y radioso, el signo comunicante, la buena nueva que hieráticamente ha de preservar la escritura, como una máscara que guarda la virginidad del rostro detrás de sus rasgos de ídolo pintado. Así el hombre que pertenece al orden de la palabra, en cuanto tal, y aunque a la vez sea hombre de acción o contemplación, como es el caso venturoso de nuestro Martí, ha de vivir en incesantes pactos, en deslumbramientos de teodicea post-diluviana, porque la palabra, que exige primero el cata-

clismo del diálogo y las instituciones, reclama después el castillo de la escritura, la fortaleza del signo, la sucesión inmóvil del discurso, para incorporarse a la historia y ser un documento más entre sus textos y contratos fundadores. Enemiga de la historia es la palabra en cuanto la historia tiende a cristalizar el verbo en fórmulas y repeticiones; pero celebra pacto con ella en cuanto destruye la sucesión cósmica, cuyo infinito crea la vigilia del espacio inhumano aterrador, para engendrar un movimiento intencional, una cacería del unicornio, una música y un drama de la criatura.

La acción tiene sus leyes, la contemplación sus métodos. Asimismo la palabra constituye un orden cuyas necesidades y exigencias van alumbrándose a medida que penetramos en su reino. El hombre que pertenece al orden de la palabra es el poeta. No quiere esto decir que la acción no sea, por su misma esencia, poesía, sin caer tampoco en las dudosas implicaciones del génesis goethiano; ni que el contemplativo, filósofo o místico, no participe de actitudes fundamentales al poeta. En efecto, ya lo entendamos como sustancia creada a imagen y semejanza de Dios, pero caída por el pecado original, o como puro hacerse en el devenir de las circunstancias y las situaciones, el ser o el existir del hombre se funda siempre en una actividad cuya raíz de reminiscencia o creación poética nos parece el rasgo más claro. Pero la palabra es la potencia por donde el hombre no sólo es, sino se siente ser, por donde la soledad última de la persona trasciende en un impulso de comunión que está más allá del diálogo y de los actos sucesivos, como si el silencio genésico de la acción y el silencio estático de la contemplación buscaran en ella una salida hacia la unidad en que el adentro y el afuera, lo hermético y lo exterior, lo inexpresable y la expresión, pudieran consumarse y saciarnos sin posible réplica. Porque la palabra, que es, ya lo hemos visto, lo más fundamental y solitario del hombre, quiere ser lo más objetivo y participante, la expresión absoluta de ese silencio en que sentimos algo tan extraño que pudiera llamarse la nada personal, el no ser específico que cada uno siente en sus orígenes como una atracción, como un abismo donde está el silencio que es palabra, la nada que es el nombre.

La escritura poética nos revela ese carácter silencioso de la verdadera palabra, de la que no sirve para coloquio ni oratoria ni mayéutica. En ella sentimos el silencio de las señales del Oráculo, pero también, y aquí está el misterio más vivo, la pre-

sencia silenciosa de una voz que sale de la nada. Esa voz, esa música humana y personal que llena por dentro a la palabra impasible y sagrada, constituye el protagonista real de la escritura, y lo extraño es que haya que escribir o inscribir la palabra, que sea necesario entrar en lo que Paul Claudel ha llamado la religión del signo, combinatoria que organiza la mudez del espacio según las últimas y más oscuras inspiraciones culturales, para que esa voz sin garganta que la emita ni labios que la modulen, pero supremamente personal y única, pueda escucharse. Y es que sólo el espacio permite oír la voz del silencio. El tiempo nos parece un discurso incesante, una figura que se desarrolla en imágenes indetenibles, estruendo vacío de las nubes. El tiempo no nos deja oír. El espacio en cambio nos deja oír demasiado, y quizás lo que a Pascal aterraba en el silencio de esos espacios infinitos era que en ellos oía una voz que no era de nadie, que no era la voz del poeta sino la voz misma del espacio, como si estuviéramos delante de una escritura que nadie hubiese escrito. Y tiene razón Valéry cuando se extraña de ese espanto en un cristiano, porque, nos dice, no sólo los griegos oyeron la música de las esferas, "efecto de una divina y rigurosa analogía", sino que "las noches bíblicas retumban de las alabanzas del Señor". "Y este extraño cristiano, añade, no encuentra a su Padre en los cielos. . ." Pero es ese mismo espanto y desamparo lo que nos garantiza la experiencia religiosa de Pascal, que en los espacios estrellados, en la escritura hierática del cosmos, sólo escuchaba el reverso de aquellos cánticos de alabanzas, el silencio de la nada en que recae la criatura.

### *Ejemplo de Mallarmé*

No es raro que, dos siglos después, consumando sus meditaciones sobre el lenguaje, un poeta vuelva también los ojos a la noche estrellada para encontrar allí el ideal de la página absoluta. Sólo que ya en él no hay espanto sino la frialdad de una especie de positivismo místico de la palabra. Quiere alcanzar la escritura sin discurso, el lenguaje sin costumbre ni azar, la voz pura identificada al signo puro en el espacio puro. Pronto comprendió que buscaba lo más difícil, lo que no aparece nunca en la lucidez, la ausencia. Sólo la ausencia es el infinito que escapa del azar, la única página en cuya blancura puede escribirse la palabra absoluta. Ese imposible forma el tema del *Príncipe*

*Igitur* y de *Un golpe de dados jamás abolirá el azar.* Y lo llamamos imposible porque Mallarmé olvidaba, o más bien quería olvidar, con esa instintiva ceguera de algunos héroes y mártires de la palabra, el segundo movimiento de los místicos, el retorno a las ciudades para enriquecer humildemente sus instituciones, deseos y escrituras. Sù búsqueda sólo podía llevar al suicidio de Igitur, "después de haber bebido la gota de nada que falta a la mar", o a la postulación negativa que nos fuerza a guardar los dados o a lanzarlos desesperadamente en el "torbellino de hilaridad y de horror" y en la "neutralidad idéntica del abismo".

El contraste entre la atmósfera enrarecida, sombría y recargada del cuento del *Príncipe Igitur*, y la intemperie trágica, estelar y marina, del *Coup de dés*, resulta muy revelador de ese conflicto entre el adentro y el afuera que Mallarmé no pudo resolver, pero que iluminó como nadie. "Igitur (nos dice el argumento) desciende las escaleras del espíritu humano, va al fondo de las cosas: como 'absoluto' que es. Tumbas —cenizas (ni sentimiento, ni espíritu) neutralidad. Recita la predicción y hace el gesto. Indiferencia. Silbidos en la escalera". Estamos en la cerrada cripta subjetiva, nerviosa y mental, de los antepasados y el suicidio como único acto realmente posible. Ese acto se justifica a sí mismo en cuanto negación del azar en la pureza de la desesperación, sustituto de la pureza de la ausencia inalcanzable por la lucidez; y únicamente imparte su justificación al acto de lanzar los dados en la medianoche, ya junto a la tumba en que va a acostarse y que se convertirá, por absorción del azar y huida de la idea de necesidad, infinito o nada, en "el castillo de la pureza": esto es, en la presencia absoluta de la ausencia, que nadie puede ver. Pero en ese acto de lanzar los dados, como en todo acto "donde el azar está en juego, es siempre el azar quien realiza su propia idea afirmándose o negándose. Ante su existencia, la negación y la afirmación fracasan. Contiene el absurdo —lo implica, pero en estado latente y le impide existir: lo que permite al infinito ser". De todos modos, el yo también es, y se afirma por la admisión voluntaria del acto, la idea o la locura en cuanto tales, ya que momentáneamente niegan el azar, aunque más bien diríamos que le dan un rostro. Pero cuando de esa negación deduce que la locura era necesaria, debe en seguida preguntarse: "¿A qué?" Y responderse: "Nadie lo sabe, está aislado de la humanidad".

De ese aquelarre del solipsismo, de esa atmósfera sun-

tuosa y vacía de un doctor Fausto que buscara la solución del enigma en la provocación de la nada, para ver allí escrita la palabra absoluta del libro en que todo debe consumarse, pasa Mallarmé al exterior pascaliano de la noche cósmica ofreciendo sus constelaciones como un lenguaje que no puede servir a nuestra voz ni entrar en nuestro tiempo, a no ser por la plegaria y la alabanza. Descubre entonces, trascendiendo el orgullo del suicidio, la también pascaliana circunstancia eterna del naufragio frente al "Abismo blanco, parado, furioso", pero no comprende que el acto de mediación no puede ser ese desesperado lanzar los dados para una momentánea, y aún en sí misma dudosa, abolición del azar. Porque frente al azar lo que se alza no es ese "único número que no puede ser otro" y que en seguida será sustituido por otra constelación también única, "fría de olvido y de desuso", sino el orden de la participación que lo esclaviza en el destino y el orden de la gracia que lo anonada en la providencia.

La poesía, entonces, no puede fundarse pascalianamente en una apuesta. El acto de apostar es siempre un acto desesperado que abre la posibilidad del suicidio, y el suicidio es precisamente lo que sólo necesita ser posible para ser. Herman Hesse ha hablado de las naturalezas suicidas, con independencia de que realicen o no el acto material. La apuesta es un acto esencialmente suicida, solitario y orgulloso, de desafío y desesperación. El que apuesta, el que arroja los dados, coloca su yo frente al mundo, se aisla y se reserva, se convierte en un aspirante a usurpador clandestino de las fuerzas del universo. En vez de integrar y acrecer, divide y endemonia. La palabra, además, no es una cifra dichosa, una combinación afortunada, sino un silencio que golpea en los orígenes como eterno acto naciente de la voz y el nombre. Su esencia no es diálogo, pero sí participación. No se puede espacializar la palabra hasta el punto de reducirla a signo, ideograma, número. Si hemos llamado a la escritura paraíso del lenguaje, no es porque la palabra pueda identificarse con un dibujo y una situación, ni siquiera con las representaciones culturales últimas de la religión del signo, sino porque en ese ámbito silencioso, espacio recreado por el hombre, puede oírse insuperablemente la voz del que habla y nos nombra preguntando por nosotros, partiendo siempre hacia un viaje distinto, impulsado por la entrega del hombre a su desconocimiento y su confianza.

## *El misterio de la participación*

Ese desconocimiento quiere expresarse, esa confianza busca el templado hogar de la comunicación. Después de un análisis mediante el que, provisionalmente, se atribuye al lenguaje vulgar o coloquio el campo de la comunicación y al lenguaje estético o paraloquio inflexible de la literatura el campo de la expresión, en el sentido de "especie intelectual" y "estado afectivo", respectivamente, Alfonso Reyes declara, sin desdeñar los beneficios metódicos del discrimen, la inseparabilidad de ambas instancias en el hecho idiomático real. Así nos dice que "el caracterizar fijamente uno y otro lenguaje —el vulgar y el estético— por referencia absoluta a la comunicación o a la expresión no es más que una primera aproximación al problema, todavía algo indecisa, y que no podría abarcarlo todo". Y concluye: "De suerte que la comunicación todavía lleva la expresión en su seno, y viceversa; y la una y la otra se contienen, no como el vaso al agua, sino como el agua al hidrógeno-oxígeno, en íntima composición de sustancia". Reyes parte de una distinción intrínseca entre los productos del lenguaje, escindidos en dos grupos: de una parte, el coloquio; de la otra, los tres paraloquios inflexibles, a saber: tecnicismo, rito y literatura. Frente a esa dicotomía, que es en buena parte fundamento de *El deslinde*, nos deja perplejos la lectura de este párrafo de Karl Vossler en su *Filosofía del lenguaje:* "El pensamiento idiomático es, en lo esencial, pensamiento poético; la verdad idiomática es verdad artística, es *belleza* llena de significación. Todos nosotros, en cuanto que creamos formas de lenguaje, todos somos poetas y artistas, aunque en la vida corriente los más no pasamos de artistas mínimos, mediocres, fragmentarios y faltos de originalidad. No vale la pena examinar como poesía o arte nuestro hablar cotidiano. Pero la más pequeña gotita idiomática de un charlatán es, en resumidas cuentas, tan buena agua de Hipocrene como el inmenso océano de un Goethe o de un Shakespeare".

La aparente discrepancia tal vez resida en que Reyes parte de los caracteres objetivos y diferenciales de los diversos productos del lenguaje, en tanto Vossler busca la común sustancia de formación idiomática entre el habla cotidiana y la obra literaria. Sin embargo, hay un punto, la intención, en el que Reyes insiste a través de su prodigioso examen, que mantiene viva una diferencia intrínseca, esencial. En realidad el deslinde de la literatura como "paraloquio de configuración semántico-poética

inseparable" que además "tiene intención semántica de ficción", para fijarnos sólo en dos de los rasgos principales, parece ya una ganancia firme del método que ha de regir los estudios de teoría literaria, sin olvidar las maliciosas palabras de Reyes en su *Peroración* final, disipadoras de toda pedantesca rigidez. Pero aquí estamos empeñados en oír, antes que los productos y las cristalizaciones, ese latido del silencio de la palabra que nos constituye y a la que algunos hombres, más allá del diálogo y el discurso, pertenecen y se entregan. Palabra seminal e interrogante que quiere ser escrita, que quiere expresar, sacar afuera en la escritura la nada del adentro personal, comunicar en el canto de la voz la soledad hermética del hombre. Y sobre todo adentrarnos en un orden de participaciones que supera la disputa platónico-aristotélica entre la concepción pictórica o musical de la palabra.

En otro ensayo hemos escrito: "Lo característico del saber poético parece ser que no se agota en su expresión, sino que más bien la engendra en cuanto se revela formal y esencialmente inagotable". Ese rasgo del saber poético, inseparable, como también allí sostenemos, de la correspondiente expresión, está quizás determinado por el hecho de que el impulso de ese saber-expresión, lo que aquí llamamos la palabra silenciosa que emerge de la nada personal, es algo que, paradójicamente, no se puede conocer ni comunicar. Quiero decir que, en principio, por su misma naturaleza, es algo incognoscible como saber claro de la razón e incomunicable como especie intelectual. Es algo, además, para decirlo en forma aún más categórica, que pertenece esencialmente al *adentro* de la persona, no ya a ese estrato subjetivo en que por nuestra propia singularidad psicológica nos sentimos relacionados o relacionables con los otros individuos, sino a ese abismo silencioso que no se puede llamar subjetivo ni íntimo en el sentido de una pertenencia, silencio que a la vez nos fundamenta y nos separa, no sólo de los otros, sino de nuestra propia consistencia cotidiana. Es la voz que no tiene sexo, edad ni país, y que no es mi voz, sino, dentro de mí, la voz de él, de ese él que es más yo que yo mismo: la voz que sale de esa especie de residuo irreductible de la nada original y que, portando mi nombre, atraviesa la conciencia sin pertenecerle nunca, como un espectro que atraviesa los muros; en principio incognoscible e incomunicable, pero a la vez animada de un impulso genésico. El trabajo de la poesía es entonces sacar afuera ese adentro, conocer ese envío sellado, comunicar ese mensaje.

Pero ¿cómo comunicarlo si no es por el misterio de la participación? Comunico a otro mis propósitos, mis proyectos, o le comunico mis ideas, mis pensamientos. De mis sentimientos puedo trasmitir, rigurosamente hablando, su resultante práctica o lógica, pero no ellos mismos. Si digo a otro mi alegría o mi temor, él podrá comprender, con más o menos hondura según mi poder expresivo y su capacidad de simpatía, *lo que quiero decirle,* o sea, una imagen exterior, aproximada y útil a nuestra comprensión. Incluso puede, por contagio emocional, experimentar sentimientos análogos, pero lo que de modo específico constituye mi temor o mi alegría, en cuanto vivencias personales o únicas, tiene algo de intransferible e incomunicable. La persona encuentra un límite de soledad en el estrato afectivo (de aquí la paradójica angustia expresiva del amor) y en el estrato sensitivo, pues lo mismo sucede, y en un grado quizás más profundo, con las sensaciones. El campo de las sensaciones nerviosas, en efecto, forma una especie de vida hermética, para cuya simple descripción las palabras del lenguaje común resultan toscas e inservibles. Y sin embargo Baudelaire definió a la poesía, entre otras cosas, como una "postulación de los nervios".

Dejando a un lado por obvia la comunicabilidad de los asuntos prácticos, se llega mediante estas sencillas reflexiones a comprender que la zona intelectual del hombre, no importa cuán alta y refinada sea, pertenece siempre a su vida de relación, en el sentido de que los productos de esa zona no contienen nada radicalmente subjetivo e intransferible. Desde luego que, en la realidad, las ideas surgen teñidas de un halo emocional y hasta de un sabor que les da la personalidad del individuo pensante, pero sin duda en tanto son ideas o pensamientos y nada más, pueden ser manejadas en su integridad como verdaderos objetos del espíritu. Nada parecido cabe decir de los sentimientos y las sensaciones, materiales primarios de la lírica. Y sin embargo la poesía es el reino por antonomasia de la expresión y la comunicación humanas más profundas; o al menos así está convenido desde hace siglos. ¿Cómo se explica este fenómeno?

El secreto, a nuestros ojos, parece residir en que la comunicación poética no se verifica por vía de repetición sino de participación. Cuando San Anselmo expone la prueba ontológica, cuando Kant define el juicio sintético *a priori,* entendemos esas nociones porque somos capaces de repetir o reproducir el proceso de su ideación. El discurso filosófico puro

tiene siempre un elemento suasorio y didáctico, basado en esa necesidad de reproducir en toda inteligencia la formación de sus estructuras lógicas. El ejemplo clásico es la mayéutica de Sócrates, ante la que sentimos la radiosa emoción de un crecimiento musical y dramático en los predios de la inteligencia. El diálogo es aquí esencial, y por eso no asombra que en el siglo XVI el Pinciano incluyera los diálogos platónicos en la poesía dramática, según apunta Reyes, aunque a su juicio ello se debió a la confusión platónica entre "la función drama" y "el elemento diálogo", sin distinguir si éste era figurado o real. Observamos, no obstante, que el diálogo aquí no es figurado sino aparentemente, en cuanto Platón se vale de él como género literario, pero que en lo profundo hay un verdadero diálogo dramático, sustancia de todo discurrir filosófico.

El resultado es que, volviendo a nuestros primeros ejemplos, entre la idea que el lector llega a hacerse de la prueba ontológica o del juicio sintético *a priori* y las que, en gesta de creación intelectual, se hicieron San Anselmo y Kant, existe, o puede existir, una verificable identidad. En cambio, cuando leemos el soneto de Baudelaire titulado *Parfum exotique,* es imposible reproducir la excitación nerviosa precisa que el poeta experimentó antes que su palabra se apoderase de esa sensación de perfume para expresarla. Y sin embargo, el poema realiza una comunicación plena de su asunto, porque nos permite, no repetir la sensación inicial, sino participar en las metamorfosis verbales de esa sensación hasta un punto tal, que en ellas sentimos la esencia perdurable de aquel perfume fugaz, de aquella vivencia que, apenas nacida, se hundió en el oscuro mundo subjetivo y en el polvo. La comunicación poética es así menester de salvación de lo fugaz, en cuanto esa fugacidad de los sentimientos y las sensaciones revelan, al apoderarse de ellos la palabra poética, un *plus* vital inesperado, un dinamismo generador de imágenes y metáforas en las que todos podemos participar, sin repetición ni contradicción, y siempre por un acto distinto, original y único. De ahí que la verdad poética, lo que constituye el objeto comunicativo de la escritura poética, no admite dubitación ni diálogo. Como la palabra del dios del oráculo, "ni dice, ni oculta, sino hace señales". No cabe, además, superarla ni contradecirla, como ocurre con las proposiciones de la filosofía. Entenderla es participar en el horizonte de su eternidad y de su totalidad por un acto siempre único. Y de ahí también que el lector de poesía sea tan raro, porque

la comunicación que se le promete no puede nunca ser mecanizada ni entrar por completo en su costumbre, ya que se trata, en suma, de una visión donde se funden la sorpresa y el re-conocimiento, mezcla natural de toda aurora.[3]

### *Génesis y descendimiento*

POR lo demás, tampoco debe confundirse el abismo de la palabra con el fluir del subconsciente, ni concebirse la comunicación poética, por contraste con la filosófica, como especie necesariamente irracional. En cuanto a lo primero, la llamada escritura automática, fundada en el consejo de André Breton de confiarse "al carácter inagotable del murmullo", desvirtúa el sentido de exterioridad espacial que estimamos precioso en la escritura como categoría del espíritu. El automatismo surrealista ideal se reduce a ser el eco incesante de "lo que dice la boca de sombra", sin salir nunca de esa caja de resonancia del subconsciente: sin detenerse ni transfigurarse en el tiempo hierático del signo. Más que escritura en el sentido sagrado de inscripción, diríase la anotación o grabación en un disco idiomático de la fluencia psíquica profunda; y en efecto aspira, no a los límites del texto, sino a la sibilina incesancia del "murmullo". La escritura de que hablamos en estas páginas es la antítesis de la escritura automática ideal, porque es la antítesis absoluta del sueño, que puede ser su materia pero nunca su forma. Los textos de que aquí hablamos son aquellos eternos que, como escribiera don Francisco de Quevedo desde su torre,

---

[3] Salvando las distancias entre lo humano y lo divino, es imposible desligar la idea estética de comunicación participante, de la teoría teológica de la participación. Todo el catolicismo —encarnación del Verbo, eucaristía, comunión de los santos, esperanza de glorificación, imaginería culta y popular, etc.—, nace de la fe en el misterio de la participación. Desde otro ángulo, Santo Tomás, al abordar el problema del nombre de Dios, nos dice que "si hubiese algún nombre que significase a Dios, no por parte de la naturaleza, sino del supuesto, considerado como *este* individuo, y tal vez sea así el nombre *tetragrammaton* de los hebreos, este nombre sería incomunicable en todas las formas, como sucedería si alguien diese al sol un nombre que significara su supuesto individual". Toca sí la incomunicabilidad última de lo individual (creador o criatura): propio campo de la poesía. De donde concluye que "la naturaleza divina sólo es comunicable por la participación de su semejanza" (Cuestión XIII, Artículo IX). ¿No podría extraerse de aquí una buena descripción, por analogía, de la forma como se comunica la naturaleza poética?

"en músicos callados contrapuntos - al sueño de la vida hablan despiertos". Y la palabra que evocamos no es la que dicta el murmullo del subconsciente sino la que emerge del silencio del ser como el acto de la nada, y en la que sentimos fundidos la interrogación de la persona con el hieratismo del cosmos. Nadie quizás se ha acercado tanto al vislumbre de esa palabra como Hugo von Hoffmansthal en la *Carta de Lord Chandos,* cuando escribe: "Quiero decir que la lengua en la que me sería quizás dado, no solamente escribir, sino pensar, no es ni el latín, ni el inglés, ni el italiano, ni el español, sino una lengua de la que ni una palabra me es conocida, una lengua que me hablan las cosas mudas y en la que deberé quizás un día, desde el fondo de la tumba, justificarme ante un juez desconocido". Esa lengua es la palabra del ser, a la vez cósmica y supremamente personal; la palabra, en fin, del génesis, que sigue brotando con el nombre, de la nada, porque su creación es un acto perenne; y el trabajo del poeta consiste en traducirla cuanto sea posible a las lenguas positivas de la historia y la ciudad, verificando esos pactos de amor que son las instituciones literarias.

En cuanto al presunto carácter irracional de la comunicación poética, no olvidemos que si hay una historia mecánica o fatal y una historia creadora, sucede lo mismo con la razón. Muy rápidamente se suelen liquidar las relaciones entre la razón y la poesía, oponiéndolas de un modo tan simple y absoluto como si razón fuera sinónimo de prosa en el sentido más vulgar, y como si ambas no habitaran confundidas en las tinieblas o claridades últimas de la misma criatura. A veces nos preguntamos si el movimiento por el cual se especifican y definen las facultades humanas no será inverso al natural movimiento de la verdad, y si nuestro insaciable empeño por discernir los contrarios no estará siempre abocado a cristalizar categorías cómodas (aunque aparentemente profundas) pero artificiales, y a fingir iluminaciones falsas. Semejante sospecha, por otra parte, conduciría a minar toda actitud crítica, pues la crítica, aunque en su principio haya una intuición, opera siempre por divisiones y discernimientos —lo cual sería insoportable para una de las necesidades básicas del hombre: la necesidad de entender, no sólo aquello que lo rodea, sino también lo que está dentro de él, y lo que él mismo produce en el rapto de sobreabundancia creadora.

Por lo pronto, desde el punto de vista de los resultados, la poesía puede estar con la que llamaremos razón razonable o

común, en una relación de acuerdo inconsciente (primer clasicismo) o de acuerdo intencional (neoclasicismos varios, en los que incluso se busca una poesía de la razón); y puede también estar en una relación de desacuerdo indiferente (lirismo sentimental) o desacuerdo agresivo (lirismo ontológico, en que incluso se busca una razón de la poesía). Pero en cambio desde el punto de vista de la génesis, la poesía está siempre en relación vivísima con la esencia de la otra razón, la que desborda el ámbito de lo razonable, si las concebimos a ambas en su impulso hacia los espacios abiertos de la contemplación, como testimonio de la menesterosidad indivisible y fundamental del espíritu humano.

Esa íntima relación la vislumbramos a través de la inefable batalla en que veladas formas del idioma constituyen la victoria discutida: quiero decir, en los relámpagos del momento creador. La poesía de la razón y la razón de la poesía se entrecruzan al fondo de esa batalla, tejiendo el paño inextricable de la expresión poética genuina. De aquí que no haya poesía racional o irracional, clara u oscura, sino desde el punto de vista de los resultados inteligibles por la razón razonable; pero los valores de ese mundo no pueden juzgar a la poesía según su esencia, como, por otra parte, tampoco pueden juzgar a la razón misma según su esencia. Porque, en definitiva, nada es menos razonable que la razón al estado puro. Díganlo si no, como rápidos ejemplos alusivos, las más arduas proposiciones de la filosofía idealista o las varias hipótesis paralelas de las geometrías no-euclidianas.

En su memorable tesis académica el abate Henri Bremond vino a decirnos que la poesía en cuanto tal es siempre poesía pura, y que lo poético es un misterio irreductible a todo cuanto pueda rodearlo, sostenerlo o provocarlo. Esto había que decirlo de una vez por todas, y fue magistralmente expresado y defendido en su momento. Pero hora es ya de encarar otra verdad aún más desconcertante: la de que al mismo tiempo, para lograr la propia independencia de su ser, la poesía *necesita* otra cosa que no es ella, y que esa cosa pueden ser tanto las pascalianas razones del corazón como las convenciones retóricas o la experiencia común. E incluso, en el otro extremo, la razón bajo su apariencia más fanática: la razón crítica —porque es sabido que a partir de Poe y Baudelaire la lucidez, el cálculo de los efectos verbales y la absoluta consciencia de lo que debe ser un poema sin puntos muertos (consciencia que, paradójica-

mente, llevó a la teoría surrealista de la poesía inconsciente), constituyen factores normales de la creación poética. Una vez más la poesía se burla de todas las definiciones, y cuando, después de los delirios del romanticismo, el simbolismo, el dadaísmo y el surrealismo, estábamos dispuestos a considerarla como lo anti-racional por excelencia, descubrimos que en los textos más sibilinos de Mallarmé y en las páginas aparentemente más gratuitas de Valéry ella está discurriendo sobre su propio ser, esencia y accidentes con la sutileza de un maestro de la vieja escolástica.

Así pues, tan peligroso como identificarla con lo inteligible sería confundirla con lo absurdo. En un plano de consecuencias absolutas, además, el absurdo significa la negación del Hijo. Evoquemos el falso dilema que desde los comienzos del cristianismo llega hasta Kierkegaard, padre religioso del ateísmo existencialista: el falso dilema entre la fe y la razón, entre Job y Sócrates. La falta de confianza del protestante lo conduce a desarrollar ese genio de la división que en nuestra época ejemplifican Kierkegaard, Gide o Sartre. Kierkegaard opone la razón y la ética a las paradojas de la religión, basada en el absurdo que nutre a la fe. Se vuelve hacia Tertuliano, se apoya en su texto: "Nació el Hijo de Dios: no avergüenza, porque es vergonzoso; y murió el Hijo de Dios: es absolutamente creíble, porque es absurdo; y, sepultado, resucitó: es seguro, porque es imposible". Pero en Tertuliano, que termina en la herejía montanista, está justificado lo que no se justifica después de San Agustín y Santo Tomás. Estos Padres entienden que la revelación del Nuevo Testamento es la revelación de la unidad del hombre, y no del absurdo contra la razón. Descubren sobre todo las jerarquías de esa unidad y que la fe no se asienta en lo absurdo, sino en lo supra-racional, en lo inefable, que es la razón de Dios, a cuya imagen y semejanza se hizo la nuestra, aunque se haya convertido en fuente posible de error por el pecado. De la inefabilidad de la Encarnación y la Pasión no deducen que la fe radique en la aceptación del absurdo, porque más absurdo es cualquier género de fetichismo o idolatría, sino que Dios quiso asumir y confirmar, rescatándola al precio de Su sangre, no sólo la potencia de razón, sino también la santidad original de los sentidos. Es decir, el misterio poético por excelencia: el rescate del germen divino de la arcilla.

Por eso cuando el racionalista y bastante razonable Jean Racine comienza su tragedia *Cinna* con esta línea: "Impacien-

tes deseos de una ilustre venganza", es desde luego tan poético como el surrealista y por lo tanto nada razonable Paul Eluard cuando éste escribe: "Tu cabellera de naranjas en el vacío del mundo". No por más violento y reconcentrado tiene mayor pureza lírica el tono de un poema de César Vallejo que el de la *Epístola moral*. Si vemos a Dante usar la comparación de los movimientos de las sombras o de su propia alma con los movimientos familiares de las palomas, grullas, cornejas, rebaños y hormigas, nos sentimos tan alimentados de poesía como cuando explica una verdad teológica previamente elaborada y que sin embargo en él adquiere una impulsión, una calidad de anhelo que nos abre al frescor de las vísperas. La encarnación en poesía es el descendimiento de lo inefable, de lo absoluto y desconocido sobre la arcilla de lo inmediato, de lo que es o puede ser sitio de encuentro para todos, de lo aparentemente conocido. Como la vida, la poesía no se concibe en abstracto, separada de sus especificaciones. Su descendimiento sobre lo que no es ella misma es su única posibilidad incesante de encarnar y ser. Y tanto valen el presunto orden como el presunto caos, la misteriosa razón como el absurdo cenital, cuando se logra la temperatura creadora del deseo. Porque en poesía, y a este gran liberalismo de la crítica tenían que llevarnos tal cúmulo de experiencias contradictorias, todo sirve y todo vale, razón y sinrazón, claridad y oscuridad, transparencia y laberinto, folklore y torre de marfil, si un hambre verdadera, si una oportunidad entrañable, si un amor sin condiciones, lo posee y lo quema para la realización de su destino.

### *El tiempo de la reminiscencia*

ESE destino es el llamado de la palabra poética. Porque, en definitiva, todos tenemos sentimientos y sensaciones y no por eso somos poetas, como tampoco llegamos a serlo, ni siquiera en grado mínimo, a pesar de la tesis de Vossler, por valernos de las formas del lenguaje. El impulso participante procede de la palabra ontológica y creadora que sale de la nada del silencio personal. Esa palabra, concedida a algunos como signo y gracia, también como ofrecimiento y sacrificio, es la que realiza la proeza de expresar lo inexpresable, de comunicar lo incomunicable, de nombrar lo que aún no tiene nombre: menester llamado *catacresis*, en el que Reyes ve el procedimiento esencial de la poesía. Esa palabra es, en suma, la que saca el adentro

absoluto de su esencia y la interioridad hermética de lo psíquico a un mundo de participaciones donde los contrarios adentro-afuera y las individuaciones cerradas del otro frente al otro, se anulan al saltar a un plano distinto, que pudiera llamarse el plano del acto naciente. En el acto naciente, y sólo en él, ocurre la participación, que se apoya un instante en las formas objetivas, insustituibles e inflexibles del lenguaje poético, para en seguida penetrar en el deslumbramiento de las cosas salvadas de su contingencia sin volverse abstractas, antes bien, con un misterioso exceso de vida que las traslada al reino de las reminiscencias. Esos movimientos sucesivos e indivisibles, el sacar afuera, el abrir la posibilidad de la participación, el revelar el *plus* genésico que ocultan las cosas, el adentrarnos en un ámbito donde todo es velada profecía de la memoria, demuestran un ciego impulso trascendente de encarnación y resurrección. Impulso que, saliendo de la nada del silencio personal, portando el logos convertido en verbo, atraviesa los infiernos de lo subjetivo y las murallas del lenguaje de la ciudad, para crear en la escritura el espacio donde ha de oírse nuestra voz más viva, ésa que es el único sonido espiritual de la naturaleza, cuya esencia consiste en perennizar lo que huye y abrazar en una misma sustancia reminiscente lo que hemos vivido, lo que deseamos y lo que desconocemos.

La palabra poética nos entrega así, por la comunicación participante, el tiempo de la reminiscencia, que es el único tiempo en que se funden el pasado, el presente y el futuro en unidad intencional. El pasado, porque ante la poesía tenemos siempre la sensación de lo que ya conocíamos, aunque sin ella nunca lo hubiéramos sabido; el presente, porque la escritura da a la voz un espacio que es pura presencia, que no puede dejar de serlo, que impasible coincide con nuestro presente, hecho de memoria y anhelo, cada vez que nos acercamos a sus señales, y porque la poesía es el reino de las cosas fugaces salvadas de su caducidad; y el futuro, en fin, porque aquello que recordamos o reconocemos, y aquello que escapa a nuestra huida, es lo que más deseamos. Memoria, detención y deseo, esas tres instancias del tiempo de la reminiscencia, forman una sola unidad en la palabra poética, silencio que devora el estruendo subjetivo y organiza en melodía la mudez nocturna y estelar de la escritura. Que ese canto suba como incienso, que esa palabra sea el carbón encendido en los labios de Isaías, que esa voz pueda abrir los oídos de la misericordia, tal es nuestra esperanza.

# LA CANCIÓN COMPARTIDA

Por *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

¿Las líneas de qué mano estoy leyendo?[1]

Veamos el mapa del Continente, con sus dos masas unidas por delgada cintura: Centroamérica —durante la Colonia Reino de Goathemala— sus costas golpeadas por el Atlántico y el Pacífico. A veces, el talle es tan esbelto que los mares parecen confundirse en ella.

Guatemala, en el centro del Continente, entre México, Honduras y El Salvador. Las otras Repúblicas de Centroamérica, fueron provincias del Reino de Goathemala o Capitanía General de Guatemala, que dependía del Virreinato de la Nueva España. Al emanciparnos de España, dimos vida a una patria grande, despedazada en el XIX; las cinco provincias federadas constituyeron al separarse las pequeñas Repúblicas actuales.

Los mayas y conglomerados de esta cultura histórica, poblaron las tierras de Guatemala. El territorio ocupado por ellos abarcaba una extensión mucho más vasta que la actual República: los Estados de Tabasco, Campeche, Veracruz, Yucatán, Chiapas y el Territorio de Quintana Roo, en México; Belice, que detentan los ingleses, y parte de las Repúblicas de Honduras —el prodigio de Copán— y El Salvador.

Por sus 20 lenguas, los indígenas de Guatemala se clasifican en dos familias: mayense y náhuatl. La familia maya comprende varias pequeñas nacionalidades: quichés, cakchiqueles, tzutuhiles, mames, kekchies, poconchies, pocomanes, itzaes, chortis. Las dos más importantes a la llegada de los conquistadores: la quiché y la cakchiquel. La familia náhuatl ha vivido en la costa suroriental de Guatemala y en el occidente de El Salvador. Su tribu principal: los pipiles. Los mexicanos, que acompañaron a Pedro de Alvarado en 1524, no necesitaron intérpretes para entenderse con ellos.

Hernán Cortés, en *Carta de Relación* a Carlos V, de 15 de

[1] De la obra en prensa: *Guatemala, las líneas de su mano.*

octubre de 1524, señala que a la vuelta de la pacificación de la provincia de Pánuco, se encontró en Tuzapán —acaso la actual Tuxpan— en el Estado de Veracruz, con dos españoles que habían sido enviados con aztecas de Tenochtitlán y nativos de la provincia de Soconusco, a "unas ciudades que muchos días había que yo tenía noticia, que se llama Utatlán y Guatemala, y que están desta provincia de Soconusco otras setenta leguas".[2] Cortés relata que con esa expedición de españoles, aztecas e indios de Xoconusco "vinieron hasta cien personas de los naturales de aquellas ciudades, por mandato de los señores dellas, ofreciéndose por vasallos y súbditos de Vuestra Cesárea Majestad".[3]

El dato de Cortés parece exacto. Posiblemente, los quichés de Utatlán, como los cakchiqueles de Iximché, llamada ya Cuauhtlemallan en náhuatl (nombre muy anterior a la Conquista, seguramente como muchos otros, por influencia del Imperio Azteca) hayan ofrecido paz a los españoles. Lo acontecido en México se repitió en nuestro suelo: divididos por viejas querellas, los quichés resistieron heroicamente mientras los cakchiqueles, algún tiempo, hicieron el juego a los invasores. Nuestro pueblos cayeron uno a uno. Se cerró el *Popol Vuh* y se abrió el catecismo.

Los rasgos fundamentales de Latinoamérica son comunes: tradición española —eterna lección mediterránea— y su desarrollo y dominio con las modificaciones impuestas por el medio y las poblaciones aborígenes. Estas modificaciones pueden servir de base para una diferenciación que no rompe la unidad de un destino. Y nacen así los caracteres nacionales. Hay tendencia a destacar desemejanzas profundas entre los pueblos del Nuevo Mundo. Nos referimos, naturalmente, a los de habla española, a los que tienen parecido origen en el mestizaje. Sin embargo, un tanto facticia se nos antoja tal discordancia exagerada; no puede menospreciarse el caudal de la sangre, idioma y religión, sumado a la herencia de lo que social, política y culturalmente posee significación. Diversas culturas vernáculas encontraron las corrientes renacentistas, unas más adelantadas que otras, con expresiones plásticas singulares, como las más preciadas de las civilizaciones primitivas. Las culturas indígenas dieron color americano a las tradiciones latinas. Y es importante que alto

---

[2] *Memorial de Sololá*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950, Edición de ADRIÁN RECINOS, Introducción, pág. 23.

[3] *Ibid.*, pág. 24.

porcentaje sea católico a su manera, en realidad pagano, y conserve mucho de su sangre asiática y polinésica. Don Justo Sierra afirmó que los indios nunca han sido cristianos. En Guatemala ocurre algo parecido. ¡Cómo recuerdo mis domingos en la preciosa iglesia de Chichicastenango!

Por falta de indagación mejor encaminada, puede llegarse, como meta natural, a estrecho nacionalismo. En Hispanoamérica se ha buscado una diferenciación integral de las nacionalidades, y nosotros habríamos de hablar de una guatemalidad. El asunto resulta estéril al menor descuido. Creamos grandes obras en los primeros siglos de nuestra Era. Hoy somos un pueblo semifeudal y semicolonial, con grandes diferencias económicas, con cierta psicología particular debida al prolongadísimo crepúsculo colonial que nos penumbra todavía, a las decenas de años bajo despotismos de increíble imbecilidad y a la opresión imperialista. La mezcla de opresión colonial y tiranía mestiza ha sido rasgo peculiar, hasta crear idiosincrasia colectiva. Otros ejemplos de carácter nacional, los que se toman como tales, en realidad casi no existen: se confunde, constantemente, la apariencia con lo abscóndito. El aprovechamiento abultado o medido del trópico, de sitios geográficos, plantas, animales y frutos, el deleite en la descripción de la superficie, el habla torpe y pobre en español del indígena, ha hecho que algunos consideran este "jicarismo" como valor trascendente, consubstancial y ejemplar. La anécdota sigue siendo anécdota en esta "poesía", en esa novela sin tercera dimensión, que mal puede vivir por lo somero y efímero de muchas bambalinas que ocultan el meollo. Tales obras, engolosinadas por el éxito parroquial del lenguaje y el medio "exótico", aseguran el aplauso al complacer primaria tendencia decorativa de quienes sólo pueden asir algo de su pueblo cuando sus ojos se encandilan con los colores del guacamayo y las metáforas tropicales. Como en los haikais de nuestros japoneses vernáculos o en la música para orejas de asno de los lectores de poesía "marmórea" y rebuznante.

Al bucear lo nuestro, queremos descubrir su alegría, su angustia, los problemas generales del hombre. No entendemos lo nacional y sus derivados nacionalistas, como categoría excepcional aislante y aislada o refugio particular y diferente; sino como apoyo propio, instintivo y casual, insumiso y autónomo, para alcanzar mejor todo lo humano. Deseamos ir, hombres iguales y contemporáneos, con algunos rasgos privativos, más

allá de lo pintoresco. Hace tiempo lo exótico es esa garrulería que no recoge el drama íntimo, ni el drama radical de un pueblo para enlazarlo con lo universal.

El juego exterior sin vínculos con lo genuino y esencial, el rebuscamiento folklórico, poco interesa en relación al drama del hombre. La complejidad es ingente y de ello nacen contumaces fantasías y discusiones sin término. Si el mensaje no es inevitable —como exigía Wordsworth— gestado por angustia cierta, hasta cristalizar en imprescindible necesidad de expresión, carece de realidad. La retórica localista ignora la voz del hombre profundo. La poesía de orondo regodeo verbal, nunca nos ha seducido, aunque la piel, en ocasiones, parezca lozana: rimadores solemnes y tesoneros en quienes la poesía, con su centella inconfundible que nos corta el aliento, no asoma ni por equivocación. Su escaso renombre ha proseguido sin análisis, rutinariamente, causando satisfacción mediocre a sucesivas generaciones de lectores idiotas. Las vetas sumergidas de la intimidad psicológica, con su valor intrínseco y mutismo aparente, nos dicen mucho más.

Falsedad, excesiva literatura sentimental, piadosamente, ha surgido acerca del mundo aborigen. La exaltación, como toda falta de medida, comprueba que no es perfecta la fusión. Se busca vencer complejos de inferioridad mostrando orgullo exacerbado para lograr equilibrio. O lo contrario: superlativa inclinación hacia la hegemonía de lo mediterráneo, de lo blanco y cristiano. En nuestro corazón, por fin, izadas a la misma altura, están las banderas de los dos mundos. Ninguna de ellas ejerce potestad sobre la otra. Afirmamos nuestro destino con la naturalidad que lo indígena y lo occidental se enraizan para cantar en ramas del mismo árbol.

Con simpatía, mas sin entusiasmo, veo a quienes se afanan en reivindicar al indio con descriptiva literatura indigenista y no indígena, que ésta la escribirán los indígenas mismos. Por caminos universales, llegamos a nosotros en literatura y en todos los órdenes de la vida. No me ha cautivado la literatura indigenista en sí, los temas indígenas como tales, que otra cosa, y bien distinta, es luchar por la superación social, política y económica del indígena. Idealizar al indio, hacer de él un personaje aparte, es absurdo y falso: es el guatemalteco y no sólo un personaje elemental y pintoresco, sino algo más complejo y de importancia infinitamente mayor: un pueblo y su eminente legado milenario. El costumbrismo de José Milla fue siempre

nostálgico de la Colonia, mientras que el costumbrismo indigenista actual se informa del presente; sin embargo, prefiero el impulso lírico o el estudio científico, concreto y radical de un problema que sólo admite soluciones totales de carácter intrínsecamente revolucionario. Nunca me ha parecido trascendente sumergirse en lo anecdótico. Lo auténtico es, en gran parte, instintivo, sumergirse en la carne, porque lo esencial está en nosotros excediendo influencias, época, lugar y circunstancias, que nos ayudan a explicarnos el pasado, a precisarnos el presente y a delinearnos el futuro. Y está de tal modo hincado en la sangre que es instinto, y debemos darle también la fuerza de tener conciencia de Guatemala y lo guatemalteco, un conocimiento objetivo de nuestro pequeño gran pueblo. De lo quiché y cakchiquel, de la majestad indígena guatemalteca sobrevive, ante todo, el indio mismo, el indio de hoy, náufrago sin memoria con su cultura interrumpida, con su proceso histórico detenido, conservando unidad a pesar de la discriminación de siglos.

Las tradiciones populares de arte precolombino han influido en las aportaciones cultas. Se comprueba tal fecundación de América en la pintura mexicana contemporánea, en la música del mexicano Silvestre Revueltas, del brasileño Héctor Villalobos, en contadas obras de los guatemaltecos Jesús y Ricardo Castillo y en la influencia de la música africana en los Estados Unidos, países del Caribe y el Brasil. En Guatemala también se advierte el caudal de la tradición popular más antigua en algo de la pintura de Carlos Mérida[4] y, sobre todo, en la obra literaria de Miguel Ángel Asturias. Las artes precolombinas han dado a las letras, a la pintura, la escultura, la decoración y algunas artes aplicadas, un tesoro y una lección admirables si se toma el explosivo potente de la invención, su risa de tigre, para alcanzar vigencia como creación y no como arqueología. El caso de lo que llamamos poesía negra es otro, su planteamiento distinto, como el del teatro popular indígena.

He recordado en algunas páginas la validez intemporal, el sentido clásico de los valores vernáculos, sin olvidar sus limitaciones y que no pocos de ellos pertenecen a la edad de la piedra pulida. Dejemos los nacionalismos sentimentales y afinemos el espíritu crítico. No demos a las culturas indígenas,

---

[4] Luis Cardoza y Aragón, *Pintura mexicana contemporánea,* Imprenta Universitaria, México, 1953, pág. 127.

aunque complejas y refinadas, una categoría que históricamente no puede reconocérseles. Dice el maestro Alfonso Reyes: "Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como vehículo natural con todo lo autóctono".

Hay diferencia entre la obra animada por la invención primigenia y la obra surgida por imitación exterior, por academia engendrada por el empleo infeliz de una base que no se transfigura. Músicos, pintores, poetas, nativos algunas veces, no calaron en el meollo y surgió un cierto "arte realista mexicano" que no existe, porque no es arte ni realista ni mexicano. Común es el caso de considerar valiosa tal superficialidad. En ocasiones, artistas de otros pueblos, se han aproximado por sensibilidad a la fuente, y han logrado crear sin la obsesión de nacionalismos pueriles y técnicas anticuadas. El descastamiento no ha provenido de la tradición mediterránea, que también es nuestra sino, precisamente, de no penetrar bien en ella. No quiero mutilación alguna. Los pueblos no pueden ser encasillados porque, en verdad, lo humano no es exótico en ninguna parte.

Aun la pintura de México, la mejor de América, a veces se empaña con esta ansia de ser por medio de exacerbación nacionalista y por contenido elemental, y no por esencia, espíritu de las formas e ímpetu creador. Tales tentativas sólo tienen resonancia efímera. La expresión, como la realidad, se asienta sobre la confluencia de las dos corrientes y su mutua fecundación: la occidental, que he representado en Apolo, y la precolombina que en México he representado en Coatlicue, diosa de la Tierra y de la Muerte.

En la comparación entre el arte de Europa y el arte de América debemos comprender, por lo menos, que operan en terrenos diferentes y han tenido propósitos diversos. En Europa, en su esencia, es una revolución estética: investigación de formas, afán de creación original, enriquecimiento del acervo humano con nuevas expresiones. De confundir el origen de ambos movimientos, así como la etapa que viven y los fines, surgen equívocos, apasionamientos demagógicos. Lo de América es de otra índole. Los pintores mexicanos —por ejemplo— volvieron a un terreno abandonado hace siglos por los europeos, sin preocuparse primordialmente de lo estético. Se consagraron a un orden político, moral por lo tanto: al problema de México, a las angustias y requerimientos de su pueblo. En ello radica su

grandeza. Su importancia legítima en una nacionalidad que cobra conciencia de ella. El arte mexicano ha contribuido a descubrir, a crear, a fortalecer tal conciencia, aunque se haya servido de procedimientos que Europa podía considerar obsoletos. Europa lo hizo en tal dirección hace siglos; nosotros, también, en Bonampak, para no citar sino el mejor ejemplo. México se está conociendo a sí por el variado y rico material histórico y documental que han utilizado los muralistas. América —en la plástica— nada había logrado antes en tal sentido. México está creando un arte nacional: esto es indudable. Teniéndolo presente concebimos no sólo la posibilidad, sino la exigencia de expresiones ajenas a lo folklórico, documental, histórico, anecdótico, didáctico o ilustrativo, para continuar la revelación de América.

En nuestro mestizaje he sentido inclinación hacia la cepa en que se injertó la rama española porque me duele la injusticia y porque vi, con ojos definitivos de la niñez, la misma naturaleza que los indígenas dominaron, y porque los paisajes en que nacimos —mito, leyenda, historia— nos son comunes. Esas tareas y la fuente de emoción compartidas, son herencia de muy preciada significación. Bernal Díaz del Castillo lo siento mío, aunque haya asesinado a mis abuelos indígenas que aún sollozan en mi corazón: vivió nuestra naturaleza, luchó con ella a su modo, como ellos, y en muchas mañanas de su vida, como en la mía, al ir él a beber el chocolate del desayuno y yo mi café negro, en los patios de Antigua Guatemala, el Volcán de Agua recibió nuestros ¡buenos días!

Se ha tomado como típico nuestro desamparo. Como idiosincrasia la miseria. Se ha querido reputar por perfil nacional lo que no es sino resultado de abominables y transitorias injusticias. ¿Qué ética profesional en la *intelligentzia* muda y ciega ante el dolor de su pueblo? Jamás en ella la encendida denuncia de que Guatemala no ha sido nunca de los guatemaltecos. Siempre ha evadido todo lo que pudiera herir el dominio extranjero y el dominio feudal. En el folklore se manifiestan, a la vez, nuestro atraso y refinamiento. Lo pintoresco, que endeble nacionalismo considera la guatemalidad, si se tiene por esencial y no por superficial y circunstancial, es por incomprensión. Lo nuestro está más allá de las plumas del guacamayo. Homogeneización por cambio de las bases económicas: el mestizo, perfil propio de América. De hecho, es ya el mestizo quien da carácter y dirige el Continente. El mestizo real,

tú y aquel otro, yo mismo, y no el cósmico de la profecía vasconceliana. Y no como problema étnico —entiéndase bien— sino por trascendencia social, política, económica y cultural. Guatemala será mestiza, con frente apolínea y penacho de Kukulkán.

La realidad guatemalteca, como en todos los pueblos, es la de su protohistoria, la de su historia y la conciencia flúida de las mismas. Antes de la Conquista, es ya cambiante y compleja, según las bases sobre las cuales se asienta la vida de las tribus de nuestra actual nación. Se crea y perdura, después de la Conquista, en una conciencia de la minoría dominante que se expresa negando, despreciando, menospreciando o, simplemente, olvidando el mundo indígena, destruyéndolo en nombre de la pretendida universalidad de la cultura occidental o afirmándolo colonialmente: de Bernal Díaz del Castillo, conquistador, cronista, encomendero y gachupín, a Rafael Landívar y Pepe Batres —criollo colonial y criollo de la vida independiente, respectivamente— lo reparamos en las letras y en los demás nombres hasta hoy: queda en la sombra la mitad de nuestro ser, aunque figure como adversario o elemento "exótico", sobre el que se imponen las afirmaciones hasta entonces incontrovertibles de occidente, para justificar la conquista y el predominio económico, político y social de una clase.

Tal como siento a mi tierra, jamás he deseado escapar de ella. Muchos años he vivido bajo otros cielos, y a veces exilado en mi propia tierra, porque no puedo hacer mía una preocupación parroquial que en su regusto entraña descastamiento. Otros han vivido como extranjeros, sin que su pulso sea el pulso de Guatemala. Mi concepto de patria es cada día más íntimo y tal vez más instintivo, dominado por el alma maravillosa de mi pueblo, rica de azodos y raíces. Si alguna vez se me ha imaginado fuera del medio ha sido para devaluar mi protesta y quitarle validez a mi exigencia y porque el medio no ha sentido mi anhelo orgánico de nacionalidad, hoy más claro en la conciencia que se encamina, por muchos años de sufrimiento, hacia su concreción. ¡Lo guatemalteco! Sudo mi fiebre y respiro por vuestra herida y por la mía. Tengo mis pies sobre el barro precioso del *Popol Vuh* y los sueños y las voces del hombre saben de tantos caminos como hay estrellas. ¿Por qué no vernos con modestia? Cuánta charlatanería localista. Con modestia, lograremos lo que buscamos: un poco de verdad. Un poco de realidad. Yo no quiero que mi tierra aparezca como un deliberado propósito de antemano.

Quiero que aparezca sencilla y espontáneamente, sin que yo lo advierta, cuando su esencia se filtre a mi cuidado. No hay doctrinas exóticas y mis raíces son también griegas y latinas. Así cicatrizará la herida, desaparecerá la fiebre y la innecesaria agitación. Yo no sé amar a mi tierra con los ojos vendados. Siento en mis entrañas la vida de mi pueblo, como a veces siento mis entrañas en la piedra de sacrificio. La tradición nos une a los demás tanto como a nosotros mismos: no tiene fronteras la canción compartida.

Las sangres indígenas e ibéricas y todas las llegadas a nuestro crisol, se añejan como el vino y muestran ya unidad y pujanza en las creaciones nacionales y en la lucha antiimperialista para conquistar la segunda emancipación. Somos el equilibrio de lo indígena y lo español, la fusión de dos ríos inmersos en nosotros. Yo no defiendo ninguna sangre sino la razón. El cauce fue forjándose y las sangres mezclaron sus fuerzas contrarias en nuevo rumbo favorable. La nacionalidad se ha ido formando por conciencia del pasado, de mitos vernáculos, por creaciones y aspiraciones comunes. Conquista y fundación de ciudades y lengua y religión hasta llegar al mestizo. No hablo del quiché, del cakchiquel y del español como de un extranjero, sino como de mis antepasados. Ambos son mis compatriotas y yo soy, y quiero ser, sólo guatemalteco. Odiar a España es tan necio como odiar al indígena. Injuriar a España es mentarnos la madre. José Carlos Mariátegui recuerda que no renegamos de la herencia española, sino de la herencia feudal. Yo no pienso como indio, ni como criollo, mestizo o español sino, simplemente, como guatemalteco. Ninguna oriundez es limitación, sino una realidad accidental que nos desborda cuando más dueños somos de la herencia de todos. Si lo guatemalteco fuese tan específicamente singular que pudiese llegar a ser extraño a las otras culturas ¿qué diablos tendríamos.[5] Pero, esto es una absurda fantasía. Y nuestro patrimonio es el universo. Y para nadie existe la evasión y los intentos, fallidos siempre, son una manera pusilánime de vivir los hechos. No deseo idea preconcebida sobre el espíritu nacional, ni sobre el guatemalteco: lo sé y lo ignoro viviéndolo cada día. Comienza a evidenciarse la confianza, la espontaneidad, sin preocuparnos de cánones yanquis o europeos, sacudiéndonos la sumisión afirmada hasta en el resentimiento. Primeros pasos hacia una Guatemala integral.

---

[5] ALFONSO REYES, *La X en la frente,* Porrúa y Obregón, S. A., México, 1952.

El pueblo ha sabido impulsar a sus guías, ser protagonista con imprecisa conciencia algunas veces, pero con experiencia real, sangrante de sus problemas, por el profundo desgarramiento de su vida. Por obra y acción de tradiciones. Y si exaltamos la nacionalidad es por natural etapa de crecimiento para defender lo nuestro: desde la raíz de la personalidad y la cultura, hasta la propia existencia libre y soberana. Anhelo de responsabilidad y definido propósito de maturación. No me afano sólo en que el guatemalteco sea guatemalteco, sino en que su destino sea el del hombre.

Vivimos una etapa semicolonial, en que se agudiza el anhelo de forjar la nacionalidad; aún no tenemos unidad en el idioma, ni un clima social político asentado. Lo precolombino y lo colonial pertenecen a un pasado irrescatable, que no sabe y no puede ser presente de ninguna manera, aunque sobreviva en crepúsculo pertinaz. Están bajo tierra, son los cimientos, y los encontramos en el aire de cada día con nuestro pan. No hay drama, sino pesadilla. Algo de lo mejor nuestro, es memoria de la pesadilla, descripción de la noche. Debemos principiar por comprenderlo. Demos, siquiera, la zozobra de vivir tiempo intermedio en que somos arco de puente inconcluso. El drama del arco en el vacío, que ve el otro labio del abismo y que hasta no alcanzarlo no podrá decir lo que ha de decir, es hoy la poesía que, por fidedigna angustia, alcanza universalidad.

Tenemos una comunidad formada históricamente dentro de un territorio compartido sin sólida vinculación económica y cultural: hay inmensas mayorías que viven una economía casi neolítica que, por su número y arraigo, nos dan rasgos que expresan particularidades de lo que deberíamos llamar cultura nacional, como resultado de las condiciones de su existencia en el transcurso de los siglos. Esta situación no permite hablar, en propiedad, de una verdadera cultura nacional compartida, porque la cultura dominante es la de una muy escasa minoría semifeudal dueña de la tierra, con raíces antagónicas y metas diferentes de aquella de las inmensas mayorías explotadas colonialmente. Los rasgos nacionales los constituyen esta pugna, la prolongación de tal infamia, que se ha conmovido con el empeño de la pequeña burguesía antifeudal para desarrollar sus mercados y con el incipiente proletariado bajo sus propias banderas en los mejores casos, o abanderado con el nacionalismo burgués, seguido por la marea tangible de los campesinos, cuya miseria no la puede ni imaginar quien no conoce nuestros

países. El meollo de nuestra vida contemporánea —económica, política, social— es la tierra, su tenencia y explotación, dentro de la órbita norteamericana. Sin apreciar estas condiciones históricas concretas, contra las cuales luchamos, el entendimiento de Guatemala y sus problemas no puede ser exacto.

Quisiera fijar algo de las letras de nuestro tiempo, balbuceo de un labio solo, aislado de la otra ribera, del otro labio, como puente que aún no podemos construir o terminar. La poesía —su esencia, y no las formas— es ahora, más que cualquiera otra expresión, imagen de nuestra vida: un arco suspenso y la conciencia trágica de ello. Y arrastrar piedras, una a una, para seguir adelante y edificar: así se alzaron las catedrales de la Edad Media. Estamos adheridos a lo pétreo, a los viejos monolitos, adventiciamente, como musgo o tenues helechos. En el extremo del arco interminado vemos un poco de lo que hay más allá, cuando llegamos a su extremo y nos empinamos dentro de nosotros. Así me explico, con sencillez, que aún no pisamos tierra firme.

España —la Gran Matrona Paridora de Naciones—, como la llama José Moreno Villa, nos dio su grandeza y sus debilidades. De ella surgieron nuestros pueblos, todo un mundo, creación suprema de España, que hemos ido modelando contra ella y para ella, que es nosotros y nosotros ella, nuestro mundo mismo. España está enraizada en lo más hondo del espíritu de nuestra cultura, y sus dolores son padecidos en nuestra carne indivisible. Y bien, esta España prodigiosa contribuyó, como ninguna otra nación, a que terminase el feudalismo en Europa, mientras lo establecía en América. Marx, en *El Capital*, lo recuerda así: "El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavizaciones y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la Conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros, son todos hechos que señalan los albores de la era capitalista".[6]

Nadie ignora que las leyes humanitarias de Indias se hacían en la Península y no se ponían en práctica en América; que se nos convertía al catolicismo y, aunque católicos, se nos seguía tratando como esclavos, de la misma manera que en plena lucha de liberación contra los conquistadores. El descu-

[6] Capítulo XXIV, Vol. I, Edición del Fondo de Cultura Económica.

brimiento y la Conquista, son gestas únicas y universales: con su marejada, España quedó para siempre en nuestros huesos. Nos enlazó al mundo, a la conciencia universal. Abrió de par en par las puertas para que entráramos en la historia. Con todo y sus errores, España del siglo XVI, como lo afirma Karl Vossler, es la mentora de la ética entre las naciones de Europa. A la llegada de las huestes de la Conquista, estábamos divididos en pequeños señoríos rivales y en decadencia. La conquista aprovechó la inmensa superioridad de las armas y la técnica, con tal destreza, que casi es una verdad que los indígenas conquistaron América y los españoles y criollos hicieron la independencia.

Sentimos la sangre en sosiego ya, sin virulencia estéril por el dolor de la Conquista, que, a veces, se ha querido comprender sólo por el lado de la España negra. De las dos Españas, la filipizada, la del fúnebre fantasma teocrático de El Escorial y la del Quijote, sobre todo la primera dominó al Nuevo Mundo, porque parecía ya no caber en Europa y al desbordarse cubrió el orbe. "Y la historia de España —afirma Fidelino de Figuereido— pasó a ser, desde el instante en que España recibía más de lo que creaba, un continuo choque de esos dos extremos inconciliables, pero indispensables el uno al otro, como las valvas de una castañuela, opuestas e inseparables para producir el sonido característico".[7]

Frente al Viejo Imperio Maya —usando la controvertida exposición de Morley— flor de una cultura, de un hombre caracterizado nítidamente, lo colonial carece de la grandeza peninsular y de posibilidades para que floreciese lo indígena o lo mestizo. El mundo aborigen, durante la Colonia, escapa entremezclado al culto religioso. Los conquistadores quisieron romper las fiestas paganas —que perduran— y para ello establecieron las católicas no sólo permitidas, sino impuestas, en las cuales los indígenas intercalaron ritos y tradiciones. En Guatemala el sojuzgamiento fue inhumano, y en la arquitectura, escultura y pintura coloniales, sobrevive débilmente la influencia de la civilización sepultada. El indígena se yergue en las artes populares y canta la gloria de su color —¡qué riqueza refinada y estricta!— y muestra su línea y su forma con gracia única.[8] Repentinamente, se les quitó la tierra de bajo los pies. Y se les

[7] FIDELINO DE FIGUEREIDO, *Las dos Españas,* Ediciones San Ángel, México.

[8] Aún no tenemos un museo de artes e industrias populares.

quitó su cielo: se les impuso apreciar como iniquidad lo que constituía la fuente de su expresión. Se arrasaron ciudades y dioses, altares y códices. Reyes y sacerdotes, ardieron en holocausto a los dioses de los hombres barbados. Las herramientas del arte y los oficios se las arrancaron de las manos y durante siglos se las prohibieron las ordenanzas. De creadores se convirtieron en esclavos: sus sílabas suben casi imperceptibles, pero con pertinacia elocuente, hasta por las columnas de los frontispicios de los templos de Antigua. Algo de estilo *tequitqui*[9] advierto en La Merced, Santa Clara, la Santa Cruz, en los cuatro ángeles de las pechinas de la cúpula de la vieja catedral. Nuestra vegetación en relieves de estuco o de mortero, recubre las fachadas: troncos de palmeras con sus encajes de ramas (iglesia de Nuestra Señora del Carmen), hojas de palmera, helechos, enredaderas, con parecido al autarique o decoración geométrica mudéjar. En los murales de San Francisco —también en Antigua— en el dibujo y en la paleta— ocre, negro, rojo acarminado, azul, amarillo —obsérvase lo indígena como en abundante imaginería regada por las iglesias de los pueblos. Se debe también este sojuzgamiento, total y totalitario, a que las culturas guatemaltecas hallábanse en decadencia de cerca de mil años. No prosperaba ciudad alguna comparable a Copán, Tikal, Uaxactún, Piedras Negras. Las capitales de los reinos más poderosos, el Quiché y el Cakchiquel, no tuvieron sino, lejanamente, algo del esplendor de las metrópolis del Viejo Imperio. Sobre aquellos reinos, sombra de lo que fueron, cayó la furia española, después de haberse adiestrado y fortalecido con la resistencia de Cuauhtémoc, héroe epónimo del Nuevo Mundo. Y por esa furia española, rapaz y catequizante, enloquecida en la placidez de nuestros campos, se explica no sólo la Conquista, sino también la Independencia...

La caída de los aztecas, que en los señoríos de Guatemala no se ignoró, colocó a nuestros pueblos en situación sin esperanza. Se luchó, sin embargo, fieramente. La espada española rasgó la carne desnuda, inocente de mis abuelos. Se hundió como navaja barbera en un trozo de mantequilla. Pedro de Alvarado fue una hiena entre palomas. El choque entre una civilización neolítica y la del Renacimiento, representada por Espa-

[9] Voz mexicana antigua que significa *tributario*, empleada por José Moreno Villa (*La escultura mexicana*, México, 1942) para explicar la influencia indígena en el arte colonial.

ña en el momento de mayor pujanza, fue la de un toro contra un castillo de naipes.

Bolívar escribió: "Nosotros que no somos europeos, ni tampoco indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, europeos por derecho. . . así nuestro caso es el más extraordinario y el más complicado". Estas palabras mestizas del Libertador nos ofrecen el conflicto de entonces, entre su espíritu y el medio y su derecho a la más alta cultura. Como que hay en ellas leve sombra de resentimiento y gran luz de sufrimiento. Y por extraordinario y complicado, nuestro caso debe tener solución sin tardanza: el ascenso es manifiesto, aunque frente a tal certidumbre se alce mucho de lo negativo de la civilización llamada Occidental, no sólo en nosotros, sino en el resto del mundo. Y, principalmente, en nuestro vecino, los Estados Unidos.

En el mestizo consciente, se conjugan las dos sangres, se abrazan sosegadas. Vive lo indígena y lo español como propio, seguro de las dos fuentes. Encarna, como la clase media que integra en su mayor parte, la vida de nuestros países. Son mestizos los dirigentes en lo social, político y económico. Y también, en lo puramente creativo. De la clase media mestiza, por la alfabetizada proporción numérica y por el equilibrio de la sangre, que precisó siglos para asentarse y cobrar conciencia de sí, han surgido no pocas voces auténticas. Ese mestizo ya no es una especie de Janus. La confluencia de sangres es perfecta. La fuerza y el timbre de la voz no residen en un metal aislado: nacen de las calidades intrínsecas de la aleación. No es el teponaxtle de la pirámide, ni el bronce de la iglesia, sino ambos renacidos y diferentes. Para que la nueva temperatura fuese pareja y fecunda, para alcanzar acorde inaudito hasta entonces, hubieron de sufrir innumerables vicisitudes. Hay poblaciones en que la contienda de las dos sangres no ha terminado y la conquista prosigue su batallar. Podríamos decir que no son pocos los pueblos en que tal cosa acontece aún, y que sólo algunos de sus hijos han arrojado a la hoguera la pólvora y la flecha y en su conciencia los ídolos aborígenes y los de allende el mar son igualmente absurdos.

El mestizo gesticula por toda América: ponemos énfasis, atacamos la "decadencia de Europa", que no es sino la podredumbre capitalista, sin advertir que los europeos están dándole la vuelta al mundo con acción más ingente y profunda que la nuestra. A veces, escondemos la cabeza entre la arena, para

borrar lo que existe y para ignorar la ruta. Proferimos lamentos y conversamos a voces, para que se nos oiga. Nos apoyamos en lo más pintoresco y visible para que se percaten de nosotros. Como el niño, creemos que lo nuestro es único y nuestra experiencia cumbre de todo: nadie ha sufrido, nadie ha gozado, nadie ha amado, ni puede saber amar como nosotros. Son los primeros pasos y exageramos el aplomo, precisamente, porque sólo lo estamos adquiriendo.

Tal proceso es diferente en cada uno de los países de América. Guatemala, tan próxima a México, vecina de siempre entrelazada historia, de fronteras que no existen en el ámbito en que ahora me muevo al comentar el sonido del mestizaje, la situación es otra de la mexicana. La campana está rajada en mi pueblo, mal soldada todavía. La aleación es tan reciente, tan fresca la herida, que mancha los dedos al tocarla. Su timbre no es armonioso, tranquilo y alegre. Es sin sosiego, como acorde imperfecto, cargado de preocupaciones y tristezas. Aún no encauza nacionalmente el mestizaje en todos los órdenes, hecho fundamental. La nueva nacionalidad empieza a vislumbrarse. No exagero los rasgos nacionales para demostrarme ante mi duda sumergida, pero manifiesta en el ansia de valoración, de que no somos eco sin voz. Cuando estos problemas se vayan resolviendo, la afirmación será sin insistencia, suave, natural.

El mestizo es la vértebra que articula dos mundos. En él se compenetran, entienden y contradicen, dos pensamientos distintos: encarna el futuro de América, es cada vez más el americano, y se va abriendo camino con los codos, hasta ser dueño del poder en nuestros pueblos. Organiza grupos y éstos culminan, como una lanza, en el *Señor Presidente*, cuya dimensión y significación social aún no ha sabido recoger ninguna novela, esa gran novela por hacerse: la del mestizaje.

Alientan en nosotros, por igual, las dos savias: ya no vemos, únicamente, el horizonte indígena o el horizonte mediterráneo. Conciencia del mestizaje, proceso biológico y proceso intelectual, bases del devenir, nacidos de la sangre de Tecum y de Alvarado, de los misioneros y la eternidad de las estelas. Comprensión de la Conquista, exenta de lamentaciones, elogios o vituperios. De la fusión de la conciencia europea con la americana, emerge de la penumbra el perfil del Nuevo Mundo, mundo nuevo sin tránsfugas. En ella se finca la posibilidad más acabada y original: no es lo indígena sólo, remoto y dis-

tante —¡tan próximo en nosotros que no lo vemos!— saturado de preocupaciones y entidades mágicas y teológicas, ni lo occidental —cercano y matemático— lo que nos guía. Ambas presencias pulsan en todas las obras, en las populares y en las cultas. Apolo y Yum Kax, familiares y amigos, han descendido de sus altares dorados y sangrientos para conducirnos a Bonampak —Capilla Sixtina del Nuevo Mundo— al Partenón, a Tikal, a la tumba de San Francisco de Asís o a la de Lenin y Stalin. Si muchas veces aún luchan las dos sangres, si la Conquista prosigue su batallar, no es en destrucción y oprobio, sino en cristiana angustia y en pasión indígena, que nos afirma y caracteriza. Sangres y culturas se fundieron. Las dos idénticas y simultáneamente necesarias, como las alas en el vuelo.

No quise hablar de *guatemalidad*, sino del hombre de Guatemala, sin prejuicios en lo posible y con la precaución inexcusable: el nacionalismo rebuscado —burgués o proletario— es siempre consejero pésimo, y más en cuestiones estéticas. No cuadriculemos el mundo, y menos el espíritu. Y aunque tuviésemos la torpeza de intentarlo, ¿no es imposible? De Francisco Hernández Arana y Francisco Díaz, ambos de la familia Xahilá, que participaron en la redacción de los *Anales de los Cakchiqueles*, a Díaz del Castillo, Landívar y Batres Montúfar ¡qué diferencia de mundos, en donde vamos siendo instintivamente, siendo sin máscaras, diversos dentro de unidad que he deseado bosquejar! Sé que hay matiz en la psicología del guatemalteco y la del mexicano, por ejemplo, vecino de entrelazada historia, que tiene orígenes y desarrollos gemelos de los nuestros, así como similitudes comunes a todos los pueblos pateados y oprimidos que esconden sus sonrisas y su llanto. Los nacionalismos nos ponen en guardia porque su raíz suele alimentar lo peor de la barbarie contemporánea. Nacionalidad como conciencia para acrecentar la nobleza del hombre y no para menguarla. Patria como paso necesario para llegar a la humanidad. Y si alguna vez palabras mías logran la ventura de poseer vuelo universal, es porque tengo una patria. Dejemos en paz las fronteras geográficas. ¿Para qué la máscara de la peor de las academias: imitarnos a nosotros mismos y permanecer inmóviles y en el mismo sitio? El mundo es ancho y también es nuestro.

Esta busca de los manantiales del canto para alcanzar lo que debemos ser, no podemos colmarla sino ganándola para redescubrirnos. ¡Innecesaria impaciencia! El camino es marcha hacia adentro, sumirse en el ombligo, como animal de fondo.

Enraizarnos para que la copa del árbol sea más alta. Abandonadamente, diremos lo que somos, aunque no lo queramos. Ya en algunos, lo propio, así, constituye el primordial alimento de vigilia y sueño. No es vigilia tensa y deliberada: no nos hundimos en la historia, en la tradición con sed de autoctonismo anacrónico. No hay propósito folklórico, indigenista, arqueológico. No es obsecación, sino natural crecimiento, deseado e ineludible. Nuestra palabra entrecortada nace de la carne. Decimos lo que somos con proclividad consubstancial. La voz es dolorida, hosca, seca y salvaje. Le hemos dado la vuelta al mundo, la vuelta a nuestra sangre, para encontrar lo nuestro. Hemos ido preguntando por ello, llevándolo en nosotros.

Sé qué somos y qué podemos ser. Sé que fuimos. Y el vacío, este tiempo en el aire, debo ganarlo para mí, para lo mío, ganarlo para los míos. En el aire, como una palabra a medias. Y en la nostalgia de haber sido y en la certidumbre de ser mañana, como en toda ambición de ser, rige pasión de eternidad. Y busco porque no estoy desesperado, ya que busco y sé que he de encontrar. La obstinación me comprueba que arde en mí la llama de mi pueblo, puesto que la busco. Y acaso el fervor es tan hermoso como la misma posesión. No me he apasionado por la tierra no más, sino por su canto. En expresarla por dentro, en lo intrínseco. Aquí hay algo de su cuerpo; también ansío que haya mucho más de mi deseo y de su voz. No es intencionado propósito: es naturaleza omnipotente. Odio y ternura. Por ello, a veces, soy impaciente y confuso: tengo esperanza y lo que expreso lo siento con amor entrañable.

En las letras se destacan las fases de nuestra integración: una breve, intensa y singular literatura. Libros indígenas, los más valiosos de América; cronistas que no obstante haber sido conquistadores, catequizadores, criollos, colonialistas —Bernal Díaz del Castillo, Francisco de Fuentes y Guzmán— sintieron la fuerza del arraigo. Surge Rafael Landívar (1731-1793) entre dos aguas, con sus mitologías y latines, criollo que habla de "mi añil" augural de la conciencia de Guatemala; Antonio José de Irisarri (1786-1868); Pepe Batres Montúfar (1809-1844). Y, luego, José Milla (1822-1882), Enrique Gómez Carrillo (1873-1927). En todos ellos despunta el alba de un espíritu distinto: no se pasaron la vida ampliando con la mano el pabellón de la oreja para captar sólo las tendencias metropolitanas.

Landívar, Irisarri, Batres Montúfar y Milla —los dos últimos en sus aspectos satíricos— son precursores de una litera-

tura nacional. Estos dos tradicionalistas, cada uno a su guisa, se rieron de las tradiciones, las costumbres y el moho colonial. Milla se mostró siempre nostálgico de las pompas pretéritas, de la gloria de las tizonas. Sin darse cuenta acaso, alejaron no sólo a la literatura, sino a los guatemaltecos de algunas insuficiencias, purgándolos con risa y poniéndoles debajo de las narices las ridiculeces aldeanas. Son los iniciadores de la interpretación de la realidad guatemalteca, y sus limitaciones no empañan su preeminente significación. Más que realizaciones distantes de una tradición pasivamente colonial, entreabrieron caminos para crear una literatura propia; iniciaron el trabajo de poner los cimientos de nuestra literatura: la difícil tarea de que hablásemos de glorias y miserias nuestras, aunque sea tocándolas apenas con sátira o sonrisa. Bosquejaron una expresión popular y empezaron a borrar el morete del coloniaje y del feudalismo, que todavía impide que nuestro pueblo cante. Tenemos que destruir las bases de la vieja y caduca voz. Nuestra voz sigue siendo semicolonial y semifeudal. Apenas empezamos a cambiarla, como un adolescente que adquiere conciencia de ser hombre. La revolución del 20 de octubre de 1944 fue un "gallo" de nuestro pueblo. Una justa tentativa patriótica de la mayor importancia.

La llama de las civilizaciones autóctonas está ausente, casi por completo, desde la Conquista hasta el XIX, o su presencia es incomprensión, defensa de la Conquista y la Colonia y olvido de lo indígena: una Guatemala mutilada en su raíz más profunda. Cuánta dolorosa vergüenza íntima por el indio, por nuestro país. Cuánta frustración nativa unida a ignorancia de lo nuestro y a la infamia egoísta de esconder la realidad. La conciencia de lo vernáculo, sin romanticismo indigenista, sin sectarismo antiespañol, el interés por los libros nacionales indígenas, empieza a revelarse con fervor de lo propio. En cambio, en la realidad, el español con su religión y su técnica, era invadido por el polen y la luz del ámbito, por la sangre pisoteada del vencido. Como una fiebre, se iba infiltrando el mundo nuevo en él, un Nuevo Mundo en verdad, presente por dondequiera, asaltándolo todo como las vegetaciones del trópico o las olas del mar, reiteradas e innumerables, con sutileza llena de duende, hasta que al consustanciarse con los vencidos, invictos y siempre renacientes, se contaminaron o transformaron los vencedores y sus cosas: lengua, creencias, artes, gustos, idiosincrasia.

Colonia, vida republicana, sangrientas querellas intestinas, despotismos. El indio guatemalteco, cetrino y palúdico, fino y pequeñito, tapa el camino de la serranía con una inmensa marimba sobre la espalda, colgada de la frente con el mecapal, como un gran lagarto. Cuánto aplastó la Iglesia con el peso de su noche de pórfido. Arzobispos y generales, procónsules yanquis. Campanas y campanas. Tiempo redondo, sin fechas. En un paraíso hemos vivido una pesadilla. Guatemala, una niña vestida de novia sigue un féretro mientras llueve torrencialmente. Guatemala, vaporosa canción blanca y azul, con una piedra adentro.

Tal es nuestra historia. La he relatado a grandes rasgos, no para interpretar a mi pueblo sino, sobre todo, para ayudar a transformarlo. Mi patria es dulce, cándida y sombría. Y se ha olvidado de la risa, y aun de la sonrisa. Y el canto se le atraganta.

¡Amanecerá!

# *Presencia del Pasado*

# MARTÍ Y PUERTO RICO *

Por *José FERRER CANALES*

*Las Antillas: "el fiel del mundo"*

MARTÍ ve las islas mayores del archipiélago antillano como una sola unidad moral. Entiende que han de apoyarse mutuamente si no quieren desaparecer del grupo de los pueblos que aspiran al disfrute a plenitud de la libertad, y siente que, por sobre las aguas, Borinquen, Santo Domingo y Cuba alargan sus brazos. De ahí que en epístola memorable al dominicano ilustre D. Federico Henríquez y Carvajal escriba: "Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino" (I, 1, 249).[1] Es que para él, las tres islas antillanas son vigías, guardianes de la América nuestra, hermanas cordiales que se han intercambiado héroes y libertadores. En la cálida y poética lengua martiana, las antillas son "como tres tajos de un mismo corazón sangriento" (I, 1, 551), y Cuba y Puerto Rico, "islas complementarias. . ., dos tierras que son una sola dicha y un solo corazón" (I, 1, 443).

Quien describe con gozo íntimo las patrias de Hostos y José de Diego, de José María Heredia y Varona como dos "islas floridas", aspira a salvarlas y a servirlas de modo que la vida en ellas asegure, frente al vecino fuerte e imperial, "la independencia del archipiélago feliz", que él ve en el "nudo del mundo" y en "el fiel de América". En *Patria* del 17 de abril de 1894 expone que, esclavas antes, por la acción cívica y digna del Partido Revolucionario, deberán alcanzar su puesto como nación, antes de que los Estados Unidos "conviertan en teatro de su codicia universal las tierras que pueden ser aún el jar-

* Conferencia leída en el Ateneo Puertorriqueño, San Juan, P. R., el jueves primero de julio de 1954.

1 Volumen y tomo según *Obras completas* de MARTÍ (La Habana, Lex, 1948).

dín de sus moradores, y como el fiel del mundo" (I, 1, 349). Quiere libres de todo vasallaje a sus islas para que no sean pontón de guerra de Norteamérica o mero fortín del imperialismo.

(Martí estampa esos juicios durante la época que el profesor Wilfred Hardy Callcott, al analizar la evolución del imperialismo norteamericano, denomina período del "Imperialismo a base de guerra", *Imperialism through War*, que abarca toda la última década del siglo XIX, 1890-1899, para diferenciarlo de otras fases en la evolución de ese fenómeno de expansión social y económica).

De acuerdo con el apóstol, la noble tarea de asegurar la libertad antillana es obra de previsión y vigilancia continental por tres razones fundamentales: porque permitirá el bienestar decoroso del hombre antillano, porque asegurará la independencia de toda la América ya libre, y, aún más, porque salvará el sentido de dignidad y honor de los mismos Estados Unidos. Son esos los objetivos políticos, de justicia y de ética con que soñara el pensador y héroe civil al plantearse la problemática de la independencia del archipiélago; ésos, los nobles ideales cívicos de aquel apóstol y maestro de América, al esforzarse en tallar para sus "tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo" (I, 1, 551) un porvenir de libertad, justicia y decoro.

Por ello su afirmación: "Es un mundo lo que estamos equilibrando" (I, 1, 352), y lo que sintetiza con estas palabras del 25 de marzo de 1895:

> Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo (I, 1, 249).

No se trata pues, visto desde esta perspectiva ética e histórica, sólo de libertar a dos islas, aunque esto de por sí, concluir la epopeya de 1810, es significativo y revolucionario en las postrimerías del siglo XIX. Obra ésa de honda responsabilidad ética, de significación humana y de trascendencia histórica, continental; quien se habría de transfigurar en Dos Ríos podía encarecerla diciendo: "Quien se levanta hoy en Cuba se levanta para todos los tiempos" (I, 1, 352).

## *El Partido Revolucionario Cubano*

Y, ¿qué es?, ¿cuál es, en síntesis, la significación del Partido Revolucionario Cubano? El Partido Revolucionario Cubano es el instrumento de que se vale Martí para integrar en un todo el alma dispersa, fragmentada de la emigración. No era un partido más. Simbolizaba el decoro, la unidad en la aspiración libertaria y el ideal de justicia. En la palabra martiense, el Partido Revolucionario Cubano —leemos en *Patria* del 3 de abril de 1892—, "es el ímpetu tierno, de heroico amor, por donde los corazones abrazados, bajo la guía de la mente fuerte y justa, vuelven, con la lección sabida a los días de aurora de (la) redención" (I, 1, 307). El Partido Revolucionario, la organización democrática de boricuas e hijos de Cuba, como expresión del pensamiento del egregio maestro debía ser, pues, voz de ternura, heroicidad y cordialidad, orientada por la justicia. El propio Martí se autodefine al describir con ese estilo esa institución revolucionaria, hija de su amor patrio y desvelos.

Y, ¿para qué crear el Partido Revolucionario Cubano cuando en La Habana, en Camagüey y en otras ciudades aún había seguidores de Rafael Montoro y de otros autonomistas como Figueroa y Giberga? Es que el autonomismo de Montoro, los esfuerzos de reformistas, asimilistas y liberales cubanos que habían mirado hacia Madrid como a norte para orientar su vida política, y aun los esfuerzos de aquellos otros, los que aparecen en la tradición de Gaspar Betancourt Cisneros, los que orientaban su espíritu anexionista mirando hacia Washington, eran esperanzas, sueños rotos de un pasado sin posibilidad de resurrección. Ni el anexionismo cubano, con su sustitución colonial, ni el autonomismo de Cuba con sus frustraciones y con las ductilidades de su última época antiheroica, podían satisfacer ya la ansiedad de justicia y la necesidad espiritual, histórica, de libertad nacional para los cubanos. Ahora surge una nueva entidad que recoge el íntimo sentir y las aspiraciones de los antillanos: el Partido Revolucionario, hijo del amor martiano, depositario de la tradición que habían encarnado antes los *Caballeros racionales* de 1810, el pensador y revolucionario Padre Félix Varela, el poeta José María Heredia, autor del *Himno del desterrado* de 1825, José Aniceto Iznaga y cien mártires del independentismo cubano y antillano.

El artículo primero de las Bases del Partido establece categóricamente: "El Partido Revolucionario Cubano se constituye

para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico" (I, 1, 299). Eso es lo que nos importa subrayar como nación, desde un punto de vista político e histórico ante la juventud, ante el pueblo y ante tantos intelectuales que, como en el caso de Hostos y su Centenario en 1939, nos han querido silenciar el mensaje cívico de Martí para los puertorriqueños y nos han secuestrado a José Martí, apóstol de la Independencia de Puerto Rico.

Bien está exaltar al egregio cubano como creador de belleza, como poeta, no sólo precursor de modernistas, sino poeta sin encasillados de escuela o *ismos* y, según lo ha visto Eugenio Florit, "precursor de todo nuestro crear literario contemporáneo",[2] y como prosista y pensador. Pero no se silencie sistemáticamente o por miedo a los guías ciegos de la colonia, que Martí, maestro de América y genio universal, cuyo mensaje ha sido elogiado por críticos como Unamuno, Sarmiento, Emil Ludwig, Pedro Henríquez Ureña, Onís, Alfonso Reyes, Mauricio Magdaleno, Iduarte y Fernando Ortiz, entre otros, él, que con su visión americana y ecuménica acertó en tanto, creyó en la libertad y la independencia para los puertorriqueños.

Y aunque algunos periodistas viajeros, intelectuales, catedráticos y gobernantes, conscientemente eludan el cumplir el deber de honestidad de recordar esa lección fundamental de historia antillana y americana, en otras latitudes, espíritus libres, generosos escritores en militancia cívica por el bien, y aún aquí en Puerto Rico, no olvidan que José Martí estableció el Partido Revolucionario para "lograr la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico".

Una palabra merecen, sobre todo, esos periodistas que en nuestra isla elogian a Martí, visten su prosa con la belleza que toman del apóstol y luego viajan a Cuba y allí niegan la validez del pensamiento cívico del Apóstol. Hablando sobre ese y otros temas colaterales, dije en 1951 en la ilustre Universidad de La Habana lo que aquí repito:

> . . .deseo consignar la satisfacción de los que creemos en la independencia, por el hecho de que los dineros que se han gastado del pueblo de Puerto Rico para agasajar a los periodistas cuba-

---

[2] Eugenio Florit, "Notas sobre la poesía cubana", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura,* París, mayo-junio de 1954, 6, p. 60.

nos, y la misión boricua para transformar el pensamiento cubano, de su plano de devoción por la independencia puertorriqueña al de exaltación de la colonia y del "nuevo Estado" de hoy, han sido inútiles. Esa propaganda perfectamente pagada contra nuestra independencia no ha dejado, felizmente, ningún fruto, no ha significado nada en cuanto al sentir de los cubanos de valía sobre el destino de libertad e independencia de Puerto Rico. Porque no se puede comprar, por ejemplo, la voluntad y la expresión libre de D. Fernando Ortiz. Porque no se puede comprar la voluntad y la expresión libre del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, historiador de la ciudad de La Habana, o del Dr. Emeterio Santovenia, Presidente de la Academia de la Historia; o de José Luis Massó, publicista. Porque no se puede comprar la voluntad y la expresión libre de ustedes, estudiantes de la Universidad de La Habana, o de los profesores y periodistas de honestidad y decoro en Cuba.[3]

Hoy basta hacer referencia al historiador Emilio Roig de Leuchsenring para probar lo que decíamos en 1951. Con motivo de los actos celebrados por la joven y ya también ilustre Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba, Roig, disertando sobre el tema *Martí, antimperialista* y exponiendo cómo se cumplían las previsiones del apóstol, dijo estas palabras:

> La revolución... de octubre de 1950 (en Puerto Rico) ha servido para colmar las cárceles coloniales de centenares de patriotas y aupar —con la farsa de un ridículo y mentiroso "Estado Libre Asociado", que ni políticamente puede considerarse como un "Estado", ni goza de libertad, ... sino que es tan sólo un disfraz carnavalesco de la misma colonia factoría, sometida, vilipendiada y explotada a partir de 1898—, a los ganapanes al servicio del yanqui conculcador de todos los ideales libertadores y antimperialistas que Martí se propuso alcanzar con la independencia de Cuba y Puerto Rico.[4]

---

[3] *Revista Universal de La Habana,* julio-diciembre de 1951, p. 229.

[4] EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING, "Martí, antimperialista", *Pensamiento y acción de José Martí,* Departamento de Extensión y Relaciones Culturales de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1953, p. 229. Ver del mismo autor: "Martí, apóstol de la independencia y libertad de Puerto Rico", *Caribe,* Puerto Rico, 1942, vol. I, núm. 3, págs. 7-9, 33.

Volvemos al programa del Partido Revolucionario Cubano, para recordar que Juan Fraga, amigo íntimo de Martí, en discurso incluido en *Patria* del 26 de marzo de 1892, podía decir acerca de este programa, que él era amplio y democrático, que el Partido abría su puertas a cubanos, puertorriqueños y españoles interesados en el bien de las dos islas, y que éstas, Cuba y Puerto Rico, eran hermanas, igual que Lares y La Demajagua.

Oportuno es releer aquella conmovedora carta del 13 de septiembre de 1892 en que Martí le pide, desde Santiago de los Caballeros, Santo Domingo, a Máximo Gómez, que acepte venir a libertar a Cuba y Puerto Rico, y que espere por recompensa la probable ingratitud de los hombres:

> El Partido Revolucionario. . . viene hoy a rogar a Ud., previa meditación y consejos suficientes, que renovando el sacrificio con que ilustró su nombre, ayude a la revolución como encargado supremo del ramo de la guerra a organizar dentro y fuera de la Isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella en condición de realizar, con métodos ejecutivos y espíritu republicano, su deseo manifiesto y legítimo de su independencia. . .
>
> Yo invito a Ud., sin temor de negativa, a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres (I, 1, 99-100, 101).

Hablando a mediados del siglo XX, creemos poder afirmar que en lo colectivo como puertorriqueños aún tenemos mucho que esforzarnos para hacernos acreedores al esfuerzo y a la agonía de Martí por nuestro bien; que es mucho lo que aún tenemos que crecer para estar a la altura del pensamiento y los desvelos del apóstol por nuestra liberación.

### *"Islas complementarias"*

Los escritos políticos de Martí, sobre todo aquellos de Nueva York, revelan que Cuba y Puerto Rico estuvieron siempre presentes en su corazón como aspectos de una misma realidad moral y humana, como anverso y reverso de una medalla. Porque Martí habla con un mismo fervor acerca de la heroicidad de Guáimaro y Lares. La primera alusión de Martí a nuestra

patria aparece en su artículo "Las reformas", publicado en *La Cuestión Cubana*, de Sevilla, el 26 de mayo de 1873, y la última en los *Apuntes de un viaje*, del 3 de marzo de 1895.

En abril de 1892 recuerda que veinticinco años antes se publicaba en la ciudad del Hudson *La Revolución* con el epígrafe "Cuba y Puerto Rico". Ahora se inauguraba por boricuas y se secundaba por cubanos de Nueva York, el club "Las Dos Antillas".

Cuando en Boston comenzó a funcionar el club "Cuba y Borinquen", presidido por el Dr. Antonio Bustillo, Martí comentó: "Quien sabe que en Cuba, como en la hermana Puerto Rico, hay alma de nación, premiado está de sobra con la noble realidad" (I, 1, 626). En Boston se reunían Joaquín Hernández, José Monzón Aguirre, Jesús Meléndez, Tomás Zounier, Juan García, y José Herrera. A todos los saludaba esperanzado Martí, como también conservaba contacto con los patriotas de Cayo Hueso, y con los cubanos y puertorriqueños que en Filadelfia hacían su adhesión a los postulados del Partido Revolucionario Cubano.

Vio con la mayor simpatía el club "Mercedes Varona", que presidían borinqueñas y cubanas y que contaba con el concurso de María Acosta, Juana Sandrino, la compañera e hija de Gómez, la madre y la esposa de Maceo. Este círculo reunía a la esposa de Sotero Figueroa, a Laudelina Sosa, Eva Betancourt, Adelina Sánchez, Dominga Muriel, Carolina Rodríguez, Dolores y Quirina Martínez (I, 1, 624, 642-643). No olvidemos, a propósito de esta sociedad femenina, que Martí tuvo profunda fe en la mujer cívica antillana —de lo que son tan hermosos ejemplos nuestra Lola Rodríguez de Tió, la noble sangermeña, en el siglo XIX y primer cuarto del XX, y nuestra Margot Arce de Vázquez, la Maestra (con mayúscula), en nuestra época difícil—, y que Martí evocó con el mayor respeto y con unción casi religiosa a Mariana Grajales, aquella egregia cubana que, cuando le trajeron a Antonio Maceo herido de un balazo al pecho, dijo a las mujeres que lloraban: "¡Fuera, fuera faldas de aquí!, ¡no aguanto lágrimas! ¡Traigan a Brioso!", y quien a Marcos, el hijo menor, sentenció con conciencia patriótica: "¡Y tú, empínate, porque ya es hora de que te vayas al campamento!" (I, 1, 618).

Sabemos que el periódico *Patria*, cuyo primer número vio la luz el 14 de marzo de 1892, nació con el concurso de los cubanos y puertorriqueños independientes de Nueva York y

que, según texto martiense que hace evocar, en su primera parte un apotegma goethiano, existió para "contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico. . ., para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad" (I, 1, 418-419).

Alude Martí a un humilde puertorriqueño que le decía que en los tiempos que se acercaban los hombres de Ponce y San Juan caerían en Yara y en las Guásimas, y los de Cuba caerían en Puerto Rico. Es en esa misma evocación donde expresa: "La patria, en Cuba y Puerto Rico, es la voluntad viril de un pueblo dispuesto. . . al triunfo indudable por el arranque único y potente de la libertad" (I, 1, 439).

Otro texto, para que se vea lo cubano y lo boricua como fuentes de una emoción en Martí. Es un recuerdo de una cena con D. Antonio Vélez Alvarado, bajo los pabellones de Cuba y Puerto Rico:

> Vivimos —escribe el antillano— unas cuantas horas, que ya es mucho decir en estos destierros. ¡Qué canciones sentidas, las de Francisco Marín!. . . ¡qué juntarse. . . la décima de Cuba, el aguinaldo puertorriqueño. . .! Y para decirnos adiós la anciana de los sesenta años, vestida de blanco y blancos los cabellos, se sentó al piano a tocarnos el himno del país, la danza compuesta por un español, la danza con que acaba una feliz comedia política de Sotero Figueroa: *La Borinqueña* (II, 2, 1751).

### *Baldorioty, patricio americano*

El diecinueve de marzo de 1892 se celebra en Ázua, Santo Domingo, un homenaje a aquel patricio que nos enseñó a decir: "Yo odio el sistema colonial porque ese sistema es la muerte del espíritu, es la degradación del hombre por el hombre", el borincano Román Baldorioty de Castro. Tres niñas, a nombre de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, ofrendan flores a su nombre en el Altar de la Patria. José Martí escribe poco después unas páginas de aliento antillano con el título de *Las Antillas y Baldorioty de Castro* (I, 1, 550-555).

Comienza el pensador con unas rápidas generalizaciones de orden histórico, en que contrasta las fuerzas de los hombres de alma colonial con las fuerzas nuevas que han de generar la nación futura. Cree que la seguridad de las Antillas depen-

derá de su unión. Afirmando que los lacayos mudan de amo, destaca el espíritu libertario de Baldorioty de Castro: "Ni un átomo de lacayo —dice— tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty de Castro". Para Martí, Baldorioty fue el criollo que propagó tanto el culto del trabajo como el del derecho, el que valiéndose de una enmienda a la Ley Moret, puso al esclavo recién nacido junto a su señora madre, el que volvía de sus destierros para defender la patria, el que "cayó en la tumba con las manos flacas sobre el pecho, y en la frente la luz inmortal".

Sigue una iconografía de Baldorioty: cabeza que los malos temen y los buenos aman, rostro desolado como de quien echa sobre sí el duelo general, ojos seguros y mansos, de mirada dulce, nariz vigilante y afilada, labios finos y dolorosos, bigote marcial y prudente, barba pequeña. Éste fue un borincano que estudió, amó y sirvió a su América. Y Martí, que consagra su vida a estudiar, amar y servir a su América con fe de hijo, según escribe en carta al venezolano Fausto Teodoro de Aldrey, que considera a Bolívar, padre y a Rubén, hijo, ¡cómo no habría de vibrar con simpatía ante la vida noble, fecunda y antillana de Baldorioty!

Se interroga el maestro cubano si el homenaje de Borinquen, Quisqueya y Cuba es al mero autonomista Baldorioty de Castro, al liberal reformista, o al Delegado del Gobierno español a la Exposición Universal de 1867. Porque entiende que en el acto consagrador celebrado en Ázua, se rendía tributo al Baldorioty que escribió el código de derechos que abre el Plan de Ponce, y que, a su juicio, podría trasladarse íntegramente a la Constitución de la República Puertorriqueña. Las flores, entiende, no eran para el político acomodaticio sino para quien, transformando las realidades sociales de una colonia española en América, la preparaba para que entrase en su vida de plena independencia. Era a aquel Delegado boricua que en Madrid caminaba con paso firme, solo por la Plazuela de Cervantes, apretando el bastón, "abierto el pecho al frío, la cara resuelta y dolorosa", mientras otros diputados, "todo piel y pomada, bajaban de su lindo carruaje repartiendo saludos. Bastón en mano —afirma—, Baldorioty cruzaba la Plazuela de Cervantes, solo".

Martí ha penetrado en la vida de este puertorriqueño y piensa en Rafael Cordero, a quien llama "santo maestro", en el Padre Rufo, que deseaba que sus alumnos —así aparece en

el texto martiense—, "se muriesen de hambre antes que cometer una mala acción, y que aprendiesen la verdad de la física y la química". Martí exalta al joven que en España cuidaba del alma patria en la Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, al educador que él caracteriza como radical y amable, al fundador de la Escuela Náutica de Santo Domingo, al maestro del Colegio Ponceño y al defensor del proyecto de Escuela Filotécnica.

En la estampa martiana nuestro Baldorioty es un hombre de integridad, un libertador y un criollo directo, útil y leal. Es el heroico defensor de su tierra vejada, azotada y enmudecida, no el que, como otros, ha traicionado o desnaturalizado el sentir de su pueblo. Es el patriota que no quiere a su pueblo uncido ni a una metrópoli retrógrada, ni a un vecino hostil y diferente. Es, además, el americano que desde el corazón de Europa tiende su mirada al mundo nuevo y prometedor de las repúblicas hispanoamericanas. Luce aquí como maestro que en la política y la enseñanza quería "hombres enteros y reales".

Casi al final de esta imagen del boricua Baldorioty, a quien dedica los adjetivos "bueno, puro, sagaz, rebelde y americano", el pensador que ha elogiado a caracteres de la talla moral de Cecilio Acosta y D. José de la Luz y Caballero, hace este llamado: "De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto injerto; de hombres puros y cordiales. . ., de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha".

Las páginas dedicadas por Martí a Baldorioty, su más largo y hermoso comentario sobre un boricua, tienen de ese modo el sabor y la significación del más perfecto americanismo de Martí, el que culmina en la proclama de *Nuestra América* y *Madre América*, en fragmentos de la *Edad de Oro*, como la lección sobre los tres héroes, Bolívar, Hidalgo y San Martín, o en el discurso espléndido, rico en sugerencias en homenaje al Libertador, para ser dicho "con una montaña por tribuna o entre relámpagos y truenos o con un manojo de pueblos libres en el puño".

### *Hostos y Martí*

ANTONIO S. Pedreira, Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Mauricio Magdaleno, Pedro de Alba y Carlos N.

Carreras son algunos de los prosistas que han visto el paralelismo y contraste entre las vidas fecundas de Martí y Hostos. Ambos, Hostos y Martí fueron educadores, patriotas, pensadores y sembradores de fe en Hispanoamérica, "nuestra América". Antillanos los dos, concibieron los ideales de la fraternidad antillana y americana, y pugnaron con heroicidad por lograr la libertad política de nuestras patrias.

Hostos, catorce años mayor que el mártir de Dos Ríos, comienza su prédica por la independencia de Cuba cuando Martí apenas tiene diez años (1863). Hostos dirá también al rector Vicente Fidel López, de la Universidad bonaerense, que la conquista de la independencia de Puerto Rico es el objetivo central de su vida. Pero Martí tendrá la gloria de inmolarse por la libertad de Cuba, por los ideales del Partido Revolucionario Cubano, que incluían los de la liberación puertorriqueña. Martí ama a su pueblo, quiere echar su suerte con los pobres de la tierra y siente con "entrañas de humanidad". En cuanto al pensador puertorriqueño, cabe recordar, primero, lo que expresara el ex-profesor universitario José Emilio González en una ocasión, que "si no existiera la palabra *bien*, podríamos usar para designar ese valor ético el nombre *Hostos*"[5] y, luego, que tanto el pensador colombiano Carlos Arturo Torres ayer como Enrique Anderson Imbert hoy en su novísima *Historia de la literatura hispanoamericana* se refieren al Maestro con la misma metáfora: "una cumbre".[6]

El amor y el deber nimban de luz las vidas ejemplares de estos varones, creyentes en la patria americana. "Estoy solo con mi idea dominante. Ella es mi patria... Ella es la que me señala en Puerto Rico mi deber; la que me indica en Cuba mi estímulo; la que me muestra la gran patria del porvenir en toda la América Latina", medita D. Eugenio María de Hostos mientras en 1873, cerca de la costa del Pacífico, mira hacia el monte Aconcagua y busca en un cementerio chileno la tumba olvidada del demócrata puertorriqueño, licenciado Segundo Ruiz Belvis.[7]

---

[5] *Discurso en la Universidad de Puerto Rico* (inédito). Enero 11 de 1947.

[6] Carlos Arturo Torres, *Estudios de crítica moderna,* Madrid, Editorial América, p. 204; Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana.* México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 170.

[7] Hostos, *Hombres e ideas,* La Habana, Cultural, 1939, p. 7. (*Obras completas,* vol. XIX.)

Y escribe Martí en el pórtico de su transfiguración: "Y yo, ¿qué soy, y quién me fija suelo?. . . Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba" (I, 1, 249).

Martí y Hostos surgen bajo la órbita del romanticismo. Martí cita a Spencer pero no puede aceptar el positivismo, y tiene tangencias con el krausismo. Hostos, nutrido de pensamiento positivista, conoce la escuela de D. Julián Sanz del Río y D. Francisco Giner de los Ríos, es decir, el krausismo español que tan bien estudiaron Pierre Jobit y Joaquín Xirau.[8] En ambos se evidencian notas fundamentales del estoicismo. Pero ni esas fuentes, ni otras, como la Biblia y como las Letras Clásicas Españolas, Santa Teresa, Quevedo, Calderón, Lope, y no tanto Gracián, en el caso de Martí —según han esclarecido José Antonio Portuondo y Juan Marinello—,[9] nos podrán explicar por sí solas, aisladas, lo que hace de Martí al genio universal Martí, y nuestro Hostos al Maestro y pensador Hostos.

Diferencia a Hostos de Martí la ausencia del sostenido tono lírico, el fulgor de la metáfora y la imagen, la belleza que esmalta la prosa del cubano. Ni fue el puertorriqueño poeta en verso como el egregio habanero aunque dejó las páginas finas y poéticas del *Hamlet*. Hay en ellos unos mismos temas políticos centrales aunque Hostos tiene una más alta categoría como sociólogo. El estilo moderno de Hostos carece de la alta calidad estética que embellece al de Martí (Martí es como Cervantes y Shakespeare, genio de la lengua). Además, la inmolación del cubano ilumina el epílogo de su vida con una claridad que ni la historia ni la naturaleza concedieron a nuestro Hostos. Válganos esta expresión porque Hostos no rehuyó ni el sacrificio de su propia vida —ahí está la aventura en el velero *Charles Miller* en 1875—, por Cuba y por Puerto Rico.

Sirven como epitafio para ambos patriotas, los versos martianos:

---

[8] PIERRE JOBIT, *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, Paris, E. Boccard, 1936, 2 vols.; JOAQUÍN XIRAU, "Julián Sanz del Río y el krausismo español", *Cuadernos Americanos*, México, 1944, IV, págs. 55-71.

[9] JOSÉ ANTONIO PORTUONDO, "La voluntad de estilo en José Martí", *Pensamiento y acción de José Martí*, ed. cit., p. 293; JUAN MARINELLO, *Españolidad literaria de José Martí*, La Habana, Molina y Cía., 1942.

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo[10]
De flores — y una bandera (II, 2, 1358).

Sin haberse encontrado nunca en sus largas peregrinaciones, Martí y Hostos se estimaron y admiraron mutuamente. En *El Federalista* de México del 5 de diciembre de 1876 apareció un breve artículo de Martí sobre el *Catecismo democrático*, original de Hostos, en el que elogia al pensador mayagüezano por su patriotismo y por su talento. Añade:

> Eugenio María (de) Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje. . ., y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de *Cuba Libre* y *Sur América*, que se publican en Nueva York (II, 1, 422).

Admira el apóstol las cualidades de la mentalidad hostosiana: su imaginación y su objetividad. "Hostos, imaginativo —concreta—, templa los fuegos ardientes de su fantasía de isleño en el estudio de las más hondas cuestiones de principios" (II, 1, 423). Y los ejemplos históricos que aduce Hostos en su *Catecismo* y su lenguaje hacen pensar a Martí en la filosofía krausista o como él dice: "la propaganda de Tiberghien y de la Universidad de Heidelberg" (II, 1, 423).

Hostos se refiere en la publicación *La Ley* de Santiago de Chile en octubre de 1895 al *Testamento político*, la histórica carta de Martí a D. Federico Henríquez y Carvajal. Expone el iberoamericano nacido en Mayagüez:

> Ese documento, que sin duda formará entre los de la historia de la Independencia de Cuba, tiene tres cosas superiormente notables: las ideas, los sentimientos y cierta difusa sombra de muerte que vaga y divaga por todo él. . .
>
> En ella pensaba al escribirla el dispuesto a todo sacrificio. Consumado el sacrificio, es natural que la sombra de la muerte, así por deber provocada y arrostrada, divague ante los ojos del que lee esa carta.
>
> Notabilísima también es ella por las ideas. No son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolu-

[10] La variante "Tener en mi tumba un ramo", más conocida, no aparece en las *Obras completas*.

> cionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el último apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.
>
> Pero lo que más brilla en la carta son los sentimientos que resplandecen en ella.
>
> Bien hizo Federico Henríquez en apellidar *testamento* a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan al separarse del mundo de los hombres.[11]

Si Martí define algunos caracteres de la mentalidad de Hostos y elogia el civismo del patricio puertorriqueño, éste reivindica la acción de los revolucionarios borinqueños —el propio Hostos—, y puntualiza que el *Testamento político* vale por la forma como se expresan allí los sentimientos, por su estilo. El final de la cita en que se nos dice que Martí habla como las almas al separarse del mundo de los hombres, nos revela a un Hostos que no es sencillamente el mítico racionalista y positivista que se ha querido ver en él, sino un pensador independiente capaz de ascender a la comprensión del orbe de intuición y milagro de José Martí.

### *El antillano Betances*

CUANDO José de la Luz León, el ensayista cubano, quiso comenzar sus monografías sobre los mambises diplomáticos, los hombres civiles que en suelo extranjero defendieron el derecho de Cuba a ser libre, pensó comenzar por la biografía del criollo camagüeyano Arístides de Agüero y Betancourt. Pero pronto descubrió que, cronológicamente, el Dr. Ramón Emeterio Betances le precedía en la historia de sacrificios. El propio Arístides de Agüero, parco en los elogios, en carta del 10 de junio de 1897 a D. Tomás Estrada Palma había alabado al hombre íntegro y al patriota de Cabo Rojo, Betances, su inteligencia, su reputación y su serenidad. Un solo "defecto" le había encontrado Agüero: la modestia y la bondad para con sus enemigos y subalternos.

---

[11] Hostos, *Temas cubanos*, La Habana, Cultural, 1939, págs. 483-484 (*Obras completas*, vol. IX); Federico Henríquez y Carvajal, *"Todo por Cuba"*, Municipio de La Habana, 1948, págs. 14-15.

De la Luz León estudia entonces con amor la vida heroica de Betances y, atento a las fuentes históricas, revelando profunda penetración psicológica, y con una prosa moderna de belleza, nos da una de las más hermosas biografías de las letras cubanas contemporáneas: *La diplomacia de la Manigua: Betances.*[12] Verdadero gozo moral produce la lectura de ese estudio que se ciñe a las relaciones de Betances y Cuba, y que deseamos recomendar a la juventud puertorriqueña que lo desconozca. Aquí está el Padre de la Patria, el revolucionario y el abolicionista, a propósito del cual nos decía Vicente Géigel Polanco que "hoy nos sentimos más cerca de (él) que de nuestros propios contemporáneos. . . y (que) para reaccionar con probidad intelectual y entereza moral. . . es preciso abrevar en las claras aguas (de su) patriotismo sin tacha".[13]

Cuando José de la Luz León se despide del apóstol Betances, que dedicó medio siglo a la prédica de la libertad de Cuba y Puerto Rico y al ideal de la Confederación de las Antillas —ideal éste de Francisco Aguilera, Luperón, Máximo Gómez, Hostos, Martí y José de Diego—, lo hace en estos términos:

> Había vivido setenta y un años y su rostro broncíneo conservaba una majestad de patriarca. En tiempos clásicos los privilegiados de los dioses morían jóvenes. Pero será el privilegio y el orgullo de Cuba y Puerto Rico. . ., el haber engendrado y aupado a la inmortalidad este gran hombre combatidor y tenaz, ilusionado y previsor en quien ni la edad, ni los desengaños, ni la fatalidad histórica lograron apartar del ideal de antillanidad que como un credo doblado de epinicio, paseó por el exilio en más de medio siglo de ardiente batallar.[14]

El autor de *La diplomacia de la Manigua* cita oportunamente el criterio que Martí tuvo sobre Betances y que había aparecido en la sección "En casa" de *Patria*, correspondiente al 3 de septiembre de 1892. El apóstol de Cuba juzgó de este modo al apóstol caborrojeño:

---

12 José de la Luz León, *La diplomacia de la Manigua: Betances*, La Habana, Lex, 1947.

13 Vicente Géigel Polanco, *El despertar de un pueblo*, San Juan de Puerto Rico, *Biblioteca de Autores Puertorriqueños*, 1942, págs. 114-115.

14 J. de la Luz León, *Ob. cit.*, p. 279.

> De nuestro Dr. Betances, no nos olvidamos un punto, porque él es el corazón de su país, con el que el de Cuba se hermana y abraza, y porque son pocos los hombres en quienes, como en él, el pensamiento va acompañado de la acción, la superioridad del desinterés, y el mérito extraordinario de la mansa modestia (II, 2, 1761).

Después de editado el libro de José de la Luz León, gracias a la devoción de Antonio Santaella se ha publicado un manuscrito de Martí, que había conservado el historiador D. Manuel Guzmán Rodríguez, y que es útil para que conozcamos mejor el pensamiento del maestro acerca de Betances.

> Yo sé —le escribe Martí a Betances quien estaba en París— que no hay para usted mar entre Cuba y Puerto Rico, y siente usted en su pecho los golpes de las armas que hieren los nuestros. Sé también que de la idea cubana encarna usted el pensamiento generoso y puro...
>
> No hay en París... más tenaz ni infatigable trabajador americano que el Dr. Betances.[15]

*Galería puertorriqueña*

Otros compatriotas nuestros que prestigiaron las artes y las letras, aparecen mencionados y brevemente caracterizados en las páginas de emoción patria, martianas. Alaba Martí en su periódico del 14 de febrero de 1893 a nuestra pianista Ana Otero, que él describe como "mujer digna de todo elogio", y quien, a su ver, "paga a su tierra con un amor purísimo y sincero" (II, 2, 1767).

Si en Nueva York habría de exaltar los valores encarnados en esa artista nuestra, ya antes en *La Revista Universal* de México del 12 de junio de 1875, había descrito el arte del pianista boricua Núñez, quien acompañaba al violinista cubano White:

> Núñez tocó después (de la Sonata en Do Menor de Beethoven) el *allegro* de una Sonata de Hummel: no es un aficionado distinguido: es un maestro notable en grado nada común. Pre-

---

[15] *Revista Entre Columnas,* Río Piedras, Puerto Rico, abril de 1953, año 2, núm. 3, p. 15.

siéntese desde las primeras notas que el artista domina por completo el instrumento que toca: acumula dificultades: recorre con mano ni un instante insegura el obediente y sonoro teclado: brevísimo nos pareció el *allegro,* muestra ya bastante para anunciar a un artista a quien el renombre tiene de seguro reservado ancho y espléndido camino (I, 1, 1848).

Y cree digno del violinista White, a nuestro pianista Núñez.

Estábamos en Oriente, Cuba, en enero de 1951, cuando murió en aquella provincia heroica un distinguido puertorriqueño, D. Modesto A. Tirado, Comandante del Ejército Libertador Cubano, vinculado a la epopeya cubana y a la lucha de los emigrados que en Nueva York, junto a Martí, se esforzaban por crearnos un clima de libertad. El periodista e historiador oficial de Santiago de Cuba, D. Raúl Ibarra, rindió homenaje al comandante Tirado en un artículo de honda emoción cívica. Martí se había referido en múltiples ocasiones a este "hombre generoso y artista de la imprenta" (I, 1, 641, 810).

Acerca de Francisco Gonzalo Marín, esa figura nuestra de la historia y la leyenda, poeta cívico y soldado que muere en la manigua Turiguanó en la Guerra Hispano-cubana-americana, expresa el Apóstol que él hablaba con "bravo y artístico arranque" (I, 1, 640) y que su plática era "airosa y bravía" (I, 1, 524). A Francisco Gonzalo Marín vuelve a referirse en el artículo "Noche hermosa de *La Liga*" en *Patria* el 4 de noviembre de 1893: "Y Francisco Marín —apunta—, habló con unción verdadera, de la 'casa donde sólo está el asiento negado a la enemistad, la intriga y el odio'; y luego dijo versos suyos, de pena misteriosa, con los chispazos de su poesía marcial" (I, 1, 869). "Pena misteriosa y poesía marcial". He aquí unas expresiones martienses que definen perfectamente gran parte de la creación del boricua Pachín Marín, tan digno de nuestro homenaje y tan injustamente olvidado por esa juventud que se desvive por lo exótico y extranjero —desconociendo que esto no siempre es símbolo de valores eternos y universales— y olvida lo autóctono, las cifras altas de la puertorriqueñidad.

Sotero Figueroa, boricua que evolucionó del autonomismo al pleno separatismo, del reformismo al independentismo, pertenece tanto a la historia de las letras y el patriotismo puertorriqueño como a las letras y el civismo cubano. El autor del *Ensayo biográfico de los que más han contribuido al progreso de*

*Puerto Rico* fue amigo de Enrique José Varona, Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, Secretario del Cuerpo de Consejo del Partido en Nueva York y alma del "Club Borinquen". Martí lo honró en su estimación personal y lo llamó, en diversos números de *Patria*, "hermano en el trabajo y en el cariño" (I, 1, 618); "caballeresco secretario del Consejo" (I, 1, 639). Le alaba "el orden y nativa altivez de su pensamiento, su patriotismo activo y edificador" (II, 2, 1779); "su elocuencia castiza en forma y fondo" (I, 1, 524).

Por tratarse de unas de las cartas que Martí escribe a este compatriota, permítasenos transcribirla íntegra. Fechada en Cabo Haitiano a 9 de junio de 1893 e incluida en el *Epistolario* editado por Lizaso en 1930, dice:

Mi noble Figueroa:

Escribo a escape, a la salida de un inesperado vapor, y con el estribo en el que me lleva a Puerto Príncipe, de Haití. De salud no voy bien, pero llevo en el alma cuanta alegría puede dar a un hombre bueno el trato íntimo, en momento de fundación, con la absoluta grandeza de los demás.

Vengo de días históricos, y sigo en ellos. Mis deseos y proyectos han sido plenamente realizados. Mi fe en la estabilidad y gloria de nuestra nación es absoluta. Reprimamos nuestra alegría, para que no se conozca por ella nuestros próximos hechos. Pero rebose indirectamente en cuanto Ud. escriba y haga.

*Patria* en manos de Ud. está segura, y en su corazón limpio, y en su alto juicio. Importa, sí, no hacer la menor alusión a cosas cercanas. Que nuestra fe se refiera a nuestra organización, a cosas de que no se puedan deducir hechos concretos. Insistamos un día y otro que todo depende de la Isla; que de ella es la voluntad; que aunque todo lo tuviésemos pronto, la decisión será de la Isla. Así es, y así ganamos tiempo y adelantamos bajo cubierta. ¿Qué le tengo que recomendar? En palmas va por todas partes nuestra idea.

Ayer hablé de Ud. con un haitiano extraordinario, que por Betances y por *Patria* lo conocía; con Antenor Firmin.

Para julio estaré allá. No se me canse. Ponga mejilla de cuero a la maldad. ¡Habrán tantos que al terminar nuestra obra traten de apoderarse de ella! Quiera a este enfermo suyo. A la vuelta será lo de las notas. Ahora déjeme seguir ligando con fortuna para mí mismo increíble, los hilos mayores.

¡Qué esperanza en todos! ¡Qué unanimidad! ¡Qué caridad con el pobre viajero! Le abraza y le saluda la casa, su

Martí.[16]

En esa epístola ratifica Martí su fe en un compatriota nuestro de honradez, clara inteligencia y civismo. Particularmente deseamos subrayar estas frases: "*Patria* en manos de Ud. está segura, y en su corazón limpio, y en su alto juicio". Una simpatía radiosa acerca a José Martí y a Sotero Figueroa, almas unidas en el amor y el servicio fiel a la libertad. Está en su desnudez también en ese documento el alma de ternura, sacrificio y fe en el bien que es el angélico Martí.

La galería martiana de boricuas incluye a Felipe Goita, "el puertorriqueño que cayó herido el primero por la libertad cubana al pie de Narciso López" (I, 1, 442); Antonio Vélez Alvarado, el de las "frases fervorosas" (I, 1, 442), quien invitaba a Martí a cenar bajo los pabellones de las dos islas, y, como ya vimos, a Rafael Cordero, el luminoso maestro negro de San Juan, y al Padre Rufo Manuel Fernández (I, 1, 553-554); a D. Santiago R. Palmer, acerca de quien dice Martí que es "criollo firme que no tiene paces con quien le atormente o le degrade su tierra" (II, 2, 1753); al Dr. Henna, "cuyo nombre es ya elogio" (II, 2, 1723); al "veterano de Lares", Terreforte (I, 1, 642); y a otros anónimos puertorriqueños, símbolos de la savia y las esencias populares, miembros de sociedades de socorro, logias masónicas y asociaciones cívicas de Nueva York, Cayo Hueso y Boston.

### *Corona boricua a Martí*

TENDRÍA verdadero interés para los martistas o martiólatras de América y del mundo, la publicación de una antología que mereciese el título de *Martí y Puerto Rico*. Esto podría ser obra de un Ministerio de Educación orientado hacia la afirmación de lo puertorriqueño o de una Universidad que, además de entender que en nuestra patria es deber moral, pedagógico, ineludible guiar a los jóvenes en el estudio obligatorio de la Literatura Nacional, la puertorriqueña, estuviese auténticamente interesada en la vinculación de nuestra alma de pueblo al espíritu liber-

[16] *Epistolario de José Martí,* Introducción y notas por Félix Lizaso, (Tomo II), La Habana, Cultural, 1930, págs. 200-201.

tario de Hispanoamérica (por espíritu libertario de Hispanoamérica nos referimos al encarnado en Bolívar, en Juárez, en Sierra, en Martí).

Además de los textos martianos sobre nuestra patria, esa antología debería recoger lo fundamental del pensamiento expuesto por los puertorriqueños acerca del Apóstol, desde lo que escribió el primer boricua que tuvo el privilegio de conocer personalmente al maestro, a nuestro juicio, el Dr. Manuel Zeno Gandía mientras estudiaba Medicina en Madrid, hasta los poemas, artículos y ensayos más recientes de las letras puertorriqueñas.

Debería aparecer, entre otros, el nombre de Luis Lloréns Torres en esa antología. Lloréns Torres, creador del *pancalismo*, cantor de Bolívar y las Antillas, creyente en la libertad de su patria, compuso un poema a Martí.[17] Hay un poema inédito de doña Lola Rodríguez de Tió al patricio y maestro, que dice en dos de sus estrofas:

Su nombre es una oración
que eleva la patria al cielo
con voces de bendición,
y con lágrimas —sin duelo—
arranca del corazón.
. . . . . . . . . . . . . . . . .
El rimaba sus dolores
en la lira de su alma,
como hacen los ruiseñores
que cantan sobre una palma
bañada de resplandores.[18]

Julia de Burgos, J. Enamorado Cuesta[19] y José Yumet Méndez, entre otros, le dedican sonetos. Canta, por ejemplo, este distinguido aguadillano:

Irguió la frente de arrugado ceño,
espació en el futuro la mirada,

[17] Luis Lloréns Torres, "Martí", *Alturas de América,* San Juan de Puerto Rico, Baldrich, 1940, p. 35.

[18] Cortesía de D. Félix E. Tió, San Germán, Puerto Rico.

[19] J. Enamorado Cuesta, *En tropel, poemario de la revolución,* San Juan de Puerto Rico, Imprenta Puerto Rico, 1942, p. 15. Ver del mismo autor *Pedernales,* Ponce, P. R. (1927?).

y, al hablar, su palabra sosegada
era un cincel en la creación de un sueño.

Su vida entera consagró al empeño
de redimir la patria esclavizada,
y pudo más que el brillo de la espada
la ardorosa visión de aquel ensueño.

Era un Dios, que al rodar sobre la arena,
llevóse en sus pupilas la serena
visión del sueño que alumbró su vida.

Y, de pie sobre el plinto consagrado,
vuelve a ofrecer al ideal amado
los sangrientos claveles de su herida.[20]

Concha Meléndez ha estudiado en más de un ensayo la poesía de Martí; el último, *El crecer de la poesía de Martí*, como *El sentido de la justicia en Martí* por José A. Balseiro fueron presentados al Congreso de Escritores Martianos celebrado en La Habana en 1953.[21] A Balseiro debemos también esas sugerencias poemáticas *Cuatro enamorados de la muerte* (Gutiérrez Nájera, Casal, Silva y Martí)[22] en que este distinguido ensayista y profesor se detiene ante los versos del poeta que intuye su final al decir:

Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre.

También en su discurso en los Ejercicios de Graduación del Instituto Politécnico de San Germán, titulado *Nacionalismo y*

[20] José Yumet Méndez, "Martí", *Poesía puertorriqueña, Antología para niños,* La Habana, Cultural, 1938, p. 369.

[21] *Memoria del Congreso de Escritores Martianos,* La Habana, Comisión Nacional. . . de Actos y Ediciones del Centenario, 1953, págs. 638-657; 388-398 respectivamente. Ver *Asomante,* San Juan de Puerto Rico, 1953, núm. 6, págs. 29-43; 21-28.

[22] En *Memoria del Cuarto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana celebrado en la Universidad de La Habana,* La Habana, Dirección de Cultura, 1949, págs. 269-282.

*universalidad reflejados en la literatura*,[23] Balseiro menciona a Martí.

Sabemos que Antonio S. Pedreira comienza su *Hostos, ciudadano de América*[24] con unas ideas generales acerca de Bello, Sarmiento, Hostos y Martí y que el historiador nuestro Cayetano Coll y Toste hablaba acerca del "gran Martí". Y no podemos, en una enumeración de autores puertorriqueños, interesados en la vida, obra y ejemplaridad de Martí, dejar de aludir al humanista y generoso mentor Padre Juan Rivera Viera, admirador de Leonardo, el Santo de Ars, Whitman, Poe, José Antonio Dávila y José Martí, el Padre Rivera *de la primera época heroica*, quien para su epitafio parodiaba una estrofa martiana y decía:

Yo quiero cuando me muera
en esta tierra de luz
que en mi fosa esté mi cruz
sujetando mi bandera.

Ni es posible olvidar que tanto la *Revista de las Antillas* como el mensuario *Índice* exaltaron al apóstol.[25] La juventud puertorriqueña ha elogiado también a Martí: recordamos ahora un artículo sobre el "Sentido de la muerte heroica en Martí", original de la joven profesora Nieves Padilla, múltiples alusiones

---

[23] José A. Balseiro, "Nacionalismo y universalidad reflejados en la literatura", *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, jueves 10 de agosto de 1950, págs. 4, 12 y 13. Creemos propio citar, a propósito de este estimulante discurso del profesor Balseiro, estas palabras de Unamuno que, para nuestra juventud, deben tener un valor de mensaje: "Soy uno de los tantos españoles —expresó este rector moral—, que al coger una obra americana queremos que nos traiga soplo de la vida, de la tierra y de la gente en que brotó; intensa y verdadera poesía, y no literatura envuelta en tiquis-miquis decadentistas y en exóticas flores de trapo. . .; de cada país me interesan los que más del país son, los más castizos, los más propios, los menos traducidos y menos traducibles. . .; cuanto más de su tiempo y de su país es uno, más es de los tiempos y de los países todos". *Contra esto y aquello* (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, págs. 130, 59, 53).

[24] Antonio S. Pedreira, *Hostos, ciudadano de América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932, págs. 7-34.

[25] Pedro Pablo Bas, "José Martí", *Revista de las Antillas*, San Juan de Puerto Rico, 1914, II, 8, págs. 105-107. "Nuestro aislamiento", *Índice*, San Juan de Puerto Rico, 1930, I, 12, p. 181; "Epistolario de Martí", *Índice*, San Juan de Puerto Rico, 1931, II, 22, p. 359.

al Maestro de América en la prosa alada y filosófica de Francisco Matos Paoli, el primero entre los poetas de nuestra generación, y en el epistolario del profesor Aguedo Mojica.

Espíritu martiano es Pablo de la Torriente Brau, el periodista y revolucionario de formación cubana, héroe que muere por la libertad del glorioso pueblo español en la sierra, en Majadahonda, al norte de Madrid, cara a las balas fascistas. Pablo de la Torriente Brau, quien nació en San Juan de Puerto Rico el 12 de diciembre de 1901, fue nieto del historiador D. Salvador Brau. Aprendió a leer en *La Edad de Oro* y en su juventud estudió, entre otros, al amauta José Carlos Mariátegui y a José Martí. Este cubano-puertorriqueño, compañero de cárcel y gloria del profesor Raúl Roa, noble espíritu de la estirpe de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena escribió en una ocasión que:

> ...rodeado de mambises hambrientos y dichosos de tenerlo con ellos, echó a ondear al aire, igual que a una bandera, su palabra maravillosa José Martí, el que cayó poco después en Dos Ríos penetrado tan perfectamente por una bala en mitad de la infinita frente pensativa, que pareció, que de veras había muerto fulminado por un rayo de sol.[26]

Pedagógicamente Martí estuvo representado en Puerto Rico en los programas para la enseñanza del vernáculo,[27] editados bajo la dirección de una distinguida profesora, doña Carmen Gómez Tejera, de Carlos Maestre Serbiá, del Dr. Modesto Rivera y de otros pedagogos. Allí hay una clase sobre *La niña de Guatemala.* Está el poema *Los zapatitos de rosa,* y en la "unidad" "El sentido de la ciudadanía" —en cuya preparación colaboró, entre otros, el profesor de civismo, D. Manuel Negrón Nogueras—, *La rosa blanca*, una carta de Martí a su señora madre (aquella en la cual el inmortal promete a doña Leonor Pérez, "jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza"), la recomendación de que los maestros lean el ensayo biográfico de M. Isidro Méndez, y un párrafo del discurso pronunciado en Hardman Hall el 10 de octubre de 1890, el que se

---

26 Pablo de la Torriente Brau, *Pluma en ristre,* La Habana, Dirección de Cultura, 1949, p. 339.

27 *Programa de la Lengua y Literatura Españolas para las Escuelas Superiores,* Gobierno de Puerto Rico, Departamento de Educación, Boletín núm. 16, 1937, págs. 374, 395, 406, 409.

esmalta con este aforismo: "El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber" (I, 1, 376-377).

Preciso será señalar también, oportunamente, cómo ha sido fiel al pensamiento martiano de independencia un grupo de hombres nuestros: Hostos, José de Diego,[28] Pedro Albizu Campos, Juan Antonio Corretjer,[29] Gilberto Concepción de Gracia y otros que entienden que no es posible honrar a Martí y desconocer cotidianamente en la vida cívica puertorriqueña la validez de su mensaje.

> A Martí —afirmó el Dr. Gilberto Concepción de Gracia el 28 de enero de 1953 en el Capitolio de San Juan de Puerto Rico—, hay que honrarlo con hechos, con militancia cívica, con ardiente devoción a su doctrina... No profanen la noble y austera memoria del apóstol los que hayan rendido su ideal, los que se hayan apartado de su doctrina, los que hayan repudiado sus verdades, los que hayan tomado los cómodos atajos del coloniaje por consentimiento, más vergonzoso aún que el coloniaje por la fuerza... A la sombra austera de José Martí precisa decirle, en esta hora angustiosa de su centenario, la verdad, toda la verdad. Y la verdad máxima es que el ideal de independencia está vivo en la conciencia del pueblo puertorriqueño. Y la verdad transitoria ... es que vivimos una hora infausta de crisis espiritual, bajo un liderato que ha rendido las nobles banderas de liberación patria para congraciarse con los poderes que sojuzgan a nuestro pueblo.[30]

---

[28] Conviene en esta época de tergiversación de conceptos políticos releer esta definición dada por José de Diego mientras pronunciaba su Discurso en el Homenaje puertorriqueño a Santos Chocano: "La independencia —aseveró—, la soberanía es la libertad matriz y primaria de los pueblos: la soberanía es la fuente de todos los derechos: la independencia colectiva puede generar... todas las libertades, en tanto que todas las libertades secundarias no pueden generar la superior unidad de la soberanía nacional, que es la creadora, y todas las otras libertades son como criaturas de ella emanadas e incapaces de la suprema creación". *Nuevas campañas,* Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1916, p. 360.

[29] Juan Antonio Corretjer, "Evocación martiana del mes", *El Boricua,* Puerto Rico, junio 1, 1947, p. 6; "Martiana", *Amor de Puerto Rico,* San Juan, P. R., Editorial La Palabra, 1937, s. p.

[30] Cf. "Puerto Rico, América y las Naciones Unidas", por Carlos Urrutia Aparicio, *Cuadernos Americanos,* México, 1954, LXXIII, 1, p. 45.

Quisiéramos limitarnos ahora a mencionar a aquellos compatriotas que tuvieron la satisfacción espiritual de conocer personalmente al Apóstol que luego escribieron a propósito de él.

El novelista de *La charca* ha narrado cómo siendo estudiante de Medicina, en abril de 187. . ., mientras caminaba por la calle de Atocha en Madrid con su compañero Manuel Fraga conoció a Martí adolescente.[31]

> Voy a presentarle —dijo Fraga a Zeno Gandía, al acercarse el joven Martí— a un compatriota que acaba de llegar a Madrid para matricularse en la Escuela de Leyes.

Cuando Zeno Gandía extendió su mano para saludar a Martí, éste interrumpió.

> —Un momento —dijo—. Como usted no me conoce, es preciso que sepa usted si un hombre ultrajado que no ha tomado todavía la revancha de las injurias sufridas es digno de que se estreche su mano.
>
> —¡Qué cosas tienes!. . . Pero sea, ya que te empeñas.
>
> —Quiero que el señor aprecie por sí mismo las injurias.

Y añade Zeno Gandía que el adolescente habanero los llevó a un portal de poca luz y que allí les mostró la desnudez de su espalda en la que había una horrible cicatriz, huella de un látigo que debió producirle una úlcera. Se adivina la emoción de sorpresa y amargura en estas palabras que contienen una versión de incidentes de interés histórico.

> El joven me refirió —escribe nuestro novelista— que hallándose en La Habana viendo un desfile de voluntarios, tuvo la ligereza de soltar una carcajada. Relatóme después que a consecuencias de ella fue conducido a la cárcel y condenado a trabajos forzados, en los cuales, otro día en que no pudo cumplir el mandato de un capataz, le dieron el latigazo cuya huella evidente me había mostrado.
>
> —¡Digno del respeto de los hombres y de la compensación de los tiempos! —contestó el joven Zeno Gandía.

---

31 M. Zeno Gandía, "Cómo conocí a un caudillo", *Revista Cubana,* julio, 1951-diciembre, 1952, vol. XXIX, 325-326 (homenaje a José Martí en el centenario de su nacimiento).

Poco después, sabemos todos, Martí escribió esas páginas de condena de la colonia española, páginas que maravillan por la sabiduría que revelan en quien era aún adolescente: *El presidio político en Cuba.* Su primera línea es significativa: "Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas".

Es mejor leer que resumir lo que escribió el autor de *Apuntes de un corresponsal*, D. Modesto T. Tirado, acerca de Martí.[32] Tirado fue aquel noble puertorriqueño que en Nueva York, en *La Liga*, brindó un día por "José Martí como hombre bueno". Sus comentarios fueron redactados para la encuesta "Los que conocieron a Martí", que auspició la *Revista Bimestre Cubana* (mayo-junio de 1933), y en ellios refiere que oyó al Maestro por vez primera el 10 de octubre de 1888 en el *Masonic Hall* de Nueva York. Tirado se entusiasma con el libro de Jorge Mañach, *Martí, el apóstol*, alude a su intervención personal para suavizar las relaciones entre Enrique Trujillo y José Martí en Nueva York, y, en general, caracteriza al inmortal cubano. De su lado se salía, revela, "como de un baño de luz". Lo evoca como en la fotografía de Jamaica, meditabundo y con las manos a la espalda.

Porque ha dicho que el mayor bien que le ha concedido la vida ha sido haber tratado y conocido a Martí en Nueva York, mencionamos a D. Roberto H. Todd. En sus *Recuerdos alrededor de Martí*,[33] de 1889 y 1892, revive escenas de los días en que el pensador cubano presidía la Sociedad Literaria, y cuando el Apóstol hablara el 10 de octubre de 1892 en Hardman Hall.

Para Todd, que expresa su admiración por Martí con las palabras con que tradicionalmente, quienes lo oyeron, hablan de él, Martí es "un iluminado", que "tenía ese inimitable don: el de atraer con su palabra mágica, con el verbo de su elocuencia, con su vibrante voz. . . de tonalidades sonoras". Todd narra objetivamente, como desde lejos, esta reveladora anécdota:

> En la reunión de socios celebrada por la Literaria para acordar la fiesta dedicada a las tres Antillas, al discutirse cuál debería ser la bandera que distinguiese a Puerto Rico en el adorno del escenario esa noche, un puertorriqueño, que se decía estar a la

---

[32] Modesto A. Tirado, "Vacilaciones", *Rev. Cubana,* ed. cit., 81-91.

[33] Roberto H. Todd, "Recuerdos alrededor de Martí", *Rev. Cubana,* ed. cit., 452-460.

paga del consulado español, propuso que fuese la bandera española, y ante esta proposición, como si hubiera sido una bofetada lanzada a su rostro, Martí se puso de pie increpando al puertorriqueño, para decirle que parecía imposible que hubiese un puertorriqueño que no se sintiese orgulloso de que le representase en una fiesta literaria la noble insignia de Lares como única bandera digna de un pueblo libre. Hubo palabras entre ambos, que caldearon un poco los ánimos; pero por último, por acuerdo de la mayoría, se acordó que a Puerto Rico le cobijase en esa noche literaria la bandera de Santo Domingo. Cuando terminó la sesión, se cruzaron palabras agrias entre Martí y el referido puertorriqueño, porque el primero se negó a estrechar la mano de éste y hubo necesidad de la intervención de amigos para evitar un lance personal.[34]

No lo dice D. Roberto H. Todd, pero está bien decirlo: ¡Hermosa lección ésa de Martí, que le agradece la juventud! Hoy como ayer en los días del Maestro entendemos que ninguna bandera por respetable y augusta que sea la nacionalidad que ella represente, puede sustituir a la nuestra y que ésta es un símbolo de nuestra patria en su *deber ser:* enteramente libre y soberana.

Sotero Figueroa escribió dos hermosos artículos[35] sobre Martí: uno en Nueva York, dedicado a D. Tomás Estrada Palma, Benjamín Guerra, Quesada y Rafael Fraga, con el título de *¡Inmortal!* —notas que recogen su emoción ante la noticia de la caída de Martí en Dos Ríos—, y otro, una reseña biográfica, redactada en La Habana el 20 de mayo de 1903, en el primer aniversario de la República Cubana. El más emocionante artículo de Sotero Figueroa sobre Martí finaliza con estos apotegmas: "La historia, justa e imparcial, empieza donde la vida acaba. Para José Martí se han abierto las puertas eternales. Vive hoy con vida inextinguible".

Y ahora, otra vez el nombre de Pachín Marín. Como hemos afirmado en estudio anterior[36] acerca de este poeta cívico, la lira de Francisco Gonzalo Marín tiene dos cuerdas: la patria

---

34 *Ibíd.*, págs. 455-456.

35 SOTERO FIGUEROA, "José Martí", "¡Inmortal!", *Rev. Cubana,* ed. cit., 372-378; 379-388.

36 JOSÉ FERRER-CANALES, "Francisco Gonzalo Marín, Pachín, un héroe puertorriqueño en la Guerra de la Independencia de Cuba", *Puerto Ilustrado,* 31 de julio de 1948, págs. 9, 68-69.

y el amor. En él no hay metáforas frescas o nuevas; su imagen es realista, su visión directa. Algunas de sus más bellas frases están dedicadas a Martí, a quien alude diciendo:

un arpa que era de plata
y un verbo que era de fuego.[37]

Su poema-homenaje *Martí* está constituido por unas nueve décimas. Las dos primeras estrofas presentan al niño en el marco de La Habana; la tercera, en sus últimos versos, sugiere el dolor y el heroísmo del adolescente en las Canteras de San Lázaro; la estrofa cuarta, el peregrinar del libertador:

Hombre, traspuso el lindero
y luego, mustia la frente,
como un fantasma doliente
iba por el mundo entero,
de la libertad obrero;
lejos de los patrios lares,
levantó a su tierra altares
y, sacerdote ya ungido,
habló con su pueblo herido
por debajo de los mares.[38]

Lo contempla en la frágil embarcación:

Vedlo. En frágil barquichuelo
surca las ondas azules.
¡Un tul perdido en los tules
de la inmensidad del cielo![39]

Lo ve caer en Dos Ríos, increpa a España y entiende que el martirologio del cubano egregio es lección vivificadora.

*Nuestro homenaje*

TODO Martí es generosa lección viva y vivificadora para la juventud y para el pueblo. Lección su vida, su pensamiento,

---

[37] F. GONZALO MARÍN (Pachín), *En la arena*. Nueva York, Ed. por Modesto A. Tirado, 1898, p. 57.
[38] *Ibíd.*, p. 53.
[39] *Ibíd.*, p. 55.

su transfiguración. Han de ser siempre temas centrales de meditaciones su ética, su abarcadora visión antillana, continental y ecuménica, su esperanza y militancia por el bien, su lengua y el tono de su habla, su saber, su heroicidad, su aleccionamiento:

> La tierra ha de ser luz, y todo vivo
> debe en torno de sí dar lumbre de astro (II, 2, 1369)

Y Martí es intelectual eminente, pero no el espíritu olímpico que desdeña a los humildes. Tampoco es el escritor, carente de honestidad, que pone su inteligencia al servicio de los mil rostros y las tentaciones de la tiranía. Y más que puro humanista es el genio, es el sabio profundamente humano que entiende que "la razón si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería". Más que la justicia, quiere la bondad, y llega a sintetizar a su hondo, transparente y conmovedor eticismo diciendo que el hombre ha de empezar a *ser angélico*. Maestro de ternura, lumbre de amor, no conoce la ira. Arquetipo, paradigma perfecto de civismo, tiene por lema las voces *Patria y Libertad* —patria, es decir, dicha, sacrificio y cielo para todos; libertad, que no es sino una nueva forma de denominar al deber. Apóstol, aparece en la línea que desciende de los Cristos y Sócrates— los mártires de sus ideas, los pensadores militantes, los que han encarnado en su propia vida, sangre y espíritu, su filosofía, su concepción de los valores. Y orientador de fe movedora de montañas, ahora como antes al entonar su alabanza del glorioso indio zapoteca Benito Juárez y los suyos, clama: "¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde! ¡con treinta hombres se puede hacer un pueblo!"

Quien admiró a los hijos más virtuosos de nuestra patria, como Betances, Baldorioty de Castro y Hostos, y quien estableció un Partido con la mira, en parte, de "fomentar y auxiliar la independencia de Puerto Rico", como en sus días agónicos de Cayo Hueso y Nueva York nos está incitando al esfuerzo por lograr que nuestro pueblo esté de pie para entrar en su vida de plena soberanía y libertad. Ni el metal, ni el mármol, ni el canto, ni el discurso o el poema satisfarán como homenaje puertorriqueño al mártir de Dos Ríos. Sólo satisfará a Martí en su cielo, nuestra vida limpia y honesta de decoro, independencia, libertad, justicia y cultura.

# EL ROMANTICISMO SOCIAL EN LA ARGENTINA

Por *Dardo CÚNEO*

## I. *Viñeta anti-burguesa*

DESANDEMOS —tan sólo por un momento, no más— el paso. Si el apremio nos busca, digámosle al apremio que la marcha necesita a veces recomponer el paisaje esfumado; recomponerlo imaginándolo; recomponerlo, reuniendo sus impresiones como los trozos de una carta que nos sentimos llamados a leer una vez más cuando ya ha sido rota, cuando ya se nos ha ido de las manos. He aquí el paisaje. Lo hemos rehecho. La carta ha sido rehecha y leemos su antigua caligrafía nostalgiosa. Las tintas no se han borrado del todo. Las tintas —vayámoslo sabiendo— no se borran nunca del todo. Este milagro de las tintas está al servicio de la palabra; es, en verdad, una zona del gran misterio de la palabra. Y ya tenemos a la palabra con nosotros: danza sobre nuestro recuerdo como sobre un decorado de innumerables geografías superpuestas, como sobre escena de desvelo en que se agita la noche, en que irrumpe la leyenda y el tiempo se niega a morir. La palabra es eternizadora. Da ella hospedaje al momento y el momento perdura con ella. La palabra es el más completo paisaje del hombre. Es el gran paisaje del hombre. El hombre es el dios de la palabra. Mas, no avancemos en estas rutas del comentario y propongámonos lo que al principio: desandar un paso. La zona a que hemos querido llegar está aquí.

Buenos Aires es chato; es presuntuosamente burgués. "La burguesía se aburre en la ópera", dirá una de las voces insurgentes, a la que habremos de convocar. Pastora de ganados, explotadora de hombres, especuladora de trigales, esta burguesía de estancia colonial alimenta su vacuidad sin fronteras en el mito marítimo del viaje a París.

Los nietos de los patricios, de los *directoriales*, de los enfiteutas de Rivadavia, de la *troupe* de Rosas —una sola y misma

familia— prefieren abandonar los oficios rústicos del campo y de la guerra que idealizó la generación anterior y descubren la jactanciosa perspectiva de otros oficios nuevos. Son los de la ciudad apurada de negocios, sorpresiva en su progreso. Ya Miguel Cané ha escrito avergonzado: "Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas; nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas". Auge del éxito en la carrera de los negocios. El siglo se va cerrando sin epopeya. Tenderos, mercachifles, agiotistas. También hacendados que habitan en la ciudad, y rematadores, y abogados, y políticos. Una sola familia. En los distintos oficios dirigentes y en los distintos bandos de la escaramuza electoral, los mismos apellidos inscritos en los registros de la propiedad territorial. Abolengo del cuero y del tasajo. Aristocracia de tierras despobladas que se valorizan sin cultivo. "Más rico que Anchorena", reza la incredulidad popular. "Más rico que Anchorena", es la medida de lo imposible. Los Anchorena fueron rosistas y siguen siendo poderosos. ¿Acaso no fue rosista Vélez, el del Código, y don Bernardo de Irigoyen, que todavía disputa candidaturas presidenciales? República de los Anchorena. Justicia de Vélez. Política de don Bernardo.

Sarmiento se ha muerto rezongando: ¿Qué somos? El libro de la respuesta quedó inconcluso.

Los barrios —y no el campo— se llenan de inmigrantes, y la ciudad extiende su caserío hacia las nuevas orillas, en donde amanecen —vanguardias del urbanismo criollo— el *boliche* y el *piringundín*, es decir, el puesto de bebidas fuertes para las soledades masculinas y el prostíbulo donde con pocas *chirolas* se merca a la mujer para recorrer la pirueta atrevida del tango.

Hacia los barrios se desplaza la política. El papel de hombre de acción de la oligarquía lo representa Pellegrini, hijo de un dibujante francés que llega al país en la época rosista. Pellegrini trata con Cayetano Ganghy, producto de inmigración vil. Pellegrini recorre los comités. Pellegrini concierta candidaturas en el Club del Progreso. Del Club sale hacia los locales de los barrios en donde Ganghy, empresario de robos electorales, intermediario en el comercio de hombres para los comicios, ha reclutado a sus gentes, a las que necesita para sitiar el atrio el día de la elección, para volcar los padrones, para contener el acceso de los sufragantes de la oposición. Las elecciones así confeccionadas consagran a diputados, a senadores, a presidentes, cuyas pecheras almidonadas de retórica procuran

disimular el tiroteo y las muertes pobres que fraguaron sus victorias, o la concesión de la compañía inglesa que acaban de firmar.

El viaje a París acaba de tener una suerte de mandamiento: los ricos vaqueros, los felices especuladores de la tierra vacía, han trasladado su emoción colonial hasta los *stands* de la Exposición Internacional; han desplegado allá todos los recursos de la cursilería criolla. En París los clasifican: *metecos*. Los vaqueros procuran sacudir sus complejos de inferioridad con el ejercicio fácil de la ostentación. ¿No son dueños de territorios que podrían albergar a una nación europea? Ricos entre los ricos del mundo. Los vaqueros —o *vacunos*— se pagan su ostentación. En París los clasifican: *rastaquoure*. Allá en París reciben las noticias de las primeras huelgas de obreros de Buenos Aires.

En Barracas al Norte —¡ojo!— las quintas frecuentan la vecindad de las fábricas.

Éste es el momento de la acusación. Desde la tribuna de un club de socialistas alemanes, resuena una voz de mocedad argentina. Oigámosle. La voz se pregunta: "Pero, ¿qué es lo que nos presenta esa sociedad burguesa cuyo desdén nos muda el rostro, desde lo alto de los carruajes en que pasa sudando por todos los poros el tocino de su engorde robado?". Y se contesta: "La más alta manifestación de su talento es la emboscada".

La acusación está radicada en la voz de amanecida de un poeta. América podrá advertir, en esa voz, que le está llegando uno de sus grandes. ¡A hacerle paso! Y el poeta brama con las iras de los justos en nombre de la belleza.

Justicia y belleza. La burguesía es injusta y, además, es mediocre, es rebañega, es fea: cruelmente injusta y torpemente fea. Cuando el actor Coquelin pregunta, por esos días, al autor de *El alma bajo el socialismo*:

—¿Qué es la civilización, señor Wilde?

Obtuvo esta respuesta:

—Amor a la belleza.

A la que siguió nueva pregunta de Coquelin y nueva respuesta de Wilde:

—¿Y qué es la belleza?

—Lo que los burgueses llaman feo.

En nombre de la Justicia. En nombre de la Belleza. Mayúsculas para una y otra.

Es actitud romántica en cuanto es ruptura con el medio que la rodea, que la cerca; pero, ella no reproduce en su escena los pasos conocidos del romanticismo europeo. América siempre modifica los términos que hacia ella se trasladan. América es, siempre, un acto de enmienda; es, siempre, una interferencia: no consiente ser la escena pasiva —espejo obligado— sobre la cual puedan desplazar sus pasos extraños los personajes que acaban de llegar, como si ella fuera pista enteramente deshabitada en desesperada espera de actores peregrinos para que en ella reproduzcan ellos sus fábulas lejanas. Lo contrario. América es escena de mil enérgicos rumores propios que recorren su asoledado silencio, y es, también, personaje de abundosos papeles. Por eso, no admite traslaciones serviles y su energía recompone las imágenes de inmigración. América rehace. La actitud romántica, que es el centro de esta crónica, no tendrá de afín con la del romanticismo europeo sino sus orientaciones generales, su plan de exaltar a la vida frente a las convenciones sociales y estatutos económicos que la oprimen o reprimen; mas, este rebelde de gesto romántico que produce esta ciudad europeizada de fin de siglo argentino no tiene posibilidad de soñar con edades doradas, ni asociarse leyendas antiguas. Son románticos sin reminiscencias: no tienen tradiciones que reponer, ni mitos a los que insuflar vida. Son románticos a nombre de una visión de porvenir, a nombre de las energías potenciales de América. Lo son —aquí es posible que lo sean— a nombre del realismo de Zola y de la concepción científica de la historia. Lo son apresurados de utopías urgentes, de urgentes hogueras en las que se reducirá a ceniza la injusticia social, para que de las cenizas surja, al día siguiente, la ciudad nueva liberada de infamias, limpita de tinieblas. Este romanticismo es batalla contra las tinieblas, para decirlo con la palabra de uso preferencial de ellos. Las tinieblas. Entre la sociedad y ellos, las tinieblas. Entre el porvenir que aguarda que le franqueen el paso y este presente de resistencias inútiles, las tinieblas. También las tinieblas entre la libertad futura y la actual servidumbre. De lo que se trata es de abrir boquetes en las zonas tenebrosas, de conferirle al mundo el derecho a la luz. "¿De qué se nos acusa?", pregunta Leopoldo Lugones el primero de mayo de 1896. "De que somos la luz", se responde. Ser la luz. Programa suficiente. Ahí están desplegadas todas las audacias juveniles para hacer inmediato el cumplimiento riguroso del programa. Los enrolados atraen hacia ellos la

fuerza del símbolo e ilustran sus periódicos con la silueta atrevidamente femenina de la Verdad lanzando vigorosos haces de luz sobre las murallas de la ignorancia, sobre los baluartes de la injusticia, sobre los reinos de las tinieblas. Lenguaje romántico del símbolo. La viñeta simbólica traduce el apresto y la tensión idealista: los disidentes se hacen a un lado mientras la caravana exitosa prosigue su paso hacia la bolsa, hacia la ópera, hacia el parlamento, hacia la embajada; mientras se les ve reñir, entre ellos, a los que marchan, desgarrándose sus pecheras almidonadas, deshilachándose sus levitas, recomponiéndose de prisa frente a humosos espejos. ¿Qué podrán frente a la luz en trámite libertador? La luz es la que está en marcha, Señor Vaquero, Señor Especulador, Señor *Rastaquoure.* Oigamos la voz de Leopoldo Lugones que resuena desde la tribuna de los socialistas alemanes. ¿Delito de luz? "Es el reproche que hacen los ciegos al alba. Pero ¿acaso el alba no es el perdón con que los cielos amnistían a la noche?" ¿Perdón? ¿Amnistía? ¿Por qué no odio? Odio, también. Pascual Guaglianone escribe en *Ciencia social* el homenaje para Angiolillo, el ajusticiador de Cánovas del Castillo: "¡Salve a ti, Miguel Angiolillo!" Porque: "Quien a tiranos mate es un justiciero". Pero, no se ejercitarán en la barricada imposible. La violencia corría a alguna distancia de ellos, entre los policías que castigaban a los obreros de las huelgas y entre los parroquianos de la infamia electoral. Ellos prefieren el ejercicio de la utopía de cuerpo presente. Un día, Lugones, Ingenieros, Macedonio Fernández, Julio Molina y Vedia se embarcan hacia el Paraguay: allá harán campamento de liberación y formarán colonia liberada. . . Pero, no llegan al Paraguay. La ciudad se reintegró a sus voces disidentes, a sus desafíos, a sus estridencias, a sus desacomodos. Treinta años después, Juan B. Justo pasará revista a aquella exaltación. "Eran —dirá— manifestaciones del mismo romanticismo fuera de lugar y de tiempo, que entonces hacía adoptar a Ingenieros y Lugones el calendario de la Revolución Francesa y fechar en el mes de *Nevoso* los números de enero de un periódico editado en esta ciudad de Buenos Aires".

En nombre de la Justicia. En nombre de la Belleza. Amplias mayúsculas para una y para otra.

La burguesía es injusta y es fea.

Flaubert ya ha sancionado: *J'appelle bourgeois quinconque pensse bassement.*

La revolución será justiciera y será embellecedora, Señor Vaquero, Señor Especulador, Señor *Rastaquoure*.

Leopoldo Lugones insiste en rugir, joven león receloso: "Protestamos de todo orden social existente. . ."

Se cierra el siglo. La viñeta romántica se empeñará en anunciar que el mundo injusto y feo del burgués concluye y que el mundo justo y bello de los disidentes comienza.

## II. *Lugones*

DESDE cualquier parte que querramos ver al país hay uno, dos o tres hombres que se interponen en el camino como diciéndonos, con su violencia, con su desconcierto, que ellos están ahí haciéndole guardia al país, porque ellos han registrado todos sus problemas, todas sus violencias, todos sus desconciertos. Uno, dos o tres. ¿Quiénes? Uno, Sarmiento. Dos, Lugones. No prosigamos el escrutinio. Ya está Lugones con nosotros. Exactamente, desde cualquier parte que querramos ver al país así está Lugones con su despliegue potencial y rústico de ricas energías. . . Ahora, que nos interesa verlo desde el amanecer de la moderna protesta obrera, lo encontramos en el barrio primero del proletariado argentino, en Barracas, entre huelgas ferroviarias y mitines dominicales en la plaza Herrera; en Barracas, donde vive, pidiendo voz y voto en la contienda. Y él sabe que su mocedad jubilosa tiene voz suficiente para hacer uso de voto. Se anticipa a que le sea otorgado.

Y vota por la revolución.

Con la misma energía con que en *Las montañas del oro*, rotundamente, enérgicamente

. . .decidí ponerme de parte de los astros

La revolución asume, en su espíritu apurado de imágenes rotundas, la fuerza de una alegoría en que los trazos completos están rubricados por un apremio de plazos exigentes. Lugones no espera turno. En su voto revolucionario hay un ademán de empujar al destino. Una pausa significa un compromiso. Quien consiente el compromiso, quien pacta el destino sin empujarlo hacia adelante, incurre en negar a la vida. La revolución es la operación vital de empujar la vida y glorificar su destino. Si es operación justa, si lo vital es a la vez ético, entonces la demora tendría menores disculpas. Pero, lo que constituye certidumbre mayor es esa necesidad de ampliarle constantemente, urgente-

mente, a la vida el radio de su desempeño: no consentir que nada le cierre el paso, no aceptar que le pongan fantasmas de palo en el camino.

Así debió haber venido desde el paisaje natal que lo talló con la recia energía con que lo fue la montaña. Desde ahí trajo su propia fuerza, su propia entereza, para el desplante, para el desafío y para la contradicción —para hacerse y para deshacerse. Suficientes —en exceso— energías y entereza para radicar su vida, la de su pensamiento, al rigor de todos los extremos absolutos, para forzar sus trabajos y fatigarse el alma en campamentos desiguales, a los que llegaba, sobre todo, conducido por su horror a la mediocridad. Cualquier cosa, cualquier absoluto, cualquier campamento desigual menos una mediocridad planchada. Acaso, ésa fue la más consecuente de sus divisas, la que le obligaba consigo mismo, la que imponiéndole una lealtad a sí —por lo tanto, una paz interior— le fraguaba, por reacción, esa abundante inconsecuencia, esa abusiva contradicción que le hacía vivir en guerra permanente con todos, con casi todos, con la mayoría, es decir, con la mediocridad. En guerra. En plan de guerra llegó desde su provincia, donde ya había desatado en tribunas y prensa precaria su primer plan de ataque. Una de las secciones de su periódico se llamó así: *Guerrillas*. Pero, el periódico —*El pensamiento libre*—, mediados de octubre a mediados de diciembre de 1893, quedó sin pólvoras para el audaz plan preanunciado. ¿Desistirá su voluntad de los fuegos combatientes? A imposibilidad en la ciudad provinciana, la remplaza con desafío en ciudad primera. El 8 de mayo de 1896, lee en el *Ateneo*, de Buenos Aires, su presentación: *Profesión de fe.* El primero de mayo discursea en el *Vorwarts*, el club de los socialistas alemanes que abre sus puertas a los socialistas de la ciudad. A mediados de año participa en el congreso fundador del Partido Socialista. En abril del 97 —el año de *Las montañas del oro*— inaugura con Ingenieros la publicación de *La Montaña.* Y sube a tribunas. Y usa prensa. Canta incitando. Y satirizando. En febrero del 98, desde *La Vanguardia:*

> Pedro el murguista, mi viejo amigo,
> viste a su mono de coronel. . .

Hasta. . . hasta que su propia fuerza —¿trágica?, sí, trágica— para hacerse y deshacerse, para afrontar el rigor de los

extremos absolutos y fatigarse el alma, se llevó a Leopoldo Lugones, camino de guerra, camino de contradicción. Su inmediata estación fue el roquismo, a cuyo diario *Tribuna* pertenecía. En su redacción, se encontró con el general Roca. Joaquín de Vedia refirió ese encuentro así: "Sombrero en mano, saludaba con gesto afable a derecha e izquierda, mientras todos nos poníamos de pie a su paso. Cuando estuvo junto a mi vecino, Mariano de Vedia, que lo acompañaba, lo detuvo, diciéndole:

"—Permítame, general. Le presento a Leopoldo Lugones.

"El general se detuvo, en efecto, y con acento de penetrante sinceridad, con gesto de verdadera complacencia, tendiendo la mano al ya famoso escritor, tribuno y poeta, conocido sobre todo por sus resonantes arengas revolucionarias, por sus colaboraciones en los periódicos rebeldes, y por la intensa vibración lírica de sus *Montañas del oro,* dijo:

"—¡Ah, Lugones! Tengo un verdadero gusto, y tenía deseo de conocerlo.

"Fue efusivo el general, y sobrio y reservado el poeta. El diálogo siguiente pareció un interrogatorio.

"—¿Desciende usted del general Lugones, el guerrero de la independencia?

"—No, precisamente, pero soy de su misma familia.

"—¿Es usted de Santiago?

"—De Córdoba, señor.

"—¿Dónde ha estudiado usted?

"—En mi casa, con mi madre primero, y solo después.

"Etc., etc. Los testigos de la escena teníamos todos, más o menos, la impresión de estar presenciando un encuentro acaso histórico, y quizá por eso mismo, la emoción del presagio nos impedía recoger muy distintamente las palabras que allí se cambiaban. Por mi parte, sólo sé que el general, en cada una de sus preguntas, marcó bien la admiración que le inspiraba el talento, la erudición, el vasto acopio de conocimientos revelados por el escritor, a una altura de la vida —también quiso saber la edad de Lugones—, en que los ingenios confían a la imaginación las fuerzas que más tarde piden a los libros y a la ciencia. Después, repitiendo sus demostraciones de placer por haberlo encontrado tan inesperadamente, el general púsose a las órdenes de su nuevo amigo, y prosiguió su marcha".

## PRIMERO DE MAYO

*Discurso pronunciado el día 1º de mayo de 1896, en la celebración socialista, en el local del* Vorwarts. *Publicado en* La Vanguardia, *en la edición del día 8.*

COMPAÑEROS: Más que hacer la historia de lo que significa esta fiesta universal del trabajo, que congrega a tantos hombres en torno de la bandera roja que, por roja, es símbolo de aurora y no de sangre, más que presentar una subteoría sociológica, o un bosquejo apriorista sobre el tema demasiado lírico de la sociedad futura, yo quiero decir a los hombres reunidos aquí lo que pienso de la obra socialista a emprenderse sobre estos pueblos cortos en años, pero decrépitos en vicios, yo quiero revolver una vez más la llaga cavada en el seno de la clase obrera por los siglos de los siglos, sumergirme en la miseria santa de los desheredados, procesar ante el porvenir a la sociedad burguesa, sacudir la desidia ambiente cuyo perjuicio es para nuestra suerte, reabriendo cicatrices, enconando pudores, pregonando vergüenzas, sublevando maldiciones, hiriendo fibras, desafinando nervios, amargando gargantas, punzando corazones, de la misma manera que para despertar a un dormido en peligro, se le sacude por los cabellos.

Forzar a la suerte, es tarea de la audacia. Hay más: es urgencia del Destino.

No basta que haya centinelas a pie firme sobre las torres de las alarmas; no basta que las plumas mantengan siempre fresca, chorreando de sus filos, la negra tinta de las condenas, no basta que los corazones aticen con alfileres dorados el fuego que desnuda la aleación de los metales homicidas; no basta que las almas conserven dispuestas sus anchas envergaduras, para echarse a buscar las latitudes inexploradas, no basta que la hoja circule por las aceras sus ásperas pólvoras; no basta que la palabra anuncie las cimas, si anda el pie remiso en iniciar la etapa; no basta que la boca jure, es preciso que el corazón sancione; no basta que la fe preanuncie desde las cátedras su predicción categórica, si la vía de hecho no confirma la predicción; no basta desear, es necesario suponer; no basta suponer, es necesario afirmar; no basta afirmar, es necesario obrar, es necesario que de cada herida salga un grito, que los dolores brillen al sol,

que los llantos no se consuman en la hilaza de los lienzos, que las bocas tengan el coraje de sus protestas.

¿Qué es lo que pedimos? El advenimiento de la verdad. ¿Cuál es la condena con que amenazamos al crimen social? La evidencia. ¿De qué nos acusan entonces? De que somos la luz. ¿Pero es posible que haya un delito de luz? Es el reproche que hacen los ciegos al alba. Pero, ¿acaso el alba no es el perdón con que los cielos amnistían a la noche?

También nos llaman la Canalla. ¿Por qué? ¿Porque no brillamos? Si es canalla lo que no brilla, el hierro es canalla entre los metales.

Pero, ¿qué es lo que nos presenta esa sociedad burguesa cuyo desdén nos muda el rostro desde lo alto de los carruajes en que pasa, sudando por todos los poros el tocino de su engorde robado?

Su honor está apedreado por las ironías cobardes del covallo, la blancura de los puños almidonados vale para ella más que la blancura de las frentes, y las puntas de sus estoques y las bocas de sus pistolas son los hermosos pregones de su fama.

Su moral tiene por catecismo el Código Penal.

Su religión está en las ceremonias sensuales de los templos, en la miseria viva bajo las casullas, en el galón de las mitras, en el fausto de los cleros, en las columnas del periódico mercader que escribe crónicas profanas sobre la tabla de los féretros, no deteniéndose siquiera ante el enigma supremo: el cadáver.

Su caridad está condensada en la degradación de la limosna, restitución forzosa a que la obliga la molestia de los aullidos del hambre.

La más alta manifestación de su talento es la emboscada.

Su cabeza no ha pasado del nivel de eso que llaman Justo Medio, dogma creado por los imbéciles para sancionar su importancia. Su regla de conducta es el sentido común, bella fórmula inventada por los rebaños mucho antes que el hombre apareciera en el planeta.

## DE *LA FIESTA DEL PROLETARIADO*

*En* La Montaña, *1º de mayo de 1897.*

LA Canalla tiene sus días domingos. He aquí uno. Estamos ya tan distantes de la religión vieja, que hemos debido crearnos

nuevos días de fiesta. No tenemos campanas para inaugurar estos días, ni flores para adornarles, ni músicas para festejarlos. No hay día más triste que el domingo de un pueblo esclavo.

¡La esperanza! He aquí nuestra Pascua de Resurrección. Cada uno de nosotros sabe que es depositario de una partícula de aurora. Sabe que de su miseria emerge como un árbol amenazador la reivindicación. Sabe que algo le duele, y quiere que no le duela. Sabe que la fuerza de una cadena se mide por el grado de resignación de la víctima que la aguante.

Y bien: es por esto que va a haber revolución. Nosotros que sufrimos el dolor de la servidumbre, hemos proclamado la libertad. Queremos derribar nuestra cárcel, toda! Queremos que desaparezca el orden social que es nuestra cárcel. Y nuestra aspiración va del granero a la academia.

Nuestra protesta no es pura cuestión de panadería, no es sólo un grito de hambrientos. Es el clamor del que protesta contra todas las esclavitudes, es una apertura de horizontes para todas las esperanzas.

## SEMANA DOLOROSA

*En* La Montaña, *15 de abril de 1897.*

TODO: el abrazo inmóvil de la Cruz, sobre el huerto
que cobijó las copas de la heredad de Sión.
Todo: los bravos clavos que sobre el cielo yerto
suspendieron el hondo horror de la Pasión;

la Toca en que envolviera (como en un libro abierto
lleno de aroma y lágrimas) Serafia el gran baldón;
la trágica Corona de zarzas del desierto
que coronó sus grandes cabellos de león.

Cada vez que en el fondo de la tarde encendida,
como penetra un hierro candente en una herida,
se hunde abriendo las nubes el sol de Jehovah,

el rojo drama surge del pavor del abismo,
y ven los hombres nuevos que todo está lo mismo:
la Cruz, el Sol, el Monte. ¡Sólo Cristo no está!

III. *Payró*

"EL que escribe —lo dijo en el recuerdo de Fray Mocho— tiene que caer en el periodismo". Deducción parecida había encargado a un personaje de *Antígona*, 1885. Lo que en la novela inicial había sido presentimiento, en el recuerdo de Fray Mocho era confirmación y registro del dolor de malbaratar su propia aventura. Caer en el periodismo. Es la posibilidad, sin elección, del escritor. Entre nosotros —y no solamente entre nosotros—, el escritor debe arriesgarse a serlo en plaza desolada. De lo que rinde el libro no puede vivir. Si antes no renuncia a silenciar al escritor, lo será a la vez que hombre de prensa, o burócrata, o andará a saltos entre una variedad de oficios auxiliares. El oficio más próximo: el del periodismo. Por ser el más próximo, el más riesgoso, el que más fácilmente se lleva al escritor. Roberto Payró sufrió como el más intranquilo y fatigoso desdoblamiento: afrontó dos jornadas al mismo tiempo: la del *columnista*, que durante cuarenta años escribe dos columnas diarias, y la del constructor de su propia obra, cuyos volúmenes aparecen como hurtados, rescatados, a aquella absorbente obligación del diario. No supo de estímulos. Lo contrario. Era padre joven y muere un hijo; para el entierro piadoso debe solicitar en la administración del diario un anticipo sobre su sueldo, que era muy inferior a sus labores siempre fervorosas; la administración se lo niega, o le exige que deje en prenda su reloj; abandonó ese diario. Poco antes de morir, un jurado nacional le adjudicaba al autor de las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* un tercer premio y discernía el principal en beneficio de un folletinero de industriosa intrascendencia, Hugo Wast. Toda suya fue la angustia del escritor argentino, del que no puede vivir de su obra, del que debe mutilar de sí una zona de energía inevitablemente destinada a sórdida lucha por lo cotidiano, del que se ve reducido a un meridiano colonial sin eco y con pobrezas. Acaso, ese pleito pudo mellar, en algún momento, alguna arista de su obra venciendo el periodista de la obligada columna diaria al escritor de los libros que presentaban a la Argentina en una estación de su evolución social. Ese pleito... No dejemos de decir, de paso, que tal pleito importe, siempre, en forma absoluta, un desenlace negador y que el periodismo sea en todo momento la gran conspiración contra el escritor. El periodismo es, inicialmente, una universidad de actualidades que fuerza a velar armas, de manera que es para

ventaja del escritor que su experiencia comience en el periodismo como que es riesgo total que su experiencia quede retenida por él, lo que, por otra parte, es muy fácil, pues no hay más enérgica y tiranizadora rutina que la suya, que es rutina sensibilizadora de actualidades y, por lo tanto, aprisionadora, cautivante, devoradora. El periodismo, entonces, ya es una trampa avasalladora. Y más avasalladora, claro está, si lo que retiene en él es esa urgencia formada de obligaciones diarias, esas obligaciones que desintegran las vocaciones y matan diariamente, sin dejar de hacerlo un solo día, una cuota cada día mayor de vida. "¡Si habrá conocido Payró en sus largos años de redacción —comentó Roberto Giusti—, la angustia del hombre de talento que no sabe, que no puede librarse del pulpo que lo agota física y moralmente!" Payró, periodista.

¿Y el escritor? "El escritor —dijo en su conferencia sobre Zola ante un público obrero de 1902— es el hombre que realiza en sí una síntesis de la humanidad y cuyas acciones concuerdan y se armonizan con las aspiraciones y los derechos de ésta". Así lo sabe a Zola, el maestro, cuyo nombre ocupa el cartel de la época. Lección de Zola: el realismo. Entre fantasía y realidad, entre imaginación y documento, Payró toma partido por los segundos términos. El método es el del trabajo regular. Zola hace inventario previo del mundo que presentará en sus novelas. Para cada personaje hay sobre su mesa una ficha y sólo se mueven, en el plan de la obra, en función a un ordenado derrotero que el escritor de las pacientes jornadas ha predeterminado en el escrutinio de las fichas, en la compulsa de pasiones, sueños medidos, salarios, tristezas. Documento y examen. Cuando Balzac —la otra gran admiración de Payró— llevaba a los labios la décima taza de café y hacía varias horas que se hallaba desplazando rasgos absurdos sobre las cuartillas para preparar mecánicamente a su mano para la jornada larga y prevenirla, así, de fatigas, ya había ordenado en sus apuntes —y en sus dibujos— el disciplinado plan de creación. Todos los detalles están trabajados. Todos los elementos alistados. Roberto Payró que releía a Balzac, que traducía a Zola, que trataba a Stendhal, trabajaba sus obras con el método de los realistas. Primero, el conocimiento riguroso del mundo que ascendería a sus cuartillas. Después, el ordenado traslado. Un cuaderno de apuntes era, siempre, la etapa primera; en él depositaba notas, resúmenes, transcripciones, investigaciones... Pero, siempre, el pleito. El método realista exige tiempo de espaciosa y ordenada labor. El

periodismo le facilitaba, sí, el conocimiento del medio, de personajes, de desnudos panoramas. Pero, el periodismo le hurtaba tiempo para el método realista. Del pleito —tenso, heroico esfuerzo obstinado y creador—, rescata, con señas de sacrificio, una buena cuota —cuota mayor— de libros en que el país aparece revelado en sucesivas e integradoras placas realistas, con sus climas sociales de mundo en formación, con su soledad colonial, con sus pícaros representativos. Su obra es el proceso de las costumbres argentinas. El país en una determinada estación y su hombre con su imprecisa edad están presentados en sus libros como antes —ni después— han sido presentados. Fue, esencialmente, el costumbrista, el calador seguro del hecho y su personaje, del individuo y su medio; y su crónica estaba provista —humorista por medio— de toda la intención posible para que el documento promoviera reflexión, ejercicio de crítica, moraleja. Payró fue uno de los primeros obreros con que contó el país en lo que va del siglo: obrero principal de su revelación. Obrero siempre en pleito. El periodismo —la contradicción del escritor-periodista— le sigue persiguiendo. El periodismo, ¿le hurta, asimismo, al hombre? El hombre Roberto Payró ha profesado el socialismo al punto que militó en los primeros grupos socialistas y está al lado de Juan B. Justo en el congreso fundador del *Partido Obrero*. Es orador del Centro Socialista de Estudios y comparte las tareas de la fundación de la *Biblioteca Obrera.* Numerosa actividad socialista de Payró. Mas, hay un momento que se aleja de ellas. Es el periodismo quien se lo lleva.

"Y yo digo que es de lamentar —lo dijo Giusti en la conferencia que pronunció cuando Buenos Aires sólo podía suponer que el periodista Payró había sido muerto por los alemanes en Bélgica—, que es de lamentar que él no perseverase, distraído por la tarea cotidiana, en su adhesión militante a la causa que generosamente abrazó en su juventud: la del socialismo".

De la misma manera que el escritor hurtado por el periodismo dejaría, empero, buena cuota de labor mayor, del militante que el periodismo no dejó ser quedarían, también, suficientes testimonios, guías de una fe que si no cultivó, no desmintió nunca.

## DE *EDUCACIÓN REPUBLICANA*

*Conferencia pronunciada el 8 de septiembre de 1894, en el* Centro Socialista Obrero. *Publicada* en La Vanguardia, *en la edición del día 15.*

A fines del siglo pasado se incendió de nuevo el monte Sinaí y entre truenos y relámpagos se dictaron por segunda vez los mandamientos de la ley de Dios, que entonces se llamaron *Declaración de los Derechos del Hombre.* No hubo después de aquellos tiempos un Moisés que bajara a hacer polvo y aventar el becerro de oro, pero el becerro se adoraba, danzaba la muchedumbre en torno suyo, y los malos sacerdotes le entonaban himnos para recoger los dones de los fieles. El *asignado* sirvió de incienso para acabar de embriagar al pueblo ebrio ya de palabras, y entre las nubes de incienso, mintiendo amores y estrechando diestras treparon los que estaban a la mitad de la escalera para ir a ocupar el puesto de los que habían sido arrojados por los balcones... Esos mismos, ya en el primer imperio se exornaban con títulos, vestían la púrpura del par y desdeñaban al viejo compañero que les había ayudado a subir, prestando a su planta que iba a enlodarse, la base sólida de sus espaldas de trabajador.

No hay entre nosotros quien no conozca la *Declaración de los Derechos del Hombre.* La influencia de esas ideas no dejó de sentirse aquí aún bajo la dominación española y hombres selectos supieron encaminar el desconcierto público, primero a la conquista de la independencia, luego a la adopción de la forma republicana de gobierno.

Pero conquistados los nombres de esas cosas tan bellas, que preparan la venida de la época ideal, que son como otras tantas etapas en nuestro viaje hacia la sociedad sin convenciones, todo quedó en gestación, y después de más de ochenta años de ignorancia, estamos aún por constituirnos prácticamente.

¿Nacen y permanecen libres los hombres? Esta verdad es hoy una utopía. Se dice: Y el dinero, y el capital no son de utilidad común, puesto que hacen trabajar a los que están debajo? Hay que dar distinción a los que poseen porque ellos dan la vida a los demás.. Ésta es la lógica, ésta la enseñanza sacada del finísimo principio.

Suplantada así la aristocracia por la oligarquía, por el gobierno de los ricos, renacieron los títulos de nobleza, renacieron las clases, y aquí como en Europa, en Chile como aquí, se pregunta a menudo al que aspira, al que quiere, al que como Chénier lleva algo en la frente: ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu cuna? ¿Quiénes tus padres? Y si viene del palacio, si su cuna fue de marfil y oro, si puede hollar orgulloso el pavimento de Palermo arrastrado por magnífica yunta, todas las puertas se abren, todos los labios sonríen, todas las manos aplauden:

—¡Ven! ¡oh electo! ¡Tuyo es el reino de esta tierra! ¡qué importa que seas inútil, si hay otros que por ti trabajan y por ti piensan!...

Esto pasa en plena república, esto en el país donde vivimos, y todos, más o menos, cooperamos a esta eterna mistificación dándole algo de lo nuestro.

Sólo aquellos que sufren la injusticia, aquellos que palpan sus efectos, recuerdan en voz alta que se les ha prometido una cosa y se les ha dado otra, saben cuál es el remedio, dónde se encuentra y cómo se aplica, y exigen que no se le desdeñe, remedio que está en el mundo mejor que todos soñamos, y en cuya conquista hemos de trabajar sin tregua.

Nuestros partidos políticos no están, es cierto, constituidos de tal modo que nos atraigan a engrosar sus filas, y a ir con ellos a la lucha. Por eso se forman estas vastas agrupaciones llenas de generosos propósitos, pero por ahora ineficaces por cuanto no tienen representación allí donde a despecho de la carta fundamental se acaparan todas las funciones del pueblo. Pero, si no hoy, mañana se tendrá esa eficacia, y al vernos trabajar, nuestros hijos se dirán: *nous entrerons*.., y se prepararán a reivindicar lo que se nos ha quitado, o lo que no alcanzó a dársenos mejor dicho, para ir en seguida más allá, hacia eso que nos parece sueño, pero que será realidad hermosa un día.

Después de ciegos tanteos por el mundo exterior, hemos encontrado dentro de nosotros la ley natural, nos han espantado las servidumbres y no tratamos ya de cambiarles de nombre para poder aguantarlas durante un nuevo ciclo, sino pura y simplemente de eliminarlas.

Pero no olvidemos aquel axioma científico de que la naturaleza no procede por saltos, sino en la reversión, en el atavismo, en el retroceso, y llenos del espíritu socialista no olvidemos

esa educación positivamente republicana que no se nos ha dado y que estamos en camino de no dar a nuestros hijos. Pocas cosas se hacen por intuición, y mal podríamos ser socialistas en la práctica, si bajo el régimen de la república no hemos sabido ser republicanos!

En vano se falsea la ley jurada; esos actos punibles, esos repugnantes abusos caen sobre el surco en que está depositada la semilla del socialismo, y como los fermentos orgánicos abonan la tierra, así ellos cooperan involuntariamente a la germinación cuando propenden a la muerte del germen. Júpiter enloquece primero a los que quiere perder.

Somos más numerosos de lo que pensamos, somos más poderosos de lo que creemos nosotros mismos: la razón nos guía, nos inspira la equidad, nos anima el amor a nuestros semejantes y vamos a la reconquista de lo que es el patrimonio común de la humanidad.

## IV. *Ingenieros*

¿Dónde termina la pirueta? ¿Dónde comienza él? ¿O la pirueta es —vaya a saberse en qué medida— una parte de él? Y no hay, entonces, Ingenieros sin pirueta.

Ingenieros —gran fábrica de anécdotas— sigue desempeñándose en la anécdota. Y ella no es la más indicada para buscar la existencia de la frontera —probable o improbable— entre la pirueta y él.

Ingenieros sigue siendo, mientras tanto, una sensación en la iniciación intelectual de los jóvenes de la clase media argentina, latinoamericana. Ésta es su ubicación perdurable. Para ellos, el mensaje de las *fuerzas morales*. Pero, en las mismas tintas del libro hace una mueca irresistible el fumista. Y estamos nuevamente obligados a preguntarnos: ¿Dónde termina la pirueta? ¿Dónde comienza él?

Sigamos el camino de la anécdota. El padre: inmigrante, periodista y masón. "Tu actitud —le dice Ingenieros a Rojas— es tan natural como la mía. Eres el hijo de un señor feudal de la oligarquía santiagueña que te enseñó a admirar la gesta del conquistador don Diego de Rojas; yo de un oscuro periodista italiano a quien desde mi infancia le oí recitar versos de Homero y de Virgilio que él estudió en su juventud". 1894. Asamblea de estudiantes —son pocos, muy pocos— para fundar el socia-

lismo en la Universidad. Se dieron el nombre de *Centro Socialista Universitario.* En su representación, Ingenieros asistirá —en 1896— a la asamblea fundadora del *Partido Obrero.* Debate con Justo. Se le oye decir: "¡Empuñar el látigo de Cristo para arrojar a los mercaderes del templo!". Justo sonríe. Ingenieros insiste. "¿Para qué nos sirve hablar del valor del peso, si no tenemos ese peso?", interrumpe, cuando Justo propone que el reciente Partido reclame el pago de los salarios en buena moneda. Justo vuelve a sonreír. Por entonces sorprende a una asamblea obrera con su atuendo de *dandy.* Era el fumista. Era la pirueta. 1897 fue año de *La Montaña:* boletín de impaciencias en lenguaje de agresión. 1898 a 1902. Idas y regresos de Ingenieros con respecto al socialismo. Conferencias de propagandista, artículos de divulgación, ensayos de literatura social. Y al final, otra vez, la sorpresiva reaparición del *dandy* en la asamblea obrera. El fumista. La pirueta. Justo lo despidió con acritud. La anécdota de la juvenil excitación revolucionaria se descompone: colabora —y luego elogia en libro— en el Código de Trabajo del ministro González, supuesto de socialismo regimentado desde arriba. Ya ha comenzado el ciclo de un Ingenieros convencional. La oligarquía lo adopta. El general Roca le facilita el viaje a Europa. La energía juvenil parece hacerse humorismo. Está en pie la *Syringa*, institución de picardía porteña. Ingenieros, gran organizador de bromas. Siempre anda a la pesca de un infeliz del cual reír y hacer reír a sus amigos, riendo él, a la vez, del uno y de los otros. Una sesión de la *Syringa* es suficiente para enloquecer del todo a un débil mental aspirante a poeta. Su humorismo resultaba perverso. Mientras tanto, se lo sabrá sabio. Es época de excitación cientificista y cercos positivistas; época de ciencia positiva distribuida en las ediciones remendadas de la Casa Sempere. Ingenieros publica abundantemente: recopila, no elabora. Era un publicista de la ciencia, de la ciencia positiva. ¿Positivista? Más que positivista, cientificista. El positivismo en América Latina ha procurado la emancipación mental de los latinoamericanos: la ordenación de los elementos propios que compongan su expresión nacional. Ingenieros no acompaña a esa misión del positivismo y que el positivismo, evidentemente, no realizó. Ingenieros no se siente ni lejanamente llamado a asociarse a esa misión. Era, en forma bien rigurosa, lo que puede llamarse un *europeísta.* Y racista. No lo oculta. Lo funda: "Hay ya elementos inequívocos de juicio para apreciar este advenimiento de una raza blanca argen-

tina y que pronto nos permitirá borrar el estigma de inferioridad con que han marcado siempre los europeos a los sudamericanos". Es decir, la superstición europea de la inferioridad de las razas no europeas. Así, la historia de la Argentina es para él lucha entre civilización y barbarie, fórmula convencional, anterior al Sarmiento de las *Condiciones del extranjero en América.* La interpretación de Ingenieros lo emparenta con la generación del 80, ante la cual no es un rebelde: retoma lo más superficial de Alberdi y de Sarmiento, y no abarca, en conjunto, el drama de Alberdi y de Sarmiento. Luego, la anécdota del pastor de juventudes. ¿Anécdota? Sí. Como que comienza con *El hombre mediocre:* "lamentable documento de tropicalismo que no siempre es necesario ir a buscar al trópico geográfico", juzgó Francisco Romero. Desde la ciencia positiva había recalado en el floripondio declamador. En el floripondio, ¿no estaba radicada la pirueta? Se ha ido, temprano todavía, sin despejar la duda que, acaso, quiso dejar suspendida como una nueva travesura de *syringuero.* La duda no sabe definirse. ¿Dónde termina la pirueta? ¿Dónde comienza él? ¿O él y la pirueta son un mismo Ingenieros?

## DE *QUÉ ES EL SOCIALISMO*

*Folleto publicado en octubre de 1895, por el* Centro Socialista Universitario.

ADMITAMOS, sin embargo, por un momento, que la sociedad que nos condena irremisiblemente a jugar el rol de asalariados, nos brindara un porvenir más o menos holgado asegurándonos el derecho a la existencia para el día en que dejemos de ser estudiantes.

¿Bastaría acaso esa razón para que nosotros, dejándonos arrastrar por el egoísmo, pusiéramos de un lado las condiciones misérrimas de la gran mayoría de los seres humanos? ¿Tendríamos acaso derecho para mostrarnos indiferentes ante una sociedad que condena a la más noble de las legiones, a la legión de los trabajadores, al oficio forzado y a la indigencia más embrutecedora? ¿Tendríamos derecho acaso a contemplar impasivos una organización que reduciendo a la mujer a la expresión

de cosa o de ornamento, la empuja en el vertiginoso abismo del lujo y del artificio, que constituyen la vanguardia de la prostitución? ¿Tendríamos por fin, el derecho de fomentar con nuestra despreocupación las tiránicas instituciones que roban el niño a la escuela y lo entregan al ejército; que expropian la mujer a la familia y la sumen en el confesionario?

Un instante de sensato raciocinio creo que basta para convencernos que la juventud estudiosa tiene el deber sagrado de dedicar parte de su actividad intelectual y material a la gran causa del proletariado universal.

Nosotros aunque en apariencia libres, al defender los derechos y las libertades del obrero que trabaja en la usina y en el taller defendemos también los nuestros, los de todos aquellos que trabajamos con la mente y el libro.

Al esfuerzo muscular que imprime el martillo su fuerza percutoria para arrancar del férreo yunque una luminosa chispa, nosotros sustituimos el esfuerzo vibratorio de la masa encefálica que del cerebro arranca una idea o un pensamiento; al pensamiento perceptible que agita, transforma y utiliza la materia bruta, nosotros sustituimos la actividad intelectual que por el estudio encuentra, inventa o crea leyes invariables que rigen las fuerzas musculares y atómicas; a la llana sustituimos el nivel, a la tenaza el compás, a la lima el análisis y a la plomada el criterio filosófico.

Obreros de la ciencia, al sufrir las consecuencias económicas y morales de una sociedad fundada sobre principios erróneos, nosotros debemos buscar con afán incansable las causas de tantos males y de tantas injusticias; debemos ver si el socialismo responde satisfactoriamente a las necesidades de una sociedad libre, cuyos fundamentos sean tomados en las fuentes más puras de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad y la libertad.

Y cuando ya convencidos de la bondad de la doctrina, de la precisión del sistema, de la justicia del ideal dudéis un instante de la firmeza de vuestra resolución, tomadla sin vacilaciones, sin temor y sin restricciones, y habréis dado el paso noble de vuestra existencia, el paso que os lleva del egoísmo a la fraternidad, del desprecio al amor, de la envidia a la dignidad, de la corrupción a la virtud y del martirio a la redención moral.

La lucha que en vosotros se entablará a no dudarlo será titánica; por un lado la familia con sus anticuadas pretensiones y con sus resistencias congénitas a todo lo que es libertad y pro-

greso; la sociedad con sus exigencias fútiles y sus invariables cerviflexiones, ciertos amigos apagacandiles de sacristía que os amenazarán con las iras celestiales, los futuros suegros incitados por sus directores espirituales que intentarán licenciaros, vuestro egoísmo individual en todos los casos, y en algunos las ambiciones presidenciales y ministeriales que deberían lógicamente desaparecer al soplo de los nuevos ideales y al impulso de las justicieras doctrinas.

En bando opuesto vuestro amor propio, vuestra dignidad personal, vuestra cultura intelectual, vuestro amor al progreso y a la libertad, y sobre todo ese sentimiento de justicia y de fraternidad, que es el único legado que recibimos intacto de las doctrinas que Cristo sostuvo con su verbo y con su vida, más allá de su epopeya redentora, prostituida después por los explotadores de su sacrificio.

En esa lucha vencerán entre vosotros solamente aquellos en quienes el sentimiento de individualidad consciente triunfe sobre las interesadas influencias extrañas; y a esos nuevos luchadores que vienen a alistarse en las filas del ejército del trabajo sírvanle de ejemplo y de guía todos aquellos que al precederlos no han traído solamente a las clases explotadas el contingente de un soldado, pero sí el de una inteligencia culta y pensadora capaz de trazar nuevas sendas a la emancipación proletaria.

A todos los que mal intencionalmente os digan que no sabéis dónde vais, ni a qué, respondedles que vais a enrolaros en el ejército del progreso, en cuyas filas han luchado y luchan Marx, Bebel, Adler, De Amicis, Engels, Ferri, Tolstoi. . .

A su lado, nuestra acción debe ser tenaz como sincera; sin preocupaciones, sin dudas y sin ambiciones, debemos sacrificar nuestros mejores días a la emancipación social, que también el proletariado intelectual debe emanciparse.

La lucha se acalora; entran en ella todos, sin excepción, los genios del saber humano, y las armas por ambas partes se perfeccionan, asegurando que de esa lucha de la fe contra la ciencia, del egoísmo contra la fraternidad, surgirá radiante de paz y de progreso el ideal que para siempre asegure el triunfo de la justicia.

Venid, pues, a nuestras filas, jóvenes estudiosos; venid a presentarnos el tributo de vuestra labor, mientras el Partido de los trabajadores saluda su triunfo en las urnas, desde la fría Dinamarca hasta la ardiente Italia; desde la calculadora Germania hasta la impetuosa Francia; del Vístula al Ródano, de Bre-

taña a Prusia, de Jutlandia a Sicilia, reuniendo en un clamor poderoso y universal la unánime protesta de los proletarios de todo el universo.

### V. *Macedonio Fernández*

CRIOLLO. Hasta —precisamente— en la timidez. Porque en este *tapado* que durante años y años simula indiferencia y se contiene deliberadamente en radio de mañosa hurañía, hacía guardia insobornable un tímido. Ningún tipo humano ejerce como el criollo la timidez. Toda esa solemnidad que nos endurece no es, al fin y al cabo, sino atrevimiento que no tenemos, mundo que se nos achica, sociedad que nos falta. Nos paramos duros, caricatura de trascendentes, porque carecemos de plasticidad para caminar con naturalidad. Nuestro empaque es nuestro disimulo. Nuestras deficiencias son fábrica activa de contrastes. En nuestra presentación en público hay siempre un poco o mucho de lo contrario de lo que somos. El tilingo que aparenta de pícaro es un tonto nato. El que aparenta orgullo, un fracasado aprendiz de modestia. El humorista es, siempre, un tristón. En esa línea de fraudes naturales, ni mal ni bien intencionados —pues no dependen de la materia personal que los ejecuta como de la condición humana que se da en esta tierra y en estos momentos de su prehistoria— hay que ubicar, respetuosamente, admirativamente, a este personaje. Menos caricaturesco a fuer de parecerlo con exceso en el desempeño de sus variadas mañas, pero tan tímido como todo criollo cabal, Macedonio Fernández se recluyó durante toda su existencia, habilitándose solamente para la amistad de unos muy pocos fieles y liberándose con grandes pausas para componer una prosa empacada, con aprestos humorísticos, vale decir, timidona.

La mayor parte de su tiempo y de su vida la pasa en trabajos de elaboración de su timidez. Pruebas: su residencia permanente en el concepto y su desentendimiento de la realidad; su tesis de lo siempre comenzado y nunca finalizado. El tímido que no concluye el circuito emprendido, es un caminante de mitad de camino y en ese tramo toda su incapacidad para poner sus manos en la realidad se transforma en abuso conceptual. Esa abundancia —ya desequilibrio— de conceptos es un guiño que, a la distancia, el tímido le hace a la realidad. Es su despedida de la realidad. Macedonio Fernández se despidió de ella

muy tempranamente, acaso tan pronto como debió darse con ella los primeros chichones. En su vida hay como una renuncia. Aún no se ha cerrado definitivamente el siglo, cuando Ingenieros, en *Ciencia Social*, la revista inspirada por Pietro Gori, nota ya su ausencia y se lamenta de su huida. El compañero de mayor talento entre sus compañeros no busca la salvación y el triunfo en ninguna de las alternativas, convencionales o verídicas, que puede optar con respecto a la realidad a su alcance. Dentro de ella no tomará partido, no subirá a tribuna, no ocupará cátedra. Pareciera que se margina de ella, pero, acaso, la verdad consiste en que se dejó conducir por ella sin empeñar ninguna energía para que fuera de otro modo, al mismo tiempo que sus cuotas de energías desocupadas —es decir, su déficit de realidad— las acampa en zona del concepto. Y es en esta zona hacia donde se margina, donde se retrae, y el criollo tímido se encuentra refrendado por el porteño introvertido. Y en los días del abogado más o menos rutinario hace lugar para el asoledado, recatado e inadvertido ajetreo conceptual. Atraviesa treinta años del país en fechas decisivas para el país y nada le importa, ni hacerse notar. Le saca el cuerpo al país por entero. Unas cartas con William James, parecen llenar el cometido de su vida. En verdad, no hay vida. Hay *no-ser*. Y ese *no-ser* —he aquí la dimensión contradictoria siempre presente— está fundado en un idealismo absolutista: el juego conceptual le hace ronda subjetiva, pero es ronda de destiempo, de lo que no es. Cuando más es una proposición, nunca terminada de formular, de interpretación humorística del mundo.

Pero, antes de recluirse tuvo una salida estrepitosa. Fue la anécdota de su edad juvenil. El siglo acababa cuando la bandera de la nueva revolución tremolaba muy cerca suyo como para que él pudiera creer que el temblor del paño era el mismo ritmo del viento. Era en los días en que algún admirativo compañero se lo presentaba a su novia con palabras como éstas, según refiere Gómez de la Serna que a él transmitió, luego, muy luego, ella misma:

—Aquí tienes a mi compañero de facultad, que es el más gran talento de todos, el que se salvará y triunfará de toda nuestra generación.

Mas, en aquella aventura del revolucionario joven ya circulaba su tesis —ejemplo, esa colonia en el Paraguay que no se consigue fundar— de lo siempre comenzado y nunca concluido. Comenzó, sin concluir.

Tentativa de definición final: Un Macedonio Fernández no tímido como criollo, no introvertido como porteño, que es como decir, no criollo, no porteño, hubiera sido un Unamuno, pero más prendido a régimen y a sistema, y, acaso, más tironeado por el humorismo.

Un Unamuno criollo, porteño, hubiera sido un Macedonio Fernández tímido, introvertido.

## *LA DESHERENCIA*

*En* La Montaña, *núm. 3, 1897.*

*Evolución en sociedad* es, en opinión del siglo XIX, siglo que no ha rehusado su opinión a cuestión alguna, el título que conviene a toda la parte de la pieza cósmica, del drama del mundo, que nos deja ver la historia y prever la ciencia.

El universo es una ciudad de conciencias; todo lo que existe siente; la física es una sociología de átomos fundada en una psicología de los mismos; una pluralidad invariable de *yos* vestidos de materia se forman recíprocamente una atmósfera física y psíquica donde nada se produce que no sea una acción *social* de doble aspecto: el psíquico (sugestión, imitación) cuya ley es la del menor dolor (inercia mental); el físico (ondulación, vibración) cuya ley es la de inercia mecánica (y ley de nueva resistencia). Resulta un movimiento lento y uniforme (evolución) de vaivén que lleva y trae el mundo entre dos puntos fijos; otros piensan que sólo hay apariencias de regresos y en realidad progresos.

Cree también el siglo XIX, que la pieza no tiene autor y, es lo cierto, que éste nunca se ha mostrado, ya por serle imposible a causa de no existir, ya porque no han dejado de oírse, aunque escasos, algunos silbidos desde antes de Heráclito hasta después de Schopenhauer.

Sin embargo, los demás aplauden: así se explican las numerosas vueltas al cartel que nuestros sabios evolucionistas disolucionistas ven a la pieza en el pasado y en el futuro.

Ahora ¿qué pensará de todo esto el siglo XX? El nuestro cree haber fundado sus predicciones (sus ciencias) en una total intelección del concepto de causalidad, cree ver claro en su clasificación de éstas en racionales y experimentales, cree haber

planteado y hasta resuelto el problema social con el *socialismo* que no es más que un economismo, cree hecha la estética, eterno su método psicológico, eternos los poemas de Lombroso, los de Weissman sobre la herencia, los juguetes de la seroterapia, las novelas psicológicas de Tarde, o de Ribot o de Wundt, el psiquismo de Fouillée o de Paulsen, etc., etc., y no duda que el venidero aceptará con entusiasmo la inmensa herencia de sus libros y laboratorios.

Pero, una duda: ¿por qué parece reinar tan poca luz sobre el problema de la diferencia esencial entre ciencia y arte? Por una sola cosa: porque falta uno de los términos: en el arte todo está hecho, nadie superará a Beethoven, a Heine, a Dante; pero ¿dónde está la ciencia? ¿Qué diferencia hay entre el mundo sideral de Dante conocido por el amor y el de Newton movido por la atracción, o el mundo de Lombroso, por el atavismo, o el de Weissmann por el plasma germinativo; un mismo método ha presidido todo esto: El psiquismo de Fouillée y de todo el mundo, ahora ¿no es un hijo deductivo de la voluntad de Schopenhauer, como la geometría un corolario lo es de su teorema respectivo?, etc.

Apenas se puede esperar eternidad a la resultante de orientación que deja esta reluciente actividad científica del siglo XIX, tan fecunda en realizaciones. La verificación del valor respectivo de los métodos, he aquí la única riqueza que heredará el siglo XX. El siglo que suprimirá la herencia empezará por no heredar casi nada.

Creo que el socialismo responde muy satisfactoriamente a la pregunta económica del problema social, es decir, a las cuestiones inmediatas; pero además el problema contiene muchas otras interrogaciones.

## VI. *Ugarte*

MEDIA vida en París. O el desdoblamiento del colonial. En un libro que constituye un anticipo a sus memorias, Manuel Ugarte explicaba que aquello que los llevaba allá era la pobre vida burguesa de aquí. El viaje a París de los cofrades de la tentativa literaria era una forma de rebelión ante la angustia doméstica de la patria, a la que la oligarquía reducía a la suerte de despensa imperial. Lo que los llevaba no era "una extraordinaria admiración por las literaturas exóticas". No, no es cues-

ción de textos: es aventura de vida. Desesperaban ellos aquí como desespera la energía moza en aldea confesional ante la idea de que existe del otro lado de la montaña o del mar un mundo *ancho* y *ajeno*. Ese mundo de la excitación era, claro está, París. París cosmopolita, iluminado París de luces provocativas, a cambio de Buenos Aires presuntuosa y presuntivamente burgués, pero colonial. El que se iba "se evadía —explicación de Ugarte— del medio en que se ahogaba". "Si acechaba los barcos en el puerto, era porque carecía de oxígeno en su propia tierra". El viaje era una rebelión reducida a evasión. Bien; ya llegaron a París. En París circula la época. El bulevard es el espejo móvil del mundo a esas horas. Ahí se le toma la hora a la civilización. Ahí se oficia misa cosmopolita, misa atrevida de ideas y estilos para las ideas. Y misa galante. París resume, desde luego, a Francia. Y Francia sintetiza, evidentemente, a la humanidad. Ugarte escribe en las páginas primeras de un libro —muy principio de siglo— de rápidos ensayos: "Más sensible y más vibrátil que ninguna, más abierta a todas las corrientes, habituada a ser campo de experiencias y guía de la humanidad, la nación de Enrique IV, por su equidistancia, por su equilibrio entre los pueblos que más adelante van y los que quedan rezagados, se ofrecía como ninguna para sintetizar en ella fluctuaciones de nuestro siglo..." Ya están ahí, en escena numerosa, escena excitada, nuestros coloniales. ¿Cómo saben a todo eso? ¿Cómo sabe a ellos París? Allá: "Nosotros no éramos nada", escribirá Ugarte en aquel libro en que anticipa memorias, rememoraciones. "Peor que nada. Nosotros éramos anónimos *rastas*". Eran tímidos transeúntes en calle mayor de ciudad ajena: "despistados y cohibidos". Coloniales en el directorio del imperio. Se mueven con torpeza como si cada cosa les exigiera que solicitaran permiso para pasar frente a ellas. ¡Timideces de Darío, apenas recubiertas con apelaciones mitológicas y no disimuladas en la insistente, reincidente y siempre fraudulenta sociedad amorosa con princesas que jamás conoció! "Esa sensación de inferioridad aparente, por encima de equivalencias reales —recontará Ugarte—, las tuvo Darío hasta el fin". Timideces del capellán mayor. ¿Qué no sufrieron los de su corte *meteca?* París está del otro lado de los cristales frente a los cuales ellos se han detenido a mirar. En la vidriera, desempeña París su papel de Europa feliz. Y ellos escriben las actas admirativas de la fiesta de los otros: viñeta sentimental de Montmartre, crónica galante, verso frívolo Entonces, la

pluma inicial de Manuel Ugarte compone los *Paisajes parisienses* y las *Crónicas del bulevard*. Es el estilo del colonial, en el que fue *gran maestre* y experto Enrique Gómez Carrillo.

Pero, ¿quién consume esa crónica elegante y pueril?, ¿quién se suscribe a esos versos de pasos fáciles y rima cursi? Garnier que los edita los paga mal. La edición de Garnier —y el correo periodístico— tiene por público propicio a aquella burguesía colonial, de la que han huido los cofrades de la tentativa literaria. La crónica y el verso de ellos vuelve hacia ese oscuro punto de partida: ellos producen los asfixiantes, presuntuosos burgueses; ellos producen para la desolación colonial. La rebelión, reducida a evasión, ha finalizado por frustrarse como evasión misma. París los vuelve a las manos de las oligarquías coloniales: ellos son los cultores, recreadores, del viaje a París —mito de sus complejos de inferioridad— de los ricos y los enriquecidos de Buenos Aires, de México, de Bogotá, de Tegucigalpa...

Hay, sin embargo, maneras de ennoblecer ese destino prisionero. Esas maneras las hizo suyas Manuel Ugarte. Acaso de entre todos ellos —frívolos empedernidos o gallitos ciegos en la ronda ajena—, el único que supo ennoblecerse con esas maneras. Una de ellas fue ésta: en París alterna la *Crónica del bulevard* con los *Cuentos de la Pampa*. Allá rehace su paisaje nativo; no deserta de él; no se descasta. A su complejo de inferioridad lo presenta con propias credenciales, con sus papeles nativos. La otra manera bien decisiva: Manuel Ugarte se ha hecho cargo, con generosidad espontánea, de una fe social. Desde París envía sus cuartillas a la prensa de los obreros de Buenos Aires: "Es muy posible —reflexiona en una de ellas— que el hombre, que es un Diógenes de ensueño, no encuentre jamás la felicidad pura y sin mancha. Pero obtendremos por lo menos algunas aproximaciones. Y ya vale ello la pena de luchar". Y versos solidarios, incitadores:

*Vamos hacia la cumbre donde ondea*
*el estandarte rojo y nuestra idea...*

Desde París escribe folletos y libros de los llamados libros y folletos *de ideas*.

Desde París corre, delegado del partido socialista de la Argentina, a Amsterdam, a Bruselas, a las capitales de la nueva civilización del trabajo, donde se reúnen los congresos de la

Internacional Socialista. Y en ellos delibera junto a Kautsky, a Hardie, a Jaurés. En octubre del 904, informa al comité ejecutivo partidario acerca del congreso de Amsterdam: "La cuestión de la táctica provocó grandes debates en la comisión y se agrió bastante. Yo hice en nombre de la delegación argentina la declaración siguiente: Compañeros: Voy a decir solamente unas palabras, para expresar que el Partido Socialista Argentino, pequeña unidad en la asamblea del proletariado universal, no se adjudica el derecho de juzgar a sus mayores, y el de condenar la acción de una parte del proletariado francés. Además, no lo quiere. Procura evitar todo aquello que pudiera transplantar en él la división. En esta lucha de tendencias que entre nosotros no se ha hecho sentir aún seriamente, no nos inclinamos de un lado ni del otro. Por esta razón no votaré ninguna moción que sea una queja o una crítica para ninguno de los bandos. Los socialistas pueden diferenciar de opiniones sobre diversos métodos a adoptarse, pero no deben agravar estas diferencias cuando la burguesía, su principal enemigo, está ahí aumentando diariamente el número y la gravedad de sus crímenes". Y transcribe su ponencia sobre inmigración. Y revela: "En general suponen que somos en la Argentina un grupo elemental e insignificante, como pueden serlo en Servia o en el Japón. Hay que mostrarles la fuerza del partido. Creo que lo mejor sería una pequeña hoja impresa..."

Desde París se sabe llamado por esa América Latina, potencial y primitiva, que el yanqui, impetuoso, acecha. Y sale a campaña latinoamericana. Pausa de París.

Un día de 1913 —el partido socialista ha comenzado a contar victorias electorales—, le solicitan sus compañeros para una candidatura a senador. La declina: "Cuando un hombre nacido dentro de la burguesía se apercibe que son abusivos los privilegios de su clase, y, comprendiendo los dolores de la masa popular, va hacia ella, atraído por un gran ideal de reparación y de concordia igualitaria debe hacerlo siempre como simple soldado y no como jefe". Por eso quiere, que la candidatura ofrecida le sea encargada a un obrero.

Estaba en Lima, apelando a la unión hispanoamericana.

Su renuncia hizo paso a Enrique del Valle Iberlucea, consagrado senador.

De regreso a Buenos Aires, riñe con los directivos del partido. Ellos hubieran querido en Ugarte una agitación latinoamericana en términos de rigor socialista, en términos de agitación

de clase. Debate enojoso. La circunstancia y la forma en que se planteaba le daban razón a Ugarte, pero el planteamiento doctrinario fortificaba el rigor de Justo. Luego, un desafío a Palacios. ¿Por qué? Palacios asegura que nunca lo supo. El duelo —un duelo que no pudo realizarse— apresuró su alejamiento del partido. Y el regreso a París. Ya no hay crónicas del bulevard, ni versos frívolos. París de la viñeta sentimental, París mito de las oligarquías coloniales de fin y principio de siglo, está muriendo. La soledad de Ugarte en París se hace insistente llamado a la unión hispanoamericana que algún grupo de estudiantes contesta. Un viaje a Rusia y la incorporación al elenco director de *Monde,* con Barbusse, Unamuno, Cassou... Y otra vez el mensaje de hispanoamericanidad.

Cabellos blancos y bolsa vacía volvió a Buenos Aires. En los apuntes para un libro confidencial —confidencias a nombre de su generación— escribía: "Ninguno de los que he nombrado alcanzó lo que esperaba". Y había nombrado desde Darío y Nervo hasta Vasconcelos y Rufino Blanco Fombona. El regreso debió añadirle una sensación de soledad acaso mayor de la que le aisló al pararse frente a la fiesta de los otros, en la vidriera de París... Nos acercamos a él en la soledad del corredor de un viejo hotel, en cuyo edificio un sector ya había sido demolido; se sentó frente a una de las mesas de un comedor vacío. Habló —desde su soledad indisimulable— con palabra sin queja, pero sin ninguna, ninguna esperanza. La voz, tranquila, serenísima, amistosa... Así deben hablar los fantasmas dulces, delicados, los que no asustan, los que prefieren morir antes que dañar... En esos apuntes para el libro que anticipaba memorias reparaba en el fin trágico de sus cofrades del 900. Cuenta y recuenta: Dos asesinados, cuatro suicidas. Y anotaba, rápidamente, apenas con una mueca su propio disgusto. ¿Resentimiento? No. Sólo la idea de que fue un sacrificado. No muchos años después, se suicidaba.

## LA VOZ DEL PUEBLO

*En* Almanaque Socialista, *1905.*

Fuimos la enorme y funeral canalla,
la que en los vastos campos de batalla
derrama delirando su heroísmo

para que triunfe el rey que la avasalla,
y vista su rencor de patriotismo;
fuimos la enorme y funeral canalla
que ofrece su sonrisa a la metralla.

Fuimos la multitud ciega y vencida
que de los campos y los bosques cuida,
la que en los rudos llanos, sin desdoro,
para engordar al grupo que la olvida,
prepara el fruto y las espigas de oro;
fuimos la multitud ciega y vencida
que muere de hambre y que reparte vida.

Fuimos la obscura plebe fascinada
que en la nave del templo arrodillada
se resigna al horror de su destino
y que ante el oropel de la fachada
inclina su humildad y abre camino;
fuimos la obscura plebe fascinada
que adora la injusticia consagrada.

Fuimos el triste y colosal rebaño
que entorpecido por un sueño extraño
construye los palacios inauditos,
el que sufre y trabaja todo el año
para aumentar el bien de los ahitos;
fuimos el triste y colosal rebaño
sumido en las tinieblas de su engaño.

Fuimos el nervio, la pasión, la brava
bestia que arrastra el peso que la enclava,
la que aparta los montes, el atleta
que con potentes músculos socava
las obscuras entrañas del planeta;
fuimos el nervio, la pasión, la brava
fuerza dueña del mundo y de él esclava.

Pero hoy aquella sierva escarnecida
a los esclavos del dolor convida
a conquistar con su porción de holgura
la gloria inmarcesible y merecida
de hacer del mundo un oasis de ventura;

pero hoy aquella sierva escarnecida
puede, en un gesto, renovar la vida.

Vamos hacia la cumbre donde ondea
el estandarte rojo y nuestra idea...
Vamos a libertar a los humanos
y a difundir la aurora que clarea
sin tasa para todos por los llanos;
¡el estandarte que en la cumbre ondea
signo de paz y de concordia sea!

## VII. *Gerchunoff*

JUDÍO, de Rusia. Llega niño con la versión directa de los dolores de su raza enmarcados en los contornos de la antigua fe de los profetas, de los perseguidos, de los sacrificados. Del padre sabía lección de entera honradez: "Es sabido —escribió en apunte autobiográfico— que todos los proveedores vuelven ricos de las guerras. Mi padre volvió pobre porque no se sometió a las exigencias de los generales, que hacían su agosto en la cuestión". El padre fue labriego y rabí en la primerísima colonia de Moisés Ville. El labriego pacta con la tierra: con su esfuezo ella se abre en surco. El rabí modifica la oración: ya no cabe solicitar piedad de Dios para que rescate de la esclavitud al pueblo judío. El rabí explica en las pláticas del campamento de la colonia: "No somos cautivos, somos ya gente libre". En las carpas de Moisés Ville vela y trabaja el judío rescatado de la persecución. Mas, no faltaban en la zona paisanos pendencieros. Fue un paisano, pendenciero y borracho, el que interrumpió el atardecer apacible de la colonia buscando para la travesura cruel de su cuchillo las carnes del rabí Gerchun Gerchunoff. Murió asesinado el rabí labriego y heridas fueron su esposa y su hija. La sensibilidad generosa del muchacho Alberto impedirá que aquella tragedia pese en él como rencor. El hijo del asesinado escribirá, en cambio, las crónicas poéticas de *Los gauchos judíos*. Es decir: devuelve júbilo por dolor. Su espíritu —evidentemente— sólo sabe del uso de buena moneda.

Tras aquella tragedia, una sucesión de rústicos oficios campesinos y de humilladores oficios urbanos. "Mis manos —dirá alguna vez con más agradecimiento que queja— llevan aún las señas del obrero de faenas materiales: callosidad del látigo pas-

toril y del eglógico arado, allá, en la campaña enterriana, huellas de los oficios que practiqué en las fábricas de Buenos Aires". Peón rural, allá. Artesano y buhonero, aquí. Cepillando bronces se le hinchan y se le abren los dedos. Recorriendo las calles con su fardo de mercancías, sabrá lo que él llamaría "los mayores sufrimientos y las más grandes humillaciones". Pero, la noche, hurtada al sueño, era suya: lee, estudia. Y se acerca a las mesas examinadoras del Colegio Nacional con la fatiga de la jornada de artesano o buhonero. Entonces, ya sentía suya la misión del escritor. Ya era escritor. Comienza esta nueva jornada sin abandonar definitivamente aún la de artesano y buhonero. Ya se acerca a las tribunas socialistas. En torno de ella, nacen nuevas amistades decisivas. Ya hay revista insurrecta que publica sus primeras cuartillas. Ya anda de periodista. Ya crece el escritor. Ya sube a tribunas socialistas: en la esquina del Mercado del Plata, en Plaza Flores. Roberto Giusti retendrá el recuerdo: "aspecto bohemio, el pelo caído sobre el cuello y los pantalones deshilachados en la contera". El Partido lo envía a ciudades del interior, mensajero ante pequeños grupos de compañeros. Allá va con su pobreza, con los cobres contados, con los cobres que no tiene, con su pelo caído sobre el cuello y los pantalones desgarrados en la contera. Para ir a Flores a cumplir misión partidaria de exponer el pensamiento socialista, Manuel Gálvez le proveé de los imprescindibles veinte centavos del boleto del tranvía. Un día, lo envían a Junín: con los pocos cobres, acaso con menos de los necesarios, y con unos folletos para vender. Y ocurre que el hambre lo confunde y con los cobres recaudados en la venta de los folletos se abrevia el hambre: se paga una pobre comida en el camino. Un miserable partidario, que quiere imponer a la milicia socialista su farisea moral de rentista feliz, pone el grito en el cielo y en el comité ejecutivo propone aplicar sanciones al orador entristecido por el hambre que aquella comida, seguramente, no había colmado y que no hallaba manera de recuperar aquellos pocos cobres confundidos. El partido parecía tener el rigor de secta satisfecha; no la solidaridad de una fraternidad de doloridos. El miserable persigue al orador y lo condena a los cepos estatutarios. De esa época se aleja del socialismo militante. Se aleja sin resentimiento. Así como frente al padre asesinado por un paisano ebrio no abre cuenta de rencor para con el país, sino que limpió su pena para cantarlo, esta nueva injusticia no le perturba y se retira del partido llevándose consigo, como puri-

ficado en el sacrificio de la pobreza y de la persecución de la pobreza, un sentimiento plenamente socialista de comprensión y piedad, es decir, un socialismo humanista que se desempeñaría muy lejos de las zonas del sistema científico, del rigor sistematizador, de la neutralización estatutaria, conservando, en cambio, su fuerza verídica que lo hará saber, siempre, más que estrategia de políticos, misión de profetas. Ese sentimiento socialista es explicado por él en las páginas de *La asamblea de la bohardilla*, donde al Carlos Marx de su reportaje imaginario le hace decir estas palabras de amplia heterodoxia: "El hombre no es lógico, porque los intereses y los sentimientos se entrechocan y se vencen vuelta a vuelta. Las cosas se equilibran sobre el eje de una ley económica, pero las cosas tienen también un aspecto moral, y ello significa que las grandes verdades de la humanidad se componen de las grandes verdades contradictorias del hombre".

Abandonó al militante social que pudo haber sido —acaso una manera de Blum argentino. En el periodista que solía reprimir al escritor, en el escritor que solía salvar al hombre de las prosas y de los convencionalismos de la labor de prensa, en uno y en otro, en definitiva, en el hombre Alberto Gerchunoff, tras la opulenta frase —ostentosa siempre y a veces petulante— vigilaba con lealtad insobornable un temblor profundamente humano, que podía parecer —y lo era— la palabra con que iniciaba su anuncio el profeta. Mas, conducido por el periodista esencial que había en él, no se aleja del todo de la vibración diaria. La profecía suele, también, recorrer la actualidad y detenerse a recontar los pasos cotidianos de los hombres. Hay un momento en que Gerchunoff se aprestaría a reintegrarse al partido de su mocedad. Medita esa posibilidad ante la reiterada incitación de su amigo —alma fraterna— Mario Bravo, con quien sigue uniéndolo los antiguos afectos de la adolescencia pobre. Bravo llega incluso a concertar una entrevista entre Gerchunoff y Juan B. Justo, a quien atraía la idea de que aquél volviera a las filas partidarias. La entrevista se realizó, pero Gerchunoff resiste a la invitación: menciona, como excusa, su amistad personal y política con Lisandro de la Torre. "Yo soy —le dijo a Justo— algo así como una Australia en el imperio intelectual de Lisandro de la Torre. . ."

Un día, llega a la tribuna que rinde homenaje a su hermano francés, Henri Barbusse. Y le escuchamos —leídas con entonación de lectura bíblica— estas palabras: "Nos adoctrinó

en la certidumbre de que es indispensable al escritor una concepción religiosa de la vida, en la concepción trascendente de que la vida lleva en sí un fin y ese fin debemos descubrirlo, interpretarlo, destilarlo en el espíritu y de ese modo seremos artistas, poetas, filósofos; seremos hombres y no acrobáticos bailarines, de fiestas ajenas". Era palabra de profeta, su verdad de profeta.

## *ALGO SOBRE ARTE*

En *La Internacional*, 1 de mayo de 1904.

JUNTO a una mesa de café, en el pueblo de Belgrano, el pintor en medio de varios amigos, hablaba sobre arte.

Un tiempo lluvioso y triste, tiempo de principio de otoño, favorecía el tema. Uno de la rueda manifestó su indignación contra nuestro ambiente insulso, sin ideales artísticos, frío, dedicado tan sólo al oficio de vegetar.

Otro, aprobando la opinión expuesta, elogió a Francia, país donde juega mejor rol el artista que el trapero enriquecido y donde hay un pueblo que se preocupa de las obras de arte, las estudia, las rechaza o las glorifica. ¡París!... El francófilo iba a proseguir detallando virtudes sentimentales de aquel pueblo cerebral, cuando el artista aludido le interrumpió:

—No crea, amigo; París es indudablemente el meridiano luminoso del mundo, nadie discute tal cosa.

Pero también allí la lucha entre el arte puro y la estrechez burguesa es muy grande.

En Francia también existe una clase de adinerados —prosapias formadas por matrimonios ventajosos o golpes de bolsa— que no entienden el arte magno, prefiriendo en cambio la chafalonía sentimental de la flor que se refleja en la claridad de un lago o una luna semitrágica sobre el inefable castillo en ruinas...

Ahora, en homenaje a la verdad, debo reconocer que en ese mismo París hay un pueblo cuya alma se va refinando cada vez más.

Es cuestión de cultura. El ambiente artístico de un pueblo se forma como la educación de un individuo.

Y el pintor, entrando en calor, comenzó a explicar sus ideales, sus grandes ideales de artista eximio, extraviado en ese caos de britanismo triunfante.

Es asunto de empezar.

El grupo de artistas del país debería organizarse en sociedad para propagar las ideas estéticas, cultivar en el alma de todos, ideas de belleza, y, así, tenaces, decididos, al cabo de poco tiempo el resultado sería inapreciable.

Si los intelectuales de Buenos Aires se congregaran con esa misión educativa, sin egoísmos mezquinos, hoy no presenciaríamos ciertos hechos que son afrentas al honor intelectual de la nación.

El público de los teatros llamados argentinos, en vez de premiar con el aplauso a obras de barbarie evidente, no toleraría que se rechazase nada menos que un drama de Roberto Payró. Tal es la obra que deben iniciar los artistas si los hay.

En Francia, en Italia y en Bélgica existen universidades populares, cuyos miembros —escritores, poetas, pintores— se dedican a inculcar en el alma virgen del pueblo ideales de arte y ensueño.

Los obreros de París, de Roma, de Bruselas comprenden las obras de sus artistas, porque esos artistas les enseñaron a amar la belleza.

Anatole France, desde las tribunas socialistas, habla a las desgreñadas multitudes, de poesía y pintura. Jaurés, al hablar de un problema económico, prestigia el refinamiento de la cultura artística, como uno de los factores de la redención proletaria.

Si nosotros, continuó el pintor, hiciéramos aquí tal cosa, otros acotecimientos comentaríamos.

—¿Y cómo? —pregunté yo—. ¿Organizando una universidad popular?

—Sí, una especie de universidad popular. ¿Acaso no hay elementos?

Si los escritores y artistas de dedicaran a esa obra, el ambiente artístico, cuya ausencia lamentamos, surgiría sin demorar mucho.

Se realizan conferencias periódicas en los principales teatros, controversias sobre problemas de estética, a las cuales pueda acudir el pueblo sin mayores sacrificios. Se publican folletos, se propaga, en una palabra, la religión del arte como cualquier otro dogma.

Claro está, en esta sociedad no podrán caber personas que no fueran artistas: allí no tendrían cabida los rastacueros...

Hombres de ideas avanzadas, sinceros, perseverantes en la propagación del culto del arte, no tardarían en contemplar el fruto de la tarea emprendida.

Es cuestión de empezar... Estamos gritando contra nuestro ambiente chato y burgués sin razón alguna. No nos hemos preocupado en formar uno mejor... Ya continuaremos conversando otro día, sobre el mismo tema... Me voy...

Y el artista, despidiéndose de cada uno con un fuerte apretón de manos, se marchó.

Afuera caía una lluvia monótona y triste, una lluvia de principio de otoño...

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ Y EL NUEVO ESTILO HISPANOAMERICANO

Por *F. FERRANDIZ ALBORZ*

Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano.* Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente a los inadaptables, cuando inferiores o débiles.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Hombres de América—Montalvo.*

En el *Montalvo* se revela (Rodó), aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio y, en consecuencia, de esa vasta porción de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Las corrientes literarias en la América Hispánica.*

EL AFÁN novedoso, manifiesto propósito de adaptación al fluir de las modas, impuso a destiempo en la crítica hispanoamericana un espíritu revisionista de escritores y escuelas. No habían cristalizado las obras en estilo y la crítica extendía certificados de exaltación o de defunción. Afortunadamente, no todo lo que se elevó a la consagración se hizo acreedor a ella, ni mucho de lo que se dio por fenecido quedó sepultado bajo la losa de los prejuicios. El tiempo tiene también su autoridad, y aunque muchas veces se convierte en sombra del mérito literario, las más se encarga de mantener o resucitar lo que merece perduración en la memoria de los hombres.

José Enrique Rodó fue una de las víctimas de la furia

revisionista. La hora de su muerte le concitó la alabanza vacua y a continuación un deseo de enterrar su ideal, ejerciendo de enterradores quienes presentaban de respetable únicamente su juventud que, como en los viejos que sólo tienen de respetable las canas, nada tienen de respetable. Ahora, transcurrido el ciclo de una generación, ante los hechos, ya sabemos a qué atenernos en cuanto al ideal que se oponía al de Rodó. Porque cada generación vale por el ideal que mantiene su vida y por la herencia que deja a quienes le suceden.

Conviene destacar en esta oposición de ideales los dos modos diferentes de enfrentarse críticamente ante la obra literaria.

Rodó fue maestro de crítica en el sentido de llegar a la integridad de una obra, valorándola según su propio contenido y en relación con el proceso cultural en que la obra se desenvolvía. Su vocación clásica, su devoción idealista, sus influencias racionalistas francesas, no le particularizaron ni debilitaron el juicio analítico para interpretar la obra literaria según su origen y el devenir que llevaba en potencia. Cuando habla de Montalvo, de Juan María Gutiérrez, de Rubén Darío, sabemos cuál es su opinión, proporcionando elementos esenciales para valorar lo que dichos escritores representaron en su tiempo, dentro de un clima general de las letras y la cultura. No le interesa tanto saber qué libros hay que leer para llegar a ellos, sino cómo llegar a ellos por el camino directo. No necesitaba disciplinas de fichero, sino la ancha ruta de la emoción y el juicio que conduce al meollo de toda obra de arte.

Hoy priva otra crítica literaria, que podríamos denominar anatómica, en compartimientos estancos. Los críticos nos presentan las obras en aspectos parciales, sin fundirlos en entidad psicológica armónica. Con esta vivisección crítica, sabemos lo que tal o cual escritor escribió sobre arte, filosofía, política, sociología, etc., pero no se nos dice de qué modo todas esas expresiones forman una sola entidad. Podemos decir que se hace crítica para artistas, filósofos, políticos, sociólogos, cada cual en su específica especialidad, sin guiar al lector en su deseo de comprender el enigma que encierra toda literatura.

En este uso y abuso crítico el dato anula al conjunto, el detalle mata la personalidad. La dinámica y la poética se sacrifican al estatismo y retoricismo. Y sobre Rodó cayeron los cuervos de la retórica, de la política, de la filosofía, de la sociología, pisotearon su anatomía espiritual, lo destrozaron para

ofrecernos muertos los aspectos múltiples de su personalidad, queriendo convencernos de que eso era Rodó. Afortunadamente, vivo queda el autor de *Ariel*, con su figura imperturbable, seria, con esa serenidad indiferente al graznar de los cuervos críticos.

*La vuelta a Rodó*

FUE Alfonso Reyes, en su *Calendario*, de los primeros —si no el primero— atento a la necesidad de una revisión de los apresurados revisionistas de Rodó. Según éstos, el idealismo de *Ariel* resultaba inoperante en la empresa reconstructiva de los pueblos hispanoamericanos. La realidad, la dura realidad, era utilitaria, y había que afrontarla con la técnica, la eficiencia, la ciencia. Si Rodó presentaba el binomio antinómico Ariel - Calibán, es decir: Hispanoamérica - Estados Unidos, los revisionistas aconsejaban no oponerse a Estados Unidos sino adoptar sus métodos en la lucha por la vida y la prepotencia.

¿No había y hay una posibilidad de ser eficiente, de lograr la propia técnica, de desarrollar nuestras posibilidades materiales, dentro de las características de nuestra psicología, sin necesidad de someterse a moldes extraños a nuestra personalidad? Rodó polarizaba idealismo y utilitarismo en las dos zonas, Hispanoamérica y América sajona. Lo que no hizo nunca fue oponer ciencia a idealismo. No hay dinámica técnica, social o histórica, sin idealismo. Se juega arbitrariamente con la palabra ciencia. Recordamos a este efecto lo que nos contaba el Director del Instituto de Ciencias Biológicas de Montevideo, profesor Clemente Estable, una conversación entre Unamuno y Pío Baroja, a raíz de la Guerra Europea 1914-1918. Baroja, como otros intelectuales, era partidario del triunfo prusiano porque, según él, significaba el triunfo de la ciencia sobre el idealismo decadente latino. Unamuno, mordaz y ocurrente hizo unos signos sobre un papel, se los dio a Baroja, y le dijo:

—Ya que usted es hombre de ciencia, resuélvame ese problema.

Baroja miró el papel y no supo de qué se trataba, y era simplemente un problema de ecuaciones.

No toda la ciencia se reduce a matemática, pero es precisamente a las relaciones numéricas y sus símbolos que se refieren los incapaces de reducir a ecuaciones los términos de nuestra

problemática espiritual, viviendo boquiabiertos ante los progresos mecánicos, que guardan con la ciencia una relación muy secundaria.

Rodó puso alerta a la juventud —a la juventud de su tiempo y de su clase, los estudiantes, pues no tuvo una formación social dialéctica— sobre el sentido mecanicista del progreso que prevalecía y sigue prevaleciendo en los pueblos adscritos a la cultura occidental. Pero en sus palabras alienta una preocupación tensa sobre la ciencia como norma de vida, como instrumento al servicio del hombre, como fuerza para el predominio del hombre sobre la naturaleza, como emancipación del espíritu de la parte negativa de los instintos. Sus revisionistas, empíricos al fin, no atendieron el llamado de Rodó dirigido a la juventud, indicándole el ritmo armónico y profundo existente entre la ciencia y la vida.

Rodó nos dio un contenido normativo, una conducta consecuente con nuestra realidad, y por brotar del fondo secular de nuestro ser colectivo, se opusieron a ello los que aún no se han liberado del colonialismo espiritual, del cual se consideran funcionarios siendo en verdad sirvientes. Lo que se opuso a Rodó y se le opone es el servilismo cientificista, contrario a toda norma disciplinada racionalmente, patrocinando la improvisación, contraria al método, negadora, por consiguiente, de nuestra propia luz interior, la única válida para alumbrarnos el camino de la ciencia y del arte.

Y es el principio normativo de *Ariel* lo que rechazan sus revisionistas.

### *¿Cuál fue el arielismo de Rodó?*

DESTAQUEMOS de su mensaje, de su *Ariel*, el ideal que Rodó quería enraizar en el espíritu de la juventud hispanoamericana:

> Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu, Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.

Subrayemos las palabras clave: *Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento... entusiasmo generoso... móvil alto y desinteresado en la acción...* Es decir: los primeros eslabones del pensamiento de Rodó se sintetizan en la trilogía *razón, sentimiento y acción.*

Continúa desarrollando su pensamiento y nos dice:

> ...el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Las frases *perseverante actividad* y *esfuerzo propio* acentúan el imperativo voluntarioso de Rodó para la conquista de nuestro mundo.

Volvemos la página y nos encontramos con la siguiente profesión de fe:

> Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, calmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

La prosa de Rodó adquiere en este pasaje impresiones barrocas, pero debido a la emoción que el mensaje encierra. Y es fácil que la prosa haya desvirtuado en los críticos la médula del pensamiento: *marcha al encuentro del futuro... vibrante con la impaciencia de la acción...* Y la evocación de un miraje misterioso, como las visiones de Cipango y El Dorado, que con ser visión se convirtieron en empresas de contenido real inigualables.

Fe en el porvenir y en la acción se convierten en persistencia de su ideal:

> La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo.

Rodó busca, en la atonía hispanoamericana, un camino de integraciones personales, para que las tres dimensiones espirituales del hombre no se malogren por la mutilación de alguna de sus partes. Y dice a sus discípulos:

> Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa.

Y persistiendo en este lema de la integración de valores humanos, defendiendo los valores superiores del espíritu, dice las siguientes palabras, de tanto valor hoy día como respuesta a todos los que, contra el totalitarismo, sólo saben de claudicaciones:

> Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.

Rodó insiste en la defensa de nuestra *vida interior*, desea el *ocio antiguo* como clima propicio para las recreaciones, recinto meditativo, sin el cual no hay realidad superior ni estímulo para el acontecer histórico. Pero no es un esteticista ajeno al deber como norma de vida. Entiende el deber inseparable de la belleza, en estos términos:

> La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía. . . A medida que la humanidad avanza, se concebirá más claramente la ley

moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía.

Rodó señala a sus alumnos el peligro de caer en el grosero utilitarismo de nuestro tiempo, por el que las cosas pierden su valor para adquirir significación de costo. Pero los idealistas abstractos pierden de vista también el ideal que encierran los trabajos de utilidad práctica, por el esfuerzo que requiere crearlos, sencillamente por lo que cuestan. Rodó no cae en ninguna de las dos ambigüedades. Sabe lo que quiere y lo expresa con la luz meridiana de su estilo:

> La inculpación de utilitarismo estrecho que suele dirigirse al espíritu de nuestro siglo, en nombre del ideal y con rigores de anatema, se funda, en parte, sobre el desconocimiento de que sus titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la Naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros.

En este sentido Rodó avanza hacia su concepto de la democracia como régimen de convivencia, muy especialmente en América. Por no haber militado en tales o cuales partidos políticos se le tildó de reaccionario. Por su preferencia clásica en la valoración de las jerarquías humanas, se dijo que era un aristócrata indiferente al drama popular de cada día. Puesto a definir jacobinismo y liberalismo, no dejó de ser clasificado de ambas cosas, según la posición política de sus contendores.

Con el testimonio de Guyau, Renán y Bourget, el autor de *Ariel* va señalando los peligros que la democracia puede presentar, según aquéllos, en el desenvolvimiento de los valores espirituales. Y dice:

> La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas, allí donde la igualdad social que ha destruido las jerarquías imperativas e infundadas no las sustituye con otras que tengan en la influencia moral su

único modo de dominio y su principio en una clasificación racional.

Y afirma su convicción democrática con las siguientes palabras:

> Toda igualdad de condiciones es, en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio estable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede ser para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas.

En el problema concreto de la democracia en América, dice:

> Ha tiempo que la suprema necesidad de colmar el vacío moral del desierto, hizo decir a un publicista ilustre que, en América, *gobernar es poblar*. Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es preciso prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar, asimilando en primer término, educando y seleccionando después. Si la aparición y el florecimiento en la sociedad de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral.

Y aunque la cita peca de extensa, para completar el pensamiento de Rodó conviene la siguiente transcripción de su texto:

> El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar uniformemente la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial (la que según Rodó descansa sobre el hecho de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble), toda desigualdad estará justificada porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual; es el ambiente *providencial* de la cultura.

Mientras desarrolla su pensamiento, Rodó subraya aquellas palabras que puedan dar lugar a confusión, tales como *calidad*, *número*, *providencial*, lo que obliga a deducir, que Rodó distingue lo que significa la palabra democracia y cómo ella se modifica con el aditamento de otras palabras que le añaden sentido ajeno al auténtico que la política le imprime. Para Rodó, la democracia, tanto como una función política, es a la vez una función histórica. La política es historia, naturalmente, la historia la realiza el hombre en actividad política, por eso define la democracia como relación de número y calidad, realizando la cultura en un ambiente providencial. El número por sí solo no hace democracia sino la calidad, y ésta se alcanza en ambiente de *providencia*, subrayada para borrarle todo significado que no sea histórico más allá y más acá de la teología.

La dualidad idealismo y utilitarismo las polarizó Rodó en Hispanoamérica y Estados Unidos. Pero no tanto como le reprochan los *nordomaníacos*. Él llegaba a esta conclusión optimista, testimonio de su comprensión y valoración de los hechos:

> La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección.

Cuando se medita en el mensaje de *Ariel* y a la vez sobre el desarrollo de la vida americana en el medio siglo transcurrido, podríamos sacar la conclusión de que fueron los norte-

americanos los que leyeron atentamente el mensaje. Esto parecerá una herejía al antiyanquismo folletinesco. Porque abunda la creencia de que el idealismo es un principio negador de la fuerza como elemento de lucha, cuando en realidad es la máxima fuerza, convirtiendo incluso la fuerza en ideal. La expansión norteamericana, su imperialismo, no es el resultado de una exclusiva expresión mercantil, utilitaria, negadora de la vida del espíritu. ¿Acaso Mercurio no fue también dios de la elocuencia? El imperialismo yanqui es inseparable del puritanismo de los pioneros, armonizando su vida a una finalidad dominadora por su propio esfuerzo, como lo es también de las baladas de Longfellow, de *La cabaña del tío Tom*, del humorismo de Mark Twain, de los cantos a la tierra, a la hierba y al hombre de Walt Whitman, y de los *Muckrakers* que integraron Jack London, Upton Sinclair, Dreiser y otros, que frente a los Morgan, los Rockefeller, los Carnegie creían representar el idealismo, pero que en realidad hicieron de los trusts una fuerza para la expansión norteamericana, desviándolos hacia finalidades solidarias internacionales, en la Guerra Europea 1914-1918 y en la última universal, precisamente cuando Estados Unidos estaba bajo la dirección de dos presidentes idealistas: Wilson y F. D. Roosevelt.

Ante esta actitud integradora de las fuerzas de un gran país hacia una finalidad dentro de las contradicciones políticas y económicas, los escritores hispanoamericanos se dedicaron a indignarse denigrando al imperialismo yanqui, mientras servían a los dictadores vernáculos o los combatían al ser desburocratizados. Pasaron como sobre ascuas, y en su mayoría los ignoraron, los problemas infrahumanos de los indígenas, la estrangulación de las economías nacionales por la política de los empréstitos de sumisión colonialista, siendo ellos los primeros corredores de la venta de sus patrias al capital extranjero. Guacamayos académicos, lagartos burócratas, bostezaron en congresos panamericanistas y conferencias diplomáticas, o gritaron contra el imperialismo cuando éste modificaba la política gubernamental de nuestras repúblicas, para que otros guacamayos y lagartos tomasen parte en el botín. Testimonio de estas iniquidades nos lo ofrecen, en el terreno de las letras, la actitud de los literatos al aparecer los primeros libros de una novelística que denunciaba al mundo la esclavitud que oprimía a los indios. Se espantaron y se replegaron en el recinto de su academismo, haciendo ascos a la nueva literatura hispanoamericana,

hija de una realidad que no supieron ver los servidores de las oligarquías dominantes y, por conducto de éstas, servidores del imperialismo ajeno. Como testimonio político, ahí está la Conferencia de Caracas, exponente de vasallaje a los regímenes dictatoriales. Y así como el hecho de señalar excepciones, entre los escritores de noble oficio, hace persistente la degradación general, el hecho de exceptuar a Costa Rica, Guatemala, México y Uruguay, por su independencia de criterio contra la prepotencia imperialista en Caracas, evidencia igualmente la línea general de claudicaciones en la diplomacia hispanoamericana.

Contra esta inmoralidad del pensamiento y la acción, Rodó apareció con principios que obligaban a una conducta consecuente entre el pensar y el hacer. Conducta concordante con el ideal. A eso llamaban ideas trasnochadas los que, en la falta de principios, creían hacer obra positiva de progreso. Utilitaristas, acomodaticios a todos los cambios políticos, usufructuadores de toda ventaja derivada de la adoptación de la política nacional e internacional de sus respectivas repúblicas a los intereses del imperialismo norteamericano o europeo.

El error de Rodó fue creer que Calibán y Ariel se distribuían al norte y al sur, respectivamente del paralelo 30 norte. Calibán vivía y sigue viviendo aquí, y pudría y sigue pudriendo en la misma proporción que en Estados Unidos, con la diferencia, que la parte de Ariel norteamericana enseñaba a volar con alas de águila, y el nuestro volaba como cuervo. El Ariel yanqui dio unidad y fuerza a su pueblo. El nuestro parece que quiere empezar a volar, con un retraso de cincuenta años. No fue por Rodó si se le quebraron las alas.

## *Significación continental del pensamiento de Rodó*

El pensamiento de Rodó fue americanista. Toda su obra está escrita pensando en las repúblicas de habla hispánica como un todo histórico y cultural. La literatura era para él una expresión de comunidad hispanoamericana por encima de los mojones fronterizos de la nacionalidad. El quinto capítulo de su ensayo, *Juan María Gutiérrez y su época,* lo titula: "El americanismo literario", y en él plantea la "reivindicación de una autonomía intelectual", que es, dice: "el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello particular y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la

independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma".

Estudiando el proceso de la expresión americana, dice: "Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior a la Emancipación, una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían a la aparición de esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres." Podríase replicar a Rodó con el español Ercilla tomando el pulso al Arauco, y al mestizo Inca Garcilaso, como destacados exponentes de un nuevo estilo que se anunciaba, pero el aserto de Rodó, en cuanto al espíritu y la forma que dieran realidades a una nueva literatura, es exacto. Explica el fenómeno sintetizando, en pocas palabras, la conjunción de la tierra y el hombre en clima de independencia y libertad, generando una nueva expresión literaria: "Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución remplazaba con la espontaneidad que condujese a cada pueblo a la expresión de su carácter propio, la imitación que a todos los identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo de suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, indiferente a toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad".

La deducción es mucho más digna de tenerse en cuenta, si observamos que Rodó teorizó muy poco, y siempre al margen, sobre las cuestiones sociales, pues han sido los problemas sociales los que han acabado por definir la nueva literatura hispanoamericana.

En párrafo anterior al transcrito, hacía igualmente una discriminación entre la poesía culta en los primeros años de la Independencia y la poesía vernácula de los payadores, que resulta actual en su interpretación valorativa: "Germinaba, en las trovas del *payador* del gaucho guitarrero y vagabundo, una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano por el romance del juglar villanesco; pero este desdén mantenía desvinculada del movimiento

literario y del espíritu del hombre de ciudad esa espontánea floración de los campos". Señalando a continuación, después de referirse a *La cautiva* como obra de reconciliación entre las dos tendencias, que, para que los nuevos tuvieran voz propia, fue necesario: "una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los halagos de una nueva sanción de su autonomía en cuanto propagaba a los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad".

Rodó había superado la crítica literaria como mera relación de cánones retóricos, formales. Siguiendo a Taine buscaba en la literatura el hilo conductor hacia un todo vital en el complejo histórico de los pueblos y la cultura. Pueblos y cultura hispanoamericanos se hicieron mensaje en su ensayo sobre *Bolívar,* así como en los capítulos VI y VII, titulados, respectivamente, "El sentimiento de la naturaleza" y "El sentimiento de la historia", del ya mencionado estudio *Juan María Gutiérrez y su época.* En ellos Rodó establece los dos condicionadores del espíritu hispanoamericano, inseparables; la naturaleza como escenario y la historia como voluntad, ambas en función de devenir. Si se separan en el instinto y el sentimiento del hombre, se desvanece la humanidad, es decir, el hacer historia, oficio del hombre, que se alcanza únicamente golpeando sobre el yunque terrígeno que le vio nacer.

La misión continental que Rodó dio a su verbo es otro de los aspectos de su actualidad. Porque no fue americanista defendiendo un programa, sino por su estilo, reflejo de su propia vida de comprensiones y proyecciones continentales.

### *Rodó y el nuevo estilo*

COMO buen mensajero de un pensamiento continental, de fuerza y acción transformadoras de nuestra realidad de cada día, Rodó tan helénico, tan apolíneo según la mayoría de sus críticos, meditó y sintió el deber de hacer de su obra literaria una interpretación de la vida hispanoamericana en relación al hombre. ¿Qué es y cómo es el hombre hispanoamericano? Aquí converge lo que Henríquez Ureña dice de Rodó: "En el *Montalvo* se revela (Rodó), aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio, y, en consecuencia, de esa vasta porción

de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo".

El ensayo de Rodó sobre Montalvo es un estudio crítico en el que los aspectos hombre, artista, medio y época se integran en síntesis americana. Describe el lugar de nacimiento de Montalvo, Ambato, y dice: "allí reunió en una sola personalidad naturaleza el don de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor a la libertad".

No sólo fue para él el gran artífice de nuestro idioma caldeado por "el amor a la libertad". Incidía Rodó en su pensamiento americanista diciendo: "Fue el escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la inspirada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa". Lo califica de Escritor (en mayúscula) entre los nuestros. Este posesivo define sencillamente cómo sentía Rodó la comunidad espiritual hispanoamericana.

Rodó considera a Montalvo como el escritor logrado, el primero en América que sintetiza las dos corrientes esenciales de la creación literaria, "la que da de sí la centella elemental y la que preside a la ejecución perfecta y madura". Estas dos corrientes las polariza Rodó, la primera en Sarmiento, "poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción semibárbara y febril". La segunda en Andrés Bello, "de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo". Y agrega:

> Es menester llegar a Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaiquista y el aliento volcánico del forjador.

Pero no bastan el medio y el acontecer del artista para valorar su obra. Hay que llegar a la interpretación de la vida del hombre, de esa parcela de humanidad que formaba la masa

social de Ambato, en el altiplano ecuatorial andino, comprobando así el mensaje del autor de las *Catilinarias.* Rodó se introduce en ese ambiente y nos ofrece un sintético cuadro histórico que, desgraciadamente, sigue con el mismo drama patológico, social, histórico, en nuestros días. Al cabo de unos cuarenta años de la impresión rodoniana, referida a más de un siglo atrás, se viaja por aquellas latitudes y se llena de espanto el alma del hombre sensible.

Con su precisión clásica Rodó describe usos y costumbres coloniales del Ecuador en la segunda mitad del siglo XIX. Claroscuro de mestizaje en uno de los paisajes más suntuosos de América. Como consecuencia del mestizaje humano se va elaborando un correspondiente mestizaje espiritual. Pero hay un fondo de humanidad que no acaba de conjugar armónicamente con el alma mestiza. El *yaraví,* con su hondo plañir es "la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre".

Pero esa "música triste y querellosa", tiene su razón de ser en la misma naturaleza del hombre que la produce". ¿Cómo es, pues, el alma del indio? Veamos cómo la describe Rodó:

> La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda a su señor natural, al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera.

¿Qué beneficios trajo al indio la Independencia?:

> No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los campos de trabajo. La Independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los

indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela del tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama concierto. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud.

Rodó evoca la herencia espiritual de las castas sobre el indio y dice:

> La Revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. . . Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta ser verdugo.

Podría creerse que, si el indio vivía —sigue viviendo— evadido de una realidad social, había recibido, en compensación, el aliento de una vida mejor de ultratumba, con la que se consolaba de su desgracia. Todo lo contrario, y Rodó lo captó muy acertadamente:

> La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturia sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Habla Rodó del "mísero fundamento de democracia" que condiciona la vida hispanoamericana, y sobre ese fundamento una clase directora "inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad". Y ejemplariza su juicio con esta imagen:

Hay en aquellas tierras unos termites o carcomas que llaman *comejenes:* en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

Esta superestructura espiritual tiene como condicionador económico el sistema de propiedad de la tierra, vigente aún. Rodó lo interpreta así:

La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor.

Rodó complementa el cuadro de aquella realidad social y humana presentándonos la trilogía clerical, leguyesca y militar. Tres plagas cuyo imperio perdura en nuestro continente como causas de desequilibrio político, de disonancia moral y de anarquía social. Rodó las describe en el siguiente orden:

Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando donde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre,

el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra el omnímodo de la influencia clerical.

No estarán de más, en este deseo de valorar el pensamiento de Rodó, citar su comentario, en el mismo ensayo que dedica a *Montalvo,* a la personalidad del tirano ecuatoriano Gabriel García Moreno. No sólo no está demás. Resultan actuales sus comentarios, y como contestación a aquellos que desdeñaban su idealismo puro, en aras de una eficiencia positiva que ahora ya sabemos a qué se refiere. De la generación impugnadora del idealismo rodoniano ha salido otra generación cuyas miras históricas se cifran en la sumisión al totalitarismo rojo o negro. Esto es lo que oponen al realismo crítico de Rodó y a su mensaje espiritual.

La figura de García Moreno la define Rodó en los siguientes términos:

> De cuantos despotismos han pesado sobre la América Española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción a un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reaccionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos.[1]

El espíritu inquisidor del tirano se desbordaba en aberrante fanatismo, no obstante el cultivo de su inteligencia:

---

[1] Para el conocimiento de la tipología psicopatológica del dictador ecuatoriano, resulta buena fuente el libro del profesor cubano Dr. Roberto Agramonte, titulado *Biografía del Dictador García Moreno,* continuador, en esa misma disciplina, del argentino Ramos Mejía en sus estudios sobre la neurosis de hombres célebres, y del venezolano Dr. Carbonell, en su libro *Psicopatología de Bolívar.*

> Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene cómo exaltar el barro humano a las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despeñarlo a los más hórridos abismos del odio y la locura; aquella idea que convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea, le hincó la garra de la conciencia. Como el monarca del Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La Iglesia Romana patrocinando la tiranía, lo demuestra la historia y Rodó lo denuncia:

> El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí mismo: es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir a aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente a la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República, como cismática abominación.

Censura eclesiástica para todo escrito y todo libro que ingresa al país, y la sombra de San Ignacio ensombreciendo los destinos del Estado:

> Detrás del Presidente hay como un senado veneciano, que es la Compañía de Jesús... Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, e infesta las ciudades con la plaga de la ociosidad parasitaria, mientras, en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de *taita* y de caudillo... El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corva las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean, y la muchedumbre les sigue, disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios.

Con esta honradez intelectual, claridad y fuerza expresaba Rodó su pensamiento enjuiciando instituciones y hombres. Ahora priva otro modo, el que estigmatiza un despotismo para ensalzar a otro. La lucha ya no se parcializa entre la libertad y la tiranía, sino entre modalidades tiránicas, unas en nombre de Dios, otras en nombre del Estado, y entre ambas corrientes de teoría y práctica de la historia, otra corriente que se entretiene jugando al anti sin tomar posiciones en la lucha por la libertad y la dignidad del hombre.

### *Nuevo hombre, nueva sensibilidad, nuevo estilo*

SE ha dicho que el pensamiento de Rodó no era útil para hacer de Hispanoamérica una realidad de pueblos eficientes en la pugna de los intereses y de la cultura. Se le reprochó diera únicamente idealismo mientras la vida imponía ideas prácticas, que condujeran a los pueblos hacia la conquista de realidades prácticas. No se daban cuenta estos críticos, ni se la dan ahora, que lo que importa en cada momento histórico es luchar con las armas que se tiene. Mientras Rodó luchaba con las armas de su idea, sus críticos se dedicaban a la busca de ideas ajenas, renegando de las propias. Y buscándolas siguen, como si desearan no encontrarlas para justificar su inacción.

¿Cuál era el panorama de la América Española cuando Rodó lanzó su mensaje? Veámoslo. Cuba anulada su independencia por la enmienda Platt; el continente de habla española partido en dos por la posesión norteamericana del istmo de Panamá; México convertido en feudo de las oligarquías porfiristas; Guatemala, bajo el amodorramiento clerical, preparando el lecho a la dictadura Estrada Cabrera; Venezuela estrangulada bajo el machete de Juan Bisonte Gómez; Ecuador con el fermento clerical que llevó a Eloy Alfaro al más brutal de los sacrificios; Perú en los escarceos que encumbraron al dictador Leguía. Las únicas repúblicas que parecían salvarse de este infierno político eran Argentina, Chile y Uruguay, por muy especiales circunstancias, pero que a la postre parece ser de las tres, Uruguay la única con cierto equilibrio institucional, no obstante haber sufrido la experiencia dictatorial de Terra.

Contra esta realidad de miseria histórica, Rodó levantó su verbo con un ideal que se dirigía a preservar nuestra personalidad de influencias deformadoras, pero inculcando la acción

constructiva, dando normas de convivencia, de democracia, de respeto al hombre, y de superación de éste por el propio esfuerzo. Este mandato de esfuerzo propio es fácil fuera causa de la enemistad que suscitó su mensaje, en un medio continental donde la clase a que pertenecía, y de la que salían los estudiantes a los cuales se dirigía, no sabían sino vivir como parásitos del Estado, y éste a la vez parásito del pueblo y de los empréstitos. El llamamiento de Rodó a una vida de consecuencia ideal y normas éticas no podía ser grato a quienes, caricatura de Nietzsche, medraban al margen del bien y a expensas del mal ajeno. Por eso la certeza de las palabras de Alfonso Reyes: "Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la metafísica de la conducta".

Bravura se necesitaba para lanzar mensajes de idealismo en un continente político postrado por la servidumbre envilecedora y la incivil demagogia. Y es ahora cuando comprendemos la aurora del hombre nuevo, con nueva sensibilidad y un nuevo estilo. Un estilo en el que se aglutinen nueva realidad del paisaje, descendiendo hasta el hombre que yacía —yace— esclavo desde la aurora de su historia cósmica, enrostrando al mundo cristiano su crimen de lesa humanidad. Pero a la vez saturándose de todas las sangres y todos los verbos que nos llegan a través del Atlántico en aspiración de espíritu múltiple.

Los filisteos sonríen a esta posibilidad que el devenir parece reservar a América. Por una parte, cuando oyen hablar de la emancipación de las razas aborígenes americanas, comentan: Sí, ya conocemos la indignación de Fray Bartolomé de las Casas y las denuncias de los sabios Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa. Uniéndose al cinismo de éstos, los del privilegio económico contemporáneo, dicen: Sí; conocemos también lo que narra Jorge Icaza en *Huasipungo*. Y cuando oyen hablar del común destino de los pueblos americanos, como ello implica el desmoronamiento de privilegios enraizados al patrioterismo oligárquico, aprietan codos en torno a los dictadores, pues sólo en ellos se apoya la mezquindad fronteriza de república a república, aniquilador del ideal americanista como un todo indivisible de nuestros pueblos. Ideal que alentaba en nuestros libertadores y único válido para defendernos de todos los imperialismos y totalitarismos.

Rodó se halla inscrito en esa corriente unificadora de la vida política hispanoamericana, dentro de la diversidad de nuestro mundo espiritual. Se ha hecho pantalla de su helenismo,

de su europeísmo, para no enfrentarse con el problema que planteaba en sus ensayos sobre nuestra realidad. Pero sus ensayos están ahí, no sólo en su *Ariel* sino en toda su obra. Y en ella se expresa inconfundible el principio normativo de un nuevo hombre, con una sensibilidad distinta a la de los otros pueblos, diseminados en otros continentes, por la complejidad de su herencia, que se expresa con un nuevo estilo, del que un Sarmiento, por ejemplo, sería el impulso, y de Rodó la forma, pero que se halla inserto en éste como mensaje.

# EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE JUAN FRANCISCO AGUIRRE

No se sabe con certeza si fue en 1754 o dos o tres años después, que nació Juan Francisco Aguirre en un rincón navarro.

En la noticia biográfica que le dedica al frente de su edición mutilada del *Diario,* Groussac da por menos aceptable el primero de los años indicados. Considerando bueno cualquiera de ellos para la cuenta del tiempo transcurrido desde entonces, con la mira de rendirle a aquél el culto de nuestro recuerdo, damos por supuesto que es en 1954 cuando se cumple el segundo centenario del poco menos que olvidado visitante que en 1793, a los diez años de su arribo al país, escribía estas palabras: "El Paraguay, provincia que miro con el amor que es natural, pues en ella he pasado tanto tiempo y el mejor de mi vida, espero recibirá mis expresiones con sinceridad".[1]

Si ha podido afirmarse que donde se está bien, allí está la patria, con cuánta más razón cabría decir que ella está allí donde uno ha sido dichoso por mucho tiempo. "No nos cuesta creerle, escribe dicho biógrafo, cuando girando una larga mirada a sus espaldas antes de pisar el suelo patrio, declara que fueron aquellos años del Paraguay los más felices de su vida. Los años de la juventud son siempre los mejores, mucho más si se contemplan a la distancia idealizados por el recuerdo embellecedor; pero en este caso la grata impresión retrospectiva no era del todo ilusoria. Joven y robusto, disfrutando una existencia independiente y fácil, teniendo los medios de organizar excursiones por un país pintoresco con hombres y elementos de movilidad a su servicio; gozando sueldo crecido y gajes de ordenanza que, conservados forzosamente intactos, importarían una fortuna: desempeñando, por fin, una comisión militar que le garantizaba los ascensos de campaña y no le brindaba sino la faz científica de la carrera, la que cuadraba con sus gustos: compréndese cómo pudiera Aguirre, aun sin agregarle el prestigio con que las almas más prosaicas revisten lo pasado, evocar con simpatía aquella vida americana, hecha de libertad e indolencia, sazonada, más que perturbada, por cuatro o cinco reconocimientos de ríos y territorios, cuya prolija descripción, alternando con planos y cálculos, era su reserva intelectual para la estación lluviosa.

[1] Juan Francisco Aguirre, *Diario,* t. 2º, 1ª parte, Buenos Aires, 1950.

¿Cómo, en efecto, se pregunta a continuación el mismo autor, consiguió Aguirre, a quien no estimulaba el coleccionismo zoológico de Azara, ni ocupaban, como a Alvear, los deleites y cuidados de la familia (pues escapó a las asechanzas que la soledad y el ocio tropical arman a la juventud), soportar, sin degradación mental ni enervamiento físico, tantos años de retiro lejano y poco menos que selvático? "Debió este triunfo obscuro pero positivo a su *Diario,* ......................
ese enorme *Diario,* compañero y confidente de Aguirre en la Asunción, donde lo escribió en su mayor parte" responde Groussac,[2] que, gruñón y todo como era, no oculta su admiración, a ratos; su simpatía, casi siempre, hacia el cronista y geógrafo español cuya obra fue el primero en extraer del olvido y publicarla, aunque fragmentariamente.

Luego de haber permanecido inédita por más de un siglo, esa obra por fin ha alcanzado en el que corre, no una, sino dos ediciones: una mutilada, ya aludida, en 1905, y otra íntegra en 1949 y 1950, ambas a iniciativa y por órgano de la Biblioteca Nacional argentina; la última, constante de tres tomos en cuatro volúmenes, con prólogo del actual director de la revista de dicha institución, señor Barreda Laos; en cuanto a la primera, es de mencionar que, si bien incompleta, se halla enriquecida por numerosas notas del erudito editor; en cuya opinión han sido dignas de salir a luz, no las tentativas históricas de Aguirre, sino "sus trabajos de geógrafo todavía útiles, así como sus apuntes de viajero e impresiones de testigo presencial, que contienen no poca sustancia nutritiva y asimilable para el verdadero escritor que, más tarde, intente restaurar los fastos coloniales".[3] El Sr. Groussac prodiga sus elogios a determinados capítulos, así todo el libro segundo del segundo tomo, que "nos ofrece la descripción del Paraguay; no abarca menos de 440 páginas del manuscrito y encierra sin duda su parte más importante".[4] Refiriéndose al capítulo 5º del libro y tomo recién expresados, manifiesta más adelante que "no tiene desperdicio". Después de una noticia del clima, enfermedades reinantes en el Paraguay y prácticas higiénicas de los habitantes españoles, patricios e indios, viene una noticia de las maderas principales, con sus usos y precios, terminando el capítulo con una razón detallada del valor de las frutas y demás comestibles del país, amén del precio de otros renglones y jornales de los diversos artesanos: todo ello de interés primordial para la historia, y tanto mayor cuanto que muchos de estos datos no se hallarían reunidos en otra parte.[5] A poco andar asevera que Aguirre "se muestra en lo intelectivo del juicio, discreto, prudente, informado, atento a la exactitud material, aplicando a lo que llamaríamos hoy la 'Sociología', sus eximias condiciones de

---

2, 3, 4, 5, 6, 9, 12 y 14 PABLO GROUSSAC, prólogo al *Diario* de Aguirre, en Anales de la Biblioteca, t. IV.

oficial de derrota y astrónomo observador ........................ Aguirre, a no dudarlo, tenía sano el órgano visual, añade casi en seguida: y como además, su evidente probidad abona lo sincero de su relato, no vacilamos en adoptar sus conclusiones para los casos ordinarios y concretos".[6]

En cuanto al otro prologuista del *Diario,* no le va en zaga al anterior tratándose de destacar su importancia, al poner de manifiesto que "es un aporte valioso para el historiador, en sus descripciones, relatos referentes a personajes y sucesos, que abarcan desde las primeras fundaciones españolas y portuguesas en Brasil y Río de la Plata, hasta fines del siglo XVIII ........................................

Extremadamente meticuloso en la relación de sucesos, en sus referencias a personajes de la conquista y colonización, esa natural disposición a la exactitud, desarrollada en su profesión de marino, en su pasión por la geografía, cosmografía, matemáticas, hacen del *Diario* de Aguirre un acervo de documentación veraz, de información fidedigna".[7]

Barreda Laos, sin embargo, discrepa de Groussac en la apreciación de la labor histórica del comisario español. Mientras el escritor franco-argentino lo tilda a éste de "historiador improvisado, oficio para el cual no poseía la aptitud necesaria", el peruano sostiene que el llamado "Discurso histórico", contenido en el libro segundo del tomo segundo del *Diario,* "es una contribución fundamental a la historia del Paraguay",[8] cuya continuación va en el libro cuarto del mismo tomo y abarca, bajo la denominación de "épocas", el transcurso de esa historia desde la renuncia del adelantado Torres de Vera y Aragón hasta los días que le tocó al cronista vivir aquí.

Si bien aquél le hace justicia a Aguirre ensalzando su obra en varios aspectos, en otros la critica, aunque no todas las veces con razón, como cuando no una sino dos veces, expresa que en el cuarto de los once capítulos destinados a la descripción del Paraguay, "estalla la 'calculomanía' en forma de interminables listas de latitudes y longitudes, de puntos tanto más desconocidos cuanto más prolijamente bautizados en guaraní",[9] o "cuadros de situaciones geográficas de lugares que han desaparecido",[10] siendo que nuestro viajero no era responsable de la toponimia indígena y que las únicas poblaciones desaparecidas han sido las de Cariy y de Carimbatay.

---

[7] FELIPE BARREDA LAOS, prólogo al *Diario* de Aguirre.

[8] El "Discurso histórico", omitido por Groussac en su edición del *Diario* fue publicado en 1937 por la *Revista de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires,* y en 1947, por Espasa-Calpe en su Colección Austral, con prólogo de Ignacio B. Anzoátegui, quien decía allí no haber podido saber qué significa *panacu,* palabra guaraní que trae cualquier diccionario brasileño con la acepción de cesto o canasta (no chato como el *ayacá,* sino alargado).

[10] *Diario,* en el t. VII de los Anales citados, p. 165, nota.

Si ha podido asegurarse que Aguirre viene a completar útilmente a Azara en etnografía del Paraguay y el Chaco, todavía con mayor fundamento cabe decir que a menudo es más minucioso y preciso que él en materia de geografía, como sucede en los dos casos siguientes que por vía de ejemplo vamos a mencionar: el viaje a la cordillera de aquél, efectuado entre el 1º de diciembre de 1793 y el 3 de enero siguiente, comprende un itinerario más extenso y anotaciones más detalladas que el del segundo, mientras que en el viaje a Curuguaty de uno y otro, la diferencia es más notable aún, por cuanto el del primero abarca un centenar y medio de páginas, mientras el de su colega se contiene en menos de quince; añádese que el de Aguirre incluye una verdadera monografía sobre la villa de San Isidro y su jurisdicción, donde no se sabría decir qué parte es más interesante: si la histórica o la descriptiva.

Por constituir una de las fases para nosotros más atrayentes e instructivas de la obra de Aguirre sus numerosos datos sobre toponimia paraguaya, traeremos a colación, antes de poner punto, algunas de sus preciosas informaciones acerca de la fundación de dos de los pueblos de costa arriba. Luego de mentar que, una vez fundada Villa Real, avanzó la ocupación de la zona norte del país, con especialidad en procura de los yerbales, gracias sobre todo a un don Juan de la Cruz Rivarola, "célebre en estos descubrimiento por su trabajo y riesgo de la vida con que los adelantó hasta las cordilleras", nos cuenta que le siguieron a Rivarola otros: "Veinte, entre ellos el principal don Pedro García Lacoizcueta, se presentaron a don Pedro Melo de Portugal, solicitando poblar en aquellos lugares y se les concedió en auto de 6 de octubre de 1784; pasaron a cumplirlo eligiendo terreno para solares de villa, chácaras y estancias. Nombró el gobernador al mismo Gracia como comisionado dándole las competentes facultades y poco después empezó la traza y repartimiento de la nueva villa, que se levantó en el lugar donde hoy está, llamándole San Pedro Apóstol de Yguamandiyú. San Pedro por el nombre del referido Gracia e Iguamandiyú, o pozo del algodón, porque en el terreno elegido, conocido por este nombre, hubo una planta de esta especie en un hueco como de pozo".[11] En nota al pie, agrega que "El paraje llamado de Lima lo fue por haber hallado Rivarola una planta de esta especie y es costumbre general poner los nombres según lo que les parece o bien por accidentes propios o por lo que ofrece la vista del terreno", para concluir manifestando que "con el tiempo se siente no tener la verdadera noticia del origen de un pueblo".

Por fin, a los doce años de su llegada, Aguirre se despidió para siempre de la Asunción el 19 de febrero de 1796, y emprendió la vuelta

---

11 *Diario*, t. 2º, 2ª parte, pp. 559-560.

sin premura, a caballo, con su escolta de subalternos y el convoy de las mulas cargueras", tan sin premura que no llegó a su destino, la capital del virreinato, sino el 25 de abril siguiente,[12] como si hubiese querido ir retardando el instante de dejar atrás las comarcas donde, según sus palabras precitadas, "habría pasado tanto tiempo y el mejor de su vida".

He aquí otro viajero que se alejó del país al parecer a su pesar, a la manera como se irían también más tarde Rengger y Bonpland; el naturalista suizo, porque el celoso dictador "se negó y no quiso acceder a la solicitud que el propio Rengger hizo al gobierno de quedarse aún en el Paraguay en clase de médico, a fin de casarse, como quería, con la hija del europeo español Antonio Recalde, vecino acaudalado, de la que el pobre andaba perdidamente enamorado",[13] y el botánico francés, que saldría sólo para detenerse en la cercana vecindad, a proseguir su existencia y morir después al cabo.

"No conseguirá la gloria, dice Groussac, de Aguirre, que no se acuñan tales medallas de oro por estos mundos de papel, pero sí una modesta fama de claroscuro, discreta y firme como su mérito: y ello, no a fuer de marino español ni de vago académico madrileño, sino de huésped traseúnte por estas provincias y temprano observador de su proceso orgánico".[14]

De todas ellas, ninguna le es deudora de tanto amor ni tanta honra como este país, donde él, "El solitario de la Asunción", según le llama su biógrafo tantas veces citado, confiesa haber vivido, sin embargo, sus años más felices.

*José Concepción* ORTIZ.

---

[13] Bando del dictador Francia, en el *Ensayo histórico* de Rengger y Longchamp, Buenos Aires, 1883, p. 25.

*Dimensión Imaginaria*

# LAS ARMAS DE LA LUZ

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

## I

El día, alzado en armas,
gira a mi alrededor: ¡oh cerco de oro
seguido por la azul caballería
del horizonte en trance de palabra
o de vocal redonda eternamente!
¡Del paladar de nubes, oh bostezo,
oh suspiro entre rocas amarillas
y emboscados ejércitos solares!
Me entrego al sitiador esplendoroso,
prisionero de sombra sin combate,
rendido a la evidencia meridiana,
omnipresente en árbol, roca, insecto,
paraíso terrestre renovado
cada día del mundo, sin la fábula,
en las cosas dispersas libremente,
cuya sola presencia es un mensaje
en idioma de luz que me penetra.
La luz hace nacer todas las formas,
extranjera venida de la altura
palabra de lo eterno repetida,
hasta el fin de los siglos siempre virgen,
más vieja, sin embargo, que las piedras
o que los animales o las plantas,
madre del universo pasajera
de planeta en planeta, que por turno
se animan al amor de tu mirada.

II

La luz me mira: existo. La luz mira
en torno mío todo, hasta el guijarro,
y cada árbol afirma su existencia
por sus hojas sumisas, que se bañan
en la total mirada de la altura.
Un río lleva en su alma esa mirada,
que borrar con azul en vano intentan
piedrecillas o ranas, que se hunden
y hacen sólo surgir entre las aguas
la forma del gran ojo que se abre
al turbar la dormida transparencia.
Horizonte de rocas o molares
de Dios, en donde habita la palabra
profunda: más allá. ¡Vocablo de oro
en la hueca garganta de distancia!
Ya comprendo la lengua de lo eterno,
como de lo lejano y lo escondido,
porque la luz ha entrado meridiana
en mi cuerpo de sombra hasta los huesos,
tubería de cal por donde sopla
la música del mundo, el tierno cántico
de la familia universal de seres
en la unidad terrena, planetaria
de su común origen: la luz madre.

III

Translúcida la avispa, prisionera
de su ámbito floral, comprueba al vuelo
su libertad medida, su dominio
cercado por las huestes vegetales,
y en su mundo de sol gira gozosa,
angélica, en su cielo de hojas y aire,

y fabrica dulzura sin descanso
con materia de luz su oro gustoso,
guardiana de su mágica alquitara
con su lanza de fuego va volando,
minúscula amazona, miel armada.
Avispa cazadora y mensajera,
cínifes transparentes como el aire,
insectos de la luz, familia diáfana
o signos de una efímera escritura
en texto natural para los pájaros,
que leen entre silbos, tragan letras
caídas en la hierba o seres vivos,
jinetes desmontados en la guerra
de siglos que comienza cada día,
guerra civil terrestre de gusanos,
que devora el Gran Mirlo de la sombra.

## IV

Sólo es luz emplumada el colibrí,
luz con alas o mínima saeta
que las flores se lanzan una a otra
al corazón de aroma y de rocío.
Le ve pasar el aire en un relámpago
de pedrería cálida, volante
astilla de vitral, reflejo de agua,
fugaz en el espejo del espacio
que le mira incansable pasajero
ir y venir, imagen de la prisa
entre la lentitud grave del mundo
en la solar batalla meridiana
y buscar vanamente la flor Única
en su breve estación sobre la tierra
hasta que el pico encuentra en la corola
el azúcar secreto de la muerte.

Mas la herencia del pájaro difunto
se reparten insectos y raíces
y el color de las alas va a los frutos,
miniaturas del sol, planetas dulces,
y de allí nuevamente en pulpa de oro
a la tribu del aire y de la pluma
o en sangre vegetal, licor nutricio,
en un ciclo infinito de animales
y semillas, de insectos y de plantas
que comanda la luz, la luz suprema.

V

Amistad de las cosas y los seres
en apariencia solos y distintos,
pero en su vida cósmica enlazados
en oscura, esencial correspondencia
más allá de sus muertes, otras formas
del existir terrestre a grandes pasos
hacia el gris mineral inexorable.
Su alimento de luz para ese tránsito
cada día del mundo lo recogen
—desde el pez que lo cambia en plata pura
hasta la golondrina que lo esconde
bajo el tejado, paja a paja de oro,
o el peral en sus pálidas redomas—
todos los seres de agua, tierra y aire,
especies interinas, vestiduras
mortales, sucesivas, de lo eterno.
En la escala que sube del guijarro
a la escama, a la hoja y a la pluma
una armonía pávida interroga,
dividida en millares de preguntas,
que repiten los ecos papagayos.

## VI

¡Cielo entre cuatro rocas solas: háblame!
Tu boca desdentada ya modula
el tremendo secreto meridiano.
Mente sin nubes, diáfana conciencia
transmíteme la idea en llama pura.
Tu elocuencia de miel solar me envuelve
y nace en mí la fúlgida evidencia.
¿Quién soy? ¿En dónde estoy? El mediodía
me circunda con su oro, mina inmensa.
Soy soldado del lirio y de la avispa
y servidor simétrico del mundo;
tengo un ojo de sol y otro de sombra,
un punto cardinal en cada mano
y ando, miro y trabajo doblemente
mientras dos veces peso en la balanza
cerebral en secreto
el vinagre y la miel de cada cosa.
Mido el tiempo, el color, mi metro aplico
a lo que me rodea, mas no veo
más allá de las nubes, se me escapa
la música y la luz entre los dedos.

## VII

Obeso mediodía, de topacios
nutrido, siempre ardiente de sed alta,
soberano absoluto de un imperio
de doradas arenas infinitas:
Tu batalla ganada la contempla
la azul caballería
del horizonte, lista a entrar en fuego.
¡Oh frescas emboscadas de la sombra
para apresar las huestes meridianas
en sus trampas de vidrios y de insectos!

Allí donde hay un árbol o una fuente
pende o flota una víctima radiosa.
Mas el oro del cielo
en ofensiva unánime
de cornetas solares y de viento,
ocupa el territorio. Libres andan
en el gran campamento de la luz
los hombres en recreo de cautivos
entre los que ando solo, con mi avispa,
mis dos sombras —la grande y la del suelo—,
mi costumbre de hablar a cada cosa
y beber sorbo a sorbo el tiempo inmenso
hasta que el día entero se consume
y veo amontonarse en el ocaso
las armas de la luz ensangrentadas.
En mi morada oscura
vuelvo a escuchar al hombre del espejo
que habla conmigo a solas,
me mira e interroga frente a frente,
en eco me responde en mi lenguaje
y se asemeja a mí más que yo mismo.

# CUATRO POEMAS

Por *Jorge DE LIMA*

Versión española de *Campio Carpio*

## EL FAROLERO

¡AHÍ viene el farolero de la calle!
¡Viene, imperturbablemente,
parodiando al sol, enamorando a la luna
cuando la sombra de la tarde ennegrece el poniente!

Una, dos, tres lámparas enciende y continúa
encendiendo otras, interminablemente,
a medida que la noche a poco se acentúa
y la palidez de la luna apenas se presente.

¡Triste ironía atroz la del cerebro humano!
¡Él, que dora la noche e ilumina la ciudad,
tal vez no tenga luz en la covacha que habita!

Cierta gente, sin que su corazón estalle,
ciencias, religión, amor, felicidad a otros insinúa
como ese encendedor de faroles de la calle.

## EN LA CARRERA DEL VIENTO

ALLÁ viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene un mundo de vasallos,
viene la desgracia gimiendo,
viene la bonanza sonriendo,
viene un grito, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene la tristeza del mundo,
viene la camisa mojada
del sudor de los desgraciados,
viene un grito, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
En las alas del caballo
viene un mundo amaneciendo.
Ligado un mundo a otro mundo
viene un grito, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo,
los siglos corriendo atrás.
Allá viene un grito de Dios
y un grito de Satanás.
Ligado un grito a otro grito,
viene la vida, viene la muerte,
viene el viento, revoloteando,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento revoloteando
con sus caballos motores,
revolando en los aviones.
Allá viene el progreso, polvareda,
carrera, velocidad.
Allá viene, en las alas del viento,
el lamento de la saudad,
revoloteando, revoloteando.

Allá viene el viento corriendo
montado en su caballo.
Quien viene ahora es un chiquillo
montado en un cordero.
¡Parad al viento. Dejad
reposar al caballero!
Pero el viento viene rabiando,
revoloteando, revoloteando.

## ESA NEGRA FULÓ

Un cierto día llegó
—de eso hace ya mucho tiempo—
al ingenio de mi abuelo
una negra muy bonita
llamada negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
—llamaba así la señora—
Ve a preparar mi cama.

Ven a peinar mis cabellos.
¡Ven a ayudarme a secar
esta mi ropa, Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

Esa negrita Fuló
allí quedó de mucama,
para vigilar la señora
y para planchar al señor.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
—llamaba así la señora—
¡Ven a ayudarme, Fuló!
¡Ven a abanicar mi cuerpo
que estoy sudando, Fuló!
Ven a hacerme cosquillas.
Ven a matar mis piojos.
Ven a amacarme la red.
¡Ven a contarme una historia,
que tengo sueño, Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

"Era un día una princesa
que vivía en un castillo
y tenía un vestidito
como el del pececillo del mar.
Entró en la pierna de un pato,
salió por la pierna de un pinto.
El rey mi señor me mandó
que os contase más cinco".

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
¡Ve a acostar y a dormir
a esos chiquillos, Fuló!
"Mi madre me ha peinado.
Mi madrastra me enterró,
por los higos de la higuera
que él sabía pellizcó".

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
—era la voz de la señora—
¿Dónde está el frasco de olor
que tu señor me mandó?
¡Ah, tú fuiste quien lo ha robado!
¡Ah, fuiste tú quien lo robó!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

El amo para azotarla
a la negra se acercó.
La negra tiró la ropa
y el señor dijo: ¡Fuló!
Y su vista oscurecióse
que ni la negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
¿Dónde está el lienzo de seda?
¿Dónde mi cinturón, mi broche?

¿Dónde mi anillo de oro
que tú señor me mandó?
¡Ah, tú fuiste quien lo robó!
¡Ah, tú fuiste quien lo robó!

¡El señor fue a azotar
solo a la negra Fuló!
La negra tiró la saya
y también el camisón:
¡De dentro de él salía
desnuda negra Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
¿Dónde, dónde está tu señor
que Nuestro Señor me mandó?
¡Ah, tú fuiste, quien lo ha robado,
fuiste tú, negra Fuló!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

## ¡HOLA, NEGRO!

Los nietos de tus nietos y de tus cafusos
y la cuarta y la quinta generación
de tu sangre doliente
tentarán apagar tu dolor.
¡Y las generaciones de esas generaciones,
cuando apaguen el tatuaje execrado,
no apagarán de su alma, tu alma, negro!

¡Padre Juan, Madre negra, Fuló, Zumbí!
Negro que huye, negro cautivo, negro rebelde,
negros cabindas, negros congos, negros iorubas,
negros que no fueron embalados en algodón para U. S. A.,
ni para los cañaverales del Brasil,
que no quedaron en el cepo,
entre cadenas de hierro, ni en la sepultura
para honor de todas las señoras del mundo:
¡yo comprendo ahora mejor tus blues
en esta hora triste de la raza blanca, negro!

¡Hola, negro! ¡Hola, negro!

¡La raza que te ahorca,
ahórcase de tedio, negro!
¡Y eres tú quien la alegras
todavía con tus jazzes,
con tus songs, con tus lundús!
¡Los poetas, los libertadores, los que derraman
torrentes babosos de falsa piedad
y hacen de ti un motivo literario,
no comprendían que tú ibas a reír!
¡Ni que tus risas, tu virginidad,
tus miedos y tus bondades,
cambiarían el alma blanca
cansada de todas las crueldades!

¡Hola, negro! ¡Hola, negro!

¡Padre Juan, Madre negra, Fuló, Zumbí!
que trajisteis las señoronas a las casas grandes,
que cantasteis para que el señor durmiera,
que os rebelasteis también contra el señor:
¡cuántos siglos han pasado
y cuántos pasarán sobre tu noche,
sobre tus mandingas,
sobre tus miedos, sobre tus alegrías!

¡Hola, negro! ¡Hola, negro!

¡Negro que fuiste entre el algodón para U. S. A.
o entre los cañaverales del Brasil,
cuántas veces las cañas han de blanquear
para que los cañaverales
puedan dar más dulzura al alma humana!

¡Hola, negro! ¡Hola, negro!

Negro, el antiguo proletario sin perdón,
proletario bueno,
proletario bueno,
proletario bueno,
blues, jazzes, songs, lundús...
¡Segabas con bondad de cantar,
llorabas con bondad de sonreír,
con bondad de hacer mandinga
para que el blanco quedara sano,
para que el látigo doliera menos,
para que el día acabara y el negro durmiera!
¡No basta iluminar hoy las noches de los blancos con tus jazzes,
con tus danzas, con tus risotadas!

¡Hola, negro! ¡El día está naciendo!
¿El día está naciendo
o será tu risotada que está llegando?

¡Hola, negro!
¡Hola, negro!

# PERFIL Y DRAMA DE JORGE DE LIMA

Por *Campio CARPIO*

*Ese Jorge de Lima*

CON Jorge de Lima desaparece una de las figuras más ilustres de la poesía americana contemporánea. Desde muy joven se había dedicado con pasión benedictina al cultivo del verso. Y en el curso de los cuarenta años posteriores consagrados a las letras, fue estudiando en todos los detalles la intimidad espiritual y solidaria de la palabra escrita hasta arrancarle nuevas modulaciones. Con José Martí, Manuel González Prada y Rubén Darío, la poesía americana pierde al más grande de sus animadores después de César Vallejo, que en este momento, logró sacudirle el polvo del siglo anterior, para hacerla sentimentalmente evocativa e imprimirle, dentro de los conceptos modernos, la libertad lírica, ennobleciéndola en forma y significado dentro del tiempo y la eternidad.

Había nacido en União, Estado de Alagoas, Brasil, el 23 de abril de 1895. Perteneciendo a una de las más distinguidas y antiguas familias, desde los cinco años hasta cerca de los sesenta, ha vivido sometido a una disciplina intelectual que le colocó entre su generación como el vigía literario indiscutible, por la audacia de sus conceptos, tanto en la poesía como en sus cuentos y novelas. Cultor de las bellas artes, ha ejercido esporádicamente la docencia y el periodismo, alternando con la medicina, que era su habitual profesión, multiplicándose en una actividad tan intensa que le agotó en edad temprana. Espíritu "ático, inteligencia extraordinaria, capacidad envidiable, su cultura tan bien formada alcanza a veces muy elevadas alturas", dice uno de sus comentaristas. Pero es en el estilo y en su interpretación del mundo humano, a través de la poesía y de la prosa, donde, siguiendo las orientaciones del arte moderno, se impregnó de mística dulzura. Y en grandeza fue devolviendo a la humanidad trozos de sí mismo en composiciones poéticas donde cada estrofa, cada verso son una iluminación.

Jorge de Lima se ha convertido, dentro de las letras brasileñas, en un genuino innovador. Y tanto en la cátedra como en las bellas artes, era uno de los valores más sólidos de la cultura de aquel país, por haber arrancado a la entraña popular los secretos escondidos, forjados en bellos versos que abarcan algunos volúmenes. Sù personalidad de bardo "se impone a los continentes americano y europeo, dentro del ámbito modernista, pero sin extravagancias ni exageraciones. La poesía de Jorge de Lima, como producto de un movimiento de eterna renovación, es sutil e imperecedera por su arrobamiento y candencia en metros y rimas. Hasta en sus polirritmos, o libres de rima, encontramos la simplicidad del paisaje y de la naturaleza manifestados en la simplicidad de su universal grandeza. Para Jorge de Lima la poesía ha de ser representación de humanidad viva y ha de expresarse en lenguaje de tal sencillez que cautive por lo que anima, por lo que enternece. De ahí que sus cuadros descriptivos del paisaje y costumbres brasileños sean una leyenda popular, exaltada con tanta ternura. Costumbres, montes, ríos, floresta, y todo lo selvático que este poeta singular del mundo literario de hoy cantó en todos los tonos, resuma lo agreste con lo simple para encontrar la belleza, desde el mar hasta la vida semiprimitiva del negro y del mestizo, tanto en los ingenios y usinas donde se industrializa al proletario junto con la caña del azúcar, de las haciendas, de donde se cultiva el café que recorre el mundo hasta el zumbido de los aviones. Todo lo concibió en elevado sentimiento, y con conocimiento profundo de artista.

### *Su culto a la belleza*

DENTRO de este ámbito, la poesía de este brasileño se desenvuelve en una constante renovación en procura de la belleza increada que le consumió. Fina inteligencia, de sensibilidad delicada, ha vivido plenamente el drama del mundo moderno que ya no encuentra espacio para sus ambiciones materiales. Presa de esa pavura, contra su voluntad, se zambulló espiritualmente en el folklore para arrancarle los atractivos que presenta su obra. Después de haberse independizado de las diversas escuelas literarias, imprimió a su poesía una musicalidad de himno de alabanza, con cierto misticismo, que la enaltece. Luego del *Encendedor de faroles*, soneto con llave de oro que

inicia la revolución poética en su país, sus composiciones marcan un pronunciado acento evocativo y adquieren esa musicalidad casi litúrgica que surge del fondo del tiempo hasta el alma para venir a nosotros como redentora plegaria en las alas del viento.

Sus descripciones, tanto en prosa como en verso, se caracterizan por su concreción. Trata de reducir vida, movimientos y gestos a metáforas, observando todo con ojo de artista para cantarlo luego como poeta de raíz tan honda en la entraña del pueblo como no pudo Manuel Bandeira. Un recorrido a su obra, nos presenta esa singularidad de síntesis y de espontaneidad líricas, de tensión emotiva consustancial de motivos artísticos revolucionarios. En esa concreción, su arte palpita y se convierte en portavoz de la eternidad. Enamorado del ambiente popular, su verso fue sorpresa y asombro por el mundo íntimo descubierto, por la ingenuidad creadora con que lo viste, por la indisciplina con que lo presenta y por su hondo contenido humano.

La poesía de Jorge de Lima trasunta un triunfo evolutivo y de propia decisión dentro del panorama literario brasileño. Su arte de la rima, su ajustada candencia y los ritmos profundos le convierten en un inspirado, no sólo lírico, sino épico, tratando siempre de llegar a una perfección que exprima todo el sentimiento del hombre, para lo cual se rebeló contra la sintaxis y la gramática. Poeta ya en plena adolescencia, presenta una permanente y angustiosa decepción terrena y de ahí que la grandeza de su canto aparezca como resignada y dolorida. Los primeros sonetos, que datan de su juventud, tienen ese marcado acento angustioso del que no pudo liberarse totalmente, aun en los poemas posteriores. Fénix de los poetas de su generación, resucitó de las cenizas literarias de su país variadísimas experiencias. Huyendo de la teorización, de los problemas implícitos en cada artista y explícitos en sus obras, afirma Manuel Anselmo que la personalidad de este poeta alcanzó refluencias de todos los cambiantes de la poética universal.

Descriptivo en sus primeros poemas, fue entrando luego en el corazón, superándose por necesidad de su propio estro. "Sus motivos exigían una emoción poética, más amplia y libre, que no podía encasillarse en fórmulas clásicas o románticas" propiamente dichas. Tomando en tonos vivos y minuciosos la realidad hechicera del nordeste de su país, creó una imagen

lírica. Por ejemplo, un tren de la Great Western of Brazil Railway que atraviesa aquella región, "hace desfilar ante nosotros, a través de la imaginación de Jorge de Lima, una magnífica realización literaria, con sus diferentes paisajes, las diversas figuras características, la propia saudade, que le inspira un poema 'en loor de esa calle, con todos los bemoles de mi alma lírica, porque ella, en mi inocencia de niño, fue mi primera maestra de paisaje. Ahí el paisaje de la línea: una casita blanca, una morena en la ventana, un pedazo de selva, las colinas, el río, y las mañanas y los crepúsculos. . . y mi trencito romántico, moviéndose despacito para que el poeta provinciano viese caer la tarde y viese el paisaje pasando'."

El poeta no se olvida de consignar que el conductor de ese trencito tiene "bigotes parnasianos y ojos caídos" y que "cultiva la metáfora intuitiva y los adjetivos rubicundos, lo que demuestra su caricaturesca y espontánea ironía. Pero en ese mismo convoy viaja la fauna humana que le merece la más conmovida solidaridad, en los inválidos que mendigan, hombres sin nariz, mujeres astrosas y niños sin padre, vestidos de heridas en tanto otros exponen sus vientres hinchados y rostros de boxeadores vencidos en el último round". El comentarista Manuel Anselmo agrega que la verdad y humanidad de estas descripciones demuestran que el nordeste del poeta no tiene literatura, siendo minuciosamente real, violentamente arrancado dolorosa y pintorescamente de su totalidad humana y vegetal.

### *Poeta del alma brasileña*

AUN en su parte descriptiva, siempre hay un sentimiento de ternura en sus poemas. Por ejemplo en el que describe la "apeiba cimbalanea", propia de aquella región, cuando dice que su "nombre, coterránea, es Embira Blanca, palo de jangada, simplemente, con el que el hombre de las playas vence las olas y abate al tiburón, al mero y a la raya". Y tiene también "copaúba, dendé, coco pindoba, palo de arco color del oro, camará color del lunar, sapucaia color de rosa, cañafístula color de heridas; ya no hay palo brasil, pero hay plantas que dan pan, sal, aceite, agua, género, remedios, miel, trancas, y hay la caña que da todo, porque da al hombre triste de estas tierras la alegría color de brasa de la embriaguez y el olvido color de ceniza".

Donde se presenta, sin embargo, con todo su deslumbramiento lírico, es en el descubrimiento del alma brasileña. La Modorra de Yayá y los otros grandes temas locales, como la caña de azúcar, el ingenio, el cangaceiro y las circunstancias geográficas de aquel ambiente brasileño, con el vicio mórbido de comer barro, el invierno, la sequía, las crecientes y los indelebles recuerdos de su juventud encuentran en él espiritualizada su poesía. La modorra tan característica de aquella zona está expuesta plásticamente en un documento insofisticable: "Yayá está en la red de palmera. La mucama de Yayayá espanta los mosquitos, hamaca la red, canta una canción tan dulce, tan blanda, tan melosa que Yayá tiene deseos de dormir. ¡Qué pereza, qué calor! Yayá tira la camisa, toma un refresco, prende el monito, limpia el sudor, salta en la red. ¡Qué perfume agradable tiene Yayá! ¡Qué deseos doloridos de dormir. . . Olor a miel de la casa de las calderas! El monito de Yayá duerme en un rincón. Yayá se queda dormida, inclina la cabeza y se abre en la red como una flor. La mucama cesa de cantar, ¡espanta los mosquitos, calla el vaivén, abre la ventana, mira al corral! A lo lejos, un pajarito, canta. Antes que Yayá se desperece, la negrita de Yayá hamaca la red, espanta los mosquitos, canta una canción, tan dulce, tan blanca, tan melosa que Yayá sin acordarse, se rasca, se estira y toda se abre en la red de palmera".

En su *Evolución de la poesía brasileña*, Agripino Grieco señala la rareza de fidelidad con que el poeta interpretó la carga atávica del sexo y del lirismo que hacen del nordeste una especie de Tahití más melancólica, como un pedazo de la India múltiple y contradictoria de las peregrinaciones infantiles. Jorge de Lima, ubicado dentro del ambiente de aquella región, presenta muchos puntos de contacto con el mundo selvático de Rudyard Kipling. Y no es todo fiesta cuando se interna en el centro del panorama, ya que también presenta la otra faz dolorida y trágica. Algunos de sus contemporáneos mencionaron que hay en este fondo dramático la majestad de un poema épico por la elocuencia de su testimonio. Cuando trata de los buscadores de oro que "primero descendieron por el río Opara, eran los hombres que fueron a herir la tierra en busca de oro. Y después fueron a levantar la cruz para curar las llagas que el oro hizo". O aquella que trata del invierno, admirable por su sencillez, que es un modelo de virtud: "¡Sefa:

llegó el invierno! ¡Hormigas de largas alas! ¡Llegó el invierno! ¡Barro y más barro, lluvia y más lluvia! ¡Todo va a nacer, Sefa! ¡Va haber verde, verde del bueno: verde en las ramas, verde en la tierra, verde en ti, Sefa, que yo quiero bien!".

*Poesía de la humanidad*

En contraste, las cantigas de las lavanderas tan tristes, tan pensativas. Y es que "las almas negras pesan tanto, son tan sucias, tan pesadas como los bueyes". La tristeza es característica en su temperamento lírico, evocativo, tan natural que lo domina siempre. "Mujer proletaria, única fábrica que tiene el obrero, fábrica de hijos; tú, en tu producción de máquina humana, suministras ángeles para Jesucristo y brazos para el señor burgués. En los engranajes de las fábricas se mueven como vermes los dedos machucados de los obreros. Hay intestinos rotos de criaturas en el vaivén de las trasmisiones. El avión comió la saudad de las madres que la distancia separó de los hijos vagabundos. Alcanza la luz trémula de la vela para iluminar mi poema antiguo. El lirismo perdió su liturgia. Las lámparas Osram velan fúnebremente la poesía".

Dentro de su noche, desea huir, oculto en las sombras "hacia otros lugares donde las gaviotas sean menos inútiles y haya un corazón en cada puerto: y las aves marinas de alba blancura, cadenciosas y sabedoras de viajes vengan a revolotear sobre mi pipa cuando los cometas del cielo se apaguen. ¡Oh! ¡qué noche larga! ¿Quién está llorando afuera? ¿Es la humanidad o alguna fuente?"

Una dulce emoción de amargura nostálgica huye de sus páginas con la sutilidad de blanca humareda por el ritmo particular de sus poemas. En todos campea el drama humano con ese dejo melancólico que algunas veces resulta supersticioso como arrancado de la imaginación del niño artista que llegó a poblar el mundo al momento que "viene descendiendo una noche encantada de la lámpara que expira lentamente en la pared de la sala. El niño apoya la cabeza y sueña dentro de la noche quieta de la lámpara apagada con el mundo maravilloso que él arrancó de la nada".

Rebelde a toda imposición literaria, ha ensayado todos los estilos poéticos, desde el alejandrino clásico hasta el impresionismo riguroso, llegando a encontrarse dentro de una melodía

lírica moderna, tan suya como la más delicada de todos los tiempos.

Jorge de Lima ha roto con las ligaduras de esa "literatura sin realidad, contra lo negro de Castro Alves elevado a Espartaco y servidor del peor romanticismo del mundo que fue el gongórico". Insatisfecho de su obra, estableció su propia fórmula poética definitiva, luego de destrozar los juguetes de la vieja literatura brasileña y hasta mismo los exportados por Moscú. En procura de una tendencia literaria que sucediera a la actual, podría quizás llegarse al regreso de un "nuevo clasicismo, si consideráramos nuestros clásicos las producciones portuguesas escritas por brasileños, a partir de la prosopopeya hasta los primeros románticos. Sería una resurrección de lo retórico, del gongorismo español al seicentismo portugués". Pero lo que importa es volver a un estado de alma más o menos real que hasta ahora no ha existido en aquella literatura, pasando por al escrófula del romanticismo como la había denominado Proudhon, en pos de lo sublime y lo humano expresados en la primera fase de una estética viva.

El poeta comprendió con criterio singular cómo del espíritu literario surge la verdadera obra de arte, hija de la aventura, de la ambición e insumisión, según la interpretación de Jean Cassou. El arte está ligado a la vida, porque no es abstracto y porque palpita, dice Manuel Anselmo; y es así porque la vida tiene su mejor expresión en el individuo. La creación y la crítica equivalen a una pedagogía "de lo vivo, a una escuela de inquietud, verificada a través de las personalidades y de las tendencias comunes". Así estamos frente a las inquietudes, latentes aún, surgidas inmediatamente después de terminada la Primera Guerra Mundial, manifestadas en ese mundo personal del arte que se proyecta del hombre al piasaje humanizados sobre todo en la novela contemporánea, verdadero movimiento revolucionario del intelecto.

## *Los grandes poemas*

En Jorge de Lima, esa manifestación también fue el producto apasionado de su amor por el arte, que en sus grandes poemas de contenido llegó a convertirse en obra completa, confundida como está con su alma. También él ha debido sufrir los dolores del parto y dar libre anchura de contenido a su vocación,

a su "singular destino emotivo intelectual" para imprimirle el acento de materia viviente. Había pasado la época del alejandrino, del soneto bien rimado, sin asonancias ni disonancias, cortado al milímetro, para ser declamado en salones a donde no llega la voz de la calle ni el barro salpica las blondas vestiduras. Los primeros sonetos de Jorge de Lima quedaron atrás en tanto el poeta seguía adelante, sin detenerse, cada día con una sorpresa literaria. En el ánimo de mantener como tea encendida la nueva cultura en formación, el "espíritu creador vigilante" y una personalidad esclarecida autónoma, alcanzó el misterio de la creación artística, privilegio reservado sólo a los grandes espíritus.

Los tres poemas que dieron a Jorge de Lima el renombre continental y casi ya universal que hoy distinguen al poeta son *Esa negra Fuló*, *¡Hola, negro!* y *Padre Juan.* Les siguen también *Sierra de la barriga* y *En la carrera del viento.* Pero, particularmente, en aquellos tres poemas mencionados, íntimamente conmovedores, es donde se afirma su estro lírico con tonalidades épicas, por su musicalidad, ritmo, construcción, modelos ejemplares de realización poética inspirados de humana ternura. Los temas centrales giran en torno a la esclavitud del hombre que, primitivamente originario del continente negro, enfrente mismo al panorama brasileño, es sometido al rigor de la raza ensoberbecida y que la humana víctima soporta con religiosa resignación, con bondad de amar, de cantar y sonreír.

*Esa negra Fuló* es una negrita hermosa que ha caído en un ingenio, donde queda como mucama para vigilar la señora y planchar al señor, el capataz o gamonal, que en el mundo brasileño se denominó "feitor". La negrita ha de abanicar el cuerpo de la señora, hacerle cosquillas, quitarle los piojos, hamacarle la red donde se acuesta, contarle historias para que pueda dormir plácidamente, hacer acostar los chiquillos y cantarles canciones de cuna. Y la señora acusa a la negrita ante el marido, el "feitor", de haberle robado el frasco de perfume. El crumiro dispónese a azotar a la negrita que, luego de quitarse la ropa, ofrece resignada su cuerpo desnudo para recibir el castigo. Ante su presencia, la vista del sátiro se enceguece de lascivia. Después, la señora la acusa nuevamente ante el verdugo de haberle robado un broche de oro. Y éste se dispone a azotar a la negrita que "luego tiró la saya y después el camisón y de dentro de él salió desnuda negra Fuló". Finalmente, la señora pregunta a la negrita por el marido que "Nuestro Señor

me mandó? ¡Ah! Fuiste tú que lo ha robado. Fuiste tú, negra Fuló".

El esquema en sí del poema no da idea de su construcción poética acerca de la que tanto se ha discutido dentro del ambiente intelectual brasileño. Su ritmo cálido y embriagador respira un anhelo social lo mismo que *Padre Juan* que "quedó seco como un palo sin raíz" y que "va a morir" porque la piel de Padre Juan quedó en la punta de los chicotes y porque la fuerza del Padre Juan quedó "en el cabo de la azada y de la hoz", después de haber sido humillado y vejado.

"El blanco hurtó la mujer del Padre Juan para hacerla su mucama. La sangre del Padre Juan se sumió en sangre buena como un terrón de azúcar en bruto en una taza de leche. El Padre Juan fue caballo que montaron los hijos del patrón. El Padre Juan sabía historias muy bonitas que inspiraban deseos de llorar".

En *¡Hola, Negro!* Jorge de Lima va más lejos aún, pues expone una verdadera y sincera indignación cuando dice que los "nietos de tus mulatos y de tus cafusos y la cuarta y la quinta generación de tu sangre doliente tentarán apagar tu color. ¡Y las generaciones de esas generaciones cuando apaguen el tatuaje execrado, no apagarán de su alma tu alma, negro! ¡Hola, negro! La raza que te esfuerza, esfuérzase de tedio, negro. Y eres tú quien la alegras con tus jazzes, con tus songs, con tus lundús! ¡Los poetas, los libertadores, los que derraman babosos torrentes de falsa piedad e hicieron de ti un motivo literario, no comprendían que tú ibas a reír! Y que tu risa y tu virginidad y tus miedos y tu bondad cambiarían el alma blanca cansada de todas las crueldades. Negro que fuiste en las balas de algodón para U. S. A. o que caíste en los cañaverales del Brasil. Cuántas veces las cabelleras han de blanquear para que los cañaverales puedan dar más dulzura al alma humana?"

### El ángel

Jorge de Lima, al hacer palpitar la vida en sus personajes líricos, se ha conquistado también un lugar preferente dentro de la novela brasileña. Con Gracialiano Ramos, Raúl Geraldo Vieira, José Lins do Rego y Jorge Amado, el poeta, después de su ensayo novelístico *Salomón y las mujeres*, se afirmó con *El ángel* y *Calunga*, dentro de una atmósfera de nuevas cir-

cunstancias sociales e intelectuales por su reacción contra el medio y por las características de estilo y de técnica. *El ángel*, carente de argumento, desenvuelve su existencia luchando contra el destino social de prejuicios y preconceptos. Se proyecta aquí el poeta en la plenitud de sus inquietudes, atribulaciones e indeterminaciones, llevado sin embargo a un fin al que conduce el gusto lírico de las rimas tradicionales, el modernismo a través de los temas arrancados del folklore brasileño y la ansiedad universal y sobrenatural proyectadas en este libro singular, en parte jocoso, luego caprichosamente atrevido y por último dramático. Es la poesía de la vida y de las vicisitudes humanas, sin trascendencia, que desaparecen cual destellos de luz fugaces sin dejarnos más que el recuerdo dolorido de lo que ya no existe.

Desarrollándose en la región del nordeste que Jorge de Lima toma como paisaje preferido de su obra, una criatura de corta edad crece como el común de sus semejantes, presa de sus pequeños problemas, en el seno del hogar. La descripción del ambiente es característica de Jorge de Lima, con sus giros y cortes bruscos que dan a la expresión particular sencillez. Llegada la edad, el niño va al colegio donde "reformó la religión. Dios debía ser mejor. Abolición del infierno. Infierno ¿para qué? Libertad absoluta de suicidio. El hombre es bien señor de su loca vida". Fue expulsado del colegio por esos descubrimientos. Entonces "por vez primera se percató de que sus manos eran largas. Por vez primera notó también la falta de un ángel de la guarda" y se irrita ante la "aventura financiera" de las etiquetas de los cigarrillos, recordándose de una mujer muerta años antes, que parecía dormir. En esa neurastenia pasa los años hasta que, ya adulto y víctima de esa angustia que le aplasta, decide trasladarse a la ciudad, donde alquila un departamento en uno de sus más altos edificios.

En sus correrías a través de la ciudad, tiene la sensación que alguien le sigue. Era el ángel, "circunspecto, cauteloso en el andar y en los gestos. La cabeza sí que es extraña. El sombrero enterrado hasta las orejas. Hay también una contracción en el tronco del muchacho. El héroe tiene la sensación de que en el compañero existen alas en los hombros. Camarada exquisito. Podría volar, pero sigue a su lado". Se hace llamar Custodio. Un pañuelo que vuela y que tanto el héroe como el ángel tratan de alcanzar, los acerca, pues hasta entonces las cavilaciones del primero sólo eran impresiones, suposiciones.

Al verse, observa que la cabeza de Custodio es enorme. Un especialista la había catalogado como de propiedad de un genio o de un degenerado. Tocaba el violoncello con suprema emoción. Y allí mismo, degolló una "aria conocida. La gente fue agrupándose. El aria era doscientas veces más fuerte que la música del maestro. Llenóse la calle. El héroe quedó deslumbrado con aquella nueva virtud del ángel" y, unidos para siempre, conquistan a Río de Janeiro.

El héroe, fiel a su sueño de artista, pretende alcanzar a ser un pintor de éxito que la vida inexorable le niega. Sírvese del ángel, a quien dota de zapatos y polainas con una leve línea oblicua bajo la nariz, a título del bigote. El ángel le proporcionará además muchas e inesperadas distracciones desde aquel decimotercer piso desde donde ambos contemplan los motivos urbanos, sus vecinos, viendo verticalmente cómo el pueblo abajo gime y se arrastra. Allí no llegan las voces del sino, ni sonidos de órgano, "no de cosas de dios. Sólo motores de aviación arriba, bocinas de ómnibus, de autos, abajo. Todas las paparruchadas del progreso. En el aire voces y cantos cruzábanse por vía de las radios. Y hasta aquella altura se captaban bestialidades de cabarets. Y coros de primera comunión alternativamente. En las alas de los aeroplanos venían mares distintos, y el pensamiento volaba para asistir a un match de fútbol cerca de Filipinas. Los ojos del héroe, aquellos ojos que el ángel tanto elogiaba y que batían todos los récords de velocidad, envolvían el globo, bogaban en el mar, cerrábanse en las islas nahikis pobladas de salvajes. El ángel quedaba atontado con aquellos viajes del amigo".

Desde allí, los dos camaradas contemplan la construcción de un rascacielos y los comentarios que el poeta atribuye al héroe provocan una perturbación emotiva muy dolorosa. El ángel, como siempre, es quien le sirve, recordándole que "antiguamente, para calmar al rey Saúl, venía David a tocar su instrumento. El ángel, entonces, agitaba el violoncello al que arrancaba melodías del tiempo del imperio, valses monárquicos por ejemplo. Trasportando al héroe al pasado suave, ponía sosiego en aquella tempestad".

### *El héroe*

AGOTADAS las distracciones de corte intelectual y artístico, héroe y ángel diéronse a la vida censuurable de cabarets, bares,

teatros y toda la cohorte de desatinos a donde conduce la bebida. Como era de suponer aquella forma de vida forzosamente iba a llevar a los dos a un desastre. Para reunir dinero el ángel golpeó de puerta en puerta de viejos amigos malvendiendo cuadros y otros objetos. Al año, la decadencia del héroe era total, pero llegó un hermano de éste que arrastró con los dos personajes a la casa paterna.

El ángel continuó administrándole a escondidas whisky y otras pólvoras al punto que el héroe se enfermó de verdad y fue preciso solicitar el auxilio de un médico. Convaleciente, el héroe se lanza a la laguna con el fin de pescar el sabroso sururú y resuelve enamorar a una morena cuya vida había salvado tiempos antes, pero ella decidió entregarse a un contrahecho y de aquellos contratiempos es el ángel quien tiene que salir a consolar a su compañero. Regresan a Río de Janeiro donde el héroe conoce a Maga Salomé que lo arruina y le obliga a perder al ángel. "Maga Salomé dio cuenta del héroe y de su estudio. Era una llama. Sinuosa, blanquísima, de cabellos de fuego. Abría el batón y aparecía un cuerpo muy albo, albísimo, de sexo y sobacos de oro". Pero sin el cariño y el violoncello del ángel que había huido, el héroe sentíase dentro de un vacío completo. Maga Salomé habíale llevado el dinero y la curiosidad de vivir. Moralmente postrado, ante esa desolación, determinó suicidarse.

"La mano derecha tomó el revólver. La izquierda volvió a guardarlo. La mano derecha hizo saltar, con un puñetazo en el mostrador, las agujas del reloj. Era preciso detener el tiempo. El héroe tenía contra sí doble banda de enemigos. En un hemisferio del hombre estaba el bien, en otro, el mal. La mano derecha era más ágil, más inteligente y más mala. La mano derecha escribió dos líneas desconexas a los padres del ángel. La mano izquierda no sabía escribir y rascó desesperadamente la cabeza del héroe. Y los pies del héroe lo condujeron hasta la ventana desde la cual se precipitó abajo. La sangre corrió por el pavimento".

El ángel, con su enorme cráneo, salva al héroe de la muerte. Aparece providencialmente a tiempo de ofrecerle su sangre. Se salva, pero queda ciego. Y con los ojos muy abiertos, vive exclusivamente de recuerdos. Convaleciente, una enfermera muy bonita, leía al héroe y a Custodio una vieja historia de hace dos mil años, y el ciego, iluminado de luz interior y de una alegría tan clara que la luz afuera parece desmayada, y pronun-

cia una palabra en vertical que viene de abajo, del pasado y desfallece, con lo que termina la novela.

Calunga

DESPUÉS de *El ángel,* novela simbólicamente caprichosa, donde el poeta hizo gala de humor y derroche de figuras literarias, *Calunga* es la novela de la realidad nordestina, cuyos habitantes son tristes y están hinchados, consumidos lentamente desde tiempos inmemoriales por el mórbido vicio de comer barro, el clima cruel que los aplasta, la ictericia, el paludismo y la fatalidad. En relación cordial con el autor, denominamos este libro como el representante de la indolencia brasileña, término que no le satisfizo. No obstante el tema de por sí entraña un drama que viene de antiguo, pues que el poeta lo ha tratado en sus *Poemas* y en los *Nuevos poemas* con la misma precisión y el mismo dolor lacerantes que en estas descripciones. La triste situación moral, física e intelectual de aquellos "cambembes" esclavos del suelo, del clima y de las enfermedades contra las que nada vale la caridad individual, dan idea de una vida automática, sin esperanza ni recompensa. Es la inclemencia de la naturaleza inflexible contra el hombre, a la que éste inútilmente pretende presentarle combate. La vida miserable de sus habitantes así como el paisaje que le envuelve, es descrito poéticamente con ese su estilo tan personal de Jorge de Lima, que no pierde ocasión de matizarlo con figuras contagiosas.

El personaje central de la obra pretende sanear la región, luego de una ausencia de años en que deambuló por el ancho mundo; adquirió conocimientos e intentó aplicarlos. Regresa al lugar nativo y, sentado, desde un banco del tren, observa "el paisaje corriendo", y el "río que semejaba una cobra devorando un conejito", y cuando menos se lo esperaba "aparecía delante del tren, pareciendo ser más veloz". Luego de las naturales peripecias de un largo viaje, donde inclusive se produjo un descarrilamiento, llega nuestro héroe al lugar de destino, donde comienza su desilusión, porque todo era lo mismo que años antes.

"Era de mañanita y él pudo ver el sol naciendo sobre la laguna, allá lejos, en el mar. El caserío, los caminos, la ciudadela, las fábricas de ollas de barro; abajo, todo tenía la misma cara cual si aquellas cosas fugaces fuesen el viejo sol". El

antiguo propósito que lo movía, consuélalo. Él, que había sufrido la mayor miseria en aquel ambiente, regresaba dispuesto a ayudar a sus semejantes en la lucha contra los hábitos inveterados y contra los "coroneles" ambiciosos y sórdidos, poniendo a disposición de su plan altruista todo el capital que con su trabajo había reunido.

La novela en sí representa el porfiado combate contra el medio y la inercia de los habitantes, contra la gula de la muerte y la explotación humana del trabajo ejercida impunemente por el avaro y tullido "coronel" del Canindé, dueño y señor de una zona pantanosa contigua que domina a toda la región circundante. El héroe —Lula Bernardo, que así se llama— a poco de entrar en acción comenzó por ingerir quinina, aguardiente, whisky y demás explosivos para entrar en calor, animarse y tener fe en la empresa.

Tenía consigo un lugarteniente, llamado Ze Pioca, personaje de muy loables condiciones humanitarias que, al ver a Lula tan entusiasmado en sus propósitos, mas observando que todo irremisiblemente tendría que desmoronarse por cuanto las débiles fuerzas de que disponían eran nulas ante el medio, la costumbre y el hábito, el robo y la depravación, fue tratando de disuadir a nuestro hombre de meterse a fondo en muchas innovaciones que deseaba introducir en la tierra que había adquirido. "La gente está aquí para morir antes que para vivir", sentenciaba el fiel Pioca. En tanto, Lula Bernardo no desmaya ante los primeros reveses.

### *La derrota*

COMPRA calzado para el personal que le ayuda en la cría de corderos, tratando así de combatir la hinchazón del vientre, pero quien vence al fin es la fatalidad ambiente, dentro de su medio hostil y despiadado, porque las lluvias le matan los corderos, anegándole las tierras y las fiebres modifícanle hasta el carácter y la inteligencia. El personal lo abandona para actuar con el "coronel" del Canindé, enemigo mortal de toda iniciativa que, ofendido en sus intereses por el humanitarismo lírico de Lula, se valió de un hechicero para atraérselo y dejar a nuestro personaje abandonado a su suerte en medio de los pantanos. Por último, como sarcasmo de la suerte, hasta el morboso vicio de comer barro lo había vencido.

Bajo el peso de la lluvia, con los pies metidos en el barro y rodeado de enemigos que la lujuria ambiciosa del "coronel" había extendido por la zona, el breve suceso del asesinato de su fiel amigo Ze Pioca terminó por aplastar definitivamente a Lula Bernardo. Dado a toda clase de bebidas, comiendo su pedacito de barro cocido, toda la tierra iba desfalleciendo cual la vista de un batracio ante los ojos magnéticos de la serpiente, no obstante la desesperada resistencia de huir, hasta ser devorado. Obsesionado, presa de indecible indignación, después de haberle matado a su único amigo verdadero Ze Pioca, Lula Bernardo planea el homicidio del tullido "coronel", ejecutado en circunstancias dramáticas. Después, totalmente alucinado, observa que está solo, dentro de la noche, desamparado y se encuentra huérfano de algo del todo que tenía a su vista y bajo sus pies. En tal estado, determina tomar una canoa y embicarla hacia el Calunga, el remolino que nunca "dejó que gente viva pasara sobre él" y lo anidó en su regazo. Cuando la mañana apareció no había nadie sobre sus aguas. La laguna estaba muy calmada.

Si *El ángel* es el producto de la sensibilidad intelectual simbolista de Jorge de Lima, *Calunga*, a la inversa, es el resultado de una emoción realista. En tanto que en *El ángel* las escenas se suceden cargadas de lirismo jocoso y hasta humorístico, en *Calunga* la cruda realidad ha sido atrapada en las páginas de este libro amargo y dolorido, cuyo estremecimiento sube a través de las venas de la sangre en brazos de la muerte. Esa obra deja una impresión "de pesadilla, pero de pesadilla tristemente verdadera. La conclusión sería desesperante si el autor no hubiese procurado, sobre todo, mostrar la insuficiencia de la bondad caritativa y de la iniciativa individual por sí solas para remediar ciertas miserias sociales". En menos de doscientas páginas, Jorge de Lima ha descubierto un mundo "que nada tiene de común con el Brasil edénico celebrado por los turistas. Es, sin énfasis ni comentarios inútiles, como un arte al mismo tiempo violento y desnudo", dijo Pierre Hurcade al referirse a las tendencias e individualidades de la novela brasileña contemporánea.

*Calunga* es un máximo de carrera literaria, significó Edison Lins al comentar la historia y crítica de la poesía brasileña. No sé si hubo alguna intención política en Jorge de Lima al escribir *Calunga.* Pero sin duda que no agradará mucho a aquellos que viven hoy casi histéricamente, clamando por la novela de reac-

ción a lo social y a lo local. No es una novela revolucionaria. Cuando el libro termina no se sigue ningún camino. Queda solamente el agua. Pero es la novela de la miseria de todos aquellos que viven allí. Social, local, pero profundamente humana y universal". Es uno de los grandes libros de la literatura brasileña de todos los tiempos, afirma Murilo Mendes.

### *Su vigorosa personalidad*

Más de quinientos de sus contemporáneos han estudiado la obra poética de Jorge de Lima, y discutido, en todos los ámbitos, la influencia ejercida por él dentro de la moderna literatura brasileña. Es un caso sin parangón en América, pero se explica porque este personaje singular ha escrito páginas agudas, de íntima resonancia espiritual a través de las cuales "podemos comprender, mejor que en ningún otro documento de la nueva generación, ese carácter fundamental de nuestra psicología, que se refleja en toda nuestra historia, en nuestra literatura y en nuestra personalidad", dijo Tristán de Athayde. Jorge de Lima ha obedecido a aquella consigna de José Lins do Rego, cuando significa que en poesía "la mentira no produce nada. Siendo una creación de las más ligadas al cuerpo y al espíritu del hombre, falsear y fingir en poesía es como un suicidio o un atentado a una vida esencial del hombre".

Manuel Bandeira señaló que el de Jorge de Lima ha sido un caso sin precedentes en su generación. Él dio en sus "poemas una tensión de vida que nos conmueve", hizo obra de arte en un drama de los más serios de la humanidad. Mientras en otras latitudes "el poeta era un mártir en la lucha contra la monstruosidad del siglo" él hizo vivir la estrofa a través del dolor intenso y real, que vivirá en tanto exista el mundo. Porque exprimió la porción de verdad, liberando así la lengua de instrumentos de suplicio, como testimonia José Lins do Rego, el gran novelista contemporáneo. Jorge de Lima, Manuel Bandeira y Mario de Andrade, constituyen el trío que más discusiones promovieron dentro de su esfera literaria. Íntimamente sinceros han llevado las letras a esa contricción voluntaria y personal, con la particular individualidad e idealización de movimientos que tiene la poesía brasileña moderna.

Sin embargo, ninguno como Jorge de Lima se internó en la selva espiritual, para exprimir en poesía el abandono, la angus-

tia, la bondadosa resignación y la saudade, en esta crisis del hombre, del tiempo enfermo, donde hasta Dios, que es brasileño, se ha tornado indiferente y soberbio por las cosas terrenas con su drama y amargura. Él arrancó notas a la cuerda más sensible del sentimiento y ensalzó la virtud hasta convertirla en oración, en himno y en salmo, compuestos en un lenguaje para que todos los entiendan y les entren a través de los ojos, de los oídos y del corazón. Para Jorge de Lima, la poesía está por encima de todas las cosas terrenas, trasciende el tiempo y no armoniza con las modas, los políticos, las guerras ni las tiranías. Ella es eterna y como tal brota del alma y no vuelve sino a través de las generaciones.

### *El poema eterno*

"Los aparatos inventados por la ciencia, por el relativo progreso mecánico, dijo el poeta, son imperfectos para conducir la gran fuerza de la poesía. Lápiz, pluma, máquina de escribir, discos, aparatos, todo eso distrae las manos del poeta. Métrica, rima, otros artificios de composiciones perjudican tanto la representación poética como la preocupación de urdir poesía para cierta crítica, ciertos lectores o regímenes. Los poetas de hoy viven embutidos en el tiempo y se ahogan. Sirven a uno u otro y se esclavizan. Sirven las ideas dominantes y se diluyen. Sirven al capitalismo y consiguen empleos, sirven a las academias y entran en ellas. Pero nadie peor comprendido que el poeta: él vive fuera del tiempo, vecino de la eternidad. La piedra de toque del poeta genuino es salir del tiempo, salir del verso, salir de los partidos, salir del mundo".

Y va más lejos todavía cuando afirma que los poetas tendrán "que ultrapasar la humanidad porque esa misma predestinación presupone una superioridad anímica a realizarse en la vida. Y el poeta está obligado a ponerse en contacto con las fuentes de superelevación. La poesía no puede detenerse en impase por la situación, por persona o clase alguna. Nadie puede detenerla. Poca poesía ha existido en el Brasil, poco lirismo puro ha elevado la literatura brasileña", pero se encuentra en rutas de captación de las corrientes del siglo y no podrá por menos que confundirse con los maravillosos tiempos del futuro. "La ciencia será siempre inferior a la poesía. El poeta será un insatisfecho de la máquina", que esclaviza al hierro y

al hombre, aunque no logre cargar de cadenas al pensamiento. "No sé si en estos tiempos la humanidad se recordará del nombre del inventor del teléfono, pero el poeta David, que reinó en Hebrón y Jerusalén, continuará reinando. La poesía no presentará cuentas al tiempo y alcanzará la inmensidad. El poeta desnudará su alma de lo superfluo" y será un hombre, mas no uno de esos hombres fracturados que tienen una visión también fracturada de la verdad y del mundo.

La poesía es una fuerza humana que parte a lo suprahumano. "El sentido poético alcanza lo profético y va hacia lo místico", en procura de descubrir los mundos anímicos del espíritu, el sentimiento fraterno que aniquile lo superhomicida que exista sobre la tierra, este suelo dolorido sobre el que se arrodillan sociólogos, políticos, reformadores, economistas, sin impedir las conmociones sociales derivadas en guerras, dictaduras y tiranías sanguinolentas, ambiciones y venganzas terribles.

### *Laus amicorum Jorge de Lima*

Después de César Vallejo, es la voz de Jorge de Lima la más sentida que pierde la poesía americana en lo que va de este pedazo "de siglo enfermo, de siglo rico, de siglo gordo". Se ha despedido de la poesía el 15 de noviembre de 1953, si bien mucho antes, lo mismo que Vallejo, presentía su muerte. En trance tan angustioso va renunciando a cuanto representa como elemento viviente y lo hace en forma poética, envuelto en el "manto más puro que el tiempo me dio, que la vida me da. Hasta lo que es bello me pesa en los hombros, hasta la poesía encima del mundo, encima del tiempo, encima de la vida, me aplasta en la tierra, me prende en las cosas. Quiero una voz más potente que el poema, más fuerte que el infierno, más dura que la muerte. Quiero despedirme de la voz y de los ojos, de los otros sentidos, de las otras prisiones".

"Quiero hacer el altar para los holocaustos y los inciensos. Quiero ochenta mil brazos para cavar montes y derribar arboledas y unos trescientos mil para recoger agua pura. Quiero uno para adivinar donde hay oro, donde queda el sol: buscadme un ladrón para robar la luna".

# ALFONSO REYES O LA CONCIENCIA DEL OFICIO

Por *Eduardo* *GONZALEZ LANUZA*

La sola mención de las palabras *Obras completas* tiene una resonancia de panteón, un fúnebre regusto de cosa finiquitada de una vez por todas sin aquel acucioso "continuará" de los folletines de mi infancia, donde perduraba latente lo mejor de la novela, en la infinita posibilidad de sus virtualidades Las *Obras completas* suponen el final del viaje, incluido el retorno, si es que lo hay, y eliminan los arrepentimientos tardíos, las tachaduras, el derecho al "borrón y cuenta nueva" tan característicos de la juventud. En ellas queda dicho lo que queda dicho, y el propio autor, si aún vive, puede verse en patético espectáculo tal como fue, tal como continuará siendo —si continúa— en la siempre para él desoladora oposición con sus primeros sueños, con sus anhelos iniciales. Pero esas mismas *Obras completas*, anunciadoras de la última madurez, pueden servir también de cotejo de una transformación espiritual, tantas veces corroboradora de la lealtad para con uno mismo, y para que su autor advierta tras de tantos desasosiegos y quebrantos, cómo su vivir no careció totalmente de sentido, y en medio de tantas y tantas páginas dolorosamente elaboradas, aparecen salvándose, inesperadamente las únicas que llegaron solas a posarse en sus manos, como esa donación magníficamente gratuita, propia de cada primavera.

Si cada vez que alguien se pone a hacer un poema tuviera conciencia de estar —como está— escribiendo una página de sus futuras *Obras completas*, se sentiría cohibido hasta la inhibición por la responsabilidad del instante, y por la ignorancia abrumadora acerca del plan secreto e insospechable resultante de esas mismas *Obras* una vez terminadas. Y aun conociéndolo, ese mismo plan le restaría espontaneidad, sometiendo su libre impulso momentáneo a exigencias externas. Porque cada poema aspira a conseguir una plenitud de presente, a convertirse en

epicentro de toda la poesía, cuanto más de la particular de su autor, aunque la realidad opine de otra manera, puesto que lo ve, a un mismo tiempo, como la justificación de sí propio que está tratando de ser y como célula de un organismo más vasto en su alcance expresivo.

Resulta curioso el escondido movimiento dialéctico, transformador de la imprescindible plenitud íntima soñada por cada poema, al convertirlo sintéticamente en auténtico elemento del organismo total por él insospechado. Pues dentro del conjunto de todo lo escrito por un autor, quedan incluidos poemas indignos de ser coleccionados más tarde, no tanto por su falta de calidad —suele ocurrir todo lo contrario— cuanto por su escasa necesidad en la arquitectura tardíamente revelada al abarcar en mirada compendiadora los diversos planos del conjunto. Pueden resultar elementos incrustados, cuya prescindencia mejora la salud del organismo que los excluye, e incluso los beneficia con la segregación que los libera de afrontar la solidaria diferencia de los otros. La lectura de las *Obras completas* por el propio autor debe estar llena de dramáticos y desconcertantes hallazgos de esa clase.

Pero puede suceder, también, el milagro callado, adicional al milagro poético, mediante el cual, de una manera oculta, haya poetas dotados de un sentido capaz de hacerles prever en cada poema y en la medida de su instantáneo fluir, la totalidad que justificará, justificándose, acondicionándose vitalmente a sus exigencias, con esa pasmosa eficacia de las células embrionarias, en cuyo desarrollo aparentemente ciego, vela la posterior arquitectura de un ser en ellas latente y por ellas desconocido.

Creo que pocos, o acaso ningún poeta de nuestro idioma haya estado nunca tan bien dotado de tan recóndito sentido como Alfonso Reyes. Claro está que en él se aúnan en increíble equilibrio el poeta de finísima sutileza verbal, con el erudito cuya sagacidad husmea con inteligente perspicacia los valores literarios, provisto de tal objetividad que le posibiliza el sopesamiento de sus propias obras como si fuesen ajenas, como premio a la generosidad de haberse interiorizado antes en las ajenas con el lúcido entusiasmo reservado casi siempre a las propias.

Al releer ahora la integridad de su *Obra poética,* se advierte de inmediato la presencia de esa ánima ordenadora encerrada en sus versos, realizando un trabajo también aparentemente ciego al disponerlos con cautela dentro de sus estrofas,

sin dejar de prever el secreto equilibrio capaz de transformar la totalidad del poema en una estrofa más amplia, integradora del *Poema completo*, configurado al correr de los días por su obra poética. A veces, las tales *Obras completas* de las que comencé hablando, resultan ser un centón heterogéneo resultante de zurcir retazos dispares, de allegar tentativas inconexas cuyo ensamble sólo obedece a una fatalidad tipográfica o cronológica, presidida por el nombre de quien invirtió generosamente su vida en sucesivas arremetidas contra lo al final reconocido como imposible, y pueden incluso configurar el plano de batalla de una honrosa derrota; pero en la *Obra poética* de Alfonso Reyes sucede todo lo contrario, y nos va revelando la lúcida gracia de su crecimiento, desenvolviendo en el tiempo la lenta espiral, cada una de cuyas volutas proviene de la flexible armonía de las anteriores y se distiende hacia la mayor amplitud de las surgidas de la felicidad de su esfuerzo.

No es menuda ventaja para ello que el ordenador sea el propio poeta, tan en lo suyo en el manejo delicado, entre de relojero y de botánico, de quien hizo su oficio del manipuleo respetuosamente regocijado de las fragilidades vivas de lo poético. Con qué limpieza de conciencia se adelanta en la primera página del prólogo a decir estas simples palabras: "Este libro es mi obra poética, salvo algunos versos castigados, que omito por ciertas razones". El pudoroso recato que le fuerza a omitir "por ciertas razones" reservadas al fuero íntimo, esos "algunos versos castigados", cuyo castigo de seguro debe dolerle más al propio castigador, y la simple presentación de quien ofrece a sus hijos: "este libro es mi obra poética", todo ello desborda encanto por la sinceridad que trasciende de la expresión, y esa sinceridad, a su vez, no dimana de la vanagloria casi siempre vocinglera del poetastro al proclamarse genio por derecho propio, ni del reconcomio de quien se escuda en una actitud de enconada modestia defendiéndose de la ajena incomprensión que tan sospechosamente le hiere, sino que surge felizmente luminosa de la vívida conciencia del propio oficio, sin alardes, con esa majestuosidad viril del roble que se siente roble, en cada veta de su tronco, en el verde tierno de su foilaje primaveral, en la rotunda concisión de sus bellotas, sin pretender que nada de ello constituya más mérito que el de ser ortiga la ortiga.

"Por ahora —nos dice— me he limitado a releerme lápiz en mano, suerte de repaso con asomos de contrición, a objeto de poner en orden mis papeles". Y nos enumera en seguida las

siete razones que a ello le movieron, todas ellas de simple archivero erudito, de ordenador incansable, de celoso y pulcro enemigo de erratas, carpidor de su jardín para dejarlo libre de malezas. ¡Quién pudiera como él alcanzar el merecimiento de convertirse en erudito de sí mismo, en reflejar las luces del entendimiento en su propia obra, y hacerlo lápiz en mano, sin que los asomos de contrición cohiban el acumulamiento merecidísimo de sus nutridas cuatrocientas páginas!

Esta especie de examen de conciencia, la encuentra limpia de malas intenciones, salpimentada a lo más por algunos deliberados pecados veniales, porque Alfonso Reyes está muy lejos de ser un puritano ni un purista. Prefiere como él mismo dice:

> Algo de ganga en el oro,
> algo de tierra sorbida
> con la savia vegetal;

pero el tener certidumbre de esa impureza, y saber dosificarla para que realce justamente la ganga al oro es uno de sus no menores méritos, porque no deja librada al azar la proporción ni el sentido de lo extraño.

Al revés de los surrealistas cuando pretenden escribir al dictado de lo subconsciente, entre cuyos versos resulta tan tristemente cómico sorprender *in fraganti* a la conciencia dando su soplo de traspunte mientras trata de pasar inadvertida. Alfonso Reyes aparece como el poeta de juego limpio, sin el menor reparo en dar al César, es decir, a la conciencia, lo que es del César, y agradeciendo a Dios el regalo de lo que de Él proviene, es decir, de lo inspirado. Aun cuando en sus últimos sonetos, se le impone el sentido trágico de la muerte, nunca abandona el gesto regidor que conduce al verso rectamente hacia el destino por él señalado, sin dejarse imponer ni siquiera por la grandeza u hondura del tema. Porque la conciencia del oficio es de todas sus virtudes la más evidente, una conciencia que subordina a su servicio la capacidad ordenadora y la fresquísima intuición, utilizadas en su juego de seguridad y señorío, fácil de adivinar tras la actitud de leve ironía, disimuladora del esfuerzo y su importancia, para presentárnoslo como ejercicio de pasatiempo y entretenimiento de la vida, justificador de su vulgaridad cotidiana, mediante el descubrimiento de ciertos trasluces reveladores de un inesperado sentido nada vulgar en ella.

Alfonso Reyes nos da muchas veces la impresión de una poesía casi conversada, de aparente facilidad, y es entonces cuando nos brinda lo más raro de su ingenio, en el libro que titula *Cortesía,* donde revive aquella buena costumbre de los grandes maestros cuyas más pulidas estrofas no desdeñaban ser empleadas para poemas de circunstancias, injertando así lo poético en la amistad, trasfundiendo mutuamente sus jugos, vitalizando lo poético y dando jerarquía y nobleza a las relaciones con sus paraiguales. No es precisamente una resurrección de la epístola, de tan alta estirpe en nuestra lengua que cuenta entre sus poemas más perfectos la famosa *Epístola moral a Fabio* del Anónimo Sevillano, sino algo más próximo a la prestidigitación, al juego de destreza para despertar el ánimo y aproximarlo al goce, utilizando los medios de que dispone como el titiritero de la leyenda para hacer sonreír al Niño en los brazos de la Virgen. Quien tan a sabiendas maneja sus dones puede utilizarlos siempre sin desdoro y no necesita mantenerse en el empaque dignísimo de quien debe recatar sus méritos, porque acaso no puedan resistir el manoseo del vivir cotidiano sin perder sus levísimos dorados.

Su conciencia literaria en perpetua vigilia ya está allí antes de manifestarse la sustancia poética que debe ordenar, constituyendo la geometría del panal donde será posible acumular la densidad de sus mieles provenientes de idéntico jardín. Porque en él no es posible trazar una delimitación precisa separadora de lo intuitivo poético por un lado y de la inteligencia consciente por el otro: ambas provienen de una misma facultad de conocimiento deslumbrado. Alfonso Reyes conoce como nadie los secretos de la retórica, o incluso parece hallar un evidente regocijo en multiplicar sus dificultades, complaciéndose en algunas que yacían olvidadas, como cuando utiliza esos versos mutilados, a los que les falta la última sílaba, empleados entre otros por Cervantes, o en proponer otras nuevas que improvisa para su uso particular por medio de inesperados retorcimientos prosódicos, ya eludiendo el empleo de la sinalefa en todo un poema, ya forzando sus acentos al improvisar arbitrarios esdrújulos:

Que juro por esta tierra —y
por este mar que nos mira,
no apearme del estríbo— si
no encuentro posada digna.

Se le siente el goce experimentado en ese disloque de palabras, utilizadas como tales palabras para su burla, uniéndolas y volviéndolas a juntar como la gota de mercurio en la mano trémula y feliz del niño que la sopesa. El unirlas según un ritmo proveniente de muy adentro, de hondísimos hontanares de sentir, o de muy afuera, de la pura musicalidad de la jitanjáfora, constituye para él un juego cuyas reglas están dictadas por la misma felicidad: observar el crecimiento vegetal de un ritmo. Cuando el poema parece independizársele demasiado, lo llama al orden dentro de un púdico paréntesis, que parece provenir del "No te remontes, muchacho" de Maese Pedro. Habla con su propio poema como con un hijo:

(Canción: otra vez divagas.
Ten cuenta con lo que dices.)

Nadie más alejado de la pedante actitud de la falsa sabiduría: como la de él es auténtica, puede prescindir de todo envaramiento guardador de distancias, y se permite utilizarla en el retozo, a sabiendas de no estropearla ni comprometerla, y así buena parte de su *Obra poética* es purísimo solaz en el que no falta la graciosa e inesperada invención idiomática desbordante de picardía popular:

Tanto me ha dicho la gente
que me voy a arrepentir!
Y yo, tan alfonsecuente
me lo he dejado decir!

Esa alfonsecuencia, ese insistir en ser él mismo, sin arrepentimientos ni desmayos, con diáfana lucidez, le permite ser sin renunciar a la propia autenticidad antes bien por insistir en ella, simultáneamente tan moderno y tan antiguo. Tan moderno en su ininterrumpida capacidad de captación de novísimos aspectos de lo literario, flexibilizándolo en modo inédito hasta convertirlo en algo insuperablemente personal que hace que cada uno de sus poemas proclame en forma inequívoca su paternidad como resplandor de su particularísima gracia. Moderno, no en el sentido de quien se desvive por estar a la moda, obedeciendo al último capricho del gusto ajeno. Eso nunca lo fue en verdad Alfonso Reyes, dispuesto a captar lo asimilable dentro de cada movimiento literario, pero sin subordinar a sus

perentorais y efímeras órdenes su irreductible libertad. Moderno, o mejor sería decir actual, en cuanto se manifiesta en él, ininterrumpidamente, una juvenil disposición para la vida, sin anquilosamientos ni manías, abierto a las ráfagas de lo diverso, sin ese encono irremediable, síntoma de fatal vejez con que responden algunos a las solicitaciones de lo nuevo. Se advierte en cada uno de sus poemas, que son como son, no por la imposibilidad de ser de otra manera, sino por haber resuelto su autor, en uso de su plena soberanía, que fueran así, precisamente así, y no de otro modo. Y tan antiguo, porque su doble condición ya señalada, de finísimo poeta y sagaz erudito, en ningún momento olvida sus conexiones con lo tradicional en el más noble sentido de esa mancilladísima palabra, y por eso, cada uno de sus poemas, amén de ser alfonsecuentes, resultan castellaniseguros, por estar enraizados con fuerza en lo mejor de su estirpe idiomática, y se sienten tranquilamente orgullosos en ella, sin pavoneos ni vanaglorias. Más aún: diríase que al modo de lo llamado por la Iglesia "la comunión de los santos", cuerpo místico integrado por la unidad espiritual de los fieles, se advierte en cada uno de los poemas del mexicano, en qué altísima manera participa de lo que podríamos llamar "la comunión de los poetas", esa diversidad unificada en tiempos y lugares, en temperamentos, modos y escuelas para sostener la unidad indivisible de la poesía. Así los vemos como se identifican con los de Garcilaso y Góngora y Lope y Quevedo, al modo de los rebaños, entreverando la diversidad de sus vellones al acudir al reclamo de los silbos de un pastor único.

Tanto por la revelación que le corresponde como poeta, como por aquella otra conquistada como erudito, Alfonso Reyes conoce el sello secreto impuesto por el idioma a todos los hombres participantes en su mantenimiento, y lo acepta como quien sabe de antemano toda la felicidad oculta en los llamados hechos fatales, pronta a entregarse a quienes no se empeñen en llevarle la contra.

Esa felicidad ya nace al comenzar la labor valiéndose, no de la rusticidad de un instrumento nunca tañido antes por nadie, sino al encontrarse entre las manos uno, en cuyas fibras perduran aún las vibraciones de las músicas más depuradas, y al acercar el oído a la concavidad de su seno, oír las resonancias lejanas, tan semejantes, tan hermanadas con las que nos bullen dentro. Él comprendió desde el principio cómo la voz, en apariencia tan violentamente individual de cada poeta,

se va fundiendo en la sucesiva unidad de un coro donde no serán toleradas las desafinaciones, y al pulir pacientemente su estilo, no tuvo solamente en cuenta sus propias necesidades expresivas, sino esa otra imposición más amplia, y que así como adecuaba cada uno de sus poemas para el equilibrio de la totalidad de su *Obra poética*, tenía que condicionar a ésta para formar parte de un conjunto de mayor vastedad comprensiva: el de la poesía castellana, que ya contaba en su país con dos áureas voces del mejor momento: la de Sor Juana Inés de la Cruz y la de Alarcón. Por eso se advierte en su canto cómo ha pedido el "la" a las voces a un mismo tiempo más agudas y más graves del conjunto para armonizar su registro al de ellas, y es así como logra producirnos la impresión de tan particular relieve de ser un poeta del auténtico Siglo de Oro adelantándose a cantar desde nuestro siglo XX.

Para llegar a ello supo aprender la lección de aquellos maestros —Góngora y Lope son los de más manifiesta presencia— que unieron a las más aristocráticas exigencias formales, lo triscante del decir popular, también pulido a su modo, puesto que existe la tersura adquirida por la superficie de la piedra a fuerza de insistir sobre ella al filo deliberado de los instrumentos del artista, y aquella otra, a veces más perfecta, del canto rodado, infligida por los ciegos enviones del agua al desgastarla inmisericorde raspándola sobre la hostilidad de las otras piedras. En pocos poetas de cualquier otra época llega a conseguirse una compenetración más feliz de ambos aportes, y ello se debe, precisamente, a la vigilancia de la conciencia ordenadora. Así nos declara en su *Teoría prosaica* con palabras que llegan con el eco deliberado de Gonzalo de Berceo:

> Y junto en el alquitara
> —como yo sé—
> el romance paladino
> del vecino
> con la quintaesencia rara
> de Góngora y Mallarmé.

No trata, pues, de reivindicar las supuestas facilidades de ningún sencillismo, la más artificiosa de cuantas trampas inventó la mala retórica, ni menos de entrar a saco en lo popular, como acostumbran a hacer quienes se declaran más celosos defensores de ello. Comienza el poeta por confesar su proce-

dimiento consciente, como quien no ve en ello nada pecaminoso, y en proceder con una fórmula destilatoria al juntar en el alquitara, o alambique, los elementos considerados como materia primera, de los cuales llegará a salir el poema; y lo más increíble es que va saliendo a medida que lo dice, y tanto le sirven para ello el romance paladino directo que emplean sus vecinos, como las concentradas quintaesencias de los máximos perfumistas: Góngora y Mallarmé. O no encuentra oposición entre ambos términos, o si la encuentra la utiliza enderezándola a una síntesis apoyada en ella, y para conseguirla, ambas sustancias deben interpenetrarse, fluidificarse, transfigurarse mutuamente antes de lograr nueva entidad en el poema. ¿Cómo? Él se reserva entre las púas defensivas de los guiones —como yo sé— el secreto operatorio intransferiblemente ligado a su personalidad.

Su técnica puede ser un secreto a voces, porque suele ocurrir, y así es en su caso, que los tales secretos a voces se ocultan precisamente detrás de lo que dicen. Puede haber un secreto no penetrado por el indiscreto que piensa estar diciendo lo más recóndito, y cuando Alfonso Reyes, como le gusta hacer en repetidas ocasiones, revela su fórmula, la revela en el momento de usarla como hacen esos prestidigitadores que a medida que desarrollan su prueba muestran —o simulan mostrar— la trampa que utilizan, como si a un mismo tiempo nos hicieran gozar de lo ilusorio y de lo real, de la apariencia y del sentido de la apariencia.

Al unir en su poema la quintaesencia literaria y la crudeza del habla popular completó la definitiva trinidad del artista formada por las hipótesis de lo tradicional, lo personal y lo original que corresponden al pasado, presente y futuro, los tres fantasmas temporales de cuya integración puede y debe surgir lo eterno donde todo se da simultáneamente. Vista desde ese conjunto, aunque se nota en su *Obra poética* la línea evolutiva surgiendo de las delicadezas rebuscadamente elegantes del modernismo de comienzos de siglo, enroscándose en los "loopings" metafóricos del año 25 para adquirir luego la grave serenidad de la madurez actual, la impresión más perdurable que produce es la de un conjunto armónico de graciosa arquitectura vital, donde cada escorzo expresivo suma a su recóndito valor propio, el del equilibrio proporcionado a otra actitud que a primera vista pudiera parecer desvinculada de él, pero en cuya correspondencia reside el secreto de su orden cons-

tructivo. La misma arbitrariedad se somete a un designio, y la aparente desafinación nunca deja de quedar ubicada en el sitio preciso requerido por la estructura contrapuntística. Y lo maravilloso proviene de que todo ello no es el resultado de una conciencia "previa" sino "simultánea": el plano se va trazando al mismo tiempo que el edificio, la clave se elabora a la par del mensaje que ella permitirá descifrar. Es evidente que Alfonso Reyes no se trazó un programa para atenerse luego a sus disposiciones escalonadas, lo que sería tan lamentable como absurdo tratándose de una labor poética tan rica en elementos vitales, en incidencias amistosas, en hallazgos imprevisibles. También es evidente que el orden armónico que de ella deriva, no es caprichosa invención del lector con sentido crítico que la observa: está allí presente con su innegable ritmo, y así pues, no queda otra alternativa que aceptar ese crecimiento simultáneo del plan y la obra tal como se produce en los organismos vivientes.

Esto que acabo de decir tiene un valor general aplicado a la *Obra poética* en conjunto, pero en ciertas partes de ella, la conciencia de oficio predomina de tal modo que se adelanta a imponer sus caprichosas simetrías, para cumplirlas luego dándose el gusto de "bailar encadenado" según el decir de Nietzsche. Y qué feliz se siente en tales ocasiones, cuyo ejemplo más cumplido lo tenemos en sus *Romances del Río de Enero*, en cuyas notas dice:

"Alguna vez, dar la espalda a las dichosas libertades —no son más que abandono— y estudiar, humildemente, la geometría en Dante". Humildad no exenta por supuesto de muy legítimo orgullo, como puede notarse en el geómetra elegido. En esos romances, predomina el número once: once son los romances y once sus estrofas formadas por cuartetas, y cada una de las últimas, conserva una autonomía, para que, como dice su autor, "cuelgue como arete o broche".

Ahora bien, esa disposición de escribir en forma tan pareja once poemas, quedaría en lo puramente maniático, si no se justificaran con holgura por la vivacidad de la intuición poética que rezuma de todos ellos, en especial en las estrofas finales, donde se acendra su gracia poética hasta el punto de poderse desprender de la totalidad del poema convirtiéndose en extraordinarios cantares, de los cuales me limitaré a citar el primero y el último:

—La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento,
No era el viento, era tu paz.

—Llego al fin de mi canción,
que es ya más tuya que mía,
y no pude, Río de Enero,
decirte lo que quería.

He aquí el final reconocimiento de lo inefable poético puesto al remate de un delicioso esfuerzo para lograrlo. Lo maravilloso reside en que el poeta, sabiendo de antemano la esencial vanidad de su labor que a lo más logrará aproximaciones, no deje de intentarla, y es el conocimiento de esa circunstancia la que le fuerza a ser ceñido y mesurado, pues él mismo nos dice: "Once romances que quisieran encerrarse en uno; y éste, en su cuarteta final. Si yo diera con esta síntesis, me ahorraría todo el desarrollo. En el desarrollo —puesto que estoy obligado a él— procurar, al menos, no entregarme a la casualidad, único precepto de higiene".

No solamente de higiene, sino también de dignidad, esa higiene del espíritu. La casualidad en la que tanto confían haraganes e impotentes para que les depare el inmerecido logro de aquello inasible para su apocado esfuerzo, la casualidad limosnera de los desvalidos, apañadora de los torpes, cómplice de los tahures, es la enemiga máxima de la lucidez poética en escritores de la altura de Alfonso Reyes que sólo menosprecio pueden sentir ante sus vanas loterías. Y con toda modestia reconoce, no un rotundo éxito en ese sentido, sino la prudencia de un "procurar, al menos, no entregarse a la casualidad". Este esperarlo todo, o más precisamente casi todo, de la conciencia del oficio, apareja como consecuencia una actitud antisentimental, y puede rastrearse en numerosas composiciones de índole didáctica, en las que se complace en aparear como antes dije, el cántico con su propia técnica, es decir cómo se debe cantar, cantando, y en todas ellas pregona, ademas de la higiene de no dejarse librado a lo casual, una asepsia lírica más rigurosa contra lo sentimental, imprescindible para alcanzar las formas definitivas soñadas por cada poeta. Así en su *Consejo poético* arriesga estas palabras:

Las sirtes del bien y el mal,
la torpe melancolía,
toda la guardarropía
de la vida personal,
aléjalas, si procuras
atrapar las formas puras.

En abierta oposición a todo posible compromiso ético, esta limpia estrofa comienza por pedir al poeta el alejamiento de "las sirtes" del bien y el mal, paralelos abismos igualmente eficaces para la deglución y anonadamiento de lo poético. De inmediato, ¡con qué doble exactitud queda calificada la melancolía! Pues su torpeza, si por el lado moral la avecina a lo obsceno *(La chaire est triste, helas!)* por el estético, mucho más importante en este caso, traba y oscurece en su falta de destreza la labor del artífice. No menos feliz es el término "guardarropía" aplicado a la vida personal, donde tan equivocadamente hacen residir muchos poetas el máximo valor lírico, cuando en realidad constituyen un elemento adjetivo, añadido para encubrir la última y más resplandeciente lucidez. De ahí lo felicísimo de la palabra "guardarropía". Y a continuación de esas, añade estas otras ascéticas palabras:

¿La emoción? Pídela al número
que mueve y gobierna al mundo.

Del número de helado resplandor, de lúcida orfandad, sin complicidades gratuitas derivadas de segundas intenciones, sin inferencias sospechosas recubriendo las resonancias envolventes a cada palabra, del número, acerado impositor del orden humano en el mundo, señalador de la unicidad del ser, de la duplicidad del sí y el no, de la trinidad del antes, ahora y después, y la multiplicidad inabarcable de lo infinito, del número absoluto, esclavo de sus propios designios, regidor estricto de los cinco pétalos del nomeolvides y las dimensiones internas del cristal de la escarcha, del número predecidor de los eclipses y verificador de los glóbulos de nuestra sangre, espera el milagro de la poesía, y anticipa al poeta su destino:

padece, con ser diamante,
el tormento de los ángeles
que nunca escapan de sí.

En esos tres versos queda expresada la condición angélica, a la que tan gloriosa como vanamente aspira todo poeta: diamantina dureza luminosa, traspasada por el conocimiento. Cárcel irremediable, cuyo tormento es ese no poder escapar de sí, de la autoconciencia, al sentirse a un mismo tiempo testimonio de la creación y de sí mismos, sin posible evasión de tan doloroso desvelo, custodiado custodio del número, norma, contraste e instrumento de captación de las formas puras, desvinculadas por su exigente desnudez de la "guardarropía de la vida personal", liberadas por su ardiente gozo de las asechanzas de la torpe melancolía. Pudiera llegarse a esa depurada zona de la abstracción sin más mérito que una pobreza sensorial incapacitadora para demorarse en los regocijos de músicas, resplandores y gustos, pero no es ése evidentemente el caso de Alfonso Reyes, cuyo temperamento humano es, fuera de toda duda, de una exuberancia vital generosa, que cuando le concede rienda suelta su dueño, se complace en verdaderas acumulaciones orgiásticas de sensaciones directísimas, en las que se entreveran deleites del tacto, del gusto, del oído, del olfato, de la vista y del sexo e incluso del sueño, como puede apreciarse en este trozo de su *Salambona:*

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
sabes a vino de dátiles,
a naranja y a clavel,
a canela y azafrán,
a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blando y dura nuez.
Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.
Sabes a égloga pura
cantada con el rabel.
Sabes a leña olorosa,
pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente,
que cada noche es mujer.

Al aire de mis montañas,
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se me fue.
sabes a todos los sueños
que a nadie le confesé.

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

Quien haya tenido la dicha de conocer personalmente a Alfonso Reyes, tan discreto e intenso gozador de la vida, sabe muy bien hasta qué punto no hay alarde, sino más bien contención en este desborde de hedonismo sensual que partiendo del más corporal de los sentidos, el del gusto —"sabes a piña y a miel"— asciende a lo literario y musical —"sabes a égloga pura / cantada con el rabel"— se intensifica en lo erótico "a moza junto a la fuente / que cada noche es mujer"— es finalmente contenido en recuerdo —"sabes a lo que sabía / la infancia que se me fue"— para ser evaporada en sueño —"sabes a todos los sueños / que a nadie le confesé". Si Alfonso Reyes se hubiese abandonado a sus naturales impulsos, su poesía hubiese sido otra completamente diversa a la que predomina en su actual obra poética. Se me ocurre que se hubiera anticipado a la policromía y al luminoso retorcimiento del *Romancero gitano* de García Lorca, aunque aplicado como es lógico a lo americano, y más en especial a lo mexicano, tan desbordante de pintoresquismo y clamoroso de color local. Posiblemente su popularidad sería incomparablemente mayor, pero Alfonso Reyes, desde sus comienzos eludió ese tipo de seducciones. Sin desdeñar a las formas populares, antes por el contrario, como he tenido ocasión de señalar, confesando su utilización como elemento para la propia obra, comprendió desde siempre que el servicio de la poesía exige el sacrificio de numerosos dones, a veces de aquellos a los que nuestro ser reconoce como más suyos, y eligió voluntariamente "El tormento de los ángeles / que nunca escapan de sí", es decir, el altísimo desvelo de una permanente conciencia subordinadora de todo el resto.

Así se lo ve desde el interior de cada uno de sus poemas, y sus mejores aciertos son aquellos que tienen el brillo de una mirada humana, en los que el lector advierte que esa luminosidad tiene su mayor encanto en la inteligencia, tan duramente

liberada de azar, preservada de hallazgos casuales. Y así hallamos a su autor, en uno de sus últimos sonetos, bajo la nobilísima y ruda imagen del labrador, en perenne colaboración y lucha con la naturaleza.

Conviene releerlo por lo que comporta de lección permanente, y de ejemplo para lo que sostengo acerca de la primacía de la conciencia:

Sin olvidar un punto la paciencia
y la resignación del hortelano,
a cada hora doy la diligencia
que pide mi comercio cotidiano.

Como nunca sentí la diferencia
de lo que pierdo ni de lo que gano,
siembro sin flojedad ni vehemencia
en el surco trazado por mi mano.

Mientras llega la hora señalada,
el brote guardo, cuido del injerto,
el tallo alzo de la flor amada,

arranco la cizaña de mi huerto,
y cuando suelto el puño del azada
sin preguntarlo me daréis por muerto.

¡Paciencia, y sobre todo resignación de hortelano! ¿Quién podría sospechar la alusión a tan modestas virtudes al referirse al oficio de poeta, tantas veces ponderado como egregio y arrebatado? Nada pues de disputar con los númenes ni con las musas, nada de permanecer en trance para ser visitado por la inspiración por si llegara súbita y deslumbrante como el rayo, nada de erguirse en cumbres arreboladas por los crepúsculos, y menos aún de encierros en virginales torres de marfil, y en cambio de todas esas prestigiosas actitudes, la aparente simplicidad del rendido homenaje del esfuerzo, esa servil reverencia del trabajo al doblarse sobre el surco, al que se alude, no sin muy legítimo orgullo como "el surco trazado por mi mano", sin desmelenamientos de tragedia ante el fracaso —pues la resignación del hortelano conoce su desamparo ante ventiscas y granizos— ni orgullosos desplantes ante el soñado triunfo apoteótico —la paciencia del hortelano sabe también todo lo que

le debe a la natural generosidad de la tierra— y de ahí ese fiarlo todo del trabajo obstinado sin establecer mayores diferencias ante su resultado en pérdidas o ganancias, y de ahí ese trabajar sin flojedades ni vehemencias, equivalente agrícola del estelar "sin prisa ni pausa" de aquel otro poeta. Goethe, con quien tanta afinidad tiene Alfonso Reyes. Y mientras haya tiempo para ello, una actitud ancilar ante la vida, amparando la infantilidad del brote, cuidando la ya humana intromisión del injerto, enderezando la fragilísima flor del poema, desarraigando la cizaña, es decir lo brotado espontáneamente y sin esfuerzo, y que por el contrario tanto trabajo minucioso exige del hortelano para ser extirpado, eso tan tentador por su aspecto de regalo, que suele ser ofrecido por muchos como lo más valioso de su producción.

Y luego, como final remate, esa identificación entre el trabajo y la vida:

> Y cuando suelte el puño del azada
> sin preguntarlo me daréis por muerto.

¡Suprema vocación que no concibe el día vanamente transcurrido, baldío de esfuerzo, sino identificándolo con la misma muerte!

Y todo ello sin que alcance a adivinarse la rígida tirantez del músculo distendido en el trabajo, sin que el movimiento revele la involuntaria pesadez de la fuerza mal manejada, sino todo lo contrario, manifestándose en un brío gobernado por la gracia, en una aparente levedad que se reserva para sí lo incómodo de la técnica y sólo proporciona a los demás su donaire de danza. Porque la conciencia de oficio en Alfonso Reyes, es a un mismo tiempo hábil regidora del número y generosa transparencia en la materia a ella sometida. Su perspicacia nunca adopta la desembozada actitud de la sabiduría que pretende estar más allá de todos los secretos. Prefiere el recato soslayado, la prudencia un poquito socarrona del campesino, que nunca descubre menos por completo su juego que cuando sabe que tiene un triunfo en la mano.

Y eso hace que resplandezca como hallazgo aquello que en él es más que hallazgo, porque suma a la irracionalidad del porque sí, del ser en él la producción de tal valiosa vivencia, el esfuerzo deliberado y lúcido que acaba por transformarla en la felicidad del poema.

# UNA NOTABLE REVALORACIÓN DEL MODERNISMO

En el curso del último año se han publicado tres libros de carácter general sobre la literatura hispanoamericana. El primero en aparecer, y el más voluminoso, de cuyo título no deseo acordarme, es uno de los estudios más caóticos, embrollados, y farragosos que he leído en mi vida —aparte de los centenares de errores que contiene. El segundo —en orden cronológico— y más exiguo de los tres es un epítome rotulado *Historia de la literatura hispanoamericana* por Enrique Anderson Imbert, dado a luz a principios de 1954 por el Fondo de Cultura Económica. Tanto por sus méritos como por sus deficiencias podría definirse como la antítesis del antes aludido. Todo lo que aquél tiene de erróneo, prolijo, laberíntico, y enmarañado, lo tiene esta sinopsis de Anderson Imbert de precisa, breve, concisa, metódica y clara. Pero como toda virtud que se exagera remata en vicio, o cuando menos en grave defecto, la parvedad de este compendio y el esquematismo excesivo con que en él se despachan los temas, constituyen las fallas capitales de este gran esfuerzo realizado por Enrique Anderson Imbert. No se comprende cómo un crítico tan sagaz, tan preparado y tan idóneo para darnos el texto de historia de la literatura hispanoamericana de que todavía carecemos, se resignó a emprender tan ímproba tarea de investigación y acopio de datos para escribir unos rudimentos tan sucintos que el editor decidió incluirlo en la serie de prontuarios que viene publicando bajo el título de "Breviarios". Eso es, precisamente, esta *Historia de la literatura hispanoamericana:* un admirable brevario, algo así como un *syllabus* detallado y enriquecido por centenares de lúcidos escolios que, sin embargo, no suple la ausencia del texto magistral que necesitábamos, y que el autor pudo habernos dado con sólo ampliar un poco más sus acertados comentarios. No es posible escribir adecuadamente la historia de la literatura de tantos países, desde la conquista hasta hoy, en 374 páginas y en formato menor o de bolsillo —sobre todo cuando se incluyen unos 1500 nombres. De ahí que muchas páginas de este breviario más semejen de padrón de vecindad o de catálogo de librería que de una historia literaria. Si Anderson Imbert se hubiera detenido un poco más en los temas y no hubiera

relegado a simples alusiones infinito número de autores y obras que merecen atención y estudio, habría hecho un alto servicio a la cultura hispanoamericana con este libro. Ojalá se decida a volver sobre el tema con menos impaciencia y premura. Nadie más apto que él para escribir este libro que hace muchos años proyectó su maestro, Pedro Henríquez Ureña, y que desde su muerte anda en busca de autor.

A fines de mayo último, el Fondo de Cultura Económica nos dio el tercero de los libros inicialmente insinuados: *Breve historia del modernismo,* por Max Henríquez Ureña. El adjetivo "breve" hubiera estado más justificado en el libro de Anderson que en el de Henríquez Ureña, ya que el de éste, no obstante historiar únicamente el modernismo y referirse sólo a un período de cuarenta años, más o menos, alcanza 544 páginas. Pero si el adjetivo sobra, el resto del título corresponde exactamente al contenido del libro.

Hora era ya de que apareciera un estudio de conjunto, ordenado y metódico, del más fecundo, refinado y valioso de los movimientos literarios que hasta el presente han aparecido en la América ibera. Este que ahora nos ofrece Max Henríquez Ureña, detallado y completísimo, llena plenamente el vacío que hasta ahora padecíamos, a pesar de los centenares de monografías y estudios parciales que sobre el tema se han escrito durante el último medio siglo. Más que el enfoque crítico preocupa al autor el histórico, y es de justicia reconocer que el resultado cumple con largueza el propósito que dictó este erudito y macizo libro. Pocos estudios tan trabajados, tan ricos de información y tan útiles como éste se descubrirán en la historiografía literaria de la América Española. El que esto escribe ha tenido varias oportunidades de admirar la prodigiosa memoria de Max Henríquez Ureña y su mucho saber literario, y la lectura de esta su última obra corrobora la altísima opinión que siempre le mereció su pericia.

Aunque la cita resulte un poco extensa, deseo transcribir aquí tres párrafos de la "Explicación preliminar" en los que el propio autor define el propósito que lo guió y el alcance y carácter que a su obra quiso imprimir:

> Y como, con excepción de unas cuantas figuras ilustres que desaparecieron cuando yo era niño todavía (Martí, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva), tuve ocasión de cultivar la amistad de las personalidades más conocidas del movimiento modernista, he querido, en estas páginas, resucitar una época que viví intensamente: para lograrlo, he tratado de ponerla en movimiento con su ritmo de vida propio, merced al relieve biográfico de sus personajes principales y a la evocación anecdótica de los grupos

literarios a que pertenecía cada uno de ellos. A veces he creído necesario desenterrar algunas figuras de segundo plano, hoy olvidadas, que por las peculiaridades de su temperamento o de su inteligencia prestan al cuadro mayor animación y colorido y contribuyen a reconstruir con fidelidad el ambiente del momento.

He puesto cuidadoso empeño en reunir el mayor caudal de datos posibles sobre el modernismo y sus figuras representativas. Creo haber agotado el repertorio de nombres que, dentro de un criterio suficientemente amplio, merecen ser mencionados en relación con ese movimiento de renovación; y, sin embargo, como la materia es tan vasta y abarca la historia literaria de veinte países, quizás pueda culpárseme de alguna omisión, siquiera sea en lo que se refiere a figuras de significación menor.

Celosa atención me ha merecido la ordenación cronológica del modernismo en sus diversas manifestaciones y aspectos, y la depuración escrupulosa de las influencias que pueden señalarse dentro de ese proceso. Importa tener en cuenta que, en lo que atañe a las influencias y a la prioridad en las innovaciones, se han sostenido, y aún se sostienen en no pocos casos, errores y falsedades que con un simple cotejo de fechas quedan totalmente desvirtuados. No es de extrañar, en vista de ello, la profusión de fechas de que hago uso a lo largo de este libro, deseoso de conjurar esas confusiones y engaños.

El tema del modernismo ha sido uno de los que más han interesado a Max Henríquez Ureña y de los que más ha frecuentado durante casi cincuenta años ya. Él y su hermano Pedro fueron de los primeros críticos que aportaron estudios serios y meditados a la exégesis de varias personalidades de aquel movimiento. Sus libros *Rodó y Rubén Darío* y *El retorno de los galeones* —para citar sólo dos títulos entre muchísimos otros— son contribuciones fundamentales a la ingente bibliografía con que el modernismo cuenta.

Acaso no exista hoy en Hispanoamérica otra personalidad tan bien equipada como Max Henríquez Ureña para escribir esa *Historia* que ahora nos ofrece. A su talento crítico y profundo conocimiento de las literaturas española, hispanoamericana, francesa y otras varias extranjeras, une el autor la rara circunstancia de haberse incorporado como poeta a la grey modernista desde 1901, y de haber viajado por casi todos los países de América cuando aún vivía la mayoría de los modernistas, y haber tenido ocasión de tratarlos personalmente a todos, desde Díaz Mirón y Rubén Darío hasta los epígonos que en pos de ellos llegaron. De ahí la impresión de "experiencia" personal, de cosa vivida que muchas de las páginas de esta *Breve historia* nos dejan y el formidable arsenal de noticias, detalles biográficos, anécdotas y sucedidos que el libro contiene.

El lector familiarizado con la bibliografía crítica del modernismo descubrirá fácilmente que el libro aquí comentado añade muy poco a la exégesis de aquella modalidad literaria. Los lineamientos estéticos del movimiento, así como la trascendencia y características esenciales de sus principales representantes habían sido estudiados y aun fijados desde hace años por grandes críticos de América y España. Las posibilidades de hallarles recodos inéditos y descubrir remansos hasta hoy inexplorados por la crítica son muy limitadas —por lo menos en sus aspectos generales. Queda mucho por hacer todavía en el orden individual para establecer correcta y definitivamente el sutil enlace de cada una de estas figuras con su circunstancia y con su ambiente y, sobre todo, hay que dilucidar en cada caso el problema de las relaciones e influencias literarias y de otra índole, como hizo no ha mucho todavía José María Monner Sanz en su estudio ejemplar sobre Julián del Casal, por ejemplo. Pero eso es tarea para estudios de estilística comparada que no caben en una historia de la índole de la que aquí se acota. Mas si la hermenéutica modernista no resulta mayormente enriquecida con este libro, en cambio el panorama histórico queda en él fijado de manera definitiva, y eso tenemos que agradecerle al autor todos.

Uno de los aspectos más valiosos de esta magna obra es el bibliográfico, consecuencia y complemento indispensable del enfoque histórico que el autor se impuso. La bibliografía activa de cada uno de los centenares de poetas, novelistas, ensayistas, cuentistas, etc., aquí estudiados queda registrada en este libro de modo riguroso y metódico, sin que falte el año exacto en que apareció la primera edición de los miles de obras mencionadas. La erudición modernista que Max Henríquez Ureña revela en este libro es asombrosa y representa sin duda una tarea de muchos años de paciente acopio de materiales y metódica ordenación.

De mucha mayor trascendencia interpretativa es la atención —y la importancia— que el autor le concede a la prosa modernista. Éste sí es un aporte original y valiosísimo a la historiografía tanto como al análisis crítico del movimiento. Casi todos sus escoliastas han preterido u omitido peyorativamente la prosa por considerarla una especie de *by product* o manifestación menor y secundaria dentro de la evolución que las letras de América sufrieron entre 1880 y 1910. Nadie hasta ahora ha explorado con agudo sentido crítico los orígenes del modernismo. El día en que se haga este deslinde aclarador se descubrirá con sorpresa que la prosa artística, de perfiles estéticos bien definidos y con intención renovadora —y hasta innovadora— antecedió a las formas poéticas conocidas como modernistas, y que su génesis no es el *Azul*. . .

de Rubén Darío ni la fecha de su aparición el año de 1888, sino el bienio de 1880 a 1882. El auténtico iniciador del modernismo, como Max lo proclama en el capítulo III de este libro, y el legítimo renovador de la prosa hispana fue José Martí que en el bienio citado la cultiva ya con todo el cromatismo musical y plástico, y con todo el refinamiento estético que los modernistas procuraron imprimirle veinte años más tarde. Por desdicha para los críticos, la prosa de Martí —muy leída y muy imitada por sus contemporáneos entre 1880 y 1900, y más aún en nuestros días— no fue recogida en volumen hasta muy recientemente. En los cuatro lustros precitados, no obstante, se divulgó mucho en toda América —con la excepción de Cuba que hasta muy entrado ya el siglo presente ignoró o desdeñó el genio artístico de su máximo hijo. De ahí que los críticos poco enterados sigan repitiendo el dictamen poco exacto de Rubén Darío que reduce a Martí al rango de precursor suyo. Darío mejor que nadie sabía cuán copiosa era su deuda estética a Martí, cuyos procedimientos le imitó desde el instante en que entró en contacto con su prosa en 1886. Sólo en cuanto poeta en verso puede considerarse a Martí precursor de Darío y del modernismo. En este sector la renovación promovida por Rubén y la influencia que ejerció fueron sin duda mucho más radicales y trascendentes que las del cubano.

Ha sido, pues, necesario que apareciera esta *Historia* para que un gran crítico otorgara la beligerancia artística que merece a la prosa modernista y la estudie y avalore en un plano de igualdad con la poesía. Ésta me parece la contribución máxima que en el orden exegético realiza Max Henríquez Ureña en esta magna obra. En ella la prosa tiene todo el relieve y recibe toda la atención y ponderado análisis que los críticos anteriores le habían negado —con la excepción casi única de la prosa rodoniana. De ahora en adelante los comentadores del modernismo ya no podrán arrinconar o soslayar esta conquista estética que no sólo precedió a la renovación poética sino que rivaliza con ella en mérito artístico y acaso la supere en trascendencia cultural. Porque la modalidad poética que Darío impuso entre 1893 y 1900 devino moda y fue suplantada por otras modas y otras teorías desde antes de morir el gran bardo; en cambio, la nueva orientación y el espíritu renovador que Martí introdujo en la prosa entre 1880 y 1885 se prolonga todavía y ha afectado al ensayo, la crítica, la crónica, la novela, el cuento, el drama, y aun otros géneros no propiamente literarios como la historia, la crítica, la producción filosófica, etc.

Secuela inmediata de la sostenida atención que el autor otorga

a la prosa es el panorama total que del cuento y la novela modernistas encontramos en este libro. Es otro aspecto del movimiento que hasta el presente se había esquivado o preterido injustamente. Los historiadores y críticos se habían limitado a someras identificaciones de ciertos autores que ubicaban dentro del ámbito estético del modernismo; pero nadie había historiado esta particular variante de los géneros narrativos, mucho más valiosa y prolífica de lo que generalmente se piensa. En el libro que aquí se glosa encontrará el lector el cuadro más detallado, preciso y completo que de la novela y el cuento modernistas se haya publicado hasta hoy. Este tipo de novela apareció por primera vez en lengua española en 1886, y su introductor fue José Martí. En su insuperable estudio de *Amistad funesta,* publicado hace apenas un año, así lo demostró Enrique Anderson Imbert.

Son muchos los errores y falsos enfoques que Max Henríquez Ureña rectifica y aclara en este libro. Unos son de carácter histórico, en tanto que otros atañen al juicio. A la primera categoría pertenece la dilucidación definitiva que el autor hace respecto a la fecha y lugar en que surge el modernismo. Sobre esto se han dicho muchas tonterías, dictadas más por ignorancia, pasión, o el orgullo patriótico que por el estudio sereno o el cotejo oportuno de textos y fechas. De ahora en adelante, sólo un sandio o un empecinado argüirá si el modernismo surgió en España o en América. Las fechas demuestran que en la prosa, América se anticipó casi veinte años y en la poesía unos diez.

De gran importancia es también la rectificación que Max hace respecto a la posición o rango que José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva y Julián del Casal ocupan dentro del modernismo. A los cuatro se les venía encasillando estultamente en la categoría de "precursores". Es una estolidez contra la cual ha roto lanzas muchas veces el que escribe. Este dislate tuvo su origen en el propio Rubén que se complacía —y aun se ufanaba— en considerarse iniciador del movimiento y en reputar a los cuatro aedas precitados como sus heraldos o precursores. Ya hemos visto que en la prosa el incontestable iniciador o fundador fue José Martí, en tanto que los otros tres fueron coetáneos de Darío y cofundadores con él de la renovación poética. En todo caso, los tres —Nájera, Silva y Casal— escribieron todos sus poemas más revolucionarios y "modernistas" con posterioridad a 1888, año en que Darío publica su primer libro revolucionario. Ninguno de los tres fue un rubeniano y tanto Nájera como Casal abrevaron en la poesía francesa tanto como Darío por aquellos años. En cuanto a Silva, no sólo no fue rubeniano sino tampoco afrancesado, precisamente porque era un espíritu más vigoroso y original que el Rubén anterior

a los *Cantos de vida y esperanza.* El modernismo tuvo sus precursores y no pocos periódicos y revistas que prepararon su advenimiento en América, pero éstos no fueron los que generalmente se citan como tales sino otros muchos poetas y prosistas que escribieron en toda América entre 1865 y 1885. Ésta es otra falacia tradicional que Max Henríquez Ureña rectifica y destruye. Los que por inercia mental o por ausencia de estudio serio del problema venían empleando el gastado clisé de "precursores" para catalogar a los consabidos cuatro poetas ya no podrán seguir usándolo sin desdoro para su reputación de críticos.

Entre otros juicios muy certeros y muy agudos que el libro contiene, uno de los más promisorios es la reiterada referencia al influjo que la prosa martiana ejerció en no pocos escritores de la transición del siglo. Por primera vez se señala en un libro meditado y responsable el poderoso ascendiente estético de Martí sobre sus contemporáneos. Las posibilidades que estos atisbos críticos abren a la investigación y a los estudios de estilística comparada son infinitas. El autor sólo apunta unos cuantos casos, pero fueron muchos los escritores americanos que entre 1882 y 1900 leyeron deslumbrados la prosa de Martí y cayeron bajo el hechizo de su ritmo y plasticidad. Si se tiene en cuenta que el más artista y genial de todos, Rubén Darío, jamás pudo sustraerse a la seducción de su cautivante belleza a partir del instante en que la descubrió —1886—, se podrá conjeturar cuán honda y general debió ser su influencia en los demás prosistas finiseculares. De estas peritas sugerencias de Max habrá que partir para estudiar en forma agotadora este extraordinario caso de embrujamiento literario.

Hay otros aspectos en el libro que merecen glosa, pero esta nota se alarga ya demasiado. Mas antes de terminarla conviene indicar algunos detalles de los que acaso disientan los críticos. Así, por ejemplo, la inclusión a título de modernistas de muchos escritores marginales en quienes apenas se percibe el entronque directo y eficaz con aquella estética. De la misma manera que todos los estudios anteriores pecaban por omisión o defecto, es decir, por limitarse a unas cuantas figuras capitales con preterición de gran número de poetas y prosistas que reclamaban ubicación en la pléyade modernista, éste acaso peque por exceso, ya que en él se le concede rango de tal a no pocos escritores y poetas posteriores a 1910 en quienes el influjo modernista se dio muy atenuadamente o fundido con otras corrientes y cánones de signo diverso y hasta opuesto. Es probable que sea éste el punto en que más discrepen los críticos del criterio sustentado por el autor. No obstante, dada la deficiencia que los estudios anteriores revelaban en este sentido, era preferible pecar por exceso que incurrir en las indoctas postergaciones tradicionales.

Algunos errores de escasa monta serán también notados por los peritos. Alguna fecha habrá que rectificar, tales como la que se le asigna a la primera edición de *Los raros* de Rubén Darío (1896), p. 94. Si la memoria no me traiciona hay una edición argentina de 1894. En la misma página se afirma que *La Nación* contaba a Rubén Darío "como uno de sus corresponsales literarios" desde 1888. La colaboración de Rubén en el gran diario porteño no comenzó hasta febrero de 1889. Evidente error es también la fecha de nacimiento que se le atribuye a Gabriela Mistral (1899) en la página 359. La más generalmente indicada es 1889. En la página 222 se lee: "En 1910 dio Rodó a la estampa un nuevo ensayo, el que más extensa resonancia tuvo entre cuantos escribió: *Ariel*" (ésta es evidente errata de imprenta y acaso también otros de los deslices señalados). El *Ariel* se publicó en 1900.

Ciertas aseveraciones no convencen del todo. El que escribe, por ejemplo, no ha podido encontrar prueba ni siquiera indicación de que entre Rubén Darío y Martí existiera amistad epistolar antes —ni después— del encuentro en Nueva York en 1893. Por consiguiente, la afirmación —refiriéndose a Rubén— contenida en la p. 93: "...al pasar por Nueva York estrechó amistad, antes sólo epistolar, con José Martí", la admite a beneficio de inventario, como dicen los leguleyos. Ni en los varios epistolarios que de Martí se han publicado ni en el *Archivo de Rubén Darío,* recopilado —y mutilado— por Alberto Ghiraldo (Buenos Aires, 1943) se descubre ningún indicio de que medió correspondencia entre ellos. En la ingente obra de Martí creo que sólo una vez cita a Darío —y sólo una vez también alude éste al cubano en el *Archivo.* La de Martí a Darío aparece en uno de los apuntes que dejó inéditos en el cual indica varios temas sobre los cuales se proponía escribir. Nunca escribió sobre Rubén, sin embargo. La de éste a Martí es también incidental. La ausencia de relación epistolar entre estos dos genios literarios que el destino puso en contacto personal, maguer fugaz, es una de las incógnitas de más difícil explicación que la vida de ambos ofrece. Es posible, sin embargo, que Max haya encontrado alguna evidencia a la cual el que escribe no ha tenido acceso o haya olvidado. En la página 447 se afirma: "Rubén Darío era leído y admirado en Santo Domingo desde hacía bastantes años, aún antes de la publicación de *Azul...*" Posiblemente; pero antes de *Azul...* había poco que admirar en Rubén, salvo algunas crónicas inmediatamente anteriores a la aparición de dicho libro que revelan ya intenso influjo francés —o martiano— publicadas en periódicos de Chile o de Centroamérica. Por lo visto éstos se leían en Santo Domingo

hacia 1887. Una última discrepancia baladí. En la p. 200 asevera el autor refiriéndose a José Ingenieros: "Ingenieros no manejaba con arte el idioma y rara vez lograba decir las cosas bien, como anhelaba Rodó". Aclaremos. Ingenieros fue un hombre de ciencia, ante todo, un formidable civilizador —y hasta un hombre de acción en su juventud— que se dispersó en múltiples direcciones y prodigó su enorme talento y su fantástica capacidad de trabajo en variadísimos campos y empresas de alta cultura. Nunca pretendió ser un literato puro, un hombre de letras a secas, ni mucho menos uno de esos canijos buriladores de frases que se agotan en el estéril esfuerzo preciosista. Para Ingenieros la lengua era medio y no fin en sí misma, vehículo antes que meta. Sin embargo, cuando escribía al margen de sus preocupaciones científicas, filosóficas o sociales, como en sus libros *Crónicas de viaje* o *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte,* dejó páginas de una belleza inmarchitable. El propio Rubén Darío, buen catador de valores estéticos, encomió superlativamente el mérito estilístico de la prosa de este heroico obrero de la cultura. Si no la trabajaba con el afán de perfección que consumió a Rodó, en cambio supo manejarla con gran vigor y hasta con belleza. Mientras el meditador uruguayo se agota en un empeño preciosista en el que las ideas a veces naufragan en una catarata de símiles y metáforas, el argentino hace de la lengua un medio preciso, terso, expresivo y claro para comunicar su enorme caudal ideológico. Pocas veces la prosa didáctica ha alcanzado mayor eficacia expresiva que la lograda por Ingenieros en libros como *Hacia una moral sin dogmas, Las fuerzas morales, La cultura filosófica en España, El hombre mediocre,* y otros. No conozco en español otro ensayo filosófico en que con tanta claridad, sencillez y precisión se expresen las ideas como *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.*

No sería justo cerrar esta nota sin aludir siquiera al método por Max Henríquez Ureña empleado. El más idóneo y eficaz. Las primeras 169 páginas las distribuye en nueve capítulos, de carácter general los dos primeros: I) "Ojeada de conjunto"; II) "La poesía de habla española al despuntar el modernismo". Luego vienen sendos capítulos consagrados por este orden a Martí, Nájera, Díaz Mirón, Darío, Casal, Silva, y el noveno, "Historia de un nombre" en el cual dilucida el origen, evolución y consagración definitiva del inadecuado término "modernismo". A partir de la página 170, el estudio se parcela en once capítulos más de carácter nacional todos, menos el XVII y el XVIII, titulados "América Central" y "Las Antillas", respectivamente. El número XX está dedicado a España. Avaloran esta hermosa edición unos treinta y tres retratos de las más prominentes figuras del movimiento

—americanas y españolas. El libro de Max Henríquez Ureña, cualquiera que sean las fallas y deficiencias que los especialistas le descubran, es sin duda obra básica y definitiva de la cual no podrá prescindir nadie que por el tema se interese.

*Manuel Pedro GONZÁLEZ.*

# LA BRUMA LO VUELVE AZUL

RAMÓN Rubín nos presenta en esta novela los profundos conflictos que aparecen en el alma india, cada vez que en el juego de los sentimientos se interpone una fuerza hostil al mantenimiento del concepto social de la dignidad humana. La honra y el honor de un hombre indio, cuya mujer ha sido violada por un vecino, dígase por un mestizo, constituyen una de las fuentes emocionales más poderosas para la comisión del crimen, lo mismo que una categoría importante de la vida individual dentro de la dimensión cultural del huichol.

Así, en torno a la violación por un *vecino* de la mujer de un indio, se trama toda una descripción de emociones que tienen por actores al ofendido, a la esposa, al hijo dudoso de esta violación, a los parientes y a la misma sociedad huichol, con sus actitudes relativas y sus concepciones morales.

Las categorías éticas y la conducta social del hombre dentro de dicha cultura, son desbrozadas por Rubín, en un relato sumamente dinámico, cuajado de imágenes rotundas, claras como los hechos mismos.

El espíritu tribal, aquí, aparece mezclado de sentimientos de hostilidad, reprimida o abierta, según los casos, contra el *vecino,* sentimientos que delatan la naturaleza agresiva prevaleciente en las relaciones habituales entre indios y mestizos.

Las diferentes tradiciones, pero especialmente la distinta situación humana de ambos individuos dentro de la sociedad general mexicana, provocan un tipo de relaciones étnicas cuya base es la discriminación, el rencor y la desconfianza.

El balance de estas hostilidades es usualmente contrario al indio. Éste, cada vez más, pierde terreno en su lucha por evitar ser absorbido dentro de valores distintos a los suyos ancestrales. Sin embargo, cada día de esta lucha significa un episodio dramático en la situación de ambos mundos.

El atemorizado indígena, incapaz de enfrentarse con éxito al avance coordinador del mestizo, unificador, suele recurrir a las armas de la sagacidad y la astucia, cada vez que decide luchar por la pervivencia de su mundo. Cuando no puede hacerlo, el drama íntimo se manifiesta replegado en la inconsciencia, inhibido en desesperados y expectantes rencores. Cuando puede luchar, su venganza es dramática,

brutal y despiadada. Ésta es la lección que resulta de la lectura de la novela de Rubín.

En ésta prevalecen algunos motivos centrales: dignidad individual, orgullo herido, miedo al ridículo y resentimiento. Todos ellos quedan orbitados en las relaciones interpersonales entre indios y mestizos, y entre el hombre y la mujer como piezas del drama.

Aquí destaca el papel dominante del hombre indio, superior, indiscutido e intolerante en cuestiones de sexo, cuyo orgullo ha sido profundamente herido por el adulterio involuntario de su mujer, involuntario porque fue forzada, cometido por un mestizo huido al monte.

Ante la justicia india del tribunal huichol, la mujer no es culpable. Ante la conciencia del marido, ella pudo haber luchado hasta la muerte para defender el honor de ambos, pero especialmente el de aquél. La corte huichol, presidida por un joven y asistida por graves y sesudos ancianos, absuelve a la mujer, no sin antes purificarla en las ceremonias nativas. Pero, el hombre ofendido jamás perdonará el hecho a su esposa.

El proceso posterior que sigue al juicio absolutorio, va resolviéndose en una acumulación creciente de resentimiento del ofendido contra ella y contra el violador. El proceso constitutivo es semejante al que puede observarse en parecidas circunstancias dentro del resto de la sociedad hispanoamericana, al igual que en su matriz peninsular.

El sentimiento del ridículo va acreciendo tan profundamente el odio del marido, que este odio no cederá hasta haber rescatado la honra perdida por medio de la muerte del violador.

Hasta el fin, el recuerdo del adulterio hará insoportable al marido la presencia física de la mujer que ha dañado su reputación moral. Cada vez que él adquiera la libertad del alcohol ella sufrirá sus brutalidades, hasta que muera de dolor y de descuidos. Sin embargo, antes de morir, joven, estoicamente como su raza, le habrá dado un hijo a Mijares, su marido. En adelante este hijo, aun a pesar de poseer un rostro sin trazas del mestizo, será el punto donde el padre descargará sus odios. Las dudas de éste acerca de esta paternidad serán tan profundas, que hasta su hijo deberá sentir en su alma tierna la ley arbitraria del padre. La paz de éste, su orgullo insatisfecho, están inquietas con la presencia de Kanamayé, el hijo.

Después de matar a su mujer y al violador en venganzas separadas, paciente y astutamente al último, lenta, brutal y despiadadamente a la primera, su hijo es vendido a la primera oportunidad. Ésta llegará cuando una de sus hijas, tenida en una de sus cuatro mujeres restantes, enferma grave, sirve para que Kanamayé quede como prenda de pago

definitivo al curandero que se compromete, a cambio, a devolver la salud de la niña.

Desde ahora, Kanamayé, abandonado a un destino incierto, hundido en las adversidades y falto de cordialidad y amor, crece con un espíritu despechado y hostil a la humanidad circundante. Queda hecho a la misma brutalidad de su padre. Es una materia impregnada de destino trágico.

Perdidas, por casi desconocidas, sus razones morales para vivir, comete crimen contra un mestizo y es, finalmente, apresado por la ley nacional, ya que no por la justicia huichol. Esto tiene un resumen moral dramático, cuando un viejo indio, al racionalizar la vida ambigua del muchacho, suelta entre dos mundos que no han sido capaces de darle ilusiones ni raíces sólidas, puede ser sorprendida por la veracidad del anciano bajo la rúbrica sentenciosa de:

"Lo más pior que podías 'ber sido m'hijo: un indio avecinado".

El desenlace, pues, tiene atributos dramáticos. No se trata de la definición de la simple existencia individual de un hombre, sino de la tragedia étnica, porque nos pone ante la evidencia de la brutalidad del mundo de relaciones prevalecientes que enfrenta al indio y al *vecino*, en su inevitable, pero dramática marcha hacia la fusión final.

El curso de la novela tiene una vitalidad extraordinaria. Los acontecimientos y sus personajes alientan la fuerza desordenada de las pasiones morales propias de un mundo en crisis; esta fuerza está impulsada siempre por la situación de valores muy rígidos y exigentes en cuanto se refieren al mantenimiento de la honra sexual.

Por otra parte, un gran número de situaciones estructurales, que nos muestran el orden interno de la moral situacional, con su temática religiosa e interpersonal, hacen de esta novela un documento también importante para la comprensión de la dinámica cultural del huichol, de su carácter y de su verdad existenciales.

*Claudio* ESTEVA FABREGAT.

# S U M A R I O



Printed in Mexico